



TEJER EL ALBA

ELIZABETH LIM

RBA

TEJER EL ALBA

E L I Z A B E T H L I M

Traducción de Efrén del Valle

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *Spin the Dawn*.

© Elizabeth Lim, 2019.

Publicado por acuerdo con Alfred A. Knopf,
un sello de Random House Children's Books,
una división de Penguin Random House LLC, Nueva York.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2019.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

© del arte de la cubierta: Tran Nguyen, 2019.
© del mapa: Virginia Allyn, 2019.
Diseño de la cubierta: Alison Impey.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

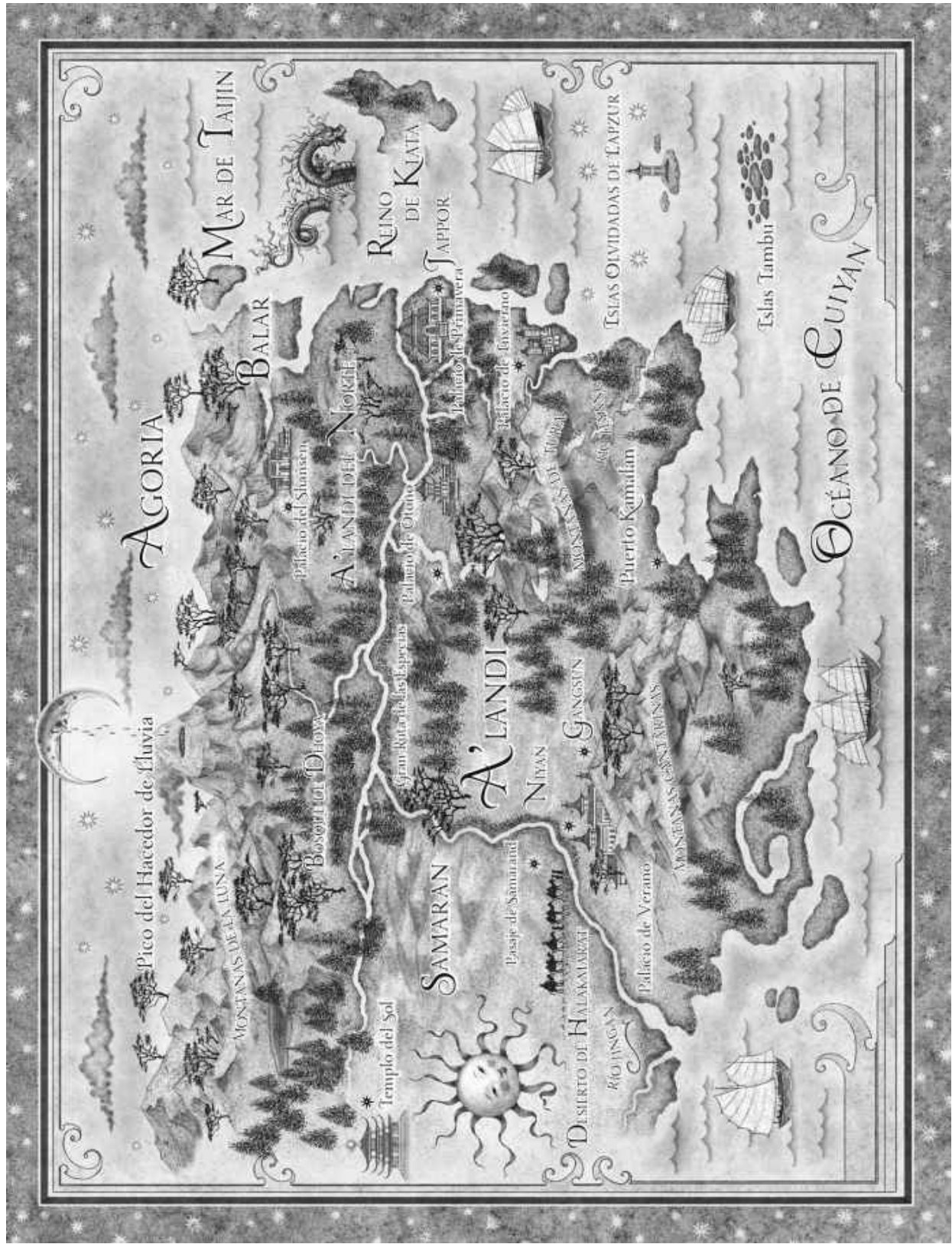
Primera edición: noviembre de 2019.

RBA MOLINO
REF.: ODBO619
ISBN: 978-84-272-2047-8

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

*Para Adrian, por cambiarme la vida
de la mejor manera posible.*



PREFACIO

Pídeme que teja el hilo más fino y puedo hacerlo más rápido que cualquier hombre, incluso con los ojos cerrados. Pero pídemelo que cuente una mentira y tartamudearé y vacilaré al pensar en una.

Nunca he tenido talento para inventarme historias.

Mi hermano Keton lo sabe mejor que nadie. Aunque arquea las cejas una o dos veces cuando se lo cuento todo —las tres tareas imposibles que me fueron encomendadas, el demonio y los fantasmas que me encontré en mi viaje y el hechizo que rodeaba a nuestro emperador—, mi hermano me cree.

Baba, mi padre, no. Él ve más allá de las sombras en las cuales me escondo, ve que tras la sonrisa que le dedico a Keton tengo los ojos rojos e irritados. Están hinchados de llorar durante horas e incluso días. Lo que no es capaz de ver es que, a pesar de las lágrimas que se secan en mis mejillas, tengo un corazón duro.

Temo llegar al final de mi historia, pues está llena de nudos que todavía no he encontrado el valor de deshacer. Retumban tambores lejanos. Se acercan a cada segundo que pasa, como un inquietante recordatorio del poco tiempo que me queda para tomar una decisión.

Si regreso, dejaré atrás quien soy. Nunca volveré a ver a mi

familia, nunca veré mi rostro en el espejo, nadie volverá a llamarme por mi nombre.

Pero renunciaría al sol, la luna y las estrellas si eso significara salvarlo.

A él, el chico sin nombre que aun así tiene miles de nombres. El chico cuyas manos están manchadas con la sangre de las estrellas.

El chico al que amo.

PARTE I
LA PRUEBA





CAPÍTULO 1

Una vez tuve tres hermanos.

Finlei era el mayor, el valiente. Nada le asustaba: ni las arañas, ni las agujas ni una zurra de Baba con el bastón. Era el más rápido de los cuatro, tanto que podía cazar una mosca utilizando solo el pulgar y un dedal. Pero su coraje conllevaba un anhelo de aventuras. Detestaba tener que trabajar en nuestro taller, malgastar la preciosa luz del sol cosiendo vestidos y remendando camisas. Además, era descuidado con la aguja; siempre llevaba los dedos vendados a causa de los pinchazos y estropeaba sus trabajos con puntadas desiguales. Unas puntadas que yo debía deshacer y rehacer para salvarlo de los sermones de Baba.

Finlei no tenía paciencia para llegar a ser sastre como Baba.

Sendo sí la tenía, pero no para coser. Mi segundo hermano era el poeta de la familia y lo único que le gustaba hilvanar eran las palabras, especialmente sobre el mar. Contaba historias acerca de las hermosas prendas de Baba con tan exquisito detalle que todas las señoras de la ciudad se peleaban por comprarlas, pero luego descubrían que no existían.

Como castigo, Baba lo hacía sentarse en el embarcadero que había detrás del taller a extraer hilo de los capullos de gusano de

seda. A menudo me escapaba para sentarme con él y escuchar sus historias sobre lo que había más allá de aquel interminable horizonte de agua.

—¿De qué color es el océano? —me preguntó Sendo en una ocasión.

—Azul, tonto. ¿Qué más?

—¿Cómo vas a ser la mejor costurera de A'landi si no conoces los colores? —Sendo negó con la cabeza y señaló el agua—. Mira otra vez. Mira al fondo.

—Zafiro —dije, estudiando las suaves crestas y depresiones del océano. El agua centelleaba—. Zafiro, como las piedras que lleva lady Tainak alrededor del cuello. Pero hay tonos de verde... verde jade. Y la espuma se arremolina como si fueran perlas.

Sendo sonrió.

—Eso está mejor. —Me rodeó con el brazo y me apretujó contra él—. Algún día, tú y yo surcaremos los mares y verás el azul en todo el mundo.

Gracias a Sendo, el azul era mi color favorito. Pintaba el blanco de mis paredes cuando abría la ventana cada mañana y veía el mar resplandecer bajo la luz del sol. Zafiro o cerúleo. Azul celeste. Añil. Sendo me entrenó la vista para que distinguiera las variedades de color y apreciara desde el marrón más apagado hasta el rosa más vivo, cómo la luz podía insuflar mil posibilidades a algo.

Sendo anhelaba el mar, no ser sastre como Baba.

Keton era mi tercer hermano y el más cercano a mí por edad. Sus canciones y chistes hacían reír a todos, estuvieran del humor que estuvieran. Siempre se metía en líos por teñir nuestras telas de verde en lugar de púrpura, por pisar con las sandalias sucias nuestros vestidos recién planchados, por olvidarse de regar las moreras y por no tejer nunca hilo suficientemente fino para que Baba hiciera un jersey. El dinero se le escurría entre los dedos como si fuera agua. Pero Keton era el favorito de Baba, aunque no tuviera disciplina para ser sastre.

Luego estaba yo, Maia, la hija obediente. Mis primeros recuerdos son de cuando me sentaba con Mama mientras ella trabajaba con la rueca y oía a Finlei, Sendo y Keton jugando fuera mientras Baba me enseñaba a enrollar el hilo de Mama para que no se enredara.

Yo sí anhelaba ser costurera: aprendí a enhebrar agujas antes de saber caminar y a trazar líneas perfectas antes de saber hablar. Me encantaban mis bordados y era feliz aprendiendo la profesión de Baba en lugar de salir con mis hermanos. Además, cuando Finlei me enseñaba a pelear y disparar flechas, casi siempre erraba el blanco. Aunque me empapé de los cuentos de hadas y las historias de fantasmas de Sendo, nunca fui capaz de explicar una. Y siempre mordía el anzuelo con las bromas de Keton por más que mis hermanos mayores me advirtieran.

Baba me decía orgulloso que había nacido con un agujá en una mano y unas tijeras en la otra, que si no hubiera sido niña, tal vez me habría convertido en el mejor sastre de A'landi, buscado por mercaderes de una costa del continente a la otra.

—El valor de un sastre no se mide por su fama, sino por la felicidad que provoca —dijo Mama al ver lo mucho que me habían decepcionado las palabras de Baba—. Tú mantendrás unidas las costuras de nuestra familia, Maia. Ningún otro sastre en el mundo puede hacerlo.

Recuerdo que sonreí. En aquel momento yo solo quería que mi familia estuviera siempre feliz y unida.

Pero entonces Mama murió y todo fue distinto.

Vivíamos en Gangsun, una importante ciudad de la Gran Ruta de las Especies, y nuestro taller ocupaba media manzana. Baba era un sastre muy respetado y conocido en el sur de A'landi. Pero llegaron malos tiempos para nosotros, y la muerte de mi madre abrió la primera fisura en la férrea voluntad de Baba.

Empezó a beber mucho; era una manera de ahogar las penas, decía. Aquello no duró demasiado. Debido a la tristeza, la salud de Baba se deterioró tanto que era incapaz de digerir cualquier tipo de

alcohol. Empezó a trabajar en el taller, pero nunca volvió a ser el mismo.

Los clientes se percataban de la pérdida de calidad de las hechuras de mi padre y se lo mencionaban a mis hermanos. Finlei y Sendo nunca se lo dijeron; no se atrevían. Pero años antes de la Guerra de los Cinco Inviernos, cuando yo tenía diez, Finlei convenció a Baba para que nos fuéramos de Gangsun y nos instaláramos en un taller en Puerto Kamalan, la pequeña ciudad costera situada cerca de la Ruta. El aire fresco del mar sería bueno para él, insistió.

Nuestro nuevo hogar ocupaba la esquina de las calles Yanamer y Tongsa, delante de una tienda que vendía unos fideos artesanales tan largos que podías saciarte con uno solo y de una panadería con los mejores bollos al vapor y pan de leche del mundo. Al menos eso nos parecía a mis hermanos y a mí cuando teníamos hambre, cosa que ocurría a menudo. Pero lo que más me gustaba eran las hermosas vistas del océano. A veces, mientras contemplaba las olas adentrándose en los embarcaderos, rezaba en secreto para que el mar sanara el corazón roto de Baba como poco a poco estaba haciendo con el mío.

El negocio iba mejor en verano e invierno, cuando todas las caravanas que viajaban de Este a Oeste por la Gran Ruta de las Especies hacían un alto en Puerto Kamalan para disfrutar de nuestro clima templado. El pequeño taller dependía de un suministro continuado de añil, azafrán y ocre para nuestros tintes. Era una ciudad pequeña, así que no solo confeccionábamos prendas, sino que también vendíamos telas e hilos. Hacía mucho tiempo que Baba no creaba un vestido digno de una gran dama, y cuando empezó la guerra tampoco había demasiado negocio.

El infortunio nos persiguió hasta nuestro nuevo hogar. Puerto Kamalan estaba tan lejos de la capital que pensé que mis hermanos nunca serían reclutados para la guerra civil que arrasó A'landi. Pero las hostilidades entre el joven emperador Khanujin y el shansen, el

señor de la guerra más poderoso del país, no daban señales de amainar, y el emperador necesitaba más hombres para su ejército.

Finlei y Sendo eran mayores de edad, así que fueron los primeros en ser reclutados. Por aquel entonces yo era tan joven que la idea de ir a la guerra me resultaba romántica y tener dos hermanos soldados era honorable.

La víspera de su marcha yo estaba fuera pintando una franja de algodón blanco. Las flores de los melocotoneros que bordeaban la calle Yanamer me hacían estornudar y me derramé lo que quedaba del costoso añil de Baba encima de la falda.

Finlei se rio de mí y me limpió las gotas de pintura de la nariz.

—No te pongas nerviosa —dijo mientras yo intentaba salvar toda la pintura que pudiese.

—¡Cuesta ochenta jens la onza! ¿Y quién sabe cuándo volverán los mercaderes? —murmuré, frotándome aún la falda—. Empieza a hacer demasiado calor para que crucen la Ruta.

—Entonces te compraré un poco durante mis viajes —respondió Finlei, que me cogió de la barbilla—. Cuando sea soldado, veré todo A'landi. A lo mejor soy general cuando vuelva.

—¡Espero que no tardes tanto! —exclamé.

Finlei recobró la sobriedad. Puso una mirada triste y me apartó un mechón que el viento había arremolinado.

—Cuídate, hermana —dijo con una voz que irradiaba humor y tristeza a la vez—. No trabajes tanto como para...

—Convertirte en la cometa que no vuela nunca —acabé la frase por él—. Lo sé.

Finlei me tocó la mejilla.

—Vigila a Keton. Asegúrate de que no se mete en líos.

—Y cuida también de Baba —añadió Sendo, que apareció detrás de mí. Había arrancado una flor de los árboles que había delante de nuestro taller y me la colocó detrás de la oreja—. Y trabaja en tu caligrafía. Volveré pronto para cerciorarme de que ha mejorado. — Me alborotó el pelo—. Ahora eres la mujer de la casa.

Agaché la cabeza obedientemente.

—Sí, hermanos.

—Me haces parecer un inútil —terció Keton.

Baba estaba gritándole para que acabara sus tareas y él se encogió de miedo.

Finlei esbozó una sonrisa.

—¿Puedes demostrar que no lo eres?

Keton se apoyó las manos en las caderas y todos nos echamos a reír.

—En el ejército visitaremos lugares lejanos —dijo Sendo poniéndome la mano en el hombro—. ¿Qué quieres que te traiga? ¿Tintes de Gangseng occidental, quizás? ¿O perlas de Puerto Majestuoso?

—No, no —respondí—. Yo solo quiero que volváis los dos sanos y salvos.

Entonces hice una pausa y Sendo me dio un ligero codazo.

—¿Qué te pasa, Maia?

Tenía las mejillas coloradas y me miré las manos.

—Si veis al emperador Khanujin —dije—, hacedle un retrato, ¿vale?

Finlei empezó a reírse sacudiendo los hombros.

—Así que las chicas del pueblo te han dicho lo guapo que es, ¿eh? Todas aspiran a ser una de las concubinas del emperador.

Estaba tan avergonzada que no podía mirarlo.

—No tengo ningún interés en ser concubina.

—¿No quieres vivir en uno de sus cuatro palacios? —preguntó Keton con malicia—. Según me han dicho, tiene uno para cada estación.

—Keton, ya basta —intervino Sendo.

—A mí me dan igual sus palacios —dije, y me volví hacia Sendo. Sus ojos irradiaban bondad. Siempre había sido mi hermano favorito y sabía que él me entendía—. Quiero saber cómo es para ser su sastre algún día. Un sastre imperial.

Keton puso una mueca de desdén al oír mi confesión.

—¡Tienes tantas posibilidades de eso como de ser su concubina!
Finlei y Sendo le lanzaron una mirada fulminante.

—De acuerdo —prometió Sendo, tocándome las pecas de la mejilla. Éramos los dos únicos de la familia que las tenían, como resultado de las horas que pasábamos soñando despiertos bajo el sol—. Un retrato del emperador para mi talentosa hermana Maia.

Le di un abrazo, y aunque sabía que mi petición era una tontería, tenía la esperanza de que me lo trajera.

Si hubiera sabido que sería la última vez que estaríamos todos juntos, no habría pedido nada.

Dos años después, Baba recibió la noticia de que Finlei había muerto en combate. El emblema imperial al pie de la carta era tan rojo como la sangre recién derramada y lo habían estampado con tanta premura que los caracteres del nombre del emperador Khanujin estaban borrosos. Incluso meses después, aquel recuerdo me hacía llorar.

Y entonces, una noche, sin previo aviso, Keton escapó para alistarse en el ejército. Tan solo dejó una nota escrita rápidamente encima de mi colada matinal, consciente de que sería lo primero que vería cuando despertara.

He sido un inútil demasiado tiempo. Voy a buscar a Sendo y lo traeré a casa. Cuida de Baba.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y arrugué la nota en el puño. ¿Qué sabía él de combatir? Igual que yo, era delgado como un palo y apenas tenía fuerza para resistir una ráfaga de viento. No era capaz de comprar arroz en el mercado sin que lo estafaran y siempre intentaba resolver las peleas hablando. ¿Cómo iba a sobrevivir a una guerra?

También estaba enfadada porque no podía ir con él. Si Keton se consideraba un inútil, ¿qué era yo? No podía luchar en el ejército. Y, pese a las horas que había pasado creando nuevas puntadas y diseños para vender, nunca me convertiría en un maestro de la sastrería. Nunca podría tomar las riendas del taller de Baba. Era una chica. A lo máximo que podía aspirar era a un buen matrimonio.

Baba nunca habló de la partida de Keton y durante meses no mencionó a mi hermano menor. Pero noté que se le habían quedado los dedos rígidos como piedras; ni siquiera podía separarlos lo suficiente para coger unas tijeras. Se pasaba el día contemplando el océano y yo me encargaba del decaído taller. Era yo quien debía revitalizar el negocio y asegurarme de que mis hermanos tuvieran un hogar al que volver.

Nadie tenía necesidad de sedas y satenes, sobre todo cuando nuestro país estaba devorándose a sí mismo desde dentro. Así que hacía camisas de cáñamo para los pescadores locales y para sus mujeres vestidos de lino, material que también utilizaba para arreglar los abrigos de los soldados que estaban de paso. Los pescadores nos daban cabezas de pescado y sacos de arroz a cambio de mi trabajo, y no me parecía adecuado cobrar a los soldados.

A final de mes ayudaba a las mujeres que estaban preparando sus regalos para los muertos, normalmente ropa de papel, que era difícil de tejer, y que quemaban delante de los santuarios en honor a sus antepasados. Cosía papel en los zapatos de los mercaderes y cuerdas con monedas en sus cinturones para mantener a raya a los ladrones. Incluso reparaba amuletos para los viajeros que así me lo pedían, aunque yo no creía en la magia. No en aquel momento.

Los días que no había trabajo y nuestras existencias de trigo y arroz eran peligrosamente bajas, cogía mi cesta de ratán y guardaba en ella unos cuantos ovillos, un rollo de muselina y una aguja, y me iba a recorrer las calles, preguntando de puerta en puerta si alguien necesitaba un remiendo.

Pero en el puerto atracaban pocos barcos. El polvo y las sombras envolvían las calles vacías.

La falta de trabajo no me preocupaba tanto como los incómodos encuentros que había empezado a soportar de camino a casa. Antes me encantaba entrar en la panadería que había delante del taller, pero eso cambió durante la guerra. Ahora, cuando volvía a la calle Yanamer, Calu, el hijo del panadero, estaba allí esperándome.

Calu no me caía bien. No era porque no estuviera en el ejército; no había superado la revisión médica imperial, así que no podía. Era porque, en cuanto cumplí dieciséis años, se le metió en la sesera que sería su esposa.

—Detesto verte mendigando trabajo de esa manera —me dijo un día.

Luego me indicó que entrara en la panadería de su padre. El aroma de los panes y los pasteles llegaba al exterior y se me hizo la boca agua al oler la levadura, la harina de arroz fermentada, los cacahuetes asados y las semillas de sésamo.

—Es mejor que morirse de hambre.

Calu se limpió la pasta de alubias rojas que tenía en la palma de la mano. El sudor le corría por las sienes y caía en el cuenco de masa que había encima de la mesa. Normalmente me habría hecho arrugar la nariz. Si su padre veía lo descuidado que era, le daría una buena reprimenda. Pero estaba demasiado hambrienta para preocuparme.

—Si te casaras conmigo, nunca pasarías hambre.

Su franqueza me resultaba incómoda y me atemorizaba la idea de que me tocara, de dar a luz a sus hijos, de que mis bastidores cogieran polvo y mi ropa estuviera pegajosa por culpa del azúcar. Contuve un escalofrío.

—Siempre tendrías mucho que comer. Y tu baba también. — Calu lo intentó de nuevo y se relamió. Al sonreír, mostró unos dientes amarillos como la mantequilla—. Sé lo mucho que te gustan los hojaldres de mi padre, sus panecillos al vapor con pasta de loto y

sus bollos de coco.

El estómago me hacía ruido, pero no permitiría que el hambre dominara mi corazón.

—Por favor, deja de pedírmelo. Mi respuesta no va a cambiar.

Calu se enojó.

—Eres demasiado buena para mí, ¿verdad?

—Tengo que regentar el taller de mi padre —repuse, intentando ser amable—. Me necesita.

—Una chica no regenta un taller —dijo él, y abrió el cestillo para sacar la última hornada de bollos al vapor. Normalmente nos daba unos cuantos a Baba y a mí, pero aquel día no lo hizo—. Podrías ser buena costurera, la mejor de la aldea, pero ahora que tus hermanos están combatiendo con el emperador, ¿no ha llegado el momento de ser sensata y sentar la cabeza? —Me cogió la mano. Tenía los dedos mojados y llenos de harina—. Piensa en tu padre, Maia. Estás siendo egoísta. Podrías darle una vida mejor.

Aparté la mano, dolida.

—Mi padre jamás renunciaría a su taller.

Calu resopló.

—Tendrá que hacerlo, porque no podrás ocuparte tú sola. Has adelgazado, Maia. No creas que no me he dado cuenta. —Me miró con desdén. Mi rechazo lo había vuelto cruel—. Si me das un beso, te regalo un bollo.

Levanté la barbilla.

—No soy un perro.

—Ahora eres demasiado orgullosa para mendigar, ¿eh? Permitirás que tu padre se muera de hambre porque eres una engreída...

Me había cansado de oírlo. Salí de la panadería y crucé la calle a toda prisa. Cuando cerré la puerta del taller de Baba oí el rugido de mi estómago una vez más. Lo más duro era que sabía que estaba siendo egoísta. Debería casarme con Calu. Pero quería salvar a mi familia yo misma, tal como Mama dijo que haría.

Me apoyé en la puerta del taller. ¿Y si no podía?

Baba me encontró allí sollozando en silencio.

—¿Qué te pasa, Maia?

Me enjuagué las lágrimas y me levanté.

—Nada, Baba.

—¿Calu ha vuelto a pedirte que te cases con él?

—No hay trabajo —dije esquivando la pregunta—. Hemos...

—Calu es un buen muchacho —respondió—, pero es solo eso: un muchacho. Y no te merece.

Baba se inclinó sobre mi bastidor y estudió el dragón que había tejido. Era difícil trabajar con algodón en lugar de seda, pero había intentado plasmar todos los detalles: las escamas, parecidas a las de una carpa, las garras afiladas y los ojos demoníacos. Noté que Baba estaba impresionado.

—Tú mereces más, Maia.

Me di la vuelta.

—¿Cómo voy a hacerlo? No soy un hombre.

—Si lo fueras, te habrían enviado a la guerra. Los dioses te protegen.

No le creí, pero, para tenerlo contento, asentí y me sequé las lágrimas.

Semanas antes de mi dieciocho cumpleaños llegaron buenas noticias: el emperador anunció una tregua con el shansen. La Guerra de los Cinco Inviernos había terminado, al menos por ahora.

Pero la alegría por la noticia no tardó en convertirse en tristeza, porque llegó otra carta con un sello rojo sangre.

Sendo había fallecido combatiendo en las montañas solo dos días antes de la tregua.

La noticia volvió a destrozar a Baba, que se arrodilló frente a su altar toda la noche, meciendo los zapatos que Mama había hecho para Finlei y Sendo cuando eran pequeños. Yo no recé con él. Estaba demasiado enfadada. ¡Los dioses podrían haber cuidado de Sendo dos días más!

Dos días más.

—Al menos la guerra no se ha llevado a todos mis hijos —dijo Baba con seriedad, y me dio una palmada en el hombro—. Debemos ser fuertes por Keton.

Sí, todavía quedaba Keton. Mi hermano menor volvió a casa un mes después de la tregua. Llegó en un carromato cuyas ruedas crujían sobre el camino de tierra. Con las piernas estiradas, el pelo corto y tan delgado que apenas era reconocible. Pero lo que más me sorprendió fueron los fantasmas que habitaban en sus ojos, los mismos ojos que en su día brillaban al gastar bromas y hacer travesuras.

—¡Keton! —exclamé.

Fui corriendo hacia él con los brazos abiertos y llorando de alegría. Entonces me di cuenta de por qué yacía apoyado en sacos de arroz y harina.

La tristeza me inundó la garganta. Mi hermano no podía caminar.

Me subí al carromato y lo rodeé con los brazos. Keton me abrazó, pero el vacío de sus ojos era evidente.

La guerra nos había arrebatado muchas cosas. Demasiadas. Pensaba que se me había endurecido suficientemente el corazón tras la muerte de Finlei y Sendo, que podría ser fuerte por Baba. Pero parte de mí se desgarró el día que regresó Keton.

Fui corriendo a mi habitación y me acurruqué apoyada en la pared. Cosí hasta que me sangraron los dedos y el dolor engulló los sollozos que estaban destruyéndome. Pero a la mañana siguiente me había recuperado. Tenía que cuidar de Baba. Y ahora también de Keton.

Cinco inviernos y había crecido sin darme cuenta. Ya era tan alta como Keton y tenía el pelo liso y negro como mi madre. Otras familias con chicas de mi edad contrataban a casamenteros para que les encontraran marido. La mía también lo habría hecho si Mama estuviera viva y Baba siguiera siendo un sastre próspero, pero esos tiempos habían quedado atrás.

Cuando llegó la primavera, el emperador anunció que tomaría por esposa a lady Sarnai, la hija del shansen. La guerra más sangrienta de A'landi acabaría con una boda entre el emperador Khanujin y la hija de su enemigo. Baba y yo no estábamos con ánimo para celebrarlo.

Aun así, era una buena noticia. La paz dependía de la armonía entre el emperador y el shansen. Yo tenía la esperanza de que una boda real aplacara sus desavenencias y trajera más visitantes a la Gran Ruta de las Especias.

Aquel día, envié el mayor pedido de seda que podíamos permitirnos. Fue una compra arriesgada, pero me sentía optimista. Necesitábamos clientes para mejorar la situación antes de la llegada del invierno.

Mi sueño de convertirme en sastre del emperador había quedado relegado a un recuerdo lejano. Ahora, nuestra única fuente de ingresos era mi habilidad con la aguja. Acepté que me quedaría para siempre en Puerto Kamalan, resignada a mi rincón en el taller de Baba.

Pero me equivocaba.

CAPÍTULO 2

Una colcha de densas nubes grises recorrió el cielo, con sus costuras tan prietas que apenas veía la luz que brillaba detrás. Era un día plomizo, extraño para comienzos de verano, pero no llovió, así que continué con mi rutina matinal.

Llevaba una escalera debajo del brazo y me subí a ella para examinar las moreras que crecían en nuestro pequeño patio. Gusanos de seda blancos y larguiruchos se alimentaban de las hojas, pero aquel día no había capullos que recoger. Mis pequeños gusanos no producían gran cosa durante el verano, así que no me preocupaba demasiado que la cesta estuviera vacía.

Durante la guerra, la seda era demasiado cara y nuestro taller no producía suficiente para venderla, así que el negocio había consistido mayoritariamente en lino y cáñamo. Trabajar con aquellas telas bastas había mantenido mis dedos ligeros y mi arte vivo. Pero ahora que había acabado la contienda, tendríamos que volver a trabajar más con seda, y esperaba que mi pedido llegara pronto.

—Baba, voy al mercado —le dije—. ¿Quieres algo?

No hubo respuesta. Probablemente seguía durmiendo. Desde el regreso de Keton se quedaba rezando hasta tarde en el altar de la familia.

Nuestro pequeño mercado estaba más concurrido que nunca y los vendedores ambulantes no bajaban los precios. Me tomé mi tiempo para intentar evitar a cierta persona de camino a casa. Pero, como me temía, Calu estaba allí.

—Déjame ayudarte con eso —dijo, alargando el brazo hacia la cesta.

—No necesito ayuda.

Calu agarró el asa y tiró de ella.

—¿Quieres dejar de ser tan testaruda, Maia?

—¡Ten cuidado! ¡Lo vas a tirar todo!

En cuanto Calu cedió un poco, le arrebaté la cesta y entré corriendo en el taller. Luego cerré la puerta y saqué los productos que había comprado: fardos de lino y muselina, pequeñas libretas para hacer bocetos, unas cuantas naranjas, una bolsa de melocotones amarillo-rosados que me habían regalado unos vecinos, ojos de salmón (los favoritos de Baba), huevas de atún y un saco pequeño de arroz.

Me entretuve tanto manteniendo a raya a Calu que no había visto el carruaje aparcado al otro lado de la calle ni al hombre que esperaba en el taller.

Era corpulento y proyectaba una sombra alargada. Al observar su atuendo me fijé en el botón de latón que le faltaba en el abrigo de brillante seda azul. Solía prestar más atención a la ropa de la gente que a su cara.

Enderecé los hombros.

—Buenos días, señor —dije, pero él no tenía prisa en saludarme. Estaba demasiado ocupado mirando el taller con desdén y me ruboricé.

Detrás del mostrador había tela esparcida por el suelo y del estante para teñir colgaba una tira de algodón. Habíamos descartado cualquier ayuda externa hacía años y no teníamos dinero para contratar personal de limpieza. Yo ya no veía las telas de araña en las esquinas ni las flores de melocotón que el viento

había metido por debajo de la puerta.

Finalmente, el hombre desvió su mirada hacia mí. Me aparté el pelo de los ojos y me eché la trenza por detrás del hombro para intentar estar más presentable. Después hice una reverencia, como si mis buenos modales pudieran compensar las deficiencias del taller. Volví a intentarlo.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre se acercó al mostrador. En la faja llevaba un gran colgante de jade con forma de abanico y una borla roja gigantesca hecha de cordeles de seda.

Era un funcionario imperial, pero no llevaba la típica guerrera gris y azul marino que lucía la mayoría. No, era un eunuco.

¿Qué hacía allí un eunuco de Su Majestad?

Miré fijamente aquellos ojos abultados y la barba bien perfilada, que no lograba ocultar la desdeñosa mueca de sus labios.

El hombre levantó la barbilla.

—Eres la hija de Kalsang Tamarin.

Asentí. Tenía sudor en las mejillas después de haber estado en el mercado y el aroma de las naranjas que había comprado hizo que me rugiera con fuerza el estómago.

El eunuco arrugó la nariz y dijo:

—Su Majestad, el emperador Khanujin, reclama la presencia de tu padre en el Palacio de Verano.

Sorprendida, dejé caer la cesta al suelo.

—Mi... mi padre se siente muy honrado. ¿Qué desea de él Su Majestad Imperial?

El funcionario se aclaró la garganta.

—Tus familiares han ejercido de sastres de la corte durante muchas generaciones. Necesitamos los servicios de tu padre. Lord Tainak lo ha recomendado encarecidamente.

Se me aceleró el corazón e intenté recordar el vestido que le había hecho a lady Tainak. Sí, consistía en una chaqueta y una falda de la mejor seda con grullas y magnolias pintadas a mano. El pedido

nos había venido muy bien durante el invierno y yo había racionado concienzudamente el pago para que pudiéramos comer durante semanas.

No necesitaba conocer los detalles para saber que aquel trabajo salvaría a mi familia. Mi sueño de coser para el emperador, olvidado desde hacía tanto tiempo, volvía a borbotear en mi interior.

—Ah, el vestido de lady Tainak —dije, mordiéndome la lengua antes de decir que era yo quien lo había hecho y no Baba. Era incapaz de contener el entusiasmo y la curiosidad—. ¿Qué clase de servicios requiere Su Majestad de mi padre?

El eunuco frunció el ceño ante mi osadía.

—¿Dónde está?

—Señor, mi padre se encuentra indispuesto, pero será un placer trasladarle las instrucciones de Su Majestad.

—En ese caso, hablaré con tu hermano.

Decidí hacer caso omiso de aquel insulto.

—Mi hermano ha vuelto recientemente de combatir en la Guerra de los Cinco Inviernos. Está descansando.

El eunuco se apoyó las manos en las caderas.

—Dile a tu padre que venga, chica, antes de que pierda la paciencia e informe de que ha ignorado insolentemente una citación del emperador.

Fruncí los labios, hice una rápida reverencia y fui corriendo a buscar a Baba. Como de costumbre, estaba arrodillado con sus finas varas de incienso en el pequeño altar situado junto al hornillo de la cocina, e hizo tres reverencias, una a cada una de las tres tallas de madera de Amana, la diosa madre.

Mama había pintado las estatuas de Amana cuando yo era niña. La había ayudado a diseñar los vestidos divinos de la diosa: uno del sol, uno de la luna y uno de las estrellas. Aquellas estatuas eran de las pocas pertenencias que conservábamos de Mama y Baba les rezaba cada día hasta altas horas de la noche. Nunca hablaba de Mama, pero yo sabía que la echaba muchísimo de menos.

No quería interrumpir su oración, pero no tenía alternativa.

—Baba —le dije, tirando de sus frágiles hombros—, ha venido a verte un funcionario imperial.

Acompañé a mi padre al taller. Estaba tan débil que se apoyó en mi brazo. Aduciendo que no tenía las piernas rotas, se negaba a utilizar bastón.

—Maestro Tamarin —dijo el eunuco con rigidez. La apariencia de Baba no le impresionó, y se notaba—. Su Majestad necesita un sastre. Me han ordenado que lo lleve al Palacio de Verano.

Intentando no morderme el labio, agaché la cabeza. En su estado, Baba no podría emprender ese viaje al Palacio de Verano. Me puse nerviosa, pues ya sabía lo que Baba iba a decir.

—Pese a lo mucho que me honra su presencia, no puedo ir.

Vi que el eunuco levantaba la barbilla con una expresión mezcla de incredulidad y desdén. Guardé silencio, consciente de que no debía interferir, pero mi agitación iba a más. No podíamos dejar pasar aquella oportunidad.

—Yo sí que puedo —dije justo cuando el enviado del emperador se disponía a hablar—. Conozco la profesión de mi padre. Fui yo quien tejió el vestido de lady Tainak.

Baba se volvió hacia mí.

—¡Maia!

—Sé coser —insistí—. Mejor que nadie. —Di un paso hacia la estantería de tintes. Encima había rollos con suntuosos bordados en los que había estado trabajando durante semanas y meses—. Mire mi trabajo...

Baba negó con la cabeza para indicarme que parara.

—Las instrucciones de Su Majestad Imperial fueron claras —respondió el eunuco con un resoplido—. Llevar al maestro costurero de la familia Tamarin al Palacio de Verano. Una chica no puede ser maestra.

Baba, que estaba a mi lado, cerró los puños.

—¿Y quién es usted para decir quién es un maestro de mi

profesión?

El eunuco hinchó el pecho.

—Soy Lorsa, del Ministerio de Cultura de Su Majestad Imperial.

—¿Y desde cuándo ejercen los ministros de mensajeros?

—Tiene usted un concepto demasiado elevado de sí mismo, maestro Tamarin —replicó Lorsa con frialdad—. Solo he acudido a usted porque el maestro Dingmar de Gangsun está enfermo. Puede que su trabajo fuese elogiado en su época, pero los años que ha perdido con la cerveza y el vino han mancillado el buen nombre de su familia. Si no fuera por la recomendación de lord Tainak, yo no estaría aquí.

No podía soportarlo más.

—No tiene derecho a hablarle así.

—Maia, Maia. —Baba me apoyó una mano en el hombro—. Hay arreglos que hacer en la trastienda.

Era su manera de pedirme que me fuera. Apreté los dientes y me di la vuelta, pero lancé una mirada fulminante al mensajero del emperador y caminé lo más lento que pude.

—Mi carruaje le esperará en la calle Yanamer —dijo Lorsa—. Si usted o su hijo no están allí mañana por la mañana, me veré obligado a transmitir esta generosa oferta a otro. Tengo mis dudas de que su humilde taller sobreviva a la vergüenza de fallarle a nuestro emperador.

Entonces se dio la vuelta y se fue.

—Baba —dije, corriendo hacia él en cuanto se cerró la puerta del taller—, no puedes ir.

—Es imposible ignorar la orden del emperador.

—Es una invitación —dije—, no una orden.

—Lo expresan así, pero sé lo que pasará si la ignoró. —Baba suspiró—. Se correrá la voz de que no atendí la llamada del emperador. Nadie vendrá al taller y lo perderemos todo.

Tenía razón. No era solo una cuestión de dinero u honor; era una invitación obligatoria, como si te reclutaban para luchar en la Guerra

de los Cinco Inviernos.

—Ahora que ha terminado la guerra —dijo Baba—, el emperador necesita demostrar al resto del mundo que A'landi es grande. Lo hará contratando a los mejores músicos, sastres y pintores. No escatimará en gastos. Es un honor ser invitado, un honor que no puedo rechazar.

No dije nada. Baba no estaba en condiciones de viajar al palacio, y menos aún de convertirse en el nuevo sastre del emperador. Y Keton... Keton no podía tejer las costuras más básicas, por no hablar de prendas dignas de la corte imperial.

¿Y yo? Sabía que podía hacerlo. Quería ser el sastre imperial.

Fui a mi habitación y limpié las manchas del espejo con la manga para verme con claridad y honestidad.

Baba siempre me decía que me parecía a Mama, no a él. Yo nunca lo creí. Me miré la nariz recta, los grandes ojos redondos y los labios carnosos. Sí, eran de Mama. Pero Mama era la mujer más hermosa que había visto nunca, y yo, en cambio... Me había criado en una casa llena de hombres y ni siquiera sabía comportarme como una chica.

Finlei bromeaba con que, desde atrás, era un calco de Keton, flacucha como un niño. Las pecas en la cara y los brazos tampoco ayudaban. Se suponía que las chicas debían ser delicadas y pálidas. Aunque, quizá, y solo quizá, todo eso jugaría a mi favor.

No sabía cantar ni recitar poesía. No sabía bailar. No tenía elegancia ni encanto y no entendía de artimañas. Pero sabía coser. Vaya si sabía.

Tenía que ser yo.

Cuando Baba volvió a rezar, hundí el dedo en el carbón de la chimenea y me lo froté por las cejas. Junto a la mesa de trabajo tenía unas tijeras. Las cogí, pero dudé. Nunca me temblaban las manos cuando cortaba tela; podía trazar una línea recta con los ojos cerrados. Entonces, ¿por qué temblaba ahora?

Me toqué las puntas del cabello, que me llegaba por debajo de la

cintura cuando lo cepillaba. Desaté los lazos y deshice las trenzas. Los rizos me cayeron por la espalda y me hicieron cosquillas en la columna.

Bajé la mano y, con ella, las tijeras. Lo que pretendía hacer era una locura. Debía ser racional, sopesar las consecuencias. Pero solo oía al ministro Lorsa y a Baba diciéndome que no podía ir.

Toda mi vida me habían dicho lo que no podía hacer porque era una chica. Aquella era mi oportunidad para averiguarlo. Solo podía aprovecharla.

Solté un poco el mango de las tijeras y apoyé las hojas en la nuca. Con un movimiento rápido, me corté el pelo a la altura de los hombros. Los mechones me cayeron por la espalda y formaron un charco de satén negro, que una brisa que entraba por una ventana abierta arrastró como si fueran hojas.

Dejaron de temblarme las manos y me recogí el pelo como hacían Keton y todos los chicos de su edad. Entonces me invadió una extraña sensación de calma, como si, además del pelo, hubiera cortado mis miedos. Sabía que no era cierto, pero era demasiado tarde para dejarse dominar por el pánico. Ahora necesitaba ropa adecuada.

Llevé una bandeja con sopa de melón de invierno y pescado hervido a la cama de Keton, que antes compartía habitación con Finlei y Sendo. En aquel momento, la casa parecía pequeña, ahora resultaba demasiado grande. La mitad de mi dormitorio era un almacén de telas, cuentas y tintes, y ahora Keton tenía toda la habitación para él.

Mi hermano estaba durmiendo y al roncar hacía muecas con la boca. Nos había dicho que no sentía dolor aunque tuviera las piernas rotas.

—¿Cómo voy a sentir dolor si no me noto las piernas? — bromeaba.

Le dejé la cena y le subí la manta hasta los hombros. Luego saqué unos pantalones del cajón, me los colgué del brazo y salí de

puntillas.

—Maia.

Keton se incorporó y me di la vuelta.

—Creía que estabas durmiendo.

—Pues creías mal.

Mi hermano volvió a apoyar la cabeza en la almohada y me senté al borde de la cama.

—¿Tienes hambre? Te he traído la cena.

—Me has robado la ropa —comentó señalando con la cabeza las prendas que llevaba en el brazo—. ¿De qué va esto?

Me situé a la sombra para que no pudiera verme el pelo y fruncí los labios.

—Antes ha venido un funcionario al taller. Quiere que Baba vaya al Palacio de Verano para hacer ropa para el emperador Khanujin.

Keton cerró los ojos. La guerra había disipado la rebeldía de mi hermano pequeño y, aunque tenía diecinueve años, parecía varias décadas mayor.

—Hace años que Baba no cose. No puede ir.

—No lo hará —respondí—. Iré yo.

Keton se incorporó apoyándose en las manos.

—¡Por el aliento del demonio, Maia! ¿Estás loca? No puedes...

—No quiero oírlo.

—No puedes ir —zanjó mi hermano elevando el tono de voz—. Eres una chica.

—Ya no. —Me toqué el pelo y apreté los dientes—. Estoy cansada de que me digan que no soy digna.

—No es solo cuestión de ser digno —dijo Keton, que tosió y se tapó la boca con el antebrazo—. Es por tradición. Además, no querrían que una chica le tomara medidas al emperador.

Aunque intenté evitarlo, acabé sonrojándome.

—Me haré pasar por ti, Keton Tamarin.

—Baba jamás aprobaría esto.

—Baba no tiene por qué saberlo.

Keton negó con la cabeza.

—Y yo que te tenía por la obediente... —Se recostó y soltó un suspiro de resignación—. Es peligroso.

—Keton, por favor. Tengo que hacerlo. Por nosotros. Por...

—Precisamente por eso no deberías ir —interrumpió mi hermano—. No intentes convencerme. Si quieres comportarte como un chico, no puedes pensar como una chica. No mires tanto al suelo. Cuando hables con un hombre, mírale a los ojos y no titubees nunca.

Levanté la cabeza inmediatamente.

—¡No intento convencerte! Y no titubeo siempre. —Luego bajé de nuevo la mirada y Keton soltó un gruñido—. ¡Lo siento! No puedo evitarlo. Es la costumbre.

—No podrás hacerte pasar por un chico —dijo—. Te muerdes los labios y miras al suelo. Y, cuando no estás mirando al suelo, estás mirando al cielo.

Levanté la cabeza con aire de indignación.

—¡No es verdad!

—Sigue así —dijo Keton—. Grita más. Los chicos son malhumorados y arrogantes. Les gusta ser los mejores en todo.

—Creo que eso solo te pasa a ti, Keton.

—Ojalá tuviera tiempo para entrenarte.

—Me crie con vosotros tres. Sé cómo son los chicos.

—¿Ah, sí? —Keton frunció el ceño—. Eres una chica de pueblo, Maia. No tienes experiencia en cómo funciona el mundo. Te has pasado la vida tejiendo en un rincón del taller.

—Y ahora me pasaré el día tejiendo en un rincón del palacio.

Keton hizo una mueca, como si acabara de corroborar su argumento.

—Tú intenta no hablar demasiado. No llames la atención. —Se recostó con las manos detrás de la cabeza—. La gente verá lo que quiera ver.

La triste sabiduría que irradiaba su voz me recordó a Baba.

—¿A qué te refieres?

—Exactamente a eso —dijo—. Coses mejor que nadie en este mundo. Concéntrate en eso, no en si eres chica o chico. —Se apoyó en los codos y me observó—. Finlei tenía razón. De espaldas pareces un chico. Y con esas pecas, no estás pálida como la mayoría de las niñas... Baba te deja pasar demasiado tiempo al sol.

—Alguien tiene que recoger los gusanos de seda —contesté irritada.

—Tampoco tienes muchas curvas. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Y tu voz no es muy melodiosa. Nunca se te ha dado bien la música.

Estuve a punto de arrojarle su ropa por el insulto.

—No tengo intención de ser concubina.

Keton chasqueó la lengua.

—No arrugues tanto la nariz e intenta no sonreír.

—¿Así? —pregunté, imitando la mueca que él hacía al dormir.

—Mejor. —Volvió a tumbarse con una sonrisa en los labios, pero desapareció tan pronto como había aparecido—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Si se entera el emperador... Si se entera alguien...

—Me matarán —concluí por él—. Ya lo sé.

Pero era la mejor manera de cuidar de mi familia, la posibilidad de convertirme en un sastre de verdad, en el mejor sastre de A'landi.

—Ganaré mucho dinero —dije con firmeza—. Lo enviaré todo a casa. Además... —Conseguí esbozar una sonrisa—. Ya me he cortado el pelo.

Keton suspiró.

—No puedo creerme que vaya a decir esto, pero ten cuidado.

—Lo haré.

—Cuando vuelvas espero oír muchas historias sobre las chicas de la corte —dijo mi hermano con ligereza—. Y sobre el emperador Khanujin. —Se puso tenso—. A lo mejor incluso ves al shansen.

—Te lo prometo —dije en voz baja—. Volveré cargada de historias.

Observé el bastón que le había regalado cuando volvió hacía un mes. No lo había tocado jamás. ¿Cómo iba a utilizarlo si apenas podía mover las piernas?

—Cógelo —dijo, mirándome fijamente.

La madera era basta y se me clavaba en la mano, lo cual era bueno. Un poco de dolor me recordaría que debía estar en guardia.

—¿Me prometes que intentarás caminar? —le pregunté—. Un poco cada día.

—Daré un paso por cada día que estés fuera.

Aquello bastó para consolidar mi decisión. Besé a mi hermano en la frente.

—Entonces espero estar fuera mucho tiempo.

Mientras Baba dormía, Keton me instruyó en el comportamiento de los chicos: cómo reírme desde el fondo del estómago, cómo gruñir de satisfacción después de una buena comida y cómo hacer muecas después de beber una copa de vino fuerte. Me enseñó a no pedir disculpas por eructar, a no esconderme cuando me tirara una ventosidad y a escupir cuando alguien osara insultar mi honor.

Por último, cuando estuvo demasiado exhausto para proseguir con la clase, fui a mi habitación y, caminando de un lado a otro, pensé en todo lo que podía salir mal.

«Si me descubren, me matarán.

Pero Keton y Baba necesitan que lo haga».

En el fondo sabía que yo también lo necesitaba. Si me quedaba allí, acabaría siendo la mujer de Calu, la mujer de un panadero, y a mis dedos se les olvidaría coser.

Así que, sin más titubeos, empaqueté todo lo necesario: una muda de ropa de Keton; mis mejores hilos, punzones y agujas; mis cintas de bordado y el alfiletero; tiza, pinceles, botes de pintura, cuadernos de bocetos y plumas.

El sol tenía prisa por salir, o eso parecía. La luz inundó el manto

de estrellas que tenía sobre mí y vi la mañana arrastrarse sobre el mar hasta que tocó mi calle y mi casa.

Estaba preparada y llevaba todas mis pertenencias en un fardo que me colgué del hombro. Al dirigirme a la puerta caminaba con confianza, igual que hizo Keton en su día, cojeando para completar la caracterización y apoyándome en el bastón.

—Espera —carraspeó Baba desde atrás—. Espera.

El sentimiento de culpa me inundó el pecho.

—Lo siento, Baba.

Mi padre negó con la cabeza.

—Me lo esperaba. Siempre has sido la más fuerte.

—No —respondí en voz baja—. Los fuertes eran Finlei y Sendo.

—Finlei era valiente y Sendo a su manera también. Pero tú, Maia, eres fuerte. Como tu madre. Nos mantienes unidos.

Me temblaban las rodillas.

—Baba...

Agarró el lateral de la puerta y extendió el brazo. En la mano llevaba lo que parecía un fardo de tela.

—Coge esto.

La seda era tan fina que me pareció que iba a deshacerse al tocarla. Desaté el cordón dorado y dentro había...

Unas tijeras.

Miré confusa a mi padre.

—Eran de tu abuela —dijo Baba, que volvió a guardar las tijeras como si el mero hecho de verlas le hiciera daño—. A mí nunca me han hablado. Estaban esperándote a ti.

—¿Qué...?

Baba silenció mis preguntas.

—Lo sabrás cuando las necesites.

Abrí la boca con la intención de pedirle que cuidara de Keton y de sí mismo, pero Finlei y Sendo habían pronunciado aquellas palabras al irse y no habían vuelto, así que no dije nada y asentí.

—Maia —dijo Baba apoyando su mano en mi hombro. Había una

luz en sus ojos que no había visto en años—. Ten cuidado. El palacio... será peligroso.

—Tendré cuidado, Baba. Te lo prometo.

—Vete, pues. Demuéstrales lo que sabes hacer.

Me apoyé en el bastón y fui hacia el carruaje arrastrando la pierna derecha.

El sol ya brillaba, pero no tenía ninguna mano libre para taparme la cara. Arrugué las facciones y Lorsa gruñó al verme.

—¿Keton Tamarin? —dijo mirándome de arriba abajo—. Tú y tu hermana os parecéis mucho.

Todo mi cuerpo se retorció como una cuerda mal enrollada y forcé una risotada viril que más bien parecía un acceso de tos.

—Espero que solo tengamos eso en común. Al fin y al cabo, ella no sabe coser y yo sí.

El eunuco asintió con desgana y luego lanzó a Baba una bolsa de jens.

—Sube —me dijo.

Keton tenía razón. La gente solo veía lo que quería ver.

Después miré por última vez a Baba y a la ventana de Keton y me monté en el carruaje sin saber qué me aguardaba, tan solo que debía triunfar costara lo que costara.

CAPÍTULO 3

El trayecto en carruaje desde Puerto Kamalan hasta el Palacio de Verano se prolongaría cinco días. Me decepcionó que no tuviéramos que ir en barco, porque, a pesar de haberme criado en una ciudad portuaria, nunca había viajado en uno. Tampoco había montado nunca en carruaje, al menos en un viaje tan largo. Me dolían las piernas y la espalda de pasar tanto tiempo sentada, pero no me atreví a protestar. Estaba demasiado entusiasmada. Y ansiosa.

¿Sería lo bastante buena para tejer para la corte imperial? ¿Y vería al emperador Khanujin en el Palacio de Verano? Si había de convertirme en su sastre, tendría que verlo. No sabía qué pensar al respecto.

Tampoco sabía demasiado sobre mi soberano. Nació en el año del dragón, igual que Finlei, lo cual significaba que tenía veintitrés años. Contaban que durante la Guerra de los Cinco Inviernos había sido un guerrero feroz, que podía ganarse la lealtad de un hombre con un simple movimiento de cabeza y que era tan guapo que incluso el sol brillaba menos que él. Que todos los que lo veían lo adoraban.

Pero me preguntaba si eran solo historias.

Si el emperador fuera tan maravilloso, no habría llevado a A'landi

a la guerra, ni siquiera para evitar que el país se dividiera en dos, ni siquiera para salvar su trono del traicionero shansen.

Un buen emperador no me habría separado de mis hermanos.

Me hundí los dedos en el regazo y la presión me hizo encogerme. El dolor impedía que me desmoronara, como quería hacer siempre que recordaba el precio que había pagado mi familia por culpa de la guerra.

«Los chicos no lloran», me dije. Luego me volví hacia la ventana y me sequé la nariz con el dorso de la mano.

Intenté concentrarme en otras cosas. Estar ociosa siempre me provocaba ansiedad, así que me entretuve tejiendo un jersey. Fui rápida y, cuando terminé, desenredé la madeja y tejí otro. Después practiqué el bordado con un trozo de algodón.

El ministro Lorsa no respondió a las pocas preguntas que me atreví a formular y tampoco entablaba conversación. Dormía como un oso y olía dos veces peor. Cada vez que comía eructaba, así que me pasé casi todo el viaje sacando la cabeza por la ventana y saboreando los cambiantes olores del terreno de A'landi mientras tejía.

El quinto día pude ver el Palacio de Verano a lo lejos. Desde nuestra posición era del tamaño de la uña de mi dedo y se encontraba en un extenso valle junto al río Jingan, entre las montañas Cantarinas. Había oído historias de su majestuosidad — sus tejados dorados, sus columnas de color bermellón y sus paredes de marfil— y temblé de emoción, contemplándolo a medida que se volvía más grande y real para mí.

Sobre nosotros planeaba un halcón de color negro, excepto por la punta de las alas, que parecían cubiertas de nieve. En las garras relucía algo dorado, una anilla o un brazalete.

—Qué pájaro más raro. ¿Será del emperador? Con ese grillete debe de serlo. ¿Qué hace tan lejos del bosque? —Mi voz despertó a Lorsa, que frunció el ceño—. Mire —dije señalando por la ventana—. Un halcón.

—Un incordio —farfulló cuando el halcón soltó un gañido—. Maldito pájaro.

El halcón descendió y extendió sus grandes alas al situarse junto al carruaje. Estaba tan cerca que podía verle los ojos. Eran amarillos y sumamente inteligentes, y me miró fijamente, como si estuviera estudiando mis rasgos y marcándome.

Yo también lo miré. Su expresión era casi humana. Hipnotizada, extendí la mano para acariciarle el cuello. Con un movimiento repentino, el halcón se elevó de nuevo y desapareció detrás de un árbol en los terrenos del palacio.

El carruaje nos dejó a los pies de una colina. Una suave brisa mecía las vides de glicina y perfumaba el aire en torno a los ochenta y ocho escalones que conducían a la entrada de servicio. El ascenso, según averigüé más tarde, era una manera de ponernos en nuestro sitio y recordarnos que estábamos muy por debajo del emperador Khanujin, el Hijo del Cielo.

Estiré las piernas y solté un leve gemido al notar las pantorrillas rígidas después de tanto tiempo sentada.

—No hay nadie para ayudarte a subir los escalones —dijo Lorsa con una sonrisa de suficiencia.

No entendí a qué se refería hasta que recordé que llevaba el bastón de Keton.

—Ah, no os preocupéis por mí.

Lorsa desde luego no se preocupaba. Subió los escalones a todo correr y quedé rezagada.

Salí detrás de él. Aunque me dolían los hombros de cargar con mis pertenencias y las piernas se me retorcían, pues no sabía utilizar el bastón de Keton, no me paré a descansar.

Allí era donde todo comenzaría, donde restituiría el honor del apellido de mi familia, donde demostraría que una chica podía ser el mejor sastre de A'landi.

El Palacio de Verano era un laberinto de pabellones con techos dorados, serpenteantes caminos adoquinados y hermosos jardines. Había flores en todos los tonos de rosa y púrpura alrededor de las cuales revoloteaban las mariposas.

Allá donde mirara había hombres con guerreras gris y azul marino y barbas negras, largas y tupidas. Eran sirvientes y funcionarios de bajo rango que caminaban ligeramente encorvados, como si fueran a hacer una reverencia en cualquier momento. Los eunucos, en cambio, iban vestidos de azul chillón, tenían la espalda recta como una aguja y llevaban abanicos cerrados en la mano. Algunos me dieron la bienvenida con una amable sonrisa hasta que Lorsa los miró con cara de pocos amigos, pero eso bastó para que respirara con más facilidad. Quizá no todos los ocupantes del palacio eran tan desagradables como Lorsa.

Pasó por allí una doncella que llevaba una bandeja de galletas de almendra y pasteles de castaña humeantes, y mi estómago gruñó mientras seguía a Lorsa por el angosto sendero. Allí, los edificios estaban más juntos y los árboles y arbustos un poco menos cuidados. Habíamos llegado a los aposentos de los sirvientes.

Lorsa parecía impaciente cuando por fin le di alcance delante de un amplio pasaje abovedado.

—Este es el Salón de la Diligencia Suprema —anunció—, donde trabajarás.

Entré cojeando, saludada por estatuas a tamaño natural de los Tres Grandes Sabios, los legendarios eruditos de A'landi. El suelo era frío como la porcelana y en las paredes colgaban pergaminos pintados, la mayoría con los aforismos preferidos de Su Majestad Imperial y otros con peonías, siluros y grullas. Las ventanas con rejas dejaban entrar los sonidos de los pájaros desde el exterior. No había halcones, pero sí muchas alondras y tordos pese a que se acercaba el anochecer.

Nunca había estado en una sala tan espaciosa. Era al menos diez veces más grande que la cocina del padre de Calu y tres veces

más que el templo de Puerto Kamalan. En una esquina había rucas y doce mesas, todas ellas equipadas con telares, bastidores de bordado y una cesta llena de hilos, agujas y alfileres. Los puestos de trabajo estaban separados por biombos de madera plegables con ganchos para colgar ropa.

Ya había once sastres sentados a sus puestos y se me quedaron mirando y susurraron entre ellos.

Yo agaché la cabeza, pero finalmente levanté la barbilla y fruncí el ceño.

—¿Ellos también son sastres imperiales? —pregunté a Lorsa, renqueando detrás de él lo más rápido que podía.

—Solo habrá uno. —El eunuco siguió caminando hasta el otro lado de la sala, la zona con menos luz natural, y señaló una mesa—. Este será tu puesto hasta que te echen.

¿Echarme?

—Lo siento, señor. Estoy confuso.

Lorsa me miró fijamente.

—No creerías que eras el único sastre al que ha hecho llamar Su Majestad, ¿verdad?

—Por... por supuesto que no —tartamudeé.

—Tampoco pensarías que Su Majestad iba a contratar a un sastre sin ponerlo a prueba antes...

Entonces reparé en mi error. Qué ingenua había sido al creer que me habían elegido, que sería tan fácil salvar el honor de mi familia.

No, no. No era así en absoluto.

Competiría por el puesto. ¡Aquellos once sastres serían mis rivales!

Reuní coraje y los miré. Todos lucían sus mejores galas. Vi detalles de jade y perlas, abrigos de terciopelo, pañuelos brocados con borlas de seda y cinturones con incrustaciones de oro. Y, de repente, comprendí por qué me miraban fijamente. No era porque cojeara o porque fuera la más joven con diferencia.

¡Era la peor vestida! El tinte de mi camisa se había desgastado, al igual que la tela, y llevaba los bajos de los pantalones por los tobillos y unas mangas demasiado largas.

¿Qué clase de sastre era incapaz de hacerse un dobladillo y una camisa de su talla?

Me ruboricé y agaché la cabeza avergonzada, deseando haber modificado la ropa de Keton en el carruaje en lugar de haber tejido un jersey absurdo.

Dejé la cesta y el morral encima de la mesa y empecé a sacar mis pertenencias. Procurando que lo oyera, el sastre sentado delante de mí le dijo a su vecino:

—Cien jens a que es el primero en marcharse.

Ambos se rieron disimuladamente.

—¿Y por qué iba a apostar contra eso?

Me ruboricé aún más y les lancé una mirada fulminante. Luego me remangué, me senté en la silla y miré a Lorsa.

—Ahora que por fin estáis los doce —anunció el ministro—, podemos comenzar con la prueba. Solo el mejor sastre de A'landi es invitado a trabajar para la familia imperial. El maestro Huan ocupó el puesto durante treinta años, pero su reciente fallecimiento lo ha dejado vacante. Su Majestad Imperial, en su infinita sabiduría y gloria, ha invitado a sastres de todo A'landi a competir por este gran honor.

»Muchos ya habéis sido sastres de la corte, pero el sastre imperial es uno de los sirvientes más apreciados y privilegiados de Su Majestad. Es un cargo vitalicio que brinda mucha prosperidad a quien lo merezca.

»De los sastres aquí presentes, solo uno ocupará el puesto en el servicio de Su Majestad Imperial y empezará a trabajar para lady Sarnai inmediatamente.

¿Lady Sarnai? Eso no tenía ningún sentido.

—Pensaba que el puesto era para Su Majestad —dije.

—Me ha parecido oírte murmurar algo, Keton Tamarin —

respondió Lorsa mirándome con sus ojos pequeños y brillantes.

Yo apreté los labios. Por un peligroso momento olvidé hablar como mi hermano. ¿Lo habría notado?

—Habla si tienes algo que decir.

—Um... —De repente se me secó la boca. Me aclaré la garganta y eché mano de mi voz más profunda y masculina—. Señor, yo tenía la impresión de que el puesto era el de sastre del emperador Khanujin.

—Tu trabajo es complacer al emperador —precisó el eunuco—, que desea que el nuevo sastre imperial abastezca el ropero de lady Sarnai.

Agaché la cabeza, pero antes vi a los sastres que tenía delante intercambiando miradas.

—Entendido, señor.

Mi pregunta había causado inquietud a los demás. No todo el mundo se sentía cómodo con la idea de servir a la hija del shansen, sobre todo cuando la guerra había terminado recientemente.

El ministro Lorsa prosiguió.

—Una vez que se haya elegido al nuevo sastre imperial, su primera tarea será crear el vestido de novia de lady Sarnai, así que es de una importancia crucial que vuestros diseños durante la prueba complazcan tanto a ella como a Su Majestad.

»Empezaremos con una tarea sencilla. Puesto que lady Sarnai viene del Norte, donde hace mucho más frío, cuenta con pocas prendas adecuadas para el clima templado del Palacio de Verano. Su Majestad desea que tenga un chal apropiado para las suaves brisas nocturnas.

¿Un chal? ¿Cómo iba a determinar lady Sarnai las habilidades de un sastre por un chal?

—Os han asignado a cada uno un rollo de seda blanca. Podéis cortarla como juzguéis oportuno. El sello de Su Majestad Imperial está impreso en cada esquina de la tela y los cuatro deben estar presentes en vuestro diseño. Para este desafío solo podéis utilizar

los tintes, los hilos y las cintas que contienen los armarios de material. No se permitirá ninguna ayuda externa para los sastres. Tened vuestras piezas preparadas para inspección mañana por la mañana.

¿Mañana? Miré a mi alrededor y vi que todos los sastres erguían la espalda. Sin duda, estaban tan sorprendidos como yo, pero nadie se atrevió a decir nada, así que yo también guardé silencio.

—Lady Sarnai llegará por la mañana para decidir qué sastres son invitados a participar en la siguiente ronda de la prueba —añadió Lorsa—. No olvidéis que el título de shansen es hereditario, igual que el de emperador, parte de un linaje ininterrumpido de líderes militares de A'landi. Os dirigiréis a lady Sarnai como Su Alteza, ¿entendido? —El ministro esperó a que murmuráramos afirmativamente—. Bien. Que los Sabios os inspiren para crear algo digno de ella.

No se oyó un gong ni una campana, pero, en mi cabeza, sus palabras sonaron a libertad. Me levanté y cogí el rollo de tela y mi cuaderno de bocetos. Los otros sastres ya estaban diseñando frenéticamente, pero yo no tenía ni idea de qué hacer para el chal de lady Sarnai.

Estar rodeada de once hombres sudorosos y extremadamente competitivos no iba a inspirarme, así que cogí material del armario y abandoné el Salón de la Diligencia Suprema para buscar mi camino.

CAPÍTULO 4

Mi nuevo hogar era una habitación estrecha en forma de ele y amueblada con un camastro y una mesa de tres patas que apenas ofrecía estabilidad para sostener una vela. Había también una pequeña vasija de bronce con incienso para la oración, una lámpara de bambú colgando del techo y un lavamanos de porcelana en el que se había ahogado una mosca.

—Al menos está limpia —dije en voz alta—, y no tengo que compartirla con nadie.

Era la primera vez que estaba sola en casi una semana. Apoyé la cabeza en la pared y me tomé un momento para respirar antes de enfrentarme al verdadero motivo por el que necesitaba tiempo para mí.

Me desabroché lentamente los botones de la camisa. Me dolía todo el torso. Para ser chica tenía poco pecho, pero había adoptado la precaución de vendármelo con tiras de lino y, después de cuatro días de viaje, la incomodidad era enorme. No me atreví a quitármelas, pero hundí las manos en el cuenco de agua y me limpié el sudor.

Tendría que acostumbrarme al dolor.

Volví a abotonarme la camisa y vacié el morral encima de la

cama. Por una vez, ver mis herramientas no me inspiró ni me reconfortó. Contuve un suspiro. Era imposible que pudiera bordar un chal entero para la mañana siguiente.

Pero podía pintarlo.

Estaba a punto de buscar los pinceles cuando me llamó la atención el paquete de Baba que contenía las tijeras. Por curiosidad, las desenvolví, y al levantarlas, relucieron bajo la tenue luz. Los mangos eran más finos y delicados que los de las mías, pero, aparte del grabado del sol y la luna, no tenían nada de especial. Además, no necesitaba otras tijeras, así que las envolví de nuevo y las metí debajo del camastro.

—¿Dónde están los botes de pintura que traje? —murmuré mientras rebuscaba entre mis cosas—. ¿Me los he dejado en el salón?

Debía de ser así. Quejumbrosa, volví cojeando al Salón de la Diligencia Suprema. Esperaba no encontrarme a nadie por el camino, pero un anciano me saludó al pasar junto a él.

Era corpulento y de cintura ancha, pero sus dedos parecían delgados y ágiles. Una mirada a su faja me confirmó que él también era sastre: llevaba alfileres y agujas igual que un general llevaba medallas. Me detuve a saludarlo. Que yo supiera, él no había apostado contra mis habilidades.

—Tú debes de ser el hijo del maestro Tamarin —dijo—. Tu cara es la más fácil de reconocer. ¡No tienes edad ni para dejarte barba!

Lo dijo con tanta alegría que olvidé el comedimiento y me eché a reír.

—Soy Wing Longhai —dijo—. De la provincia de Bansai.

Conocía aquel nombre. El maestro Longhai era famoso por sus túnicas para hombre. Había vestido a los eruditos más elogiados y a los más destacados nobles. Incluso había tejido una túnica para el padre del emperador Khanujin.

—Keton Tamarin —respondí—. De Puerto Kamalan, al sur de Gangsun.

Longhai sonrió. Tenía la cara llena de arrugas profundas. Su piel estaba curtida por el sol, más de lo habitual en un maestro costurero, lo cual denotaba que, igual que yo, era de orígenes humildes. Aun así, su ropa era excelente y olía ligeramente a vino de arroz mezclado con un perfume de sándalo y loto.

—Ah —dijo—. Ya me pareció que venías del Sur. Imagino que habrás traído amuletos para tener buena suerte y fortaleza. Mi mujer no me dejó marcharme de casa sin un montón de colgantes. ¡El maestro Yindi ya tiene una docena en su mesa!

Agarré con fuerza el bastón.

—Yo no creo en esas cosas.

—¿Y tú te haces llamar sureño?

—Puerto Kamalan es muy pequeño —respondí con sequedad—. Allí no hay mucho sitio para la magia.

Longhai negó con la cabeza.

—Puede que la magia no tenga cabida en Puerto Kamalan, pero ahora estás en la corte imperial. Cambiarás de parecer, sobre todo cuando conozcas al lord Hechicero del emperador.

Arqueé una ceja. Sabía poco de hechiceros, lores o no, al margen de que eran infrecuentes e iban de una tierra a otra. A mí no me parecían consejeros muy leales, así que no entendía por qué los reyes y emperadores los apreciaban tanto.

Longhai debió de percatarse de mi mirada de escepticismo, porque dijo:

—El lord Hechicero asesora al emperador Khanujin en muchas cuestiones. Trabajó durante años para su padre, ¡pero no ha envejecido ni un día! Algunos sastres están intentando trabar amistad con él. Harán lo que sea por contar con ventaja.

—¿Utilizar la magia no sería hacer trampas?

—Una ventaja injusta, diría yo. Pero ¿trampas? —Longhai se echó a reír—. ¿Crees que la prueba del emperador solo será una competición de habilidades?

Me encogí de hombros. Siempre había visto la magia con

escepticismo, pero yo solía ser escéptica con todo lo que no pudiera coser con aguja e hilo.

—¿Qué otra cosa va a poner a prueba?

—Tienes mucho que aprender —dijo, pero sin ser descortés.

Fuimos juntos al Salón de la Diligencia Suprema bordeando un jardín lleno de senderos sinuosos, ciruelos y pinos.

—El Patio de la Paz Celestial. Sin permiso, no podemos pasar de esa cascada de ahí. —Longhai bajó el tono de voz—. Pero eso no significa que no podamos echar un vistazo.

Se agachó inclinando la cabeza y me indicó que hiciera lo mismo. Luego señaló. En el otro extremo del jardín, una mujer caminaba a toda prisa con tres sirvientes detrás.

Era hermosa, con una piel de marfil, una cascada de pelo negro y cuello de cisne. Al ver a los sirvientes y los majestuosos andares de la mujer supe que era de alta cuna. Pero llevaba una ropa extraña: botas de cuero, un sencillo paño azul claro que apenas le tapaba los tobillos y un abrigo de piel guateada sobre los hombros que resultaba de lo más inapropiado para un clima templado.

Las doncellas estaban rogándole.

—Su Alteza, no falta mucho para su banquete de bienvenida. ¿No piensa cambiarse?

—¿Qué problema hay con la ropa que llevo? —respondió la dama.

Su tono era brusco y no daba margen a discusiones.

Sus doncellas la persiguieron.

—¡Su Alteza, por favor!

La dama siguió caminando ajena a sus ruegos. Detrás de ella iba el hombre más voluminoso que había visto jamás. Parecía un oso y, a su lado, el camino se quedaba pequeño. Llevaba una barba bien perfilada y tenía los ojos pequeños, coronados por unas pobladas cejas negras.

—Su Alteza —dijo con voz profunda—, deberíais hacer caso de los consejos de vuestras doncellas. Por favor. Es lo que desearía

vuestro padre.

La dama se detuvo. No miró a su compañero, pero había tensión entre ellos y levantó la barbilla.

—Os pondríaís de su parte, ¿verdad, lord Xina?

No vi a lord Xina asentir ni hacer una reverencia, pero la dama se volvió hacia su primera doncella.

—Muy bien —dijo con una voz más temblorosa que antes—. Veré qué prendas ofrece Su Majestad. Sin embargo, no prometo llevar ninguna de ellas.

Longhai se levantó cuando la dama no podía oírnos.

—Bueno, bueno, yo diría que ha merecido la pena. Mañana tendremos ventaja sobre los demás. Esa era lady Sarnai, la hija del shansen.

Intenté no mostrar sorpresa. ¿Aquella era la dama para la cual tendríamos que coser durante la prueba? Yo me imaginaba a una guerrera igual que su padre, una chica con armadura y pantalones bombachos y sin ningún atisbo de feminidad que había crecido sin domesticar. Lady Sarnai parecía feroz, pero a la vez era... hermosa.

El rostro arrugado de Longhai esbozó una sonrisa.

—Veo que no es lo que esperabas.

—Es muy elegante —fue todo cuanto acerté a responder—. ¿Y el hombre que iba detrás de ella?

—Lord Xina —dijo Longhai con un tono retraído—. Es el guerrero favorito del shansen e hijo de su asesor de confianza. Su presencia es un insulto para Su Majestad.

—¿Un insulto?

—Hay rumores de que lord Xina estaba prometido con lady Sarnai antes del anuncio de la tregua. Dicen que es su amante, pero son solo habladurías de la corte. Nadie lo sabe a ciencia cierta.

El viejo sastre buscó una botella en su túnica, me la ofreció y, al ver que la rechazaba, bebió un largo sorbo.

Pensé en cómo le había hablado la hija del shansen a lord Xina. ¿La amargura de su voz iba dirigida a su amante o a su padre? ¿O

a ambos?

Longhai tapó la botella.

—¿Te has fijado en su abrigo de piel? Conejo, zorro, lobo y al menos tres osos distintos. Los norteños solo llevan lo que cazan. Lady Sarnai debe de ser bastante habilidosa. —Soltó un suspiro comprensivo—. No le será fácil adaptarse a esto. —Se acercó más a mí, como si pretendiera confiarme un secreto—. Pero parece disfrutar exasperando a Su Majestad. Para tomar el té con el emperador y sus ministros se puso unos pantalones bombachos.

Lady Sarnai tenía valor, y no sabía si eso me hacía respetarla más o menos.

—Estoy seguro de que nos lo contarán mañana —dijo Longhai cuando nos acercamos al salón.

Me habría gustado que el puesto de Longhai estuviera junto al mío, pero se encontraba en el otro extremo de la sala, así que volví sola a mi mesa, saqué el cuaderno de bocetos y me puse a diseñar un chal sin molestarme en saludar a los sastres que me rodeaban. Tenía la sensación de que no les gustaba mi presencia.

Por suerte, ellos también me ignoraron. Como había sido la última en llegar para la prueba, me habían asignado la peor mesa. Era la que se encontraba más alejada de las ventanas y estaba situada hacia el centro, donde casi todos podían ver mi trabajo.

Ninguno de los sastres, excepto Longhai, se había presentado, pero por retales de sus conversaciones reconocí algunos nombres. Igual que Longhai, eran maestros cuyos estilos había estudiado y emulado de niña. Eran hombres que cosían desde mucho antes de que yo naciera.

Los maestros Taraha y Yindi venían de diferentes escuelas de bordado, pero ambos eran genios. Taraha estaba especializado en flores y Yindi en bordados de doble cara. El maestro Boyen era brillante con los nudos. El maestro Delun hacía brocados como nadie. El maestro Norbu era uno de los predilectos de la nobleza.

¿Y yo? Cuando vivíamos en Gangsun, Baba les pedía a los

amigos que venían de visita que me enseñaran sus estilos y artesanías regionales, y en Puerto Kamalan aprendí técnicas de todos los mercaderes y sastres que hablaban conmigo.

Pero yo no era una maestra y no tenía reputación.

—¡Tú! —gritó un hombre, lo cual me distrajo de mis preocupaciones—. ¡Chico guapo!

Se me erizó el vello de la nuca, pero me di la vuelta. El maestro Yindi era regordete, pero no tanto como Longhai, y tenía una nariz gruesa que siempre parecía estar arrugada por algo. Además, era calvo, excepto por las patillas grises que le cubrían las mejillas, lo cual era irónico, porque llevaba una barba que casi le llegaba a las rodillas.

—Oye —dijo—. ¿Puedo quedarme con tu seda? Como de todos modos te irás pronto a casa, podrías dársela a quien pueda aprovecharla.

Todos se pusieron a reír. Por lo visto, el consenso era que sería la primera expulsada. Mi boca formó una línea delgada.

—Dejad en paz al chaval —dijo Longhai imponiéndose al ruido—. Si fuerais todos tan buenos, no necesitaríais más seda.

—Haciendo amistad con la plebe, ¿eh, Longhai? —dijo Yindi—. No esperaba menos de ti. —Se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Estás seguro de que no te pincharás con una aguja? —bromeó—. No he tenido la barbilla tan suave como la tuya desde que era un crío.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —terció otro sastre.

Se me emborronó la tinta, así que di la vuelta a la hoja y empecé de nuevo el boceto. «La gente ve lo que quiere ver», me recordé. «Es mejor ser un chico afeminado que un marimacho».

—¿Eres sordo, chico guapo?

—¿O solo estás tullido?

Paré de dibujar.

—Combatí en la guerra, y tener la pierna rota no significa que no pueda utilizar las manos —les espeté en tono desafiante—. Apuesto a que coso más rápido que ninguno de vosotros.

El maestro Yindi se echó a reír.

—Eso ya lo veremos. Cuando tenía tu edad, aún le lavaba las camisas a mi maestro. Ni me permitía acercarme a un telar —dijo resoplando—. Déjame ver esas manos, chico guapo. Sé distinguir a un sastre de un lavandero.

Extendí los dedos para mostrar los callos. Mis hermanos siempre se mofaban de mí y me decían que nunca encontraría marido porque tenía los dedos tan bastos como los de un hombre.

—¿Y bien? —dije—. ¿Sastre o lavandero?

Yindi se aclaró la garganta y, pellizcándose la barba con una mano, volvió a su taburete.

Longhai se acercó a mi puesto y apoyó una mano encima del bastidor.

—No te preocupes por Yindi —dijo—. Solo sabe ladrar.

—El maestro Longhai habla con sabiduría —interrumpió Norbu para mi sorpresa. Había estado callado y no lo había visto ir hacia mi mesa—. No haremos nada si perdemos el tiempo metiéndonos con el chaval. —Señaló las estatuas de los Sabios—. Los dioses nos escuchan, maestros. ¿Queréis despertar su ira?

Uno a uno, los sastres negaron con la cabeza. Incluso Yindi, de cuya mesa colgaban amuletos para ahuyentar a los demonios y la mala suerte, frunció el ceño.

—Pues vuelta al trabajo.

Norbu tenía influencia porque era el dueño de un taller en Jappor, la capital, con más de cien sastres a sus órdenes. Era el más rico de todos nosotros, y el más poderoso. Su hija se había casado con un funcionario importante al que prácticamente podía considerarse un noble.

—Espero que a partir de ahora te dejen en paz —dijo Norbu cuando la cháchara terminó.

Después me sonrió y tuve la sensación de que ahora le debía algo.

—Gracias —respondí.

Norbu toqueteó los hilos que tenía encima de la mesa. Me recordaba a un lagarto atiborrado. Su cuerpo era largo y delgado, pero tenía una barriga redonda y los ojos entrecerrados, con un aspecto engañosamente somnoliento. No era mezquino como Yindi, pero aun así me habría gustado que dejara de tocar mis cosas.

—Nos han dicho que has venido a ocupar el lugar de tu padre en la prueba —comentó—. Muy noble por tu parte. Mi baba murió antes de que yo naciera, pero el maestro Huan, el último sastre del emperador, fue como un padre para mí.

Por educación, crucé las manos, que anhelaban ponerse a trabajar.

—No sabía que había sido tu maestro.

—Hace mucho —respondió Norbu con un resoplido—. Pero me dolió cuando el mes pasado encontraron su cuerpo en el río Jingan.

Tragué saliva.

—Lamento oí eso.

—Trabajaba en este mismo salón con docenas de aprendices. Incluso venía a ayudarlo de vez en cuando. —Norbu hizo una pausa—. Las doncellas aseguran que su fantasma vaga por el palacio algunas noches.

Un escalofrío me recorrió el brazo.

—Yo no creo en fantasmas.

—Yo tampoco. —Norbu ladeó la cabeza y me escrutó con aquellos ojos que parecían canicas—. No te preocupes por los demás, joven Tamarin. Estaré vigilando.

Me sentí aliviada cuando por fin me dejó sola y me eché el chal sobre el antebrazo. La seda tenía un tacto suave. Por eso era tan buscada y cara.

Se me daba bien pintar, como al maestro Longhai, pero mi punto fuerte eran los bordados, como los maestros Yindi y Taraha. Decidí pintar un jardín y bordar las flores —peonías, lirios y crisantemos— y una dama con una libélula en el dedo. Era una escena que había practicado docenas de veces y la pintura se secaría rápido. Con

solo un día para acabar el chal, no era momento de correr riesgos innecesarios.

Pasaron las horas. Pintar me mantenía ocupadas las manos y la mente, pero la cháchara de los otros sastres era un rumor constante.

—Esto es trabajo de sirvientes —protestó uno de ellos—. No anudaba borlas desde que era niño.

—Teñir es peor.

—Y todo para ser el sastre de la hija del traidor. ¿Qué tiene eso de glorioso?

—El privilegio de servir a Su Majestad es más que suficiente —intervino Longhai—. El único honor más elevado que ese sería el de sacerdote en el Templo Supremo.

No dejaron de hablar hasta pasada la medianoche. A mí se me caían los párpados; no había dormido bien desde que salí de Puerto Kamalan.

«Tengo que estar alerta. No acabaré si me voy a dormir ahora».

Estiré los dedos y me froté un músculo del cuello que me dolía. Todo mi cuerpo estaba tenso. Trabajar durante horas y horas era algo natural para mí, pero no si estaba rodeada de otros once sastres. La tentación de curiosear los progresos de mis vecinos era grande y el parloteo general me impedía concentrarme.

Hice rodar los hombros y cogí la aguja para bordar los extremos del chal procurando no emborronar la escena pintada.

—Una vez creé un manto para la señora de Bandeiya en el que tejí mil peonías —dijo el maestro Taraha—, y le gustó tanto que me pagó con un colgante del mejor jade. Mi hija es afortunada de tenerme como padre. Se lo regalé a ella como parte de su dote.

—Yo he conocido a lady Sarnai en persona. Sé lo que le gusta.

—No me imagino a la hija del bárbaro con una seda tan refinada. Qué desperdicio.

Anudé el hilo y lo arranqué del carrete. ¡Ojalá dejaran de parlotear!

—¿Y tú, Keton Tamarin? —dijo Yindi desde el otro extremo de la sala—. Eres muy callado. ¿Por qué quieres ganar el pequeño concurso de Su Majestad?

Me quedé helada. ¿Qué podía decir? Estaba allí por la gloria, pero más por ayudar a mi familia.

«No seas humilde», me había advertido Keton. «Un hombre está orgulloso de su obra. Si no lo estás, parece que te avergüences de ella».

Con tanta arrogancia como pude, dije:

—Porque soy el mejor sastre de A'landi.

Se oyeron algunas mofas.

—Aún no eres un hombre siquiera.

—La juventud en sí misma es un talento —dijo Norbu para tranquilizarlos—. Confío en el criterio de Su Majestad.

Yindi era implacable.

—¿Y por qué eres el mejor sastre, joven Tamarin?

Tragué saliva, pero hablé con osadía.

—Sé tejer, coser y anudar. He estudiado las cuatro escuelas de bordado. Puedo dar cien puntadas diferentes con los ojos cerrados, y soy rápido.

Alguien resopló.

—Un diseño brillante no es solo cuestión de rapidez o puntadas complejas.

—Lo sé —proseguí—. También depende de la composición. Y del color...

—¿Crees que sabes más de colores que yo? —preguntó Yindi en tono jocosos—. Bueno, chico guapo, ya veremos qué se te ocurre. Mi apuesta es que no llegas a mañana por la mañana.

—Supongo que puede ajustar y hacer el dobladillo a unos pantalones con los ojos cerrados —murmuró Boyen lo suficientemente alto para que lo oyera—. Entonces, ¿por qué llegó vestido como un campesino?

Mi ego se resintió, pero vi la sonrisa alentadora de Longhai.

—Ya veréis —fue todo cuanto pude decir.

«No llames más la atención», me advertí a mí misma. «Ya han detectado algo raro en ti».

Me temblaban las manos y no recordaba la última vez que me había costado enhebrar la aguja.

—¿Tienes dificultades, Tamarin? —bromeó Boyen—. A lo mejor deberías probar lamiendo el hilo. —Chasqueó la lengua—. Es lo que les enseñan a los niños.

No podía soportarlo más. Cogí el bastón y fui hacia la puerta.

—¿No estarás cansado, joven Tamarin...? —insinuó Norbu cuando pasé junto a él—. ¿Por qué no tomas un té?

Era buena idea y asentí en señal de agradecimiento. Las reservas de té las guardaban en una antesala. Me serví una taza y bebí un sorbo.

Cuando volví a la mesa para coger el chal, solté un grito. ¡Alguien había derramado té sobre la tela! La pintura se había emborronado y la dama que había dibujado tan concienzudamente a imagen y semejanza de lady Sarnai no era más que una mancha.

¿Quién lo había hecho? Miré a todos los sastres, pero me ignoraron.

Me mordí el labio y apelotoné la seda estropeada. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no les daría la satisfacción de saber que me habían hecho daño.

—¿Has tenido suficiente, chico guapo? —me gritó Yindi.

Norbu dio una palmada para que todos le prestaran atención.

—Joven Tamarin, si necesitas más seda, puedes coger mis retales. Yo me voy a dormir.

—Gracias —susurré—, pero me las arreglaré.

—Norbu —dijeron los demás—, ¿ya te vas a la cama?

—Trabajo mejor solo —dijo conteniendo un bostezo—. Y por la mañana.

Metí la seda estropeada en el morral y salí detrás de Norbu. Me ardía la cara de intentar contener las lágrimas.

Los pasillos estaban abiertos al agradable aire nocturno y mal iluminados por la luz de la luna y los faroles del techo. Conté las puertas, todas ellas grises con pestillos de bronce, hasta llegar a mi habitación.

Una vez dentro, me desplomé en el camastro. Aquella era mi oportunidad para ser algo más que una costurera que arreglaba pantalones y cosía botones en Puerto Kamalan. Era mi oportunidad de convertirme en sastre imperial, el mejor de A'landi, de que la realeza luciera mis diseños y fueran admirados por todo el país.

¿Y ahora?

Respiré con dificultad. Finlei no habría querido que tirara la toalla de esa manera. Sento tampoco. Y Keton... «Tengo que conseguir el puesto para cuidar de Baba y Keton. Así no morirán de hambre y yo no tendré que casarme con Calu. Así no seré una fracasada».

Me sequé los ojos con las mangas, me levanté y encendí una vela para examinar los desperfectos del chal. Las flores que había tardado en pintar toda la tarde se habían emborronado. Aunque las eliminara, el diseño se había ido al traste. La única manera de disimular los daños era empezar de nuevo, tal vez bordando encima de la mancha de té y la pintura corrida. Era una tarea difícil teniendo en cuenta que solo me quedaba el resto de la noche para trabajar.

Sentada con las piernas cruzadas, exhalé, saqué una hoja de pergamino del morral y, con desgana, empecé a dibujar bocetos.

«¡No te duermas!».

Apoyé la cabeza en la pared y me prometí que solo descansaría un rato. Cuando volví a parpadear, la vela se había apagado y debajo había un charco de cera.

—¡Por el aliento del diablo! —maldije.

Debí de quedarme dormida.

Encendí otra vela y miré la luna para ver cuánto tiempo había perdido.

Notaba palpitaciones en las sienes y un zumbido en la cabeza.

Cogí la bolsa y busqué agujas e hilo, pero rocé el mango de las

tijeras de Baba. «Qué raro», pensé. Juraría que las había guardado debajo de la cama.

Las metí en el morral con el resto de mis utensilios. Pero ¿de qué servían unas tijeras ahora que me habían estropeado el chal?

«Cálmate —me dije—. ¿Qué debes hacer cuando te encuentras en una situación como esta? No dejarte dominar por el pánico ni cometer más errores. Tranquilizarte. Dar un paseo».

Sosteniendo un farol en una mano, volví al Salón de la Diligencia Suprema. Ahora estaba vacío y pasé junto a las creaciones de los otros sastres. Los ropajes del maestro Boyen eran virtuosos y los abalorios del maestro Garad, exquisitos. Longhai había creado un cisne con árboles bordados a su alrededor. Era tan hermoso que podría exhibirse igual que una obra de arte. Y Yindi había bordado casi todo el chal, lo cual era impresionante.

Las páginas de mi cuaderno de bocetos crujieron demasiado trémulamente para haber sido tocadas por el viento. Desconcertada, me dirigí a la ventana más próxima.

«No es un fantasma —me dije—. Es solo un pájaro».

Con un suspiro, dejé el farol encima de la mesa y empecé a bordar.

Ahora, el zumbido en mi cabeza era más intenso. Miré hacia abajo, pues notaba un temblor extraño en el costado. Al principio pensé que eran las tijeras, pero era imposible, así que lo ignoré.

Entonces empezaron a brillar.

Las cogí para cortar un hilo y descubrí que no podía soltarlas. De repente, en el ojo de mi mente vi el chal terminado, justo igual que el boceto. Pero era imposible conseguirlo en tan pocas horas.

«Sí que puedes», me aseguró una voz. Era la mía, pero, por alguna razón, sonaba más segura de sí misma.

Las tijeras se deslizaron por el chal y mis manos solo podían seguir las. Unos hilos invisibles arreglaron los desperfectos de la tela y le insuflaron vida. Los colores de mis botes de pintura empaparon la seda y los borrones se disolvieron y dispersaron hasta que

reapareció mi diseño.

Por imposible que pareciera, las tijeras no solo cortaban, sino que también tejían. Las delgadas hojas plateadas rompían y juntaban los hilos, que bailaban a través de la seda bordando intrincadas flores, pájaros, árboles y montañas con precisión y elegancia.

Con magia.

Una magia que no podía detener. Mi mano no soltaba las tijeras por más que lo intentara. Me hallaba sometida a un hechizo, ebria de su poder.

Si no fuera por las hinchazones que tenía entre los dedos, habría pensado que estaba soñando.

Con un último corte, las tijeras volvieron a reposar y el brillo desapareció.

Completamente agotada, me desplomé sobre la mesa y dormí.

CAPÍTULO 5

Algo afilado me pinchó en el costado.

Mis párpados se retrajeron, pero no los abrí. Dioses, si era Keton despertándome con una aguja de coser...

Oí una risita.

—¿Estás despierto, chico guapo?

Un momento; no parecía Keton. Por supuesto que no. Estaba en el palacio, no en casa con Baba y mi hermano.

Adormecida, empecé a moverme. Se me había secado saliva en la comisura de los labios y, mientras me la limpiaba con la manga, apareció el rostro del maestro Boyen encima de mí.

—Oh, ¿te he despertado de tu sueño reparador, *maestro* Tamarin?

Abrí unos ojos como platos. ¿Por qué había recalcado «maestro» de aquella manera? ¿Sabía que era una chica?

«No», pensé cuando me despejé un poco. Probablemente se había corrido la voz de que no era un maestro. No hacía falta indagar mucho para saber que ninguno de los hijos de mi padre se había ganado aún ese título.

Boyen me dedicó una sonrisa petulante.

—Deberías hacer las maletas. Te irás a casa, porque tu chal está

manchado.

Me puse de pie. ¡Mi chal! ¿Dónde estaba?

Recordaba vagamente las tijeras resplandeciendo y cortando como si estuvieran poseídas por un espíritu. No, no. Era imposible. Debían de ser imaginaciones mías.

¡Cielos, probablemente me había quedado dormida antes de terminarlo!

Busqué frenéticamente el chal en mi puesto de trabajo. Entonces recordé: justo antes de guardar las tijeras de mi padre, las había metido en una cesta con los hilos que traje de casa.

Me agaché y saqué el chal de su escondite. No fue difícil encontrarlo. Su color narciso pálido asomaba bajo los carretes de hilo.

Lo desdoblé y solté un suspiro.

No era un sueño.

Las puntadas eran tan perfectas y el bordado tan delicado que debería haberme llevado un mes acabarlo. El acolchado era impecable y mis doce colores se mezclaban en tonos graduados, lo cual hacía que la escena de lirios y peonías pareciera real. Incluso había reparado la dama; llevaba una llamativa túnica violeta entre las flores rosas y rojas, aunque, al mirar más de cerca, se parecía más a mí que a lady Sarnai.

¡Pero qué tonta había sido! El chal estaba arrugado. ¿Por qué no lo había doblado mejor?

Ansiosa, alisé las arrugas. Un sirviente me trajo una sartén con carbón y presioné sobre el chal procurando no quemar la tela.

Estaba tan ocupada planchando que no me dio tiempo a comerme el cuenco de avena humeante que me habían traído los sirvientes. Yo nunca me saltaba una comida gratis —Baba siempre decía que mi estómago dominaba a mi corazón—, pero, aunque el aroma del desayuno me torturaba, sabía que tenía que acabar el chal.

En el salón, los demás sastres estaban alborotados.

—¿Habéis oído lo del banquete de anoche? —preguntó el maestro Garad—. Lady Sarnai se negó a brindar a la salud del emperador.

—Bueno, él también se negó a brindar por la de ella.

—Están hechos el uno para el otro. La hija del Tigre y el hijo del Dragón.

—Es la hija del traidor. Será mejor que el emperador se ande con cuidado o le arrancará los ojos la noche de bodas.

—No deberíais hablar mal de la hija del shansen —les advirtió Yindi.

—¿Tienes miedo de que estén escuchándonos sus demonios, Yindi? —bromeó Garad con una sonrisa—. Ya sabemos que crees que el shansen está poseído porque eres un tonto supersticioso.

Yindi se encogió de hombros.

—Esperad y veréis.

Todos se echaron a reír, menos yo, aunque me alegraba de que ahora el blanco de las mofas fuera Yindi, que se levantó abruptamente a planchar su chal, o eso pensaba hasta que se detuvo junto a mí.

Ignorándolo, levanté el chal. La seda brillaba como oro pálido. Era magnífico, pero no sabía si estar orgullosa o preocupada. ¿Era obra mía o de la magia?

—¿Has hecho eso en una noche? —preguntó Norbu—. Impresionante. Muy impresionante. Diría que el tuyo es el mejor. El mejor con diferencia.

No pude reprimir una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, maestro Norbu.

—Realmente impresionante —dijo Yindi.

Por su mirada supe que me había infravalorado. Mi sonrisa se hizo aún mayor hasta que dijo:

—Pero lady Sarnai odia el amarillo.

Entonces, el maestro Yindi siguió caminando.

La pulla dolió y mi confianza empezó a resquebrajarse.

—Son celos —dijo Norbu para tranquilizarme—. Es increíble. Yo diría que ganarás seguro.

Empezaba a caerme un poco mejor.

—Eso espero.

Me desplomé sobre el taburete, absolutamente agotada. Apenas había descansado un minuto cuando sonó un gong y oímos la voz de Lorsa.

—¡Su Alteza lady Sarnai!

Me puse de pie y me uní al coro de sastres:

—¡Buenos días, lady Sarnai!

La hija del shansen entró en el salón seguida de un séquito de ayudantes y guardias. Casi no la reconocí. La chica a la que había espiado la víspera era una guerrera que despreciaba la decadencia del Palacio de Verano, con sus miles de sirvientes, sus puertas doradas, sus normas y sus protocolos.

Hoy era una princesa. En sus muñecas y orejas relucían rubíes y esmeraldas y en el tocado llevaba cuentas de perlas, una corona de fénix con dragones de oro incrustados, flores con joyas y plumas de martín pescador azul. Parecía que el emperador, o las doncellas de lady Sarnai, habían ganado la batalla por su vestuario.

—Buenos días —dijo en un tono moderado pero exento de amabilidad—. Estáis aquí reunidos para mostrarme qué pueden ofrecer los mejores sastres de A'landi. Os lo advierto: no me dejo impresionar fácilmente. No me crie llevando sedas. Nunca he apreciado una prenda por su belleza o elegancia. Sin embargo, espero que el nuevo sastre imperial me demuestre que estoy equivocada.

—Sí, Su Alteza —dijimos con la cabeza gacha—. Gracias por esta oportunidad, Su Alteza.

Detrás de lady Sarnai apareció un joven alto y se situó entre las mesas de Norbu y Yindi para visitar nuestros puestos de trabajo. Los otros sastres habían traído sus mejores muestras: bolsos brocados con borlas doradas, collares con peonías y crisantemos y fajas con

escenas de los Siete Clásicos en las que aparecían mujeres bailando y tocando la cítara. Mi puesto estaba bochornosamente vacío. Tenía tanta prisa por irme de casa que ni siquiera había pensado en llevarme algunos trabajos para enseñárselos a la futura emperatriz.

Fuera quien fuera el hombre alto, no se detuvo junto a mi mesa, sino que volvió con lady Sarnai cuando se disponía a juzgar al primer sastre.

—Lo de organizar un concurso de chales no fue idea mía. —La oí decirle—. Qué desperdicio de desafío.

—El emperador Khanujin se dio cuenta de que no teníais ropa de verano. Solo le preocupa vuestro bienestar.

—Eso dice él —repuso lady Sarnai con desdén—. La gente del Sur y sus tradiciones. Tanto alboroto para elegir un sastre.

El hombre alto sonrió amablemente.

—Yo tenía la impresión de que esta prueba había sido idea vuestra, Su Alteza.

Su tono era educado, pero la audacia de sus palabras me hizo preguntarme quién era. Lady Sarnai no se había molestado en presentarlo, así que no podía ser tan importante. Sin embargo, iba todo de negro, lo cual indicaba que era de alto rango. Las charreteras de oro, las magníficas botas y el manto negro que llevaba sobre un hombro indicaban que era un soldado proveniente de más allá de las Dunas del Lejano Occidente. Pero la mayoría de los soldados no vestían tan a la moda ni tan opulentamente.

Tal vez era un eunuco. De ser así, tenía que ser importante. O quizás era embajador. Sus rasgos eran ligeramente extranjeros. Tenía el pelo negro como los a'landianos, pero rizado y no liso, y a pesar de su piel aceitunada, tenía unos ojos claros que captaban la luz del sol.

Así fue como me descubrió mirándolo. Volví a agachar rápidamente la cabeza, pero no sin antes verle esbozar una sonrisa. Luego desapareció con unos movimientos lentos pero elegantes,

más como un gato que como un noble.

Llegué a la conclusión de que no me caía bien.

Cuando alcé de nuevo la vista, lady Sarnai había acabado de evaluar el trabajo del maestro Delun. Lorsa la seguía, elogiándola obsequiosamente por su buen gusto. Yo mantuve la cabeza gacha y la espalda arqueada, aunque empezaba a dolerme. Los demás sastres hicieron lo mismo hasta que lady Sarnai visitó su mesa. Uno a uno, nuestro destino quedó escrito.

—No dejaría que mi doncella utilizara eso ni para limpiar mi orinal —dijo cruelmente sobre el chal de otro maestro. Entrecerró los ojos, que llevaba pintados con polvo de lapislázuli y oscurecidos con carbón, y lo miró con dureza—. ¿Es lo mejor que has sabido hacer?

Luego le dijo a Nampo, el sastre que había lanzado una apuesta contra mí:

—Este diseño solo tiene cuatro colores. ¿Me tomas por una campesina?

—Son solamente cuatro —respondió Nampo tartamudeando—, pero el estilo es así, Su Alteza. Es como caligrafía...

—Si quisiera caligrafía habría pedido poetas, no sastres. —Lady Sarnai sostenía una taza de té en la palma de la mano y bebió un sorbo frunciendo los labios con disgusto—. Maestro Nampo, estás descalificado.

Cuando lady Sarnai llegó a mi mesa me palpitaba el corazón.

La noche anterior no estaba tan cerca. Teníamos más o menos la misma altura y complexión y podríamos haber pasado por hermanas si yo no estuviera fingiendo que era un chico y ella no fuera la Joya del Norte, la única hija del shansen.

—Keton Tamarin —dije para presentarme, y doblé aún más la espalda.

—Tamarin —repitió—. No he oído hablar de ti.

No podía llevarme más de dos años, pero parecía que fueran veinte. Mantuve la cabeza gacha.

—Soy de Puerto Kamalan.

—No te lo he preguntado.

Mantuve la boca cerrada y me quedé quieta mientras lady Sarnai tocaba una esquina del chal y se lo acercaba para examinarlo. Tardó más que con los otros sastres, o al menos eso me pareció.

Mientras esperaba intenté no mirarla, pero de soslayo pude ver que llevaba demasiado colorete, sobre todo alrededor de los ojos, que tenía inyectados en sangre e hinchados.

¿Se había pasado la noche llorando?

Yo tampoco estaría contenta si mi padre me hubiera vendido para casarme. Pero casarse con el emperador Khanujin... ¿Tan terrible era?

«Estás dejando volar la imaginación, Maia —me dije—. ¿Qué sabes tú de lady Sarnai?».

—El diseño es magnífico —comentó finalmente—. Tus habilidades son dignas de encomio, maestro Tamarin. Nunca he visto un trabajo tan extraordinario...

Contuve la respiración, esperando a que anunciara mi victoria delante de todos los sastres que habían hablado mal de mí. Era igual de buena que ellos. No, era mejor.

Baba estaría muy orgulloso.

Lady Sarnai hizo una mueca con la boca.

—Pero detesto el amarillo.

Parpadeé, convencida de que había oído mal.

—Eso es todo —zanjó antes de irse.

El ministro Lorsa resopló, un indicativo de que iban a descalificarme.

Se me cerró la garganta y empezaron a temblarme las manos. «No, no, no. No puedo irme a casa. No puedo decepcionar a Baba. Nuestro taller no sobrevivirá otro invierno a menos que gane o me case con Calu».

Estaba tan afligida que no había visto al hombre alto acercándose a mi puesto. Se le escapó un gruñido y levanté la cabeza.

Era más joven de lo que creía, y más apuesto. Puede que incluso fuera atractivo de no ser por algo taimado y malvado en su expresión. Por lo visto, le habían roto la nariz en algún momento. Tenía el tabique un poco torcido, lo cual hacía destacar la astucia de sus ojos. Bailaban con la luz y nunca permanecían quietos el tiempo suficiente para que distinguiera su color.

El hombre señaló el chal con unos dedos largos y delgados.

—¿Lo has hecho tú?

Sus atenciones me cogieron desprevenida.

—S-sí, señor.

Arqueó una ceja oscura.

—¿En un día?

Me puse rígida. Algo en aquel hombre alto y sus preguntas me hizo olvidar dónde estaba. En cualquier caso, ¿qué importaba? Estaban a punto de descalificarme.

—El diseño contiene los sellos imperiales —dije impetuosamente—. Si deseáis comprobarlo...

Su sonrisa críptica reapareció.

—No, no. Te creo.

El hombre siguió caminando con las manos a la espalda.

Después volví la cabeza hacia lady Sarnai, que se encontraba en la parte delantera del salón con el abanico abierto.

—Esta noche llevaré el chal del maestro Yindi con Su Majestad —anunció.

Tragué saliva intentando disimular mi decepción.

Lorsa entregó a Yindi una bolsa de seda roja.

—Como vencedor, el maestro Yindi recibirá un premio de quinientos jens que utilizará para el siguiente desafío.

«¿Quinientos jens?» ¡Ni siquiera podía imaginar semejante suma!

—También continuarán el maestro Boyen —añadió Lorsa—, el maestro Garad, el maestro Longhai, el maestro Taraha, el maestro Norbu y...

Hizo una pausa y arqueó una ceja poblada.

Yo cerré los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas de las manos.

«Sagrada Amana, por favor...».

—Keton Tamarin.

Solté un gran suspiro. «Gracias, gracias».

Lady Sarnai sacó otra bolsa de tela roja.

—El maestro Tamarin es el segundo ganador de hoy. Su chal es el que más me ha impresionado, lo cual no es fácil de conseguir.

Asombrada, estuve a punto de soltar el bastón por mi anhelo de acercarme a lady Sarnai. Las miradas de los otros sastres y la sonrisa engreída del hombre alto no podrían estropear aquel momento.

—Gracias, Su Alteza —dije entrecortadamente—. Gracias.

Lady Sarnai me puso la bolsa en la mano e indicó que me fuera.

—No volveré a ser tan generosa —dijo—. Solo habrá un ganador por cada nuevo desafío hasta que solo quede uno de vosotros. — Nos señaló a Yindi y a mí—. Pero ahora todos sabéis a qué dos sastres debéis derrotar.

Con eso, dio media vuelta y se fue seguida del hombre delgado.

—Mañana os encomendaremos la siguiente tarea —dijo el ministro Lorsa—. No será tan fácil como esta, así que os sugiero que esta noche no os emborrachéis demasiado. —Se volvió hacia mí—. Ni creáis que no podéis ser expulsados.

En aquel momento se desvaneció mi sonrisa, al igual que la alegría por la victoria.

No había ganado por mis aptitudes como sastre. Había ganado porque había utilizado unas tijeras mágicas.

De no ser por ellas, me habrían enviado a casa, porque alguien había estropeado mi chal, porque no habría acabado a tiempo y porque no sabía que lady Sarnai odiara el amarillo. La única razón por la que había podido arreglar el chal y conseguir que fuera lo bastante extraordinario como para impresionar a lady Sarnai era la

magia.

La magia era real. Muy real. Y la constatación de que la había utilizado me causó una abrumadora sensación de sorpresa y temor.

CAPÍTULO 6

Cuando los sastres descalificados se fueron, me senté en el taburete y crucé los brazos delante del pecho.

Tras mi biombo de madera se cayó la máscara de confianza que llevaba puesta. Aquellas tijeras mágicas habían convertido mi chal estropeado en una de las prendas más extraordinarias que había creado nunca.

Abrí el morral, doblé el chal y lo puse encima de las tijeras de Baba. Parecían muy ordinarias, con unas hojas tan apagadas que ni siquiera relucían bajo la luz. Me las quedé mirando, perpleja por lo tentada que me sentía de utilizarlas otra vez, de ver qué más eran capaces de hacer.

Cerré el morral y lo empujé con el pie debajo de la mesa.

Hacía dos días no creía en la magia. Nunca había presenciado un hecho mágico. Y ahora allí estaba, ansiosa por utilizar de nuevo aquellas tijeras encantadas.

Con ellas, sin duda, ganaría la prueba.

¿No debía estar contenta? Había ganado quinientos jens y demostrado mi valía ante los otros sastres.

«No, no he demostrado nada». Tragué saliva. Ahora que había ganado, los sastres me vigilarían de cerca. Si alguien descubría que

estaba utilizando unas tijeras mágicas, se lo diría al ministro Lorsa. Entonces me investigarían y denunciarían que era una chica.

«No volveré a utilizarlas —concluí—. A menos que no quede más remedio».

—Felicidades —dijo Longhai mirando por encima de mi bastidor—. ¿Qué te pasa? No pareces muy contento de haber ganado.

—Lo estoy —dije, forzando una sonrisa. Me aclaré la garganta, tamborileé inquietamente con los dedos sobre el muslo y luego junté las manos—. Lo estoy —repetí—, pero han estado a punto de mandarme a casa. No tenía ni idea de que lady Sarnai detestara el amarillo.

—Cualquier otro se alegraría de haber ganado —dijo Longhai riéndose de mi angustia—. Pero lo entiendo. —Bajó el tono de voz—. Yindi ha sobornado a las doncellas para obtener información. Por eso lo sabía.

Estaba muy claro que conocer las preferencias de lady Sarnai era vital para ganar el concurso.

—Yo no tengo dinero para sobornos.

Longhai se echó a reír.

—¡Ahora tienes quinientos jens! Además, bordando así no los necesitas. —Su elogio me provocó una intensa punzada de culpabilidad—. Pero cuidado con lo que dices —prosiguió—. Los cinco descalificados son los que ayer criticaron a lady Sarnai. Dudo que sea una coincidencia.

—Te agradezco la advertencia.

Eso significaba que lady Sarnai tenía ojos y oídos en el salón.

Mi estómago rugía otra vez y, cuando Longhai volvió a su puesto, cogí las gachas que tenía encima de la mesa. Estaban frías y habían atraído a un séquito de moscas, pero me las comí igualmente.

Una doncella de la cocina pasó por el salón a recoger los cuencos y las tazas de té. Estaba un poco regordeta, tenía una cara juvenil y unos ojos afables tan redondos como los círculos que

formaban sus trenzas negras detrás de la cabeza.

Apiló mi taza encima de la bandeja.

—Hemos hecho apuestas con todos. Yo he apostado por ti.

—¿Por mí? —Aparté la mirada del cuaderno de bocetos—. ¿Por qué?

—Porque eres joven y... y... parece que tienes talento. —Se sonrojó y fruncí el ceño confusa. Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, añadió—: No me equivocaba. Tu chal era magnífico.

—Gracias —respondí más amargamente de lo que pretendía—. Dudo que tenga tanta suerte la próxima vez.

—Los gustos de lady Sarnai cambian como el viento —respondió la doncella—, o eso dicen sus sirvientes. —Se inclinó hacia mí y susurró—: Pero aun así creo que ganarás.

Parpadeé, conmovida por su franqueza. Hacía mucho tiempo que no tenía una amiga de mi edad.

—Eres muy amable.

—Me llamo Ammi. Yo también coso a veces, pero siempre he sido muy torpe bordando. —Me tocó el hombro tímidamente—. Me encantaría enseñarte mi trabajo algún día. A lo mejor puedes ayudarme a mejorar.

—Um. —Su cercanía me ponía nerviosa. Con tanto tacto como pude, me alejé un poco de ella—. Me encantaría, pero estaré ocupado con la prueba.

La chica sonrió.

—Si tienes hambre, ven a las cocinas. El lord Hechicero también viene a veces. Siempre anda buscando hierbas y especias, normalmente de las caras.

Ladeé la cabeza con curiosidad.

—¿Para preparar pociones?

—No —respondió ella con una sonrisa—. Para enmascarar el olor a incienso. Sus aposentos están cerca del templo principal de palacio. Dice que apesta a ceniza y humo.

Arqueeé una ceja.

—Qué interesante. Bueno, no tengo ningún deseo de conocer al lord Hechicero.

—Ya lo has conocido —dijo Ammi—. Acompaña a lady Sarnai a todas partes.

Me quedé helada. ¿El hombre alto y delgado era el lord Hechicero? Parecía muy joven. Costaba creer que tuviera cien años o, según los rumores, puede que más.

—Contaba unas historias increíbles y coqueteaba con todas las doncellas. Pero desde la llegada de lady Sarnai no viene tan a menudo a la cocina.

Fruncí el ceño.

—¿Realmente hace magia?

—Sí —dijo ella—. Puede convertir un grano de arroz en una olla de gachas y un hueso en un pollo asado. —Sus ojos oscuros brillaban—. O incluso hacer que un retoño se convierta en un árbol.

—¿Tú lo has visto?

—No, pero me lo han contado. El lord Hechicero estuvo fuera varios años durante la guerra y ya no demuestra tanto sus actos mágicos.

—¿Por qué?

La sirvienta bajó la voz.

—La hija del shansen cree que la magia es cosa de demonios.

Me entró el miedo. Desde luego, ahora no podía utilizar las tijeras. No podía arriesgarme a que me descubrieran y ofender a lady Sarnai.

—¿Tú qué opinas de la magia? —preguntó Ammi, que volvió a acercarse a mí.

Estaba tomándose su tiempo para amontonar mis platos y entonces me percaté de su extraño comportamiento. ¡Estaba coqueteando conmigo!

Me llevé la mano al cuello de la túnica, que de repente me apretaba.

—I... Intento no pensar mu-mucho en ello.

—Te estás poniendo colorado, maestro Tamarin —dijo Ammi con una risita. Finalmente, cogió la bandeja y se dio la vuelta—. Si necesitas cualquier cosa, búscame en las cocinas.

Cuando Ammi se fue, Longhai y Norbu se acercaron a mi puesto.

—Parece que tienes una admiradora. Es muy directa. Bueno, supongo que tienen que serlo.

—¿A qué te refieres?

Longhai agitó la botella y puso mala cara. Estaba vacía.

—La vida en la cocina no es fácil —respondió con un suspiro—. Si se casan con un sastre, tendrán una vida mucho mejor.

—Eres joven —añadió Norbu—. Deberías divertirte.

Lo miré con seriedad.

—Yo he venido a coser, no a encontrar... esposa.

—Pues haz amigos —terció Longhai—. No encontrarás a muchos maestros de tu edad. Deberías conocer a más personal de palacio. Los sirvientes son más jóvenes y estoy seguro de que a los guardias les gustaría oír tus historias de la guerra.

Apreté los dientes. No tenía historias de la guerra.

—Gracias por el consejo, maestro Longhai, pero ahora mismo prefiero estar solo.

—Qué lástima —dijo—. Tenemos el resto de la tarde libre y Norbu nos ha invitado a comer en Niyan.

—Pago yo —dijo Norbu tentadoramente.

Estaba de buen humor e imaginé que yo también debería estarlo, pues había ganado la prueba. Y, sinceramente, la idea de un cuenco de fideos calientes hizo que me rugiera de nuevo el estómago.

Cogí el bastón.

—De acuerdo.

—¡Fantástico! —exclamó Norbu—. Luego iremos a los baños. Keton, necesito conocer el secreto de tus maravillosos bordados.

Contuve un grito.

—En realidad... —dije. Me latía el corazón con fuerza, lo cual me

recordó por qué no podía ir con cinco hombres a los baños públicos —. En realidad, hoy no debería ir a Niyan. No... No tengo muy bien la pierna. Y... todas esas... Todas esas escaleras...

—¿Estás seguro? —preguntó Norbu—. Deberías celebrar la victoria. Las aguas curativas te sentarán bien. Podrás descansar los dedos.

—Estoy seguro —dije con firmeza—. Pasadlo bien.

Norbu me dio una fuerte palmada en la espalda.

—De acuerdo, joven Tamarin. Te echaremos de menos.

Forcé una sonrisa y los despedí con la mano.

—Disfrutad.

Mi ritmo cardíaco bajó cuando los vi marcharse. Ahora tenía todo el día para sopesar cómo seguiría en la competición sin utilizar las tijeras y averiguar más cosas acerca de lady Sarnai.

Decidí aceptar la invitación de Ammi y visitar la cocina. Alguna de las doncellas tenía que saber algo sobre lady Sarnai.

De camino a la cocina pasé por un patio en el que crecían magnolias y melocotoneros alrededor de un estanque lleno de carpas, siluros y ranas que saltaban sobre los nenúfares.

Cómo les habría gustado aquel estanque a Baba y mis hermanos. En nuestro jardín de Gangsun teníamos uno pequeño. Sendo y yo alimentábamos a los peces cada mañana y Finlei y Keton competían por ver quién atrapaba más carpas con las manos y luego las devolvían al agua antes de que Baba los viera.

Aquel recuerdo me arrancó una sonrisa. Me arrodillé junto al estanque y hundí los dedos en el agua. Un siluro bigotudo se acercó a mordisquearme las uñas y me hizo cosquillas en la yema de los dedos. ¿Qué estaría haciendo Baba en aquel momento? ¿Y Keton?

Cómo echaba de menos mi casa junto al mar.

Soltando un suspiro, me puse de pie y me sequé los dedos con la túnica. Al otro lado del estanque vi al hombre alto y delgado, el lord Hechicero, observándome. Cruzamos miradas y, para mi alivio, se fue.

Más adelante vi el reluciente camino dorado que solo el emperador Khanujin podía transitar. Estaba cubierto de flores rosadas de ciruelo, lo cual significaba que había pasado recientemente por allí.

Lo bordeé con cautela y fui hacia las cocinas, ¡pero al levantar la cabeza vi al emperador detrás de un magnolio!

Estuve a punto de arrodillarme tal como me habían enseñado a hacer de niña, pero, como no podía verme, me agaché detrás de un arbusto frondoso para observar a mi soberano.

Era alto y majestuoso, probablemente el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Su cabello, cubierto con un tocado de oro, rubíes y perlas, brillaba como la mejor laca negra y sus ojos irradiaban con la calidez de mediados de verano. Sin embargo, poseía la elegancia y dignidad de un rey y la fuerte curvatura de sus hombros denotaba a un temible guerrero.

Todas las historias eran ciertas y ahora me sentía tonta por haber pedido a mis hermanos que me dibujaran un retrato suyo hacía años. Ningún dibujo habría hecho justicia al emperador. Incluso el sol parecía incidir diferente en él y brillaba como un dios del cielo.

Con el pulso acelerado, di un paso al frente. Algo extraño y hermoso me atraía hacia el emperador. Notaba un calor y un placer que no resultaban del todo naturales. Estaba tan hipnotizada que olvidé prestar atención a la ropa que llevaba y tampoco vi la sombra que acechaba detrás de mí.

—Mirar al emperador es un delito capital.

Me quedé inmóvil al reconocer aquella voz, y me ardían las mejillas cuando aparté la mirada del emperador Khanujin y me volví hacia el lord Hechicero.

Me había seguido desde el estanque y sus mangas pulcramente subidas mostraban unos dedos largos y elegantes. A diferencia del emperador, con su delicado porte, él era todo ángulos y sombras, y los bordes de la túnica se pegaban a su cuerpo delgado. Al menos,

la luz no inundaba sus ojos esta vez y pude ver su ardiente azul, pálido como el corazón de una llama de fuego. Normalmente, el azul era mi color favorito, pero en su caso no.

—Cierra la mandíbula, *xitara* —dijo con una sonrisa—. Parece que vayan a llevarte al matadero.

«¿Xitara?». Reaccioné al instante y retrocedí hacia el camino. No sabía exactamente qué protocolo merecía el lord Hechicero, pero no pensaba hacerle una reverencia cuando me había llamado «corderito».

—Tú eres el que hizo ese chal con la chica. —Se volvió hacia mí y su delgado rostro se ensanchó para dar cabida a una sonrisa—. Tienes mucha suerte de haber ganado.

No me gustaba cómo me miraba. Parecía que conociera mi secreto.

«Pues actúa como si no guardaras ningún secreto», me recordé a mí misma.

—La suerte no tuvo nada que ver —protesté—. Mi chal era extraordinario. Lo dijo la propia lady Sarnai.

—Cierto —coincidió el lord Hechicero. Movía las manos al hablar, un hábito que, según mi madre, era de mala educación—. Pero era demasiado extraordinario, al menos tratándose del primer desafío. Lady Sarnai no quiere una competición con un ganador obvio. Desea prolongar el proceso. Es un consejo para la próxima vez.

»Y ahora todo el mundo sabe que debe andarse con cuidado contigo. ¿Por qué crees que os señaló a ti y a Yindi como los sastres a batir? Lady Sarnai es más lista de lo que crees. Está creándote enemigos.

Se me pusieron rígidos los músculos de la mandíbula.

—¿Por qué me contáis todo esto?

El lord Hechicero se encogió de hombros.

—La vida en palacio es aburrida ahora que ha terminado la guerra. Necesito algo que hacer y me has despertado suficiente

curiosidad como para echarle una mano.

—No necesito vuestra ayuda —dije llena de ira—. Para vos la guerra es pura diversión, ¿verdad? Si no fuera por vos y la guerra, mis hermanos... ¡Podría caminar sin este bastón!

Me fui de allí con tanta prisa que tropecé.

Olvidando el plan de visitar la cocina, volví a mi habitación y dejé el morral encima de la cama con la idea de arreglar mis pantalones y camisas para no parecer un campesino. Mis tijeras mágicas cayeron encima de la almohada.

Esta vez no hubo zumbidos ni brillos.

Seguramente podría haberlas utilizado para confeccionar un conjunto digno de un príncipe, pero no caí en la tentación.

Guardé las tijeras debajo del colchón e hice el dobladillo de los pantalones de la manera habitual.

Al caer la noche vi un halcón negro volando entre las nubes. En una de sus garras relucía una anilla dorada. Sus ojos amarillos, tan brillantes como la luna, parecían observarme.

Cerré las cortinas.

CAPÍTULO 7

Negarme a ir con Norbu y los demás fue una buena decisión. Después del baño habían ido a la taberna local, donde los maestros Taraha y Garad bebieron hasta perder el conocimiento. Ahora llevaban todo el día con arcadas. Podía olerlo desde mi mesa.

—Demasiada hidromiel y gambas con ajo —dijo Norbu, que dio un manotazo al maestro Garad en la espalda.

Parecía que el sastre fuera a vomitar otra vez.

Norbu me sonrió.

—Te perdiste una tarde divertida, joven Tamarin. Organizamos una competición para ver quién podía comer y beber más. Ganaron Taraha y Garad, los glotones. O perdieron, a juzgar por lo mal que se encuentran ahora.

Me pregunté si alguien había ideado el concurso para que Garad y Taraha estuvieran indispuestos para trabajar.

«No seas tan desconfiada, Maia».

Bueno, tenía motivos para serlo. No quería que nadie se acercara demasiado a mí. No podía permitir que nadie descubriera que era Maia y no Keton.

Los otros sastres no tenían nada que perder en la prueba.

Yo podía perderlo todo.

—Para el siguiente desafío —anunció el ministro Lorsa—, Su Majestad ha pedido unas babuchas bordadas para lady Sarnai. En vuestras mesas encontraréis una cesta con cuero, tela, hebras y satén.

»Para que demostréis vuestras habilidades, todos los hilos de colores han sido retirados del armario y sustituidos por hilos blancos. Si queréis colores, tendréis que hacerlos vosotros. Disponéis de tres días para completar la tarea.

Yo ya me hallaba en desventaja. Nunca había confeccionado unas babuchas, así que calculé rápidamente qué debía hacer. Teñir los hilos me llevaría al menos un día y apenas había traído colores suficientes para bordar unas babuchas dignas de la futura emperatriz.

«Memorizaste las diferencias entre setenta puntadas cuando tenías doce años —me dije—. Eres capaz de averiguar cómo hacer una zapatilla apropiada. Y puedes conseguirlo sin utilizar esas tijeras».

Para ser totalmente sincera conmigo misma, ansiaba probarlas otra vez. No había sido fácil dormir con ellas debajo de la cama esperando a que empezaran a zumbiar y brillar.

Y no dejaba de preguntarme si podría ganar sin ellas.

Al menos tenía una ventaja: mi talla era más parecida a la de lady Sarnai que la de cualquiera de los otros sastres. Podía utilizar mis pies como modelo.

Pasé la tiza por encima del cuero para perfilar la planta de mis pies y luego moldeé unas piezas que cubrirían los dedos y el talón. Una vez que tuve los patrones, los copié dos veces en el rollo de satén: uno para el forro y el otro para bordar mis diseños.

La voz estridente de Yindi había desaparecido y hacía como mínimo una hora que no oía la risa de Longhai. Me quedé mirando por las ventanas enrejadas del salón. Los demás sastres ya estaban en el jardín recogiendo ingredientes para empezar a teñir los hilos y yo tendría que hacer lo mismo.

Y sabía exactamente dónde ir.

Cogí el bastón y salí a paso ligero. Las nubes eran grises y el cielo estaba oscuro pese a que era última hora de la mañana. Salí renqueando al patio y utilicé el olfato para llegar a las cocinas.

Dentro hacía calor, ya que había al menos doce fuegos encendidos a la vez y cien cocineros y sirvientes clamando y yendo de un lado para otro. Me caía el sudor por las sienes y diferentes olores me asaltaban las fosas nasales: patos y pollos colgando con cuerdas del techo y pescado salado que habían puesto a secar en unos estantes.

—Busco a Ammi —dije a un cocinero que estaba friendo masa y sazonándola con comino.

El olor me hizo la boca agua y el aceite crepitante me salpicó las mangas.

Al ver que el hombre me ignoraba, pasé junto a los cocineros y seguí adelante. Las sirvientas iban cargadas de bandejas y platos, pero no había ni rastro de Ammi.

Tras diez minutos deambulando, vi un almacén de té y allí estaba, metiendo hojas en agua caliente con mondadura de naranja seca.

—¡Maestro Tamarin! —exclamó.

—Siento molestarte —dije—. Quería saber si puedes ayudarme con una cosa.

Ammi se apartó el pelo de la cara.

—Lo intentaré. ¿Qué necesitas?

—Especias para mis tintes.

—¿Especias? —Ammi se limpió las manos con el delantal—. Las especias son caras.

—Unas bayas también me vendrían bien. Raíces, corteza de árbol, setas. Cualquier cosa que te sobre.

—Bueno, viendo que vas a hacer unas babuchas para lady Sarnai...

—¿Cómo lo sabes?

Ammi sonrió.

—Ha corrido el rumor, sobre todo en la cocina.

—¿Qué puedes contarme sobre lady Sarnai? —pregunté.

—No mucho. Es imposible complacerla. Sus doncellas se quejan de que disfruta atormentándolas.

Me lo temía. Al menos lady Sarnai era sistemática y atormentaba a todo el mundo.

Ammi me acompañó al almacén de las especias.

—Distraeré al maestro de especias —dijo—. Sé rápido.

Cuando dio la señal, entré en el almacén, donde había una fortuna en especias. Canela, pimienta negra, jengibre, nuez moscada, casia y una variedad de sabores de la que nunca había oído hablar: alazor, azafrán y cardamomo. Los colores eran vibrantes, pero no eran lo que yo buscaba.

Fuera, Ammi se puso a reír y se oyó un golpe en la puerta. Debía darme prisa.

Cogí una jarra cualquiera de la estantería, rezando para que no fuera más pimienta. No, era chili. La siguiente era cúrcuma. Luego jengibre, regaliz e hinojo. ¡Se me agotaba el tiempo!

Cogí otra jarra situada en el extremo. En cuanto la abrí, di gracias a los dioses por la suerte que había tenido.

Eran flores de guisante secas. Los cocineros las utilizaban para los postres, ya que daban al arroz una intensa tonalidad azul.

Guardé un buen puñado de flores secas en el bolsillo y arranqué unas páginas del cuaderno para envolver unas pizcas de azafrán, semillas de hinojo y acedera, además de tintes amarillos. Aunque a lady Sarnai no le gustara el amarillo, a mí sí. Me gustaba cómo me manchaba las yemas de los dedos con luz del sol y cómo iluminaba los colores que lo rodeaban.

Ammi se las había arreglado para que hubiera tres sirvientas riéndose a mi alrededor cuando salí por la puerta.

—Ammi tiene mucha suerte de poder servir a los sastres.

—¿Volverás para enseñarnos tu chal ganador?

—Ammi nos ha dicho que ganarás el concurso.

—Eso espero.

Me reí con ellas hasta que llegué a la salida. Ammi me guiñó un ojo y esboqué mi primera sonrisa real en varios días, les di las gracias y regresé al Salón de la Diligencia Suprema.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Yindi cuando volví de la cocina.

De repente, me alegré de llevar las especias en el bolsillo.

—He salido a dar un paseo.

Yindi arrugó la nariz y se puso a olfatear.

—Huele a especias.

Me encogí de hombros.

—Una doncella me ha dado un tentempié.

Yindi me impidió el paso a mi puesto de trabajo y se toqueteó la barba con los dedos.

—Me sorprendes, joven Tamarin. Es posible que incluso poseas algún talento.

—Gracias —murmuré.

Intenté pasar junto a él, pero seguía impidiéndomelo.

—Sin embargo, un muchacho como tú tiene que hacer lo correcto antes de ser nombrado sastre imperial de Su Majestad —continuó Yindi—. No sé dónde aprendiste a coser así, pero no me arrebatarás el puesto. Soy el mejor sastre de A'landi, y todo el mundo lo sabe. Te lo advierto: no te cruces en mi camino. Si lo haces, te arrepentirás.

Ahora estaba convencido de que era Yindi quien había saboteado mi chal.

—Yo estoy aquí para servir al emperador, no para jugar a tus juegos.

—Pues que así sea —repuso—. No digas que no te lo advertí.

Cuando se alejó, apagué las velas y dejé mi puesto a oscuras.

—Procura no prender fuego a tu trabajo —añadió Yindi riéndose.

Volví a encender las velas. Había llevado tintes bermellón y esmeralda, así que preparé primero esos hilos de colores. Luego metí las flores y las especias en mis botes de pintura; tardarían varias horas en estar listas para su uso.

Planché el satén y visualicé el diseño sobre el lienzo en blanco. Sería un paisaje de montaña que a lady Sarnai le recordara a su hogar. Debía ser asombroso, así que las puntadas serían pequeñas para demostrar mi atención al detalle y mi dominio de los bordados elaborados.

Mis dedos se pusieron manos a la obra. Empecé con las flores: siempre partía de una cruz sencilla y luego llenaba los pétalos y el tallo y dibujaba las hojas. Solo me llevaría cinco minutos cada una, pero había docenas. Luego bordaría las montañas, trazando líneas largas e irregulares con el hilo para perfilar su forma.

La aguja entraba y salía del satén. Tres puntadas por latido. Dentro y fuera.

Trabajé toda la noche. El incienso del diminuto templo del maestro Yindi era fuerte y me pesaban los párpados, así que me pellizqué las mejillas para mantenerme despierta.

Cuando estaba a punto de amanecer, estiré los brazos y la espalda, que empezaba a dolerme después de tantas horas concentrada en mi trabajo. Cuando me levanté, vi la forma básica de un zapato sobre la mesa de Norbu, pero no había empezado a montarlo. Quizá tenía experiencia haciendo babuchas, pero aun así me parecía osado que desperdiciara una sesión de trabajo.

Cuando por fin sonó el gong en la parte delantera del salón, me dolían los dedos de tanto coser.

—¡Atención! —gritó Lorsa—. Dejad de trabajar inmediatamente.

¿Ya era por la mañana? La luz entraba por las ventanas, pero casi ni me había dado cuenta. Me froté los ojos y me volví hacia el ministro Lorsa.

Para mi sorpresa, iba acompañado de lady Sarnai, cuya

expresión era fría e impenetrable.

«¿Por qué está aquí?», me pregunté mientras los sastres y yo murmurábamos un saludo a la hija del shansen.

—He llegado a la conclusión de que este desafío es demasiado fácil —anunció lady Sarnai—. Me siento halagada de que Su Majestad Imperial os haya encargado bordarme unas babuchas, pero ya tengo muchas, así que he decidido pedir algo más... único.

»Como emperatriz acogeré a visitantes de todo el mundo. Las babuchas de A'landi son elogiadas por su belleza y respeto a la tradición. Pero en Samaran las reinas calzan babuchas de hierro, y en Agoria la princesa lleva zapatos forjados en oro. A mí me gustaría lucir unos que personifiquen semejante fuerza y poder, pero que sean agradables a la vista.

En aquel momento entró un sirviente y dejó un montón de platos de porcelana azul. Después, otro trajo cuencos y vasos de cristal y jarras de vino acanaladas. Pronto, la mesa delantera estaba repleta de objetos de papel, paja y bronce, e incluso flores.

El maestro Taraha preguntó lo que todos estábamos pensando:

—Su alteza, los sastres normalmente no trabajan con porcelana, cristal o...

Lady Sarnai lo interrumpió.

—El sastre imperial es un maestro elegido por los dioses. De él espero que pueda trabajar con cualquier material, ya sea cristal o seda. O incluso el aire si yo lo pido. Si eso supone un problema, podéis iros a casa.

Con eso finalizaron las preguntas.

Lady Sarnai se dio la vuelta y el ministro Lorsa salió detrás de ella.

En cuanto se hubieron ido, los sastres fueron corriendo a la mesa. Yo avancé todo lo rápido que pude con el bastón, pero alguien le dio una patada y me desplomé.

Longhai me ayudó a levantarme con mano firme.

—Rápido, Tamarin, antes de que lo cojan todo.

El maestro Garad ya se había hecho con la paja y los otros fueron a por el bronce, el hierro y el papel. Cuando llegué a la mesa solo quedaban los objetos de cristal y porcelana. Norbu cogió los platos de porcelana en el último momento, por lo que solo me quedaba el cristal.

El maestro Boyen miró por encima de mi bastidor. Llevaba en la mano unas orquídeas y ya estaba modelando una babucha con las hojas y los tallos.

—Ohhh, cristal. —Chasqueó la lengua en señal de falsa comprensión—. Te va a ser difícil.

—Me las arreglaré —respondí entre dientes.

—Estoy deseando ver qué haces esta vez —dijo Boyen—. A todos nos impresionó mucho tu chal. Incluso Yindi está celoso. Es mejor no irritar demasiado al anciano. El cristal se rompe con mucha facilidad y no sabemos quién derramó el té en tu chal, ¿verdad?

Lo miré con cara de pocos amigos hasta que se fue.

Con un suspiro, dejé los materiales encima de la mesa. ¿De qué disponía para trabajar? Un par de cuencos de cristal y un jarrón alto y fino. Marcar y pintar el cristal sería bastante fácil, pero, ¿hacer unas babuchas con él?

Me agarré al borde del taburete imaginando unas babuchas de cristal, pero siempre acababan hechas pedazos.

A menos que... ya estuvieran rotas.

Mis pensamientos se agolpaban intentando urdir un plan. Cogí un pincel grande y pinté el interior del jarrón con el tinte azul de las flores de guisante. Cuando se secó, fui corriendo a la cocina y volví con una pringosa argamasa de arroz que utilizaría como pegamento.

Con cuidado, cubrí mi zona de trabajo con una pieza larga de muselina. Luego levanté el bastón y golpeé el jarrón una y otra vez hasta que mil fragmentos relucieron encima de la mesa cual diamantes azules.

Uno a uno, los pegué sobre la base de las babuchas. El cristal me cortaba los dedos y los hacía sangrar, pero me los vendé con trozos de tela y seguí trabajando. No pararía hasta que el último centímetro del zapato brillara.

Crearía algo asombroso. Y no necesitaba las tijeras para hacerlo.

El día del veredicto, lady Sarnai volvió por la mañana acompañada del ministro Lorsa y el lord Hechicero. Ver a este último no contribuyó a calmar mi ansiedad, pero hice todo lo posible por ignorarlo y me dediqué a vendarme los dedos y retirar los cristales sobrantes de la mesa. Quería desplomarme en el taburete de puro agotamiento, pero permanecí de pie delante de mi puesto como todos los demás y aguardé el anuncio del ministro Lorsa.

—Cada sastre se pondrá sus babuchas para presentárselas a lady Sarnai —declaró entre carcajadas—. Si es incapaz de dar ocho pasos con ellas, será enviado a casa.

Me invadió una sensación de alivio cuando me puse los zapatos de cristal. Me iban bien y no era muy difícil caminar con ellos, pero vi a Longhai mirar consternado sus pies grandes e hinchados.

El viejo sastre había sido amable conmigo y no quería que lo descalificaran por aquel desafío absurdo.

Fingiéndolo que practicaba el movimiento con mis babuchas, fui a donde se encontraba mi amigo.

—Camina de puntillas —le aconsejé en voz baja al pasar junto a su puesto de trabajo—. Son solo unos pasos.

Longhai me miró agradecido. No era el único que tenía problemas. La imagen de Yindi tambaleándose con sus babuchas y maldiciendo su «suerte del demonio» casi me hizo compadecerlo.

Lady Sarnai parecía disfrutar con nuestra incomodidad. Pero, milagrosamente, la mayoría caminaron con las babuchas sin romperlas, excepto el maestro Garad, que tenía unos pies tan

anchos que su calzado de paja se desmoronó.

Lady Sarnai levantó la barbilla y Garad fue expulsado.

Entonces me di cuenta de que el lord Hechicero ya no estaba a su lado. Sus pasos eran tan silenciosos que apenas me percaté de que estaba acercándose a mi sitio.

—Tienes unos pies bastante delicados para ser un chico —dijo, señalándolos con una bota negra reluciente. Mis babuchas de cristal azul refractaban la luz, como si hubiera mil estrellas dando vueltas en el suelo de madera—. ¿Las has hecho tú solo?

—Sí, señor —dije, pero evité mirarlo. Sabía que, si lo hacía, sus ojos pálidos y siempre cambiantes me atraparían.

—Son exquisitas —reconoció—. Pocos diamantes brillan tanto como tus babuchas, maestro Tamarin. —Se cruzó de brazos, golpeteándose el codo con sus largos dedos, y sonrió—. Sigue, pues.

Miré por encima del bastidor para ver el trabajo de los demás sastres. Taraha había utilizado docenas de colores vibrantes para bordar cien flores en cada zapato. Era una obra maestra, pero, por testarudez, no había utilizado ninguno de los materiales especiales que había solicitado lady Sarnai.

Lo invitaron a irse a casa.

El maestro Boyen había pedido al herrero de palacio que fundiera sus piezas de bronce para hacer suelas, pero pesaban tanto que rompieron las delicadas orquídeas al dar los ocho pasos.

También lo mandaron a casa.

La prueba había terminado, así que me quité las babuchas, las dejé encima de la mesa y las tapé con la tela de satén bordada.

Lady Sarnai eligió ese preciso momento para llegar a mi mesa.

—¿Dónde están las babuchas?

Su voz me sobresaltó.

—Su Alteza. Aquí... Aquí están.

Levanté la tela esperando que las babuchas relucieran, pero una nube tapó el sol y apagó su brillo.

Lady Sarnai se burló de ellas.

—Un poco simples para mi gusto. Estoy decepcionada, maestro Tamarin. Tenía muchas esperanzas depositadas en ti después de ver el chal.

«¡No! Hazla cambiar de opinión. Rápido».

—Las he teñido con flores de guisante, Su Alteza —balbuceé—, que, según tengo entendido, crecían cerca del castillo de vuestro padre...

—No intentes congraciarte conmigo —dijo, pero había dejado de golpearse la palma de la mano con el abanico. El sol había reaparecido y sus rayos rebotaron en las babuchas y danzaron sobre la mesa y el bastidor. Lady Sarnai arqueó una ceja—. ¿De qué están hechas?

Cogí una babucha para demostrarle cómo brillaban bajo la luz.

—De cristal.

Lady Sarnai entrecerró los ojos.

—El cristal se romperá.

Apresuradamente, me puse de nuevo las babuchas para demostrarle que no.

—Son...

—El cristal es un material paradójico —terció el lord Hechicero—. Frágil pero resistente. Como las babuchas.

—Le habéis tomado afecto al muchacho —dijo lady Sarnai con sorna—. ¿Queréis que os lo envíe de madrugada?

Sin inmutarse, el lord respondió:

—Qué considerada, Su Alteza. Estaba pensando en encargarme unos zapatos nuevos, pero creo que seguiré un tiempo con estos. No me apetece caminar sobre cristales más de lo que lo hago ya con vos.

Contuve una sonrisa, pero a lady Sarnai no le hizo tanta gracia. Abrió el abanico y volvió a la parte delantera del salón.

—El maestro Norbu, el maestro Longhai y el maestro Yindi se quedan —dijo.

Me mordí el labio, odiando cómo se me retorcían las entrañas. Yindi sonrió con aire de suficiencia, pero lady Sarnai no había terminado.

—Y también me quedaré con el maestro Tamarin —apostilló.

Sentí una oleada de gratitud y alivio, pero no duró mucho.

—El maestro Yindi ha ganado por segunda vez —continuó lady Sarnai—. Esta noche me acompañará a un banquete en mi honor. Al resto: no volváis a decepcionarme.

Mi voz interior me atosigaba.

«Casi te envían a casa. Si hubieras utilizado las tijeras, habrías podido ganar».

CAPÍTULO 8

Llevaba una semana en el palacio y casi dos fuera de casa. Añoraba terriblemente a Baba y Keton. A veces, al salir del salón, les escribía cartas mentalmente. Parecía una tontería, pero aliviaba mi sensación de soledad.

Ahora que solo quedábamos cuatro sastres tenía tiempo para redactar una carta de verdad. Me senté con un pergamino en el regazo y el pincel junto a un estanque de carpas rodeado de ciruelos que rápidamente estaba convirtiéndose en mi rincón favorito, pero no sabía qué decir.

Queridos Baba y Maia,

El emperador ha pedido a doce hombres que compitan por el puesto de sastre imperial y anoche tuve que hacer unas babuchas. ¡De cristal! ¿Os lo podéis creer? No utilicé las tijeras que me diste.

Dudé y apoyé un brazo en el borde de piedra del estanque.

—Oh, Baba, ¿sabías lo que son capaces de hacer? Necesito ganar, pero, ¿y si no lo consigo sin ellas? —Retorcí las manos—. No, no puedo escribir eso.

No utilicé las tijeras que me diste y las babuchas superaron la prueba. Espero que el

dinero que mandé os alcance hasta el final del verano.

El pincel temblaba y me mordí el labio al leer la última línea en voz alta:

Y, Maia, doce pasos. Uno por cada día que he estado ausente.

Una voz profunda me sobresaltó.

—¿Hablas solo a menudo?

Me guardé la carta en el bolsillo y del susto estuve a punto de caerme en el estanque. Sin darme la vuelta, supe que era el lord Hechicero. Su voz me resultaba cada vez más familiar.

—Veo que has sobrevivido a otra ronda —dijo cuando lo miré.

Iba vestido de negro, como siempre, un buen color para acechar en la sombra y coger desprevenida a la gente.

—Habría sido una lástima que te mandaran a casa —añadió—. Por suerte para ti, decidí intervenir.

Evité responder. Era cierto; me había ayudado. Al recordar su rango, doblé la espalda para hacerle una rígida reverencia y, tan educadamente como pude, dije:

—Gracias, señor.

—¿Una reverencia? —Me miró fijamente—. Alguien debe de haberte contado quién soy. Una pena. Ahora eres tan formal y aburrido como los demás, y encima me llamas señor.

—No sé cómo dirigirme a vos.

El lord esbozó una sonrisa burlona.

—Mi nombre te sería demasiado complicado de pronunciar. Puedes llamarme Edan.

—Edan —repetí, y el nombre me sonó extranjero.

Hizo una ligera reverencia.

—Soy el lord Hechicero residente de Su Majestad Imperial. En el Oeste me conocen como Su Ilustrísima; en el Este soy Su Iluminador; y en todos los demás rincones del mundo soy Su

Formidabilísima.

Respiré hondo, entrecortadamente. ¿Qué me había dicho Sendo sobre los hechiceros? Lo único que recordaba es que trabajaban para reyes de todo el mundo y que bebían sangre de chicas jóvenes.

Finlei siempre se había mofado de esas historias, pero la idea me estremeció.

«Sé valiente, Maia», me recordé. Si Edan quería una joven, tenía mucho donde elegir en el palacio.

Además, aquel hombre me parecía demasiado joven para haber viajado por todo el mundo. Estaba convencida de que sus fanfarronadas no eran más que humo.

—Nunca he oído hablar de ti —dije.

Edan se puso a reír.

—Eres escéptico. Eso es inteligente, pero también raro viniendo de una persona tan joven.

—Mi hermano me contaba cuentos sobre la magia cuando estaba... —No logré pronunciar la palabra «vivo» y mi tono se volvió más sombrío—. Pero eso es lo que son, simples cuentos.

—Los a'landianos son un pueblo supersticioso que siempre reza a sus antepasados muertos. Si crees en espíritus y fantasmas, no entiendo por qué no crees en la magia.

Sí creía en la magia, pero no iba a reconocérselo precisamente a él.

—Yo creo en el trabajo duro y en mantener a mi familia.

—En eso te irá bien —dijo Edan—. He visto tu trabajo y es impresionante. El chal me resultó especialmente... interesante.

Allí estaba aquella mirada astuta otra vez, como si conociera mi secreto, y el rubor de mis mejillas me delató. No, no podía saberlo, así que intenté mostrar indiferencia.

—¿Qué sabes tú de tejer?

—¿Qué sé yo? Es cierto —respondió con picardía—. Parece que saco lo peor de ti. Con todos los demás pareces...

—¿Un *xitara*? —dije inexpresivamente.

Edan se rio.

—Iba a decir afable.

Qué ganas tenía de que se fuera.

—Las apariencias engañan.

—Yo no lo habría expresado mejor.

Entonces agarró el bastón, me golpeó en la pierna que supuestamente estaba irreparablemente rota y solté un grito.

—¡Eh! —Estaba tan enojada que olvidé poner una voz grave y masculina—. ¡Devuélveme eso!

—¿Por qué? No lo necesitas.

Frunciendo el ceño, cojeé exageradamente, agarrándome a un arbusto para mantener el equilibrio.

Edan me lanzó el bastón mientras me observaba atentamente.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que te apoyas en el pie derecho la mitad del tiempo y en el izquierdo la otra mitad? Solo se le pasaría por alto a un tonto, pero, por suerte para ti, este palacio está lleno de ellos.

Mi enojo dio paso al terror.

—Por favor, no...

—Pero ese no es el verdadero secreto, ¿eh?

Me quedé pálida. Levanté la cabeza y miré a Edan a los ojos, que ahora eran de color ámbar y tan densos y brillantes como la savia de un árbol. Su mirada me atravesó.

—No sé a qué te refieres.

—No eres Keton Tamarin y desde luego no eres el viejo Kalsang Tamarin. Sus dos hijos mayores murieron en combate, pero he oído que tiene una hija que regentó bastante bien el taller durante la guerra.

Me dio un vuelco el estómago.

Edan se acercó más y me miró con unos ojos azules y fríos, aunque penetrantes. Habría jurado que eran amarillos hacía solo unos segundos.

—¿Haría bien en suponer que eres Maia Tamarin?

Cuando iba a hablar, Edan me puso un dedo encima de los labios.

—Piensa bien antes de mentirle a un hechicero —me advirtió—. A veces es bueno mirarse al espejo.

Entonces sacó uno y me lo puso delante de la cara.

Me llevé la mano a la boca. El reflejo era yo, pero con el pelo largo otra vez, y mi hermano, el verdadero Keton, estaba detrás de mí.

—¿Qué clase de magia es esta? —pregunté.

—Simplemente un reflejo de la verdad —respondió él—. Los hechiceros vemos más que la mayoría. Sabía que no eras Keton Tamarin. Eres esa chica a la que pintaste en el chal.

Aparté el espejo con la mano.

—Estaba intentando pintar a lady Sarnai.

—Um... —dijo mirándome fijamente—. El parecido no es asombroso, pero está ahí. Qué curioso.

—No hay ningún parecido —le espeté—. No soy una chica.

—No se lo contaré a nadie.

—¿Crees que debería confiar en ti?

—Deberías. —Edan se aflojó el cuello de la camisa, que parecía incómodo para aquel calor, pero no tenía sudor en la frente. Yo llevaba el lino más ligero y ya estaba sudando—. Vamos, ¿qué te impide confiar en mí?

Se me ocurrían mil razones, así que no tengo ni idea de qué me empujó a decir:

—Mi... Mi hermano dice que los hechiceros beben sangre de chicas jóvenes.

Edan prorrumpió en carcajadas. Cuando recobró la compostura, contestó con bastante seriedad:

—Ya solo quedan cuatro sastres en la prueba. Si quieres ganar, ya es hora de que te luzcas un poco.

Fruncí el ceño y bajé la guardia.

—Me dijiste que el chal era demasiado bueno.

—Para ser el primer desafío —precisó Edan—. No pretendía que fueras tan decepcionante en el segundo.

—No lo fui —protesté. No tenía sentido tratar de explicarle lo difícil que era crear un milagro en tres días, al menos sin utilizar unas tijeras mágicas—. ¿Por qué quieres que gane?

Edan sonrió misteriosamente.

—Un hechicero nunca revela sus intenciones. Digamos —se sacó mis tijeras de la manga— que esto no pertenece a una costurera corriente.

—¿Cómo las has conseguido? —Me puse de puntillas para intentar arrebatárselas—. ¡Son mías!

—Conque hay fuego en tu interior. —Su sonrisa se amplió—. ¿Por qué iba a devolvértelas? ¿Son especiales para ti?

Se me aceleró el pulso. Aquellas tijeras obraban milagros. No podía permitir que el lord Hechicero del emperador descubriera mi otro secreto y consiguiera que me echaran de la prueba.

—Me las regaló mi padre —dije extendiendo aún el brazo.

—¿Tienen algo de especial?

—No —insistí.

Edan bajó las tijeras un centímetro.

—Di «por favor».

—Por favor —dije a regañadientes.

Edan me tendió las tijeras. Las cogí y me las guardé en el bolsillo.

—No sabes mentir, Maia Tamarin. —Edan ladeó la cabeza—. Esas tijeras están encantadas. Cualquier hechicero sabría oler su magia.

—No sé de qué me hablas.

Me di la vuelta, pero Edan me bloqueó el paso.

—Las babuchas que hiciste eran muy buenas, pero con las tijeras podrías haber dejado en ridículo a Yindi, Norbu y Longhai. —Sin dejarme pasar, se agachó hasta que nuestros ojos estuvieron a

la misma altura—. Si crees que voy a enviarte a casa por eso, estás muy equivocado. Me has despertado curiosidad, maestro Tamarin. Los objetos encantados no funcionan con todo el mundo.

—¿Qué sabes tú de eso? —pregunté intentando mostrar indiferencia, aunque en el fondo sentía curiosidad.

—Mucho —respondió Edan entre carcajadas—. Si quieres ganar la prueba, *xitara*, vas a necesitar mi ayuda.

Me molestaba su arrogancia.

—¿Puedes dejar de llamarme así?

—¿No te gusta?

—¿Por qué iba a gustarme que me llamen corderito?

—Ah, conoces el viejo a'landiano. —Con repentino interés, Edan se dio unos golpecitos en la barbilla, que era puntiaguda pese a que tenía la mandíbula cuadrada. No era una mala combinación, pero aun así resultaba extraña—. Me lo pensaré. Si ganas.

—Ganaré —repuse—. Y sin tu ayuda.

—Eres raro, ¿lo sabías? —Me miró de brazos cruzados y con una sonrisa burlona—. Cuando llegaron los otros sastres, hicieron todo lo posible por sobornarme con joyas, sedas, pieles e incluso una de sus hijas, todo para obtener un poco de ayuda. Pero tú la rechazas cuando te la ofrezco gratis.

—No estás ayudándome —dije entre dientes—. Estás atormentándome.

Otra risotada seca.

—Lo que tú digas, maestro Tamarin. Pero te daré un consejo: métete una piedrecita en el zapato para que al menos recuerdes qué pierna se supone que tienes rota.

Después me hizo una reverencia como si fuera una dama de alta cuna, igual que la futura esposa del emperador, y se alejó silbando una canción.

¿Aceptar la ayuda de alguien tan insufrible? El mero hecho de que me la hubiera ofrecido me desconcertaba.

Di media vuelta, negándome a mirarlo otra vez, pero vigilé mis

pasos el resto del día y esperaba poder confiar en que guardara mis secretos.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente hacía un calor sofocante, lo cual no era excusa para que Yindi y Norbu estuvieran holgazaneando en el salón sin camisa, pero lo hicieron de todos modos. Yo desvié la mirada, sobre todo de Norbu, cuya barriga peluda no era algo que me apeteciera ver.

Por una vez agradecí que llegara el ministro Lorsa a anunciar nuestro siguiente reto.

—Su Majestad pronto tendrá el placer de dar la bienvenida a unos importantes dignatarios del Lejano Oeste. Por ello, Su Alteza lady Sarnai necesita ropa nueva para recibirlos. Sabe que todos sois capaces de coser prendas al estilo local de A'landi, pero desea conocer vuestra versatilidad. El sastre que cree la chaqueta que mejor personifique la Ruta de las Especies de un extremo al otro ganará este desafío.

La mente me iba a toda máquina. A'landi era el extremo oriental de la Gran Ruta de las Especies y Frevera el occidental. Lo poco que conocía sobre la moda en aquel rincón del mundo consistía en escotes de vértigo, una fortuna en encajes y brocados y corpiños ajustados, lo opuesto a los estilos modestos y holgados de A'landi.

—Los cuatro podéis ir esta tarde al mercado a comprar

suministros —continuó Lorsá—. Recibiréis un estipendio de trescientos jens y dispondréis de media semana para terminar la chaqueta.

Luego guardó silencio unos instantes, como hacía siempre antes de decir algo desagradable.

—Ah, y una cosa más: tiene que estar hecha de papel.

—¡De papel! —murmuró Longhai de camino a la ciudad—. No había otro material... —Se acarició la barba y sacó la botella de vino del bolsillo—. No va a ir vestida de papel para recibir a unos dignatarios extranjeros. Empiezo a sospechar que está utilizando la prueba para posponer su matrimonio con el emperador Khanujin.

Chasqué la lengua. Edan había dicho lo mismo.

Seguí su consejo sobre la piedra en el zapato, pero ahora caminar me dolía de verdad e iba demasiado lenta incluso para Longhai, que me dejó atrás y se situó junto a Yindi.

Con un suspiro, continué sola. El trayecto desde el palacio hasta Niyan no era fácil: ochenta y ocho escalones desde el palacio y doscientos más hasta la colina del Crisantemo. Luego nos separaba un kilómetro y medio del mercado de Tangsah.

Pese a la brisa que llegaba del cercano río Jingan, la humedad se me acumulaba en las sienes y me caían perlas de sudor desde las mejillas hasta los hombros. Los alfileres que utilizaba para amarrar los ribetes del pecho me pellizcaban el costado y no podía evitar frotarme la piel. Las vendas olían y me irritaban, pero me olvidé de la incomodidad en cuanto vi Tangsah.

No había estado en un mercado de verdad desde que vivíamos en Gangsun. Los vendedores se extendían de una calle a otra, algunos con llamativos tenderetes en todos los tonos de naranja y otros empujando carromatos por las calles pavimentadas. Más adelante había talladores de jade, maestros tapiceros y sopladores de vidrio mezclados con burros, pollos salvajes y niños paseando,

además de acróbatas y tragafuegos. En el mercado no había orden alguno, pero me encantaba.

—Todo un espectáculo, ¿verdad? —dijo Longhai, que reapareció a mi lado—. Solo lo supera la capital. —Señaló el otro extremo del mercado de Tangsah y añadió—: Los comerciantes del barrio de la seda intentarán engañarte cuando descubran que trabajas en el palacio. No pagues más de la mitad de lo que piden. Y no actúes como si fuera la primera vez que vienes.

Apoyé mi peso en el bastón.

—¿No resulta obvio?

—Sí —respondió Longhai, que hizo una pausa—. Tienes mucho talento, Keton, pero eres joven. Si no estuviéramos participando en este concurso absurdo, te llevaría como aprendiz. —Encogió sus anchos hombros—. Esta competición me agota. Somos artesanos. Deberíamos aprender los unos de los otros en lugar de degollarnos.

Antes de que pudiera responder, Norbu se situó entre ambos.

—¿Vienes con nosotros a la taberna, maestro Tamarin? Te invito a una copa si así logro conocer tus secretos de bordado. Ese chal era maravilloso.

Toqueteé el bastón.

—Tengo que pasarme el día comprando suministros.

—Qué aguafiestas eres —dijo Yindi con un resoplido—. Tenemos el día libre y trescientos jens cada uno. Deberíamos disfrutarlo.

—Para ti es fácil decirlo —respondió Longhai—. Has ganado los dos últimos desafíos, pero creo que yo me iré con el joven Tamarin.

Pero no lo hizo. Longhai tenía debilidad por la bebida y me daba la sensación de que Yindi y Norbu estaban utilizándolo contra él.

—¿No tienes calor con toda esa ropa? —dijo Yindi señalando mi túnica.

Llevaba siempre un mínimo de tres capas para disimular el pecho.

—Para mí hace frío —mentí, con la esperanza de que no vieran el sudor que se me acumulaba en la nuca.

Yindi se cruzó de brazos y arrugó como siempre su nariz chata y rechoncha.

—Eres raro, Tamarin.

Luego negó con la cabeza y desapareció con Norbu en la taberna. Miré furtivamente: estaba llena de hombres, algunos apostando al mahjong y otros ebrios recitando poesía. En el centro estaba Norbu, alternando con los magistrados y nobles mientras su sirviente se encargaba de las compras.

—¿Es que no trabaja nunca? —pregunté a Longhai antes de que él también entrara.

—No subestimes a Norbu —me advirtió—. ¿Por qué crees que es el sastre más rico de A'landi? Desde luego, no porque se pase el día delante del telar.

Me refugié a la sombra de un puesto de mandarinas y consulté el mapa. Luego me até la bolsa de dinero al cuello; Tangsah era famosa por sus ladrones.

Al pasar junto a varias panaderías y tenderetes vi pasteles de sésamo y galletas de azúcar. En el palacio me alimentaban bien, pero no había nada como unas galletas de azúcar recién salidas de la plancha.

Intenté acallar el antojo. «Seda, no galletas —me recordé a mí misma—. Hilo, no pasteles».

Con renovada determinación, fui a buscar material. Al cabo de unas horas la cesta pesaba. Me había gastado casi todo el dinero que nos había dado Lorsa en tintes, agujas nuevas, pan de oro para hacer hilo metálico y un bastidor más pequeño para bordados más complejos.

Me quedaban dos jens y treinta fens, suficiente para comprar comida. Fui a la panadería cuyos bollos de verduras parecían más frescos y compré una manzana al campesino de al lado con el fen que me quedaba.

Alguien dio un golpecito a mi cesta y me giré suponiendo que se trataba de un ladrón, pero era Edan.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Por qué necesitas todo esto cuando tienes esas tijeras? —respondió frunciendo el ceño al ver el contenido de la cesta.

Me alejé del puesto de venta del campesino.

—No voy a utilizarlas.

Edan me siguió.

—Pues es la idea más tonta que he oído nunca.

—Lady Sarnai odia la magia. No permitiré que me manden a casa por unas tijeras. Y me niego a hacer trampas. —Miré al lord Hechicero con cara de pocos amigos. Estaba sonriendo y masticando una reluciente manzana amarilla. ¡Mi manzana!—. ¿Alguna vez te tomas algo en serio?

—Yo me lo tomo todo en serio, sobre todo la magia. Si tuviera unas tijeras encantadas como las tuyas, el concurso ya se habría acabado.

—No serías capaz de tejer aunque te fuera la vida en ello —repuse, tratando de recuperar la manzana.

—Ya, pero no lo necesitaría.

Cerró el puño y, cuando volvió a abrirlo, mi manzana había desaparecido.

Intenté no averiguar cómo lo había hecho; le habría dado demasiada satisfacción.

—¿No deberías estar en el palacio aconsejando y protegiendo al emperador o haciendo lo que sea que haces?

—Su Majestad no necesita mi protección ni mis consejos. Es un hombre adulto —respondió sonriente—, como estoy convencido de que habrás observado.

Hacía mucho calor. Aturullada, dije:

—El emperador Khanujin es un hombre extraordinario. Tiene mucho de admirable.

—¿Por ejemplo? ¿Su elegancia e ingenio? ¿Su encanto y su belleza? Me atrevería a decir que alguien está enamorada. —Edan me miró con curiosidad—. ¿Has hablado con él?

Se me pusieron las mejillas de color rojo chillón.

—N-no.

—¿Te gustaría? —Edan se tocó la barbilla—. Podría organizarlo.

Entonces recordé lo que me había dicho lady Sarnai sobre Edan: que me había tomado aprecio. «No», pensé. Simplemente disfrutaba atormentándome porque conocía mi secreto: que era una chica.

¿Por eso era tan petulante con él? ¿O hacía tanto tiempo que mis hermanos no cuidaban de mí que no confiaba en él, que no podía confiar en él?

—¿Tan aburrido estás que no tienes otra cosa que hacer que seguirme a todas partes?

—Mi deber es proteger A'landi y asegurarme de que se celebra la boda real. Te sigo para proteger los intereses del país.

—Yo pensaba que seguías a lady Sarnai.

—Ah —dijo Edan complacido—. Veo que alguien ha estado escuchando las intrigas de la corte. Muy bien, Maia.

—¿Podrías no llamarme así en público? —susurré bruscamente. Sus labios formaron una sonrisa.

—Muy bien. ¿Pero puedo hacerlo en privado?

—¡Buf! —Me crucé de brazos—. Yo no veo a la dama por ningún sitio.

—Está bañándose en las santas aguas del Templo de la Luna Sagrada. No me apetecía seguirla hasta allí, así que he aprovechado la oportunidad para reabastecerme.

Edan extendió las manos, que estaban vacías. Antes de que pudiera preguntarle de qué pretendía reabastecerse, un halcón descendió sobre el mercado y se le posó en el hombro. Mirándome fijamente, Edan cogió el pergamino que el halcón llevaba atado a la garra izquierda y acarició la garganta blanca del pájaro.

Contuve la respiración mientras Edan leía la nota. Su expresión no dejaba entrever nada, pero exhaló de manera inaudible.

—Espero que encuentres a alguien que te ayude a llevar tus

cosas a casa, señorita. Quiero decir, maestro Tamarin. Me ofrecería yo, pero me temo que me reclaman en el palacio. Y, como sabes, debo obedecer al emperador.

—¿Incluso tú? —dije—. ¿El todopoderoso lord Hechicero?

—Incluso yo. —Edan me hizo una reverencia. El halcón que llevaba al hombro estiró el cuello y me miró con sus ojos redondos y amarillos—. En otra ocasión, maestro Tamarin.

—Espero que no —murmuré.

Edan se echó a reír. Me había oído.

—¡Cuidado con los ladrones! —dijo sin darse la vuelta.

Preocupada, me metí la mano en el bolsillo, donde había una manzana y cincuenta jens.

Me di la vuelta, pero Edan había desaparecido.

Suspiré exasperada. Nunca había conocido a nadie tan insufriblemente pagado de sí mismo.

Di un mordisco a la nueva manzana. Y, pese a todo, Edan quizá no era tan malo.

Quizá.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente, justo cuando empezábamos a preparar diseños y celebrar que nos libraríamos por unos días de la hija del shansen, ¿quién entró inesperadamente en el Salón de la Diligencia Suprema sino lady Sarnai? Varias tijeras cayeron al suelo y Longhai lanzó la botella detrás de la mesa mientras los demás nos poníamos de pie alarmados.

Lady Sarnai pasó rápidamente junto a nosotros, vestida con una capa blanca hecha totalmente de plumas de paloma, una aljaba con flechas escarlata colgando del hombro y un arco en la mano. La ausencia del ministro Lorsa a su lado era llamativa. Solo la acompañaba una doncella, que parecía desear estar haciendo cualquier cosa excepto llevar cuatro pájaros muertos en brazos.

Cuando los ojos oscuros de lady Sarnai se posaron sobre nosotros, la doncella dejó un halcón muerto encima de la mesa de Norbu, en la de Yindi, en la de Longhai y en la mía. El mío cayó con un ruido sordo, sus ojos amarillos abiertos y vacíos y sus alas, que tenían manchas grises, extendidas lo suficiente para cubrir toda la mesa. Tragué saliva pensando en el halcón negro que había visto el primer día que pasé en el palacio.

Lady Sarnai resopló.

—Deseo que estas plumas sean incorporadas a una banda de seda para Su Majestad, que lucirá encima de su túnica ceremonial en el templo.

Reprimí una mueca. Lady Sarnai tenía que saber que aquello sería un gran insulto para el emperador. Estaba prohibido llevar símbolos de muerte en un templo.

—Maestro Longhai —dijo—, pareces inquieto. ¿Te pone nervioso mi petición?

—No, lady Sarnai —respondió de inmediato.

—Es curioso —murmuró ella—. Al ver el botín de esta mañana, vuestro lord Hechicero se ha sentido tan incómodo que se ha excusado y no me ha acompañado en todo el día.

Me encogí al oír la noticia y recordar al halcón del mercado. ¿Aquellos pájaros eran las mascotas de Edan?

Yo fui la siguiente elegida por lady Sarnai.

—El lord Hechicero es una criatura muy enigmática. Me pregunto qué secretos se ocultan detrás de ese semblante vil. Maestro Tamarin, tengo entendido que os habéis hecho amigos.

Abrí la boca para protestar, pero lady Sarnai continuó.

—Sería inteligente mantenerse alejado de él. La magia es el arte de los demonios, por más que el lord Hechicero lo niegue. Y, como sabes, cualquier ayuda externa está prohibida en el concurso.

—Sí, Su Alteza.

—Bien. —Se le escapó un suspiro y por un momento pareció bastante triste, pero pronto volvió aquella máscara fría y dijo—: Os dejo trabajar.

No me gustó desplumar al halcón muerto, pero los otros sastres no parecían tener problemas con la tarea. Longhai trabajaba rápido y ya estaba colocando las plumas encima de su mesa. Oí tijeretazos que llegaban de la zona que ocupaba Norbu y no podía evitar estremecerme cada vez que sus hojas practicaban un corte.

Poco después de que se fuera lady Sarnai apareció el ministro Lorsa.

—¡Arrodillaos! —gritó, y corrimos inmediatamente hacia el centro de la sala y apoyamos la frente en el suelo.

—¿Qué pasa? —susurré a Longhai.

Obtuve respuesta antes de que el anciano pudiera hablar.

Había llegado el emperador Khanujin.

Volvió a invadirme la misma calidez que la primera vez que lo vi. Por un momento me pareció extraño, como si estuviera atrapada en una especie de hechizo que enturbiaba mis pensamientos. Disfrutaba de su presencia y tenía la esperanza de que no se fuera nunca.

—¡Su Majestad Imperial, que viváis diez mil años! —gritamos al unísono.

—Gobernante de Mil Tierras —dijo la voz de Lorsa—. Khagan de reyes, Hijo del Cielo, Favorito de Amana, Glorioso Soberano de A'landi.

Los títulos no cesaban. Yo no me atrevía a mirar, ni siquiera cuando el emperador habló finalmente.

—Levantaos.

Fui la última en obedecer. Desdoblé las rodillas y al ponerme en pie vi detrás del emperador a Edan, que ladeó la cabeza señalando mi pierna izquierda para recordarme que supuestamente estaba tullida.

Cuando corregí mi postura, vi a Edan observando las plumas que teníamos encima de la mesa. En lugar de esbozar su habitual sonrisa burlona, frunció el ceño y tensó los brazos.

—Tengo entendido que Su Alteza lady Sarnai ha visitado el Salón de la Diligencia Suprema esta mañana —dijo el emperador Khanujin.

—Sí, Su Majestad —respondió Lorsa—. Tenía otra tarea para los sastres.

—¿Y cuál es?

—Deseaba sorprenderos con una banda de plumas que pudierais llevar en vuestras oraciones matinales.

El emperador Khanujin se quedó mirando a Lorsa.

—¿Y no se os ocurrió informar a lady Sarnai de que está prohibido cazar pájaros en los terrenos imperiales?

Lorsa se ruborizó y bajó la mirada al suelo.

—Mis más humildes disculpas, Su Majestad —farfulló, y se arrodilló a besar los pies de Su Majestad hasta que le ordenó que se levantara.

Con prudencia, miré al emperador y me fijé en las docenas de colgantes de jade y oro que adornaban su cuello y su fajín. Uno no brillaba tanto como los demás.

Era de bronce y distinguí el perfil de un pájaro grabado. Sin duda, estaba enfadado porque lady Sarnai había cazado en sus jardines.

—Agradezco la generosidad de lady Sarnai —dijo el emperador Khanujin dirigiéndose a los sastres—, pero no necesito una nueva banda ceremonial. Llevo la de mi padre por respeto a los sacrificios que hizo para unir este país. —Guardó silencio unos instantes—. Ahora, unificar A'landi es responsabilidad mía. Tal vez consideréis que es contrario a la tradición que lady Sarnai supervise la selección del próximo sastre imperial, pero su felicidad es de suma importancia para mantener la paz en nuestro reino. Confío en que daréis lo máximo para complacerla.

—Sí, Su Majestad —entoné con el resto de los sastres.

—Provenís de todas partes de A'landi y algunos habéis viajado desde muy lejos. Espero dar la bienvenida a uno de vosotros al palacio.

Me latía tan rápido el corazón que casi no vi a Edan guiñarme un ojo cuando echó a andar detrás del emperador.

Salí del trance. Había algo extraño en el emperador Khanujin. «Extraño y maravilloso», pensé.

O extraño y terrible.

Era tarde cuando finalmente abandoné el salón. Tenía los dedos rígidos de tantas horas cosiendo encajes y doblando flores de seda para la chaqueta de lady Sarnai, y mi mente divagaba por falta de sueño. Cuando abrí la puerta de mi habitación solo podía pensar en tumbarme en la cama y...

Retrocedí sorprendida. Mi cama brillaba y las paredes parecían resonar ligeramente.

Las tijeras mágicas.

Las saqué del fardo que guardaba debajo del colchón. Al verlas de nuevo, noté que mis dedos se introducían casi instintivamente en el mango. Era muy tentador. Lady Sarnai detestaba la magia, pero Longhai aseguró que eso no era hacer trampas y Edan me había animado a utilizarlas.

Sacudí la cabeza vigorosamente.

«¿Ahora le haces caso a Edan, Maia? ¿Qué te pasa?».

Tenía que deshacerme de las tijeras.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, las envolví de nuevo, cogí el fardo y salí a los jardines. No podía tirarlas a un pozo por más que quisiera quitármelas de encima. Las tijeras eran de mi abuela y Baba me las había regalado a mí. Tal vez podía enterrarlas un tiempo.

Acababa de cruzar el patio de magnolias cuando oí a una mujer llorando. El sonido era tenue y casi se perdía entre el canto de los grillos.

Los sollozos se apagaron, sustituidos por una voz que conocía muy bien.

—¿Quién anda ahí?

Era lady Sarnai. La firmeza de su tono me dejó helada. Tragué saliva, consciente de que estaba en un lugar donde no debía y, sin embargo, algo en su voz denotaba un atisbo de... ¿miedo?

Pero lady Sarnai era hija de su padre y no aflojó.

—Mostraos.

Salí de detrás del arbusto.

—M-mis disculpas, S-Su Alteza. Yo... Me he perdido volviendo al salón y...

Lady Sarnai era igual de alta que yo, pero su voz, ronca y gruesa, me hacía sentir pequeña.

—¿El emperador te ha enviado a espiarme?

Abrí unos ojos como platos.

—N-no, Su Alteza. Creía que erais una doncella.

Lady Sarnai se burló de mi respuesta, pero agarró el pañuelo con fuerza y no dijo nada. Tenía un semblante tan triste que se me ablandó el corazón.

—¿Añoráis vuestro hogar? —dije con prudencia—. Yo también.

—Tú no podrías entender cómo me siento. —Lady Sarnai se enjugó las lágrimas y añadió con rudeza—: No me cuentes que combatiste en la guerra y que pasaste años lejos de casa. No me importa.

Me preguntaba si su frialdad, aquella cara inexpresiva que ponía siempre que entraba en el Salón de la Diligencia Suprema, era una máscara.

Lady Sarnai echaba de menos su casa. Lo veía en las oscuras sombras que rodeaban sus húmedos ojos.

Estaba enfadada y triste porque su padre la hubiera sacrificado para firmar la paz con el emperador Khanujin. Y, si Longhai estaba en lo cierto sobre su relación con lord Xina, tenía aún más motivos para sentirse apenada.

—Lady Sarnai —dije titubeante—, sé que para vos es difícil estar aquí, pero Su Majestad está haciendo todo lo que puede por teneros contenta. Es un hombre bondadoso y...

—¿Un hombre bondadoso? —Se rio amargamente—. Ese embaucador os tiene a todos engañados.

Fruncí el ceño.

—Os haría feliz —insistí—. Si le dejarais.

—¿Qué sabes tú de la felicidad? —me espetó—. Tú eres un hombre. Ahora que ha terminado la guerra, puedes hacer lo que

quieras. Has demostrado tu valía a A'landi. El mundo está abierto para ti.

—Yo soy... Soy un simple sastre.

—Un sastre que ha sido invitado a coser para el emperador. Una chica no podría hacerlo. Una chica solo puede ser un premio. Mi padre me prometió que nunca me obligaría a casarme. Me enseñó a cazar y a luchar como un hombre. Era tan buena como mis hermanos. ¿Y ahora? —Lady Sarnai se retorció las manos—. Ha roto la promesa que me hizo. Al principio pensé que era porque la guerra y la magia habían ennegrecido su corazón, pero los hombres son así. ¿De qué sirve una promesa si se le hace a una mujer?

Sus palabras me parecieron tan reales que casi me caí de espaldas.

—Le hice una promesa a mi... mi hermana —dije, corrigiéndome en el último momento—. Que ganaría esta competición para que pudiera tener una vida mejor. Y no tengo intención de romperla.

—Eso ya lo veremos. —Lady Sarnai se irguió para recuperar la compostura—. Déjame.

Hice una reverencia y obedecí.

No podía decir que después de mi encuentro con lady Sarnai me cayera mejor que antes. Sí, había atisbado su lado vulnerable, pero aun así era la fría y desalmada hija del shansen. Sin embargo, algo había cambiado.

Ahora la compadecía.

CAPÍTULO 11

Tras mi encuentro con lady Sarnai me cuidé de alejarme demasiado del Salón de la Diligencia Suprema. Tenía la sensación de que no sería tan indulgente si nos topábamos de nuevo.

Edan me encontró trabajando sola. El papel que nos había facilitado el ministro Lorsa para la chaqueta era rígido, lo cual era bueno para pintar pero incómodo para las mangas holgadas que había diseñado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, levantando la cabeza cuando la sombra de Edan me tapó la luz del alba.

—El emperador está rezando y he pensado en salir a dar un paseo.

—Has venido a controlarme, ¿verdad? —dije, y hundí el pincel en el bote de pintura dorada.

—No solo a ti —respondió Edan—. A los otros también.

—Siguen durmiendo. —Ladeé la cabeza hacia los calabacinos vacíos que había encima de la mesa de Longhai—. Se quedaron bebiendo vino hasta tarde, como de costumbre.

Hice girar el pincel y lo presioné contra el lateral del bote para que se escurriera el exceso de pintura. Después lo situé sobre la chaqueta y pinté rápidamente una serie de hojas diseñadas con

brocado imperial, una tela con hilos de oro.

Edan se inclinó sobre mí.

—Eres toda una artista —dijo con aprobación—. ¿Tu hermano te enseñó a pintar así?

Fruncí el ceño.

—Nunca me has dicho cómo supiste que mis hermanos murieron en la guerra.

—Mi trabajo es saber cosas —repuso.

Por un momento mostró cierto hartazgo, igual que hacía Keton cuando alguien mencionaba la contienda, y me preguntaba si Edan habría combatido junto al emperador.

Solté un suspiro desacompañado y volví a centrarme en mi trabajo, pues no quería que Edan detectara mi tristeza.

—¿No deberías estar siguiendo a lady Sarnai?

—Alguien está quisquilloso hoy —dijo cruzándose de brazos. Su actitud volvía a ser serena—. Te complacerá saber que Su Majestad ha decidido supervisar las competiciones a partir de ahora.

—¿Por qué debería complacerme? —pregunté, pero me dio un vuelco el corazón mientras seguía pintando. A menudo deseaba que fuera el emperador Khanujin a quien viera a diario y no a su lord Hechicero.

De repente, mi cuaderno de bocetos apareció en la mano de Edan y hojeó página tras página de dibujos del emperador Khanujin. En realidad eran diseños para su vestuario, pero había dibujado su rostro en todos ellos.

Me puse de pie horrorizada.

—¡Eso es mío! ¿De dónde...? ¡Devuélvemelo!

—¿Dibujas retratos de Su Majestad en tus ratos libres? —dijo Edan frívolamente—. No me sorprende. Todas las chicas de A'landi están coladas por nuestro joven rey.

Ruborizada, le arrebaté el cuaderno.

—¿Joven rey? —inquirí con desdén—. Es mayor que tú.

—Parece mayor que yo —precisó Edan—. Y, como tú decías, las

apariencias engañan.

Me guardé el cuaderno en el bolsillo.

—No estoy colada por él.

Edan se rio de mí.

—Que te hagas pasar por hombre no te convierte en uno. Sé perfectamente que no eres inmune a los encantos del emperador.

—Cualquiera diría que el emperador Khanujin ha lanzado un conjuro —respondí—. Si es así, ¿no debería intentar encantar a lady Sarnai?

Esperaba una contestación sarcástica del lord Hechicero, pero dijo:

—La resistencia que muestra hacia él es rara. Normalmente, todo el mundo ama al emperador, al menos cuando yo estoy presente. —Qué respuesta tan extraña. Edan se encogió de hombros—. A lo mejor lady Sarnai también tiene sus conjuros.

Vacilé.

—Me han dicho que estabas enojado por los halcones que mató.

Edan arqueó una ceja.

—¿Has estado hablando de mí? —preguntó, y se echó a reír al percibir mi incomodidad—. Tendrás que trabajar esa costumbre tuya de sonrojarte, maestro Tamarin.

—No hablaba de ti —dije a la defensiva—. Sacó el tema lady Sarnai.

—¿Qué más has averiguado sobre mí?

—Nada, excepto que disfrutas atormentándome.

—Te estoy ayudando.

—Yo no te he pedido ayuda.

—¿Ni siquiera con tu pequeño encaprichamiento con el emperador Khanujin? —Los ojos de Edan titilaron, esta vez con un tono verde igual que las hojas que tenía detrás—. Teniendo en cuenta el poco amor que siente lady Sarnai por él, puede que contrate a unas cuantas concubinas. —Me lanzó una mirada pícara—. Podría incluirte la primera de la lista, si quieres.

Fruncí el ceño con toda mi ferocidad.

—Voy a ser el sastre imperial.

—El maestro Huan trabajó treinta años para Su Majestad. ¿Crees que puedes estar aquí tanto tiempo sin revelar lo que eres realmente?

Tragué saliva. Lo cierto es que no había pensado en ello, pero no podía confesárselo a Edan.

—Sí.

—Entonces eres muy ingenua.

—¿Quién eres tú para decirme qué puedo y no puedo hacer? —repliqué—. De momento me las he arreglado muy bien.

—No llevas mucho tiempo aquí —me recordó Edan—. Y has tenido ayuda —añadió con altivez—. De no ser por mí, ahora mismo estarías en un carruaje camino de tu casa, o encerrada en las mazmorras.

Me aclaré la garganta, pero sus palabras me hicieron aplicar el pincel sobre la chaqueta con más fuerza de la deseada.

—Supongo que si te quedaras, podría ayudarte con tu disfraz —dijo Edan—. Ya estoy ayudándote de todos modos.

—¿Qué ganas exactamente con todo esto?

Edan buscó una moneda en el bolsillo y la lanzó al aire.

—El ministro Lorsa y yo hicimos una apuesta. —Eché la cabeza hacia atrás—. El ganador se lleva un cerdo.

El pincel se torció y dibujó una línea que no pretendía hacer.

—¿Estáis apostándoos mi futuro a un cerdo?

—¡Los cerdos son más listos de lo que la gente cree! Donde yo crecí casi los venerábamos. —Parecía tan serio que no sabía si bromeaba—. Además, Lorsa no me cae muy bien. Sería divertido verlo perder un cerdo. —Sonrió—. Dicho esto, te recomiendo que apartes la chaqueta de la ventana. Se avecina tormenta.

—Yo no veo nubes —dije levantando la cabeza.

—Como mínimo puedes confiar en que un hechicero pronostique el tiempo acertadamente.

—Me arriesgaré.

Edan hizo una mueca.

—Al menos aparta la chaqueta de todo ese incienso que tiene Yindi en su mesa. No querrás que tu trabajo huelga a ritual de oración.

—Eres un sacrílego —murmuré—. ¿Qué más da? Lady Sarnai nunca lleva nada de lo que hacemos para ella.

—Solo intenta divertirse.

—¿Igual que tú apostándote cerdos a costa de mi futuro?

—No del todo, aunque ganaría más rápido si utilizaras esas tijeras tuyas.

Escurrí el agua del pincel.

—Las he enterrado.

—¿Enterrarlas? —Edan sonrió y lanzó la moneda al aire una vez más—. ¿Cuántas veces te he dicho que no le mientas a un hechicero, Maia Tamarin?

—Maestro Tamarin. Y no las necesito.

—Estás acostumbrada a que te subestimen, así que quieres demostrar tu valía. No permitas que eso se convierta en tu muleta. Acepta ayuda cuando la necesites.

—Lo haré. Y ahora, ¿puedes irte?

Edan hizo una reverencia y su cabello negro reflejó la luz del sol.

—Como deseas, maestro Tamarin. —Me guiñó un ojo—. Como deseas.

Por más que me irritara, Edan acertó con el tiempo. Poco después del anochecer, las nubes se oscurecieron. Un relámpago hendió el cielo y se oyó el rugido de un trueno. La lluvia repiqueteaba en el tejado y alejé rápidamente la chaqueta de las ventanas y las cerré.

Recé para que la pintura se secara pese a la humedad. Había gastado una pequeña fortuna en el color, un violeta intenso que era una de las exportaciones más preciadas de A'landi en la Gran Ruta

de las Especias.

—¿Dónde está Norbu? —pregunté a Longhai—. Su chaqueta no está aquí.

—No lo he visto, y Yindi tampoco. —Longhai bebió un trago del calabacino, que era más grande que el anterior. Supuse que era un «regalo» de Norbu—. Espero que no lo haya sorprendido la lluvia.

No tenía tiempo para preocuparme por Norbu. Dejé la chaqueta encima de la mesa y la inspeccioné con una mirada crítica. La prenda, lo bastante rígida para sostenerse por sí sola, tenía unas mangas onduladas y el cuello bordado como en las cortes de Frevera, y por la noche trenzaría unas tiras de seda en el cinturón de encaje. Cada detalle era un matrimonio entre un extremo de la Ruta de las Especias y el otro.

«No está mal», pensé. Lo mejor de todo era que lo había hecho sin ayuda de las tijeras especiales.

«Pero imagina lo que habrías podido hacer con ellas», insistía una voz interior.

La ignoré. Si lady Sarnai descubría que estaba utilizando la magia, me descalificaría.

Aunque, bien mirado, si perdía la prueba, me mandarían a casa. Ahora éramos cuatro y sin duda quedaría al menos un desafío antes de que eligieran al sastre imperial.

Trabajé hasta tarde, mucho después de que Longhai y Yindi se acostaran, y la cálida lluvia que caía de los tejados se convirtió en un tamborileo y luego en una bruma. Como no había nadie allí, decidí probarme la chaqueta para asegurarme de que el cinturón aguantaba los pliegues de papel. Al envolverme la cintura con él, un halcón negro con la punta de las alas blanca graznó y voló en círculos en el cielo nocturno.

«¡Ahí está otra vez!». Miré por la ventana, pero ya había desaparecido, así que salí a buscarlo.

Sobre el palacio se cernían unas sombras y los faroles rojos y redondos que iluminaban el pasillo brillaban cual estrellas. A lo lejos

oí a los grillos y el suave crujido del viento contra los árboles. El halcón no aparecía por ningún sitio.

Decepcionada, de repente me di cuenta de que había olvidado el bastón y había salido con la chaqueta puesta. Me la quité y, al darme la vuelta, una terrible imagen me cortó la respiración.

Humo. No provenía de las cocinas, sino del Salón de la Diligencia Suprema. ¡Se había incendiado!

Solté la chaqueta y fui corriendo hacia la campana más cercana.

—¡Fuego, fuego!

Gritando aún, abrí la puerta. Las llamas estaban cerca de la mesa de trabajo de Yindi. Vi su chaqueta colgada en un biombo de madera y la de Longhai encima de su mesa. ¡Se quemarían si no hacía algo!

Entrar no era lo más inteligente, pero lo hice de todos modos, ignorando el dolor de la piedra que llevaba metida en el zapato y corriendo a rescatar sus chaquetas.

Las cogí y fui hacia la puerta a toda prisa. El suelo ardía bajo mis pies y el humo me abrasaba los pulmones y me impedía ver.

Desorientada, me di la vuelta. ¡Había dejado la puerta abierta al entrar, pero ahora estaba cerrada!

La embestí con el cuerpo, pero no cedía. Gruñendo, empujé de nuevo.

—¡Dejadme salir! —grité, tosiendo y tapándome la boca con la manga—. ¡Que alguien me ayude!

Las llamas llegaban al pedestal de madera de uno de los Tres Sabios. La madera crujió y se quebró como si fueran huesos fracturándose. La gigantesca estatua empezó a tambalearse, cayó al suelo y echó a rodar cada vez más rápido hacia mí.

No había donde esconderse. Me subí a una mesa y salté a la lámpara que colgaba encima de mí. Se balanceaba y apenas podía soportar mi peso y levanté los pies justo cuando el Sabio rodó hasta el fuego.

La lámpara cedió y me desplomé encima de la mesa.

El humo me llenaba los pulmones. Tosiendo, fui hacia la ventana más cercana, que, gracias a Amana, no tenía mosquitera. Saqué primero las chaquetas y luego me escurrí yo, pero el patrón de la celosía no dejaba pasar mis caderas.

No, no, no. Me contoneé. Sentía pánico. Estaba muy cerca.

—¿Norbu? —grité al ver una figura fuera—. Norbu, ¿eres tú?

No hubo respuesta.

Metí barriga e hice pasar las caderas por la ventana. Con un último empujón, salí rodando del salón, jadeando e intentando recobrar el aliento. Entonces vi a Norbu entre las sombras.

—¡Norbu! —grité—. Gracias a Amana que...

Norbu me pisó la muñeca y me inmovilizó la mano contra el suelo.

Retorciéndome, di patadas y grité:

—Norbu, ¿qué...?

Me quedé quieta. Norbu llevaba en la mano una de las pesadas sartenes metálicas que utilizábamos para alisar las telas. Intenté zafarme, pero era demasiado fuerte. Demasiado rápido.

Levantó la sartén y me golpeó la mano con ella.

El dolor me llegó desde las yemas de los dedos hasta el cerebro. Grité, pero Norbu me tapó la boca con el otro pie y amortiguó el sonido.

Lo último que vi fue a Norbu desapareciendo detrás del salón. Después, todo quedó a oscuras.

CAPÍTULO 12

No podía mover la mano. Parecía un alfiletero con abrasadoras agujas clavadas por todas partes. Tenía lágrimas en la comisura de los párpados y el corazón me latía tan rápido que apenas podía respirar. Intenté gritar, pero estaba amordazada.

Algo me tocó la mano rota y atenuó el dolor lo suficiente para que pudiera respirar.

Parpadeé; todo lo veía borroso. Estaba tumbada en un banco con una delgada almohada debajo de la cabeza.

¿Dónde estaba? No era mi habitación. Los olores eran más intensos, un trasfondo de canela y almizcle. Los colores eran confusos: salpicaduras violetas, una pared ocre y una torre de libros con el lomo de un carmesí apagado. Cerré los ojos y los abrí de nuevo.

¿Cómo había llegado allí?

Una voz. Masculina. Calmada.

—Ah, estás despierta.

Entonces apareció el rostro delgado de Edan.

—Tómame esto.

Vertió un poco de té sobre la tela que me tapaba la boca. Me cayó por la garganta, caliente, pero no tanto como para quemarme.

Era sorprendentemente dulce y el sabor del medicamento quedaba enmascarado por el néctar de mandarina y el jengibre.

—He preparado el té con virutas de corteza de sauce —dijo Edan—. Deberían calmar tu dolor. —Desató el cordón que me inmovilizaba el brazo y me levantó la mano—. ¿Vas a gritar?

Parpadeé. «No».

—Te lo advierto —dijo al quitarme la mordaza—, odio a las chicas que gritan.

—No. Soy. Una. Chica —respondí con la respiración entrecortada.

—Aún odio más que griten los chicos.

Intenté mover los dedos, pero no fui capaz. Una oleada de terror volvió a acelerarme el corazón.

—No puedo...

—No te preocupes —dijo Edan—. Y ahora, *xitara*, no te lleves una impresión equivocada.

Se acercó las yemas de mis dedos a los labios y sopló.

—¿Qué estás...?

Me soltó la mano.

—Esto llevará unos minutos y puede que resulte un poco extraño. Es mejor que no pienses en ello.

—¿Pensar en qué?

—Las quemaduras no son tan graves como me temía —añadió sin prestarme atención—. Pero las articulaciones y los músculos están en mal estado.

—¿Pensar en qué? —repetí.

Entonces sentí una intensa punzada en los músculos de la mano. La punzada se convirtió en un hormigueo más doloroso que placentero, pero la sensación era rara, como si mis huesos estuvieran reconstruyéndose. Uno a uno, recuperé la sensibilidad en los dedos, la sangre regó de nuevo la palma de la mano, la hinchazón menguó y las venas se volvieron azules. Contuve la respiración hasta que hubo acabado y luego jadeé.

—¿Cómo has...?

Edan me roció la mano con abundante agua, que se llevó la sangre y calmó los moratones.

—Sanar nunca ha sido un don para mí, pero aprendí lo suficiente para poder ayudar.

Me incorporé.

—¿Cómo me encontraste?

—Ah —dijo—. Te oí gritar. Suerte que lo hiciste. Tengo el oído muy fino.

Casi no estaba escuchando. Habría deseado que no me quitara la mordaza. El dolor de la mano fue en aumento y me dieron ganas de gritar de nuevo, pero no pensaba hacerlo, delante de Edan no, así que apreté los dientes y fruncí los labios.

Poco a poco, los moratones se desvanecieron ante mis ojos. Los últimos en desaparecer fueron los que tenía en los nudillos. Estaba tan hipnotizada que casi me olvidé del dolor.

—Ya está —anunció Edan—. Como nueva. O casi.

Me miré la mano.

—¿No piensas darme las gracias? —preguntó Edan apaciblemente.

—Gracias —dije, aleteando la mano. Incluso los callos habían desaparecido. Sería un engorro desarrollar unos nuevos, pero era mejor que tener la mano rota—. Gracias.

—Um —repuso Edan, que me cogió la mano con brusquedad y la estudió—. No está mal. Es más fácil curar justo después de sufrir las lesiones. Cuando la sangre y los huesos se asientan en el lugar equivocado, es difícil convencerlos de que vuelvan.

—¿Qué significa eso?

—Significa que los hechizos normalmente son temporales. Por eso tendré que vigilarte la mano con mucha atención.

Me aclaré la garganta. De repente me incomodaban las atenciones de Edan y puse mi voz más formal.

—Quiero compensarte por haberme curado. No tengo mucho

dinero, pero...

Edan soltó una pequeña carcajada.

—Guárdate tus jens. Los hechiceros casi no necesitamos dinero. Ni otra cosa, de hecho. No necesito que me pagues.

—¿Y si te ayudo a remendar? —insistí, señalando su ropa—. O a hacer una nueva prenda que sea más colorida que el negro que llevas siempre.

—Una túnica nueva es tentadora —dijo—. Pero, bien mirado, un favor tuyo podría serme útil, sobre todo teniendo esas tijeras. Lo pensaré, Maia Tamarin. Gracias.

Me acarició el dorso de la mano con sus dedos largos y me puso unas vendas. Se me encogió el estómago por la intimidad del momento y, cuando terminó, retiré la mano.

—Gracias —dije en voz baja.

Edan se limitó a sonreír. Por primera vez deseé que siguiera hablando. Su silencio era pesado, incómodo.

—Acábate el té.

Yo estaba indecisa.

—Por todos los dioses, chica, no es veneno. Bébetelo todo.

Engullí el resto del té y me sequé la boca con la manga.

—¿Cuándo podré volver a coser?

Edan se sentó en un taburete a mi lado.

—Estarás bien en unos días. De momento, tómatelo con calma.

—No puedo. —Flexioné los dedos. Mis huesos y músculos estaban en su sitio, pero eso no significaba que no doliera—. Tengo que ganar.

—¿Y por qué es de tan extrema necesidad? —preguntó.

—Por mi familia —respondí—. Hemos vivido tiempos difíciles.

—Ah, ¿entonces no es por ti misma?

—Un poco también —reconocí.

—Si te preocupa el dolor, tienes las tijeras mágicas.

Fruncí el ceño.

—Quiero ganar sin magia.

—No entiendo por qué es tan importante para ti —dijo Edan.

—No es justo para los demás —respondí—. Ni para mí. No me pasé años aprendiendo a ser sastre para que la magia acabe haciendo el trabajo por mí.

—No seas tonta. Si te hace sentir mejor, Norbu también está utilizando la magia.

—¿Qué? —Se me agarrotaron los músculos de la garganta—. ¿Cómo?

—Todas las personas que ocupan cargos de relevancia utilizan una pizca de magia de vez en cuando. Incluso el jefe de cocina del emperador Khanujin. Prepara el pato más delicioso que probarás en tu vida. —Edan se relamió—. No cierres el puño. Te dejará cicatrices.

Abrí la mano de nuevo. Me habría gustado que Edan diera un paso atrás; estaba demasiado cerca. Dejé la taza.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Ah, no?

Sus ojos pícaros tenían un brillo azul. Azul como el océano de Puerto Kamalan. Profundos y claros.

Edan me miró, esperando mi respuesta con expectación, y yo me sonrojé y fingí que me agarraba la cabeza.

—¿Qué me has dado?

—Algo para calmar el dolor, mayoritariamente.

—¿Mayoritariamente? —repetí.

Con una sonrisa, se echó hacia atrás y vio que mi cara se relajaba al tiempo que el dolor menguaba minuto a minuto. Entonces cogió la taza y observó las hojas que había dentro.

—¿Maia es tu nombre real?

—Sí.

—No sé si te queda bien.

Fruncí los labios con fuerza.

—Significa «obediente».

Edan dejó la taza.

—Por eso te digo que no sé si te queda bien —comentó—. Te espera un viaje extraordinario, Maia. Lo veo en las hojas del té.

Como de costumbre, me costaba saber si Edan estaba jugando conmigo.

—Tengo que volver —dije con voz ronca—. Solo queda un día para este desafío y teniendo en cuenta el incendio...

Lo cierto era que no quería seguir más tiempo en los aposentos de Edan. Empezaba a ser demasiado consciente del misterioso calor que me subía por el cuello.

—¿Estás ansiosa por tu chaqueta? —preguntó Edan—. Las tijeras acabarían el trabajo en una hora.

Me levanté del banco y estiré las piernas sobre una lujosa alfombra.

—¿Puedes dejar de fastidiarme con las tijeras? No quiero usarlas.

Edan se echó a reír y aplaudió.

—Debo decir que ser chico te queda bien.

Abrí la boca, pero no dije nada. Me di cuenta de que tenía razón. Como chica nunca habría replicado al lord Hechicero. ¿O era Edan quien sacaba esa osadía en mí? Sospechaba que sus provocaciones eran conscientes, que disfrutaba.

—Tus habilidades son mayores que la magia de las tijeras —dijo. Su expresión se ablandó, como si respetara mi decisión—. Pero si quieres ganar por tu familia, las necesitarás. Si quieres vencer a Norbu, necesitarás las tijeras.

—¿Cómo utiliza la magia?

Edan contuvo un bostezo.

—No te preocupes por eso ahora.

—¿Cómo no me voy a preocupar? —respondí, y una mueca de dolor apareció cuando intenté doblar los dedos recién curados.

Ahora que tenía la cabeza despejada no podía dejar de pensar en la tranquilidad con la que Norbu me había roto la mano, como si ya lo hubiera hecho antes.

Miré a mi alrededor y entonces fui consciente de mi entorno. Por todas partes había libros pulcramente ordenados en sus estanterías y papiros con etiquetas y cordeles de distintos colores. Vi también montones de hierbas secas y jazmín para enmascarar el leve olor a incienso que entraba desde el exterior. Había una daga con una funda plateada, una delgada flauta de madera y una figurita de un caballo pintado que parecía un juguete.

Cogí uno de los libros con la mano buena.

—¿Esta es tu habitación?

—Mientras esté aquí sí —respondió Edan bostezando—. No seas entrometida. Deberías irte a dormir.

—No estoy cansada.

—Pero yo sí. Duerme. Te vendrá bien para la recuperación de la mano.

Cuando me disponía a protestar, me tocó la frente y el mundo se sumió en la oscuridad.

A Norbu no le gustó verme de vuelta en el Salón de la Diligencia Suprema, pero lo disimuló bastante bien. Estaba con los demás ordenando el caos provocado por el incendio. Su mesa se había quemado, pero no parecía ni la mitad de preocupado que Longhai y Yindi, que tenían ojeras.

—¿Ya has vuelto de la enfermería? —preguntó Norbu con frialdad—. Nos preocupaba que hubieras muerto. —Me miró la mano y se fijó en que no llevaba el bastón—. ¿La mano rota a juego con la pierna?

—Me la rompiste tú —repose horrorizada por su audacia.

—¿Yo? —contestó con desdén—. Estaba durmiendo en mi cama. Pregunta a los demás.

—Te vi —protesté—. Me rompiste la mano.

—Tienes mucha imaginación, joven Tamarin. —Se puso a reír, pero percibí su ira al desacreditarme—. Ven, déjame acompañarte a

tu pues...

Le aparté la mano y fui a mi mesa. Detrás de Norbu, Longhai me miró comprensivamente, pero no dijo nada.

Lo entendía. Norbu era un sastre célebre y un hombre poderoso y yo no era nadie. A excepción de Edan, ¿quién iba a creer que Norbu me había roto la mano? Aun así, ahora sabía que estaba utilizando magia. Eso no me otorgaba poder sobre él, pero me convenció de que debía derrotarlo.

—Deduzco que eres ambidiestro —dijo Norbu.

Decidí ignorarlo y rebusqué entre los restos de mi mesa. Un Sabio me había roto el marco de madera al caer, pero el telar estaba intacto, a diferencia del bastidor de bordado, que estaba hecho añicos.

Me agaché a coger el bastón. El incendio había chamuscado la madera, pero aún era utilizable. Apoyándome en él como de costumbre, cogí una bobina de hilo, que todavía estaba caliente. Edan había dicho que la mano tardaría en sanar, pero el mero hecho de sostener un carrete me dolía. Utilizando la mano buena, guardé las pocas cosas que se habían salvado.

—Longhai y Yindi han encontrado las chaquetas fuera —dijo Norbu, que obviamente me había seguido—. Y la tuya. Algún alma caritativa debió de intentar salvarlas.

—Hiciste bien en apartar tu chaqueta, Norbu —dije entre dientes—. De lo contrario, tu duro trabajo podría haber quedado destruido por el fuego.

—Los dioses cuidan de mí —respondió juntando las manos—. Estoy muy agradecido.

Resoplé fuerte para que me oyera.

—Nos has saboteado.

Norbu se irguió con cara de sorpresa.

—¿Disculpa?

—El incendio lo provocaste tú —dije—. Te oí fuera...

—Creo que es más probable que lo provocaras tú, maestro

Tamarin —interrumpió—. Al fin y al cabo, fuiste el que trabajó hasta tarde y tu chaqueta está casi intacta.

—¿Yo? —Casi grité—. Tú...

Longhai me tocó el hombro y negó con la cabeza.

—Primero me acusas de romperte la mano y ahora de provocar el incendio. —Norbu suspiró—. Sé que estás enfadado, joven Tamarin, pero eso no te da derecho a mancillar mi nombre. Esta vez te perdonaré, porque la noche nos ha pasado factura a todos. —Hizo una pausa—. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Dicho esto, me dejó sola con Yindi y Longhai.

—Lo siento —dije, suspirando abruptamente cuando vi lo quemadas que estaban sus chaquetas. Mis esfuerzos por salvarlas habían sido en vano—. Lo intenté...

Dejé de hablar, sorprendida por el sonido de Yindi rompiendo furiosamente su chaqueta por la mitad.

Longhai casi ni se inmutó. La derrota le escocía en los ojos.

—No —dije, y puse las manos encima de la chaqueta de Longhai antes de que él también tirara la toalla—. Todavía te queda media noche.

—Sé cuándo retirarme con dignidad —repuso—. Es algo que aprendes con la edad.

—Norbu provocó el incendio —susurré—. Lo sé. No puedes dejarle ganar.

Longhai bajó los hombros.

—Ya sabía que había sido él.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Le olía la ropa a humo, aunque dijo que no había estado cerca del incendio —respondió Longhai, que se quitó un montón de ceniza del pie—. ¿Cómo lo supiste tú?

Pensé en el graznido penetrante del halcón, que parecía una advertencia, pero ¿quién iba a creerme si les contaba eso?

El humo me hizo toser y me tapé la boca con la manga.

—Había salido a respirar aire fresco y vi el humo. Entré corriendo a buscar vuestras chaquetas y vi a Norbu delante del salón.

—Reconoceré la derrota, y Yindi también. —Longhai miró mi mano vendada—. Tú también deberías hacerlo.

—No puedes rendirte sin intentarlo —le imploré—. Puede que el emperador Khanujin posponga la prueba. No puedes dejar ganar a Norbu.

—Norbu es un hombre con dos caras —dijo Longhai—. Creía que había cambiado, pero es tan despiadado como siempre. Keton, ¿sabes cómo murió el maestro Huan? —Negué con la cabeza—. Los sirvientes lo encontraron ahogado en el río a las afueras de Niyán. Todo el mundo dio por hecho que se había caído al agua borracho. —Longhai vaciló y los surcos de su cara se hicieron más profundos—. Pero yo conocía al maestro Huan. Nunca bebía, al menos mientras fue el sastre imperial. Lo envenenaron.

Se me cortó la respiración.

—¿Cómo?

—No lo sé —dijo Longhai—, pero Norbu fue el último que lo vio. —Suspiró y me di cuenta de que había juzgado equivocadamente su amistad con Norbu—. He intentado sacárselo en las últimas semanas, pero ese perro astuto no habla. —Se volvió hacia mí—. Ya aprenderás que hay ciertas cosas por las que no merece la pena molestarse. Yo tengo mi negocio y mi familia y no arriesgaré mi reputación por un concurso. Y tú eres joven. Ven conmigo y sé mi aprendiz. Podías labrarte un buen nombre, pero no tendrás futuro si Norbu vuelve a hacerte eso en la mano.

Su oferta era tentadora, pero la rechacé.

—Me quedo —dije con firmeza—. No puedo permitir que gane.

—Entonces, que Amana sea contigo. —Me agarró del hombro—. Que los Sabios te den fuerza para vencer.

Yindi había guardado silencio en todo momento, pero entonces se acercó. Tenía los ojos muy abiertos.

—El incendio es una señal de los dioses para que nos vayamos. De esta boda no saldrá nada bueno.

—Norbu provocó el incendio, estúpido —le espetó Longhai—. Y Norbu ha jugado con todos nosotros.

—No —dijo Yindi—. Quien está jugando con nosotros es el shansen. Tiene fuerzas demoníacas detrás y, cuando las traiga a A'landi, será demasiado tarde.

—Has estado escuchando demasiado a los soldados.

—¿Por qué dices que el shansen tiene demonios? —pregunté—. ¿No odia la magia, igual que su hija?

—Mentiras —dijo Yindi resoplando—. ¿Cómo va a odiarla si le da poder? Cuando el shansen siente a su hija en el trono, ordenará a los demonios que asesinen al emperador como hizo con su padre y su hermano. Después le robará a su lord Hechicero. Tú espera y verás.

Sentí un escalofrío, pero Longhai desoyó la advertencia de Yindi.

—Ya basta —dijo—. Estás enfadado. Todos lo estamos. Pero el palacio tiene ojos y oídos y estás despotricando como un tonto. Márchate ahora con dignidad.

Yindi nos miró a ambos con cara de pocos amigos.

—Tú espera y verás —repitió, dirigiendo su advertencia hacia mí. Después se fue sin mediar palabra.

Longhai se quedó, y nunca había visto su cara redonda y alegre tan seria.

—Buena suerte, maestro Tamarin. Espero que tengas toda la prosperidad y felicidad que mereces. Búscame si alguna vez vas a Bansai.

Agaché la cabeza y Longhai se fue.

Después me volví hacia el salón vacío y recogí la chaqueta y lo que quedaba de mi material. Solo disponía de unas preciadas horas antes de que lady Sarnai apareciera con el emperador Khanujin para juzgar nuestras creaciones.

Había sido Norbu en todo momento. Ahora lo veía. Norbu había

destruido mi chal. Norbu había llevado a los otros sastres a beber para que no pudieran trabajar tanto. Norbu había provocado el incendio y me había encerrado en el salón. Norbu me había roto la mano.

De no ser por la ayuda de Edan, Norbu habría ganado la prueba.

Que los dioses me asistieran. Mientras pudiera tejer, eso no ocurriría.

CAPÍTULO 13

En cuanto vi la chaqueta de Norbu supe que no tenía una sola opción. Era magnífica. Sin mangas y atrevida. El cuello estaba hecho de plumas de cisne de un blanco níveo y la falda ondulada con adornos de perlas y armiño era perfecta para una emperatriz.

Incluso lady Sarnai se mostró impresionada. Apenas se inmutó al conocer la noticia del incendio en el Salón de la Diligencia Suprema, el cual había obligado a dos sastres a dimitir, pero cuando vio la chaqueta de Norbu sonrió.

Me vine abajo. Mi único aliado, Edan, no estaba allí. Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que dependía de su presencia en aquellos desafíos.

Había trabajado toda la noche después de que Longhai y Yindi se fueran, pero, por culpa de la mano, tuve que obviar muchos detalles para acabar a tiempo. Tenía pensado añadir encaje al escote y las mangas y coser botones de oro a juego con las hojas que tan concienzudamente había dibujado sobre la pintura violeta para que el papel pareciera un brocado. Ahora, al ver las plumas, las perlas y las pieles de Norbu, me di cuenta de que mi diseño era demasiado sencillo.

Lady Sarnai agitó el abanico fingiendo que pensaba y la espera

me dejó hecha un manojo de nervios. Ya sabía a quién elegiría, aunque no podría soportar escuchar aquellas palabras.

—La chaqueta del maestro Norbu es superior en este desafío —dijo finalmente confirmando mis temores. Lorsa se dirigió hacia mí, pero lady Sarnai levantó el abanico—. Sin embargo, teniendo en cuenta el incendio, puede que sea necesario otro desafío para que tome una decisión como es debido.

Miré furtivamente al emperador Khanujin, convencida de que estaría furioso con la hija del shansen por intentar posponer la boda una vez más, pero, para mi sorpresa, asintió.

—Muy bien. Habrá un desafío final, pero lo propondré yo.

Lady Sarnai entrecerró los ojos.

—Su Majestad, dejasteis la elección del sastre en mis manos, ¿no es así?

—Sí —respondió el emperador Khanujin—, pero las chaquetas de papel y los zapatos de cristal no son indicativos del verdadero talento de estos sastres. —Esperó, como si estuviera retando a lady Sarnai a que pusiera objeciones. Al ver que no lo hacía, se dirigió a Norbu y a mí—. Esta vez no habrá reglas. Simplemente, cread algo para lady Sarnai lo mejor que sepáis. Algo que sea importante para vosotros, que capte su belleza. Tenedlo preparado dentro de una semana.

Hice una reverencia.

—Sí, Su Majestad.

Norbu repitió mis palabras y sonrió.

Por primera vez en mi vida tenía ganas de escupir a alguien. Si el emperador no hubiera estado presente, tal vez lo habría hecho.

—¿Qué hacemos con las chaquetas? —preguntó el ministro Lorsa cuando el emperador Khanujin se fue.

—Preguntad al maestro Norbu —dijo lady Sarnai.

Norbu mostró los dientes en una sonrisa cada vez más amplia.

—Sería un gran honor que la mía fuese quemada en el templo.

—Muy bien —dijo lady Sarnai—. Puesto que el emperador está

tan comprometido con visitar el templo y rezar a sus antepasados celestiales, estoy segura de que agradecerán el regalo.

La bilis me subió a la garganta. Seguro que Edan tenía razón en que Norbu utilizaba la magia. Ningún sastre en su sano juicio ofrecería destruir una chaqueta como aquella a menos que tuviera algo que esconder. Por más que me doliera, hice una reverencia.

—Por favor, quemad también la mía, Su Alteza.

Mi voz era prácticamente un susurro. ¡Todo mi esfuerzo sería pasto de las llamas! Y pensar que había arriesgado mi vida para salvar aquella chaqueta del fuego... No soportaba aquella ironía.

Vi a los sirvientes llevarse mi chaqueta y, cuando lady Sarnai se hubo marchado, Lorsa se acercó a mí. Su tono era despectivo, como si ya hubiera perdido.

—Su Alteza desea que le tomes medidas. Reúnete con ella en el Pabellón de las Orquídeas.

¿Ahora? Noté el miedo al fondo del estómago, pero asentí.

El Pabellón de las Orquídeas se encontraba en el corazón del Palacio de Verano, rodeado de sauces, una mezcla de pájaros en jaulas bañadas en oro, un jardín espectacular y un patio de aposentos reales en los que vivía la hija del shansen.

Estaba sudando cuando llegué allí. La primera doncella de lady Sarnai me miró con desaprobación.

—Llegas tarde —dijo—. Su Alteza detesta que sus visitantes se demoren.

¿Tarde? Había venido en cuanto Lorsa me lo dijo.

—Lo siento —murmuré.

La doncella me puso un pañuelo delante de la cara y me sequé el sudor con él. Entonces, dos guardias abrieron las puertas.

Los aposentos de lady Sarnai eran los más esplendorosos que había visto nunca. Una mesita de palisandro acompañaba a todos los sillones forrados de seda y una mesa cuadrada en la parte

delantera estaba atestada de piezas de mahjong de marfil y naipes pintados a mano. En la esquina había baúles, probablemente llenos de regalos de Su Majestad: las mejores sedas, peines de jade, horquillas de perlas, cajas de cosméticos hechas de bronce y fajines de todos los colores.

Lady Sarnai estaba esperándome junto a la ventana más grande, sentada delante de un bastidor de bordado. Desde donde me encontraba no podía ver su trabajo, pero parecía hábil con la aguja, más de lo que esperaba de una dama de su rango.

—Acércate más —dijo—. No puedes tomarme medidas desde la puerta.

Tampoco podía tomarle medidas con la ropa puesta, pero no lo mencioné. Lady Sarnai se puso de pie para que una doncella pudiera quitarle la túnica exterior y desenrollé la cinta métrica. Tal como había dicho Edan, sus proporciones no distaban mucho de las mías.

Sabiendo que las doncellas me vigilaban de cerca, le tomé medidas y anoté su contorno y altura desviando la mirada de su cuello y sus brazos desnudos. Una mirada malinterpretada bastaría para que acabara en las mazmorras. ¡Qué terrible sería que yo, una chica, fuera encarcelada por mirar lascivamente a lady Sarnai!

Pero no mirar dificultaba mi labor, y cuando le rocé el brazo con los dedos al medir la largura de la manga, me dijo:

—Tienes un tacto delicado para ser un hombre, maestro Tamarin.

Me entró el pánico inmediatamente e hice una reverencia, como si el comentario fuera una sentencia de muerte.

—Lo... lo siento. No pretendía...

—Relájate. Para ser tan tímido estás sorprendentemente nervioso.

Me mordí el labio.

—Esta prueba significa mucho para mi familia, Su Alteza.

—Ah —dijo—. Tienes unas aptitudes considerables para tu edad,

maestro Tamarin. Yo diría que los dioses te sonrían, pero no he visto ningún santuario ni amuletos de la suerte encima de tu mesa. ¿No eres supersticioso?

—Yo creo en el esfuerzo, Su Alteza. En el esfuerzo y la honestidad.

Lady Sarnai se echó a reír.

—Veo que en el Sur han olvidado la sabiduría demoníaca, pero en el Norte nos criamos en la desconfianza. Se dice que todas las bestias de los bosques y las junglas septentrionales son en parte demonios. —Sonrió tímidamente—. Yo debería saberlo. Mi propio padre intentó desatar sus poderes sobre el emperador Khanujin, pero... uno no negocia con demonios sin pagar un alto precio.

Agaché la cabeza para intentar que no viera mi aflicción. ¿Por qué me contaba todo aquello?

Me miré los pies y recé para que me echara de allí, pero lady Sarnai siguió en silencio hasta que vio que tenía los dedos rígidos.

—¿Qué te pasa en la mano?

—Me... Me hice daño en el incendio.

—Qué pena. Espero que no interfiera en tu trabajo.

—No lo hará.

Me hice a un lado y miré furtivamente el bordado de lady Sarnai. Estaba a medio terminar, pero reconocí la forma de un tigre, el emblema del shansen. Volví la cabeza hacia ella antes de que se percatara.

Lady Sarnai se abanicó el cuello.

—No sé mucho sobre ti, maestro Tamarin. Me proporcionaron informes de todos los sastres, pero faltaban el tuyo y el de tu padre.

—Cerró el abanico—. Es obvio que posees talento. ¿Por qué no has intentado hacerte un nombre?

—A'landi estaba en guerra, Su Alteza —dije con firmeza—. Me llamaron a la batalla.

—¿En la Guerra de los Cinco Inviernos?

Acabé de tomar medidas y enrollé la cinta métrica.

—Sí.

—Tus dos hermanos mayores murieron en combate. Me lo contó el ministro Lorsa.

No respondí. No entendía por qué quería tenerme allí y hacerme preguntas cuyas respuestas ya conocía.

—Debes de odiar a mi padre por habérselos llevado —dijo lady Sarnai—. Y al emperador Khanujin por enviarte a la guerra a tan temprana edad.

—Mi deber era servir en la guerra. No guardo rencor al shansen ni al emperador Khanujin.

—Entonces eres un buen hombre, mucho mejor que la mayoría. —Lady Sarnai cerró el abanico e indicó a sus doncellas que se fueran—. He descubierto que casi todos los hombres dicen una cosa pero en realidad quieren decir otra. —Se me quedó mirando—. Pero tú no mientes, maestro Tamarin. Tú te escondes. Percibo que guardas un secreto.

Me sentía cada vez más incómoda.

—Su Alteza, si no hay nada más...

—Sigue —interrumpió lady Sarnai—. No me interesan tus secretos. Los del lord Hechicero, en cambio, me interesan mucho. Y me llama la atención que se haya fijado en ti.

—Solo por aburrimiento —repuse. Era la verdad. Me lo había dicho el propio Edan—. Dudo que le interese nadie en realidad.

—Es un hombre desagradable —dijo lady Sarnai—. Quería saber si podrías hacer algo por mí. —Esperó a que asintiera—. Cuando has entrado te he visto observando mi bordado.

—Vuestro trabajo es muy bueno —dije con sinceridad—. El estilo del Norte es el que menos conozco y no he podido evitar la curiosidad.

—Deberías mirar más de cerca —dijo lady Sarnai señalando su trabajo—. Dime qué ven tus ojos expertos.

Me acerqué al bastidor temerosa de encontrar un mensaje secreto bordado en la escena y ser chantajeada por saber que ella

estaba traicionando al emperador Khanujin. Pero su trabajo era simplemente una escena con tres animales. La elegancia y atrevimiento de sus patrones me sorprendió. El estilo norteño nunca había sido considerado una de las mejores escuelas de bordado de A'landi, que tendían a diseños más complejos y estratificados, pero la elegancia...

—Descríbemelo.

—Un tigre —dije en voz alta—. Es vuestro padre. Y un dragón. El emperador Khanujin.

También había empezado un pájaro que volaba sobre ellos y llevaba en las garras una perla que el tigre y el dragón intentaban atrapar.

—Pareces confuso —dijo lady Sarnai—. La perla representa A'landi y el pájaro está provocando un enfrentamiento entre el tigre y el dragón, igual que la magia provoca un enfrentamiento entre el Norte y el Sur. —Se inclinó hacia delante—. Los sureños y yo podemos tener nuestras diferencias, pero somos gente piadosa. La presencia de la magia en A'landi es poco natural. Crea conflictos entre el emperador y mi padre.

Recordé la advertencia de Yindi sobre el shansen.

—Pero no toda la magia es obra de demonios, ¿verdad, Su Alteza? No toda es mala.

Lady Sarnai se puso seria y me pregunté qué habría visto con su padre.

—La magia es el origen de toda la maldad que existe en este mundo. Y los hechiceros son los máximos responsables. Al fin y al cabo, ¿qué son los demonios sino hechiceros que han caído en desgracia? —dijo burlonamente—. Imagino que un muchacho de campo como tú no lo entenderá.

Agaché la cabeza.

—Sí, Su Alteza.

—Mi padre nunca confió en el emperador Khanujin —dijo—, pero no me contó por qué. No me explicó por qué había empezado la

guerra.

Lady Sarnai frunció los labios y me pareció ver tristeza en su mirada. Era difícil imaginar a una dama de alta cuna como una prisionera.

—Recuerdo que conocí a Khanujin cuando éramos pequeños —prosiguió—. Era un niño enfermizo, sobre todo en comparación con su hermano mayor, el heredero. Tenía la piel amarilla como la arena y apenas podía montar a caballo. Pero míralo ahora. Tan...

No eligió una palabra y yo no me atreví a pronunciar la que me vino a la mente: magnífico.

Lady Sarnai hizo una pausa como si estuviera esperando mi reacción, pero no entendí qué trataba de decirme.

¿Cómo debía de sentirse después de haber pasado de princesa de A'landi a hija de un traidor? Durante siglos, se eligió a un shansen de su familia para que fuera el líder militar de A'landi y protegiera al país de sus hostiles vecinos del Norte. Pero cuando murieron el padre y el hermano de Khanujin, el shansen actual se negó a jurarle fidelidad, y así empezó la Guerra de los Cinco Inviernos.

Dolía recordar una época en que mi país y mi familia estuvieron unidos. Incluso ahora, con la tregua, nadie sabía por qué el shansen no quería servir a Khanujin. Pero lady Sarnai aseguraba que tenía algo que ver con la magia.

—Me gustaría que conocieras mejor a Edan —dijo finalmente—. Descubre sus flaquezas y virtudes. Averigua qué lo une al emperador Khanujin. ¿Cuál es el motivo de su lealtad?

Di un paso atrás.

—Yo... Dudo que me lo diga.

—Es una criatura voluble —coincidió lady Sarnai—, pero tengo la sensación de que se sinceraría contigo. No eres feo y el lord Hechicero probablemente se sienta solo.

Debí de parecer horrorizada, porque lady Sarnai se echó a reír y juntó los dedos.

—Lo has hecho bien en el concurso, maestro Tamarin, pero el maestro Norbu lo ha hecho mejor. Demuéstrame que puedes ser útil y quizá te mire de manera más favorable.

—Su Alteza —dije—, yo pensaba que la prueba juzgaba nuestras habilidades.

—Y así es —respondió lady Sarnai abriendo el abanico. Era el más hermoso que había visto nunca. Las flores contenían tantos detalles que el artista debió de tardar meses en terminarlo—. Pero la artesanía es un lujo de la paz —añadió, acercando el abanico a la llama de una vela—. Los artesanos como tú son soldados en tiempos de guerra. No lo olvides.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —susurré, y me dolió el corazón al ver las hambrientas llamas rozar el abanico—. Me crie con las estrecheces de la guerra.

—Cierto —dijo, y lanzó el abanico en llamas a un cuenco de bronce para el incienso.

Tuve que agarrarme las piernas para no extender los brazos y salvar el abanico. Vi el mango de madera restallar entre las llamas y la pintura de la seda hincharse y arder. Luego se derritió hasta que no quedaron más que ascuas.

—La guerra impone un alto precio —dijo lady Sarnai—, y de ese sacrificio nace la paz. A veces debemos renunciar a lo que valoramos por el futuro de nuestro país, ya sea un hermoso abanico, nuestro honor o nuestras vidas. Al final, todos pertenecemos a los dioses.

Su tono era más sombrío y me preguntaba qué estaría pensando, si se arrepentía de la promesa de casarse con el emperador Khanujin.

—Necesito un sastre que además de artesano pueda ser un soldado cuando lo necesite —añadió—. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Puedes demostrar que serás útil en tiempos de guerra y de paz?

—Sí, Su Alteza —respondí con rigidez—. Puedo.

—Bien. Estoy deseando ver qué creas para mí, maestro Tamarin.

Hice una reverencia y, sin dar la espalda a lady Sarnai, salí de la habitación. Una vez fuera, pensé si aquel encuentro había sido una prueba y si la había superado.

O si había fracasado estrepitosamente.

CAPÍTULO 14

Mientras reconstruían el Salón de la Diligencia Suprema, a Norbu y a mí nos asignaron nuevas salas de trabajo situadas cerca de los aposentos de lady Sarnai, pero ahora no podía ir allí. Necesitaba alejarme de su atenta mirada.

Así pues, me instalé en el patio, cerca de mi habitación, a leer una reconfortante carta de Baba. Era breve y no mencionaba a Keton, pero sus palabras finales bastaron para colmarme de alegría.

La prueba del emperador será dura, pero debes saber que, salgas elegido o no, para mí ya eres el mejor sastre de A'landi. Has aprovechado el viento, como siempre supe que lo harías.

Apreté la carta contra mi corazón.

—Aprovecha el viento —susurré—. No te conviertas en la cometa que no vuela nunca.

Eran palabras de Finlei y me las decía muy a menudo.

Lamentaba no haber estado tan cerca de él como de Sendo. Finlei siempre había sido mi hermano más protector, pero también el que me animaba a dejar el taller de Baba.

—No puedes ser el mejor sastre del mundo si solo coses —me decía—. Ven, vamos a vivir una aventura que dé rienda suelta a esa

imaginación tuya.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había aceptado su oferta. Qué testaruda era entonces. Ahora ni lo dudaría.

—Ya no estoy en el taller de Baba, hermano —susurré.

Tenía la esperanza de que, dondequiera que estuviese, Finlei se sintiera orgulloso de mí.

Doblé con esmero la carta de Baba. Leerla me había devuelto la determinación y cogí el cuaderno para empezar un nuevo diseño para el desafío final.

No podían mandarme a casa ahora que el emperador Khanujin me había brindado otra oportunidad. Estaba muy cerca. Esta última prenda debía ser asombrosa, digna de los dioses.

Pero era imposible concentrarse cuando mi conciencia me azuzaba a cada minuto por la orden de lady Sarnai. ¡No quería espiar a Edan!

«Pero si verdaderamente quieres ganar, deberías hacerlo».

Disgustada conmigo misma, taché el diseño y arrugué la página. Y luego otra, y otra. Y otra.

Solté un gruñido de frustración.

—Me han dicho que Khanujin te ha dado una segunda oportunidad.

Me volví para ver al intruso. Por una vez no me sorprendió su presencia. De hecho, casi me sentí aliviada.

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba durmiendo —dijo Edan—. Curar unos veinte huesos rotos es un trabajo duro incluso para mí.

Me cogió la mano y me puse rígida al instante.

—Tranquila —dijo acercándosela a la cara para inspeccionarla—. Está curándose bien, pero solo han pasado unos días. Tienes que descansar más.

Aparté la mano.

—¿Cómo voy a descansar si tengo otro desafío? Estuve a punto de perder.

Edan se aclaró la garganta.

—El emperador hizo bien en prolongar la prueba. Es muy noble por su parte, aunque no esperaba menos de él. —Detecté un leve atisbo de sarcasmo en la voz de Edan—. Dijo que le recordabas un poco a él.

Me volví hacia mi trabajo, pero la curiosidad me hizo preguntar:

—¿En qué?

—Un joven que se esfuerza por triunfar. Nadie esperaba que Khanujin fuera rey. Tuvo que aprender mucho en muy poco tiempo, igual que tú... No quería descalificarte todavía. —Al ver que no contestaba, Edan se protegió la cara del sol y añadió—: ¿Siempre trabajas al aire libre?

—Solo para hacer bocetos. Me inspira.

Observó mi dibujo desde atrás.

—¿Un vestido de temática acuática?

—Está inspirado en mi casa. —Suspiré—. Tampoco es que importe. Ganará Norbu.

—¿Ah, sí? —Edan fingió ignorancia—. ¿Porque sus diseños son mejores?

Sentí una punzada de envidia.

—Sí, es un sastre magistral. El mejor de A'landi.

—En efecto, es un sastre excelente —reconoció Edan—, pero tú también. Si os dieran un mes para cada desafío, estoy seguro de que ambos obraríais milagros, pero en una semana no, al menos sin ayuda. —Exhaló—. ¿No recuerdas lo que te dije?

—Me dijiste que Norbu está utilizando magia. Pero ¿cómo?

—Norbu tiene una pintura que crea ilusiones —desveló Edan—. Es algo muy elemental que solo dura unas horas, un día o dos a lo sumo. Hasta el momento ha procurado sobrevivir a cada desafío, no ganar.

Ahora todo cobraba sentido. Por eso Norbu nunca tenía nada que enseñar hasta el día de la evaluación. Por eso era tan secretista con su trabajo. Por eso quería quemar su chaqueta.

—La magia es una energía salvaje e indómita que existe a nuestro alrededor —dijo Edan—, y ciertas personas son más sensibles a ella. Los hechiceros llevamos talismanes que nos permiten canalizarla y, en raras ocasiones, hechizamos objetos cotidianos, como tus tijeras, para que nos ayuden en nuestro trabajo o para dar a otros un acceso temporal a la magia.

Confusa, fruncí el ceño. A diferencia del emperador Khanujin, Edan no llevaba anillos ni amuletos.

—Yo no te veo ningún talismán.

—La respuesta a eso te daría demasiado poder sobre mí —dijo Edan con una sonrisa—. Y no frunzas así el ceño. Te saldrán arrugas. —Esperó a que relajara los músculos de la cara—. Yo no necesitaría pintura mágica para crear una ilusión, pero una persona corriente como Norbu sí. Tendría que ofrecer algo, por ejemplo, uno o dos dedos de sangre, cada vez que quisiera utilizarla. Ha tenido que costarle una fortuna.

—¿Cómo es que nadie más se ha dado cuenta de que sus diseños son ilusiones?

—Bueno, es un sastre magnífico, así que emplea poco la magia. Pero yo sé verlo y la magia de prestado siempre puede ser inutilizada. —Con aire pensativo, Edan se dio unos golpecitos en la barbilla con los nudillos—. Sospecho que podrías delatarlo con un cubo de agua. A fin de cuentas, utiliza pintura.

—Yo también he recurrido a la magia —le recordé, aunque me incomodaba pensarlo.

—Es verdad. —Se acercó a mí—. Pero tus tijeras no son magia de prestado.

—¿A qué te refieres?

—Tú no pagaste con sangre. —Se le formó un hoyuelo a la izquierda de la boca—. Eso significa que en ti hay algo de magia.

No sabía de dónde habían salido las tijeras de mi abuela ni si Baba sabía que eran mágicas.

—Fue muy fácil utilizar las tijeras —susurré—. El chal parecía

obra mía, pero no lo era. No del todo. No sé si debería sentirme orgullosa, avergonzada o...

El hoyuelo desapareció.

—Siéntete afortunada —dijo Edan—. Las tijeras decidieron hablarte. Es un regalo que podrías necesitar. —Su voz se volvió más comedida—. Un regalo que puede desaparecer si ya no eres merecedora de su poder.

La tristeza que escondían sus palabras me caló hondo y me hizo preguntarme si consideraba que su magia también era un regalo. ¿Por qué había desconfiado de él? Siempre había sido mi aliado en el palacio. Siempre había creído en mí.

Y lady Sarnai me había pedido que lo traicionara.

—Estás muy callada —comentó Edan—. ¿Te molesta lo que te he dicho?

—No, no es eso.

Cambié de postura. La piedra del zapato me dolía más que nunca.

—Entonces, ¿es otra cosa? —Su sonrisa pícaro reapareció, aunque menos alegre de lo habitual, pero sabía que intentaba relajar el ambiente—. ¿Tendré que sacarte la verdad a la fuerza? A lo mejor me vendría bien un suero.

Ya no podía soportarlo más.

—Lady Sarnai me ha pedido que te espíe.

Hubo una pausa y luego se puso a reír a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Apoyé las manos en las caderas—. ¿No me crees?

—¿Cuándo te lo pidió? —preguntó Edan riéndose aún.

Empezaba a arrepentirme de habérselo contado.

—Esta mañana.

—Entonces aún es más tonta de lo que sospechaba.

—¿Por qué? Tiene buenos motivos para desconfiar de ti.

—Así es —dijo—. Pero ¿tú? Teniendo en cuenta tu incapacidad para contar una mentira, serías la peor espía del mundo, Maia

Tamarin. —Todavía perplejo, añadió—: ¿Por qué has decidido contármelo? ¿Puedo aventurar que finalmente te has ablandado conmigo?

Fruncí el ceño con toda la irritación que pude. Edan siempre encontraba la manera de sacarme de mis casillas.

—Soy leal al emperador. Tú eres su fiel sirviente. Por eso te lo he dicho.

—Y yo pensando que era por nuestra amistad cada vez más fuerte y mi afecto por ti.

—Me caías mejor cuando pensaba que eras un eunuco —respondí.

Edan parecía medio ofendido y medio confuso.

—¿Pensabas que era un eunuco?

—Un eunuco alto —dije levantando la nariz—. Y que vestías muy por encima de tu rango.

—Soy demasiado atractivo para ser un eunuco —protestó Edan.

—Discrepo. Algunos son bastante atractivos, y tú... —Busqué el insulto adecuado—. El emperador Khanujin es más guapo.

Me fue imposible interpretar la mueca que hizo con los labios. No sabía si le había dolido o si le divertía.

—¿Es cierto que el shansen invocó a los demonios para matar al padre del emperador?

La mueca desapareció.

—¿Quién te lo ha contado?

—Lady Sarnai. Me dijo que su padre tuvo que pagar un alto precio por tratar con demonios.

—Es verdad que el shansen ha tratado con demonios —dijo Edan con prudencia—. Que los invocara para matar a la familia de Khanujin ya es otra historia. Pero es raro que la hayas conocido por lady Sarnai.

—Creo que desprecia a su padre por utilizar la magia. Y a ti por ser hechicero.

—Desprecia a todo el mundo —dijo Edan más animado.

Fruncí el ceño al ver la poca importancia que le daba a la noticia.

—Me explicó que los demonios son hechiceros caídos en desgracia.

—¿Ahora te preocupas por mí, Maia? —dijo riéndose—. No hay nada que temer. No corro el peligro de convertirme en demonio, te lo aseguro. Y soy mucho más poderoso que cualquier demonio al que pueda invocar el shansen.

Por una vez me tomé en serio su arrogancia. Quería creerle, así que lo hice.

—Ten cuidado, Maia —añadió en voz baja. El cambio repentino en su tono de voz me sorprendió—. Lady Sarnai sabrá que has traicionado su confianza. Me preocupa que pueda ocurrirte algo.

No me gustaba haberme quedado sin saber qué decir. Arquee una ceja y repetí:

—¿Te preocupa?

Edan retrocedió.

—Sí —dijo jovialmente—. Seas una chica o no, eres un sastre con mucho talento. Y tienes aptitudes para la magia, lo bastante para que me sienta responsable de ti.

Puse los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? Me recuerda a ti.

Edan frunció el ceño como si lo hubiera insultado mortalmente.

—¿A qué te refieres con eso?

—A ambos os gusta mofaros de los demás. Ella utiliza esta competición para insultar al emperador Khanujin y tú disfrutas...

—Yo no me burlo del emperador —dijo Edan—. Jamás.

«Te burlas de mí», pensé.

—Si lady Sarnai y yo tenemos algo en común es que tenemos poca voz sobre nuestro futuro. Ella utiliza su frustración para socavar los esponsales y yo utilizo mi aburrimiento para estudiar.

—¿Estudiar qué?

Sus ojos avisados se clavaron en mí.

—A la gente que me interesa.

—No pareces la típica persona que se interesa por un concurso de costura.

—No me interesaba hasta que vi esas tijeras tuyas —respondió. Ya sabía lo que Edan iba a decir.

—No las utilizaré.

—No es hacer trampas.

—Lady Sarnai odia la magia.

—Si tiene la opción de elegir entre dos sastres que utilizan la magia, debería decantarse por el que mejor la utilice. Tus tijeras reflejan tus habilidades; la pintura de Norbu no. Y no estás aquí por las mismas razones que los demás. Longhai, Norbu y Yindi querían el puesto por prestigio. Tú quieres restablecer el honor de tu apellido familiar. Y supongo que quieres demostrarte a ti misma que puedes ser tan buena como un hombre.

Así era, aunque no tenía valor para decirlo en voz alta.

—Pero gracias por avisarme sobre lady Sarnai —apostilló.

Su sinceridad me cogió un poco desprevenida.

—No creas que lo he hecho por amistad.

—Los hechiceros no tenemos amigos —dijo Edan, que se aclaró la garganta. Me dio la sensación de que había revelado algo que no quería—. Buenas noches, maestra Tamarin.

—Maestro —repuse.

Algún día Edan sería mi condena. Lo sabía.

La puerta de mi habitación no debería haber estado entreabierta. Siempre procuraba cerrarla, sobre todo porque no gozaba de privilegios suficientes para tener cerrojo. Entré con el corazón en un puño. Algo no iba bien.

Mis escasas posesiones estaban desperdigadas sobre la cama, mis bocetos, la carta que había recibido de casa y las tijeras de Baba entre ellas. Casi deseaba que el intruso fuera un ladrón, pero la realidad era mucho peor.

Norbu.

—Sal de aquí —le dije con frialdad.

Él esbozó una sonrisa falsa.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso? —preguntó jocosamente—. Es una lástima que no ardieras en el salón. ¿Cómo tienes la mano, por cierto? ¿Te la ha curado el lord Hechicero? —Pasó los dedos por mi almohada—. ¿Cómo le pagaste por sus servicios?

—Sal de aquí —repetí; era todo lo que podía hacer para no propinarle un puñetazo.

Norbu no se movió.

—¿Sabes cuál es el precio por mentirle al emperador? —dijo lentamente, como si estuviera saboreando cada palabra—. Te romperían los huesos uno a uno y los cuervos te arrancarían los ojos en vida.

—No sé de qué hablas.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Corres bien para ser cojo, joven Tamarin, teniendo en cuenta tus lesiones de guerra.

La respiración se me quedó atorada en la garganta.

—Yo no...

—Siempre he percibido algo raro en ti, pero no sabía qué —interrumpió Norbu—. Nunca había oído que el viejo maestro Tamarin tuviera un hijo con tus habilidades, así que investigué un poco. Tu padre perdió dos hijos en la Guerra de los Cinco Inviernos. Solo sobrevivió un tullido. Nadie me habló de sus aptitudes con la aguja, así que lo dejé ahí. Hasta nuestro encuentro la otra noche. Te vi correr por el salón y me dio que pensar. Las piezas no encajaron inmediatamente, pero entonces supe por el ministro Lorsa que el viejo Tamarin tenía otro descendiente. —Cogió una de las vendas de lino que utilizaba para cubrirme el pecho—. Una niña que casualmente trabajaba de costurera con él.

Me flaqueaban las rodillas. Quería acusarlo de mentir, pero mi lengua se había convertido en plomo.

Norbu se puso a reír.

—Cosas mejor que la mayoría de las chicas. Ese es el máximo cumplido que te haré. Retírate de la competición y no diré una palabra a Su Majestad sobre quién eres realmente.

—¿Por qué? —repliqué—. ¿Tienes miedo de que te gane una mujer?

—No. —La expresión de Norbu era cruel—. Pero después de perder a dos hijos, no sé cómo llevaría tu padre la muerte de su hija.

Las palabras retorcieron una daga invisible en mis entrañas.

—Vete a contárselo al emperador —dije con voz temblorosa—. Y yo... Yo le contaré que envenenaste al maestro Huan.

Norbu soltó una carcajada.

—Longhai ha estado contándote historias, ¿eh? No puedes demostrarlo. Ninguno de vosotros puede.

Cerré los puños y contuve una mueca cuando mis músculos me recordaron que todavía estaban sanando.

—No lo niegas.

—Le había llegado la hora. Sus diseños eran anticuados y, de todos modos, Su Majestad necesitaba un nuevo sastre.

—¡Ese nuevo sastre no serás tú!

Estuve a punto de acusarlo de emplear la magia, pero no lo hice. Si podía demostrarlo en la competición, quizá podría enviarlo a casa.

Riéndose, Norbu me tocó la mejilla y presionó el muslo contra mi pierna.

—Siempre me has parecido un chico guapo. ¿Me das un besito?

Le hundí el talón en los dedos del pie y lo abofeteé lo más fuerte que pude.

—Te lo advierto —dije, cogiendo las tijeras de la cama y apuntándole a las costillas—. Sal ahora mismo.

Norbu se echó a reír.

—No te preocupes. No desvelaré tu secreto... Todavía. —Se detuvo en la puerta y dio media vuelta—. Incluso siento respeto por

ti. Es una lástima lo grande que será la caída.

Y con eso, se fue.

El pánico que me había inmovilizado se convirtió en un fuerte nudo. Temblando, me eché agua fría en la cara, pero eso no disipó las sombras de mi corazón.

No podía permitir que Norbu ganara. Aunque conociera mi secreto, no podía tenerle miedo.

Ganaría el último desafío. Costara lo que costara.

CAPÍTULO 15

Me era imposible dormir con la amenaza de Norbu cerniéndose sobre mí. Cada sonido me sobresaltaba: los ratones correteando frente a mi puerta y las hojas crujiendo en el tejado. Sin embargo, nadie vino a por mí, lo cual significaba que Norbu no le había contado mi secreto al emperador. Todavía.

«Cuanto más te preocupes, menos podrás concentrarte en derrotarlo —me dije a modo de reprimenda. Al ver las tijeras, enderecé la espalda—. Y lo harás».

Me quedé despierta haciendo bocetos hasta que la luz del alba iluminó las paredes de mi habitación. Tenía las manos manchadas de carbón y me dolían los dedos de dibujar, pero finalmente se formó en la página el vestido perfecto. Con el cuaderno bajo el brazo, fui a toda prisa a mi nueva sala de trabajo y empecé a extender telas sobre la mesa de costura.

Primero hice el corpiño superponiendo capas de brillante seda azul pálido y satén y cosiéndolas a continuación. El efecto era el de un océano reluciente, el paisaje con el que me había criado.

Trabajaba con más lentitud por culpa de la mano, pero mis puntadas seguían siendo perfectas, tan ajustadas que ni siguiera una aguja podía atravesarlas. En el cuello cosí cien perlas

diminutas, como el brillo de las estrellas, y encajes con bordados de plata.

Hacia mediodía, alguien llamó suavemente a la puerta y me desconcentró.

Supuse que era Edan. Ya me había acostumbrado a sus visitas sorpresa y, sinceramente, las esperaba con ganas, sobre todo ahora. Quizá podría aconsejarme qué hacer con Norbu.

Pero no era Edan, sino Ammi, que me traía el almuerzo.

La doncella de la cocina lucía una sonrisa radiante. Al dejar la bandeja en la mesa redonda de madera cogió el corpiño que tenía sobre el regazo. Luego respiró y lo sostuvo delante de ella.

—¿Esto es para el vestido de lady Sarnai? Es lo más bonito que he visto en mi vida.

—¿Eso crees? —dije—. Aún no he terminado.

Ammi me lo devolvió.

—¿Qué más harás?

Me apetecía una pausa, así que le enseñé el boceto.

—¿Crees que le gustará?

—Le gustaría incluso a la diosa Amana —respondió Ammi con convicción.

Solté un suspiro.

—No sé por qué, pero creo que Amana es menos quisquillosa que lady Sarnai.

Nos pusimos a reír y por un momento me olvidé de que era un chico. Interrumpí mis carcajadas, pero Ammi no pareció percatarse de mi lapsus.

—¿Podrás terminarlo en una semana? —preguntó.

Eso era lo que me preocupaba.

—Haré todo lo que pueda.

—Norbu ni siquiera ha empezado. He ido a llevarle la comida y no estaba.

Tragué saliva, pues sabía por qué Norbu no había trabajado aún en su vestido.

—¿Sabes dónde ha ido?

—No, pero hoy nadie debe salir de palacio. Lord Xina ha vuelto. El emperador no se ha alegrado de su visita. Las puertas permanecerán cerradas hasta que se vaya.

—Entiendo. Gracias, Ammi. Has sido más útil de lo que crees.

Ammi tensó los hombros, igual que hacía yo cuando tenía algo en la cabeza que no podía desvelar.

—Vi al lord Hechicero observándote durante el desafío —dijo—. ¿Por qué no me lo contaste...? —Se mordió el labio—. Lo habría entendido, pero supuse...

—¿Crees que estoy con Edan? —No sabía si aquello me horrorizaba o me divertía—. ¿El lord Hechicero?

—No diré nada —añadió apresuradamente—. En todo caso, eso explica muchas cosas. —Se aclaró la garganta y se puso muy roja—. Siempre coqueteaba con las doncellas, pero no entendía por qué nunca perseguía a ninguna. Ellas se le echaban encima, te lo aseguro.

Iba a decirle que estaba loca si creía que yo mantenía un romance prohibido con Edan, pero me contuve. Si Ammi creía que era un chico al que no le interesaban las chicas, podríamos ser amigos. Necesitaba desesperadamente un amigo en el palacio.

—Es muy guapo —reconocí un tanto sorprendida al darme cuenta de que no era mentira.

Fruncí los labios. ¿Qué otra cosa podía decir sobre Edan? Era alto y esbelto, no tan guerrero como el emperador, pero parecía igual de fuerte. ¡No, no podía decir eso! Tampoco podía hablar de sus ojos ni de sus colores siempre cambiantes.

—Está pendiente de ti —dijo Ammi son una sonrisilla—. Te estás poniendo colorado.

—¡No es verdad! —repuse. Ansiosa por cambiar de tema, levanté de nuevo el boceto del vestido de lady Sarnai—. Ya que te has criado en una corte, dime: ¿una dama de la posición de lady Sarnai preferiría unas mangas anchas o unas que caigan del

hombro como se estila ahora en el Oeste...?

Ammi se quedó hasta que la echaron en falta y me asesoró sobre lo que llevaban las damas en la corte y lo que podía complacer a lady Sarnai. Cuando se fue, cosí hasta que me estallaron las ampollas de los dedos y tuve que vendármelos. Necesitaría las tijeras para terminar el trabajo a tiempo.

Puse una tela de seda de color zafiro encima de la mesa y cogí las tijeras. Las hojas reflejaban la luz en las paredes que tenía detrás. Al levantarlas, empezaron a brillar.

Hasta que planché el vestido con vapor y lo llevé a los aposentos de lady Sarnai no me percaté de que apenas había comido ni dormido en varios días.

Sin embargo, no estaba hambrienta ni cansada, tan solo ansiosa.

Norbu ya estaba allí y había montado su vestido en un maniquí de madera. Él había elegido una seda más gruesa, que de lejos casi parecía terciopelo, de un tono bermellón oscuro. Como siempre, todas las piezas eran bellas: la blusa con el cuello forrado de piel negra, la faja con cuentas lacadas de color escarlata y jade y la falda con fénix dorados que subían por sus pliegues habilidosamente decorados. Pero mi vestido era increíble.

Estaba protegiendo mi trabajo del sol con una pieza de tela cuando vi por el rabillo del ojo a Norbu, que venía a saludarme.

Al llegar dio una patada a la falda.

—No está mal para ser un *chico* con la mano rota —dijo tocándome el antebrazo.

—Aléjate de mí —le dije.

Frunció los labios, pero me soltó. Lady Sarnai, Edan y el ministro Lorsa habían llegado. ¿Dónde estaba el emperador?

Miré a Edan, pero él estaba contemplando mi vestido. ¿Qué era aquella sonrisa en sus labios?

Al volverme vi una tetera en una de las mesitas de lady Sarnai. Esperaba no verme obligada a derramarla sobre el vestido de Norbu para desenmascarar su engaño. Parecía obvio que el mío era mejor.

—Maestro Norbu —dijo lady Sarnai—, su vestido lo habría llevado mi madre.

Luego se dirigió hacia mí. ¿Cómo podía ser tan elegante y tan cruel a la vez? No podía evitar admirarla y despreciarla por igual.

Levanté la tela que cubría mi vestido y oí varios suspiros de las damas de lady Sarnai.

—Es maravilloso —susurraron entre sí.

—¿Alguna vez habéis visto algo tan espectacular?

—Todas las damas de la corte querrán uno igual.

Me apoyé en el bastón deleitándome en sus halagos. Por enésima vez, intenté analizar mi vestido objetivamente y encontrar un motivo para que lady Sarnai lo rechazara, pero no se me ocurrió ninguno.

Mi vestido era de un suave azul perlado, uno de los muchos colores marinos que Sendo me había enseñado a ver cuando era niña. La capa exterior, una túnica corta con una faja atada con un cordón de plata, era de un zafiro más vivo, y las mangas largas llevaban bordados unos pequeños pétalos de rosa y grullas con unas magníficas alas blancas. En la falda había nenúfares con pétalos de ópalo y peces dorados en un estanque plateado encima del dobladillo embellecido con perlas diminutas y capas de encaje que parecían olas.

Estaba convencida de que todos coincidirían en que el mío era más apropiado para una emperatriz que el de Norbu. Desde luego, era mucho más hermoso.

Exhalé, segura de que por fin lo había derrotado.

—Muy buen trabajo —murmuró lady Sarnai—. Maestro Tamarin, te has superado a ti mismo.

Su expresión era casi amable. ¿Estaba de mejor humor ahora que había venido lord Xina?

—Lamentablemente —añadió—, esta competición debe tocar a su fin. Los maestros Tamarin y Norbu están increíblemente dotados, pero creo que uno me serviría más que el otro.

La amabilidad desapareció y miró con dureza al ministro Lorsa.

El eunuco juntó las manos y anunció:

—El maestro Norbu ha ganado el puesto.

Me flaquearon las piernas y se me acumuló la sangre en las orejas hasta que noté los latidos del corazón en la cabeza. ¿Qué? Después de todo lo que había ocurrido no podía ser. No podía fallarles a Baba y Keton, así no.

—N-no puede ganar —balbuceé—. El vestido del maestro Norbu es una ilusión.

Antes de que alguien pudiera impedírmelo, cogí la tetera de lady Sarnai y vertí su contenido sobre el vestido de Norbu.

El vestido se marchitó y el vivo bermellón se destiñó al tiempo que la textura de la seda se volvía más delgada y basta. Poco a poco, la piel y las cuentas desaparecieron, y los fénix de oro se secaron hasta que quedaron hechos jirones y dejaron poco más que una vaina de seda blanca con forma de vestido.

—Ahí lo tenemos —dijo Edan un segundo después de que el ministro Lorsa resoplara incrédulo—. Magia, y una muestra bastante pobre, por cierto. El maestro Tamarin es el sastre más habilidoso. Eso ha quedado claro.

Lady Sarnai se cruzó de brazos y sus labios formaron una mueca de tensión.

—Aun así, prefiero los servicios del maestro Norbu.

—Pero, Su Alteza —dijo Edan tímidamente—, todos sabemos lo que opináis sobre el uso de hechizos.

—Esta es mi decisión —insistió—. El emperador y yo lo acordamos al firmar la tregua.

—Su Majestad y vuestro padre acordaron que podríais elegir un sastre —replicó Edan—, no un espía. El maestro Norbu, deduzco, fue más obediente que el maestro Tamarin a la hora de aceptar

vuestras condiciones.

Lady Sarnai apretó la mandíbula y me miró con cara de pocos amigos.

Entre tanto, Norbu no hacía ademán de irse.

—¿Maestro Tamarin? —preguntó sin alterarse—. ¿No querréis decir maestra Tamarin?

Para ser un hombre tan corpulento era rápido, y yo me moví demasiado tarde. Me arrancó los botones de la túnica y quedaron a la vista las vendas que llevaba en el pecho.

Lady Sarnai se quedó atónita y las doncellas se taparon la boca con las manos.

Me invadió un frío alarmista. Por un momento no podía respirar. Me quedé quieta, conmocionada, y todo a mi alrededor daba vueltas.

—Es una chica, Su Alteza —dijo Norbu—. Os ha mentido a todos.

—No... —dije.

Lady Sarnai levantó una mano para silenciarnos a todos.

—Lord Hechicero —dijo, indicando a Edan que se acercara—, ¿es eso cierto?

No estaba segura de si estaba acusándolo de saberlo o de si lady Sarnai simplemente quería que me inspeccionara. Edan me miró sin pestañear.

—Sí —dijo—. Es cierto.

Noté una presión en el pecho. Miré a lady Sarnai a los ojos, esperando la fría despedida que probablemente llegaría de la hija del shansen. Pero, por una vez, no frunció el ceño ni los labios. El tiempo pasaba lentamente. Había algo en su mirada que no había visto nunca: compasión.

Osé tener la esperanza de que se apiadara de mí. Al fin y al cabo, era una chica como ella, que lo había arriesgado todo para librarse de los roles que el mundo le había impuesto. Ella lo entendería mejor que nadie.

Entonces, lady Sarnai agitó una mano y se me cayó el alma a los pies.

—Lleváosla.

—¡Por favor, Su Alteza! —grité—. ¡Por favor, no!

Sus guardaespaldas me agarraron y me volví hacia Edan, pero no dijo nada en mi defensa, nada, mientras Norbu sonreía maliciosamente y los sirvientes me miraban con unos ojos como platos.

—¿Cuál será su castigo? —preguntó Edan a lady Sarnai.

La hija del shansen hizo una pausa para pensar.

—Cuarenta latigazos en la espalda. Despertadla si se desmaya y empezad a contar desde cero. Pediré a Su Majestad que la ahorquen por la mañana.

Solté un grito ahogado.

Edan hizo una reverencia escueta pero obediente.

—Como deseéis.

CAPÍTULO 16

Había cuarenta y nueve escalones hasta la mazmorra del palacio. No sé por qué los conté. Tal vez para tranquilizarme, lo cual era un objetivo inalcanzable.

El corazón me latía tan rápido que me faltaba la respiración y estaba jadeando cuando los guardias me arrastraron por el último escalón. El olor a podredumbre me revolvió el estómago y pude oír cucarachas y ratas correteando por las frías piedras.

El terror me subía por el cuello. «No tendré miedo —me dije—. No tendré miedo».

Mis ojos se esforzaron por adaptarse a la oscuridad y apenas veía a los guardias que me atacaban. Me golpearon en las costillas y me dieron una patada en las rodillas que me hizo desplomarme tosiendo y gimoteando sobre un montón de heno podrido.

Un guardia me agarró del pelo y me encadenó el pie a la pared.

—La última vez que utilizamos estos grilletes fue con una doncella que robó a Su Majestad. Ordenó que le cortaran las manos. Me gustaría saber qué hará contigo.

Tosí hasta que conseguí respirar otra vez. No podía imaginar al emperador Khanujin ordenando un castigo tan brutal. Pero ¿qué sabía realmente de él?

¿Qué sabía de nadie?

Edan no había salido al paso para ayudarme.

Aquello me dolió más que ningún azote. Pero me había advertido que no lo considerara un amigo, ¿verdad? Debería haberle escuchado.

«Pase lo que pase, no gritaré. No permitiré que me quiebren».

Era muy fácil decirlo.

Los guardias me rompieron la túnica y me arrancaron los vendajes del pecho. Lo hicieron tan rápido que apenas había cruzado los brazos para taparme cuando el látigo me quemó la piel como una línea de fuego. La sangre salpicó el frío suelo de piedra. Intenté no mirarla y concentrarme en mantener los brazos delante del pecho y en la impensable cuenta hasta cuarenta. Fueron de ayuda las lágrimas frías que me caían por la cara y me nublaban la vista.

Los guardias aceleraron el ritmo. Más rápido. Más fuerte. Cada latigazo me cortaba la espalda y me mordí el labio con tanta fuerza que notaba la sangre caliente en la boca. Al séptimo latigazo grité. El mundo se tiñó de negro y vi estallidos de color, uno por cada latigazo. En algunos momentos olvidaba respirar entre grito y grito.

—¡Ya basta! —gritó alguien.

Casi no reconocía aquella voz. Me ardía la espalda y me desplomé.

Los grilletes repiquetearon y Edan me echó su capa por encima. Me llevaba a algún sitio. En las paredes ardían las antorchas y la luz me hacía daño en los ojos, pero el aire seguía siendo húmedo y frío.

Entonces se abrió una puerta metálica y, al cabo de cinco pasos, Edan se detuvo. Luego se sentó lentamente y me apoyó en su regazo.

—Vete de aquí —dije, pero ni siquiera yo pude entender mis palabras.

—Abre la boca. —Me levantó la barbilla y me dio algo de beber —. Venga, Maia. Traga. Tienes que tomarte esto.

El sabor era tan amargo que estuve a punto de escupir el líquido. Esta vez, Edan no se había molestado en endulzar el brebaje que me había preparado.

Pero el dolor se atenuó poco a poco.

Con una gran exhalación, me aparté, pero me tenía agarrada con fuerza y me tocó la espalda desnuda con los dedos.

—Tendría que haber llegado antes —dijo apretando la mandíbula.

Me así a su capa y me tapé el pecho con ella.

—¿Van a ahorcarme?

—Aquí es donde retienen a los prisioneros de alta cuna —dijo Edan esquivando la pregunta—. Es un poco mejor que donde te encerraron antes.

El olor seguía siendo fétido, pero había una pequeña ventana que dejaba entrar la luz.

Le di la espalda a Edan.

—¿Qué le ha pasado a Norbu?

—Se lo han llevado. A Su Majestad le ha disgustado que pudieran comprar tan fácilmente su lealtad.

—Entonces será ejecutado.

—Esa es la condena por conspirar contra el emperador.

Levanté la mirada, pero no encontraba las palabras.

—¿A mí me ejecutarán?

Había tensión en la voz de Edan.

—Le he pedido a Khanujin que primero escuche tu testimonio.

—¿Para qué? —dije—. Todo el mundo sabe que soy una chica.

Edan no contestó.

Me extrañó lo poco atemorizada que estaba. Supongo que los latigazos ayudaron. O el hechizo que estuviera lanzándome Edan al tocarme la mejilla.

—¿Te quedarás? —pregunté en voz baja.

Edan me secó las comisuras de los labios con el pañuelo.

—Sí, hasta que te duermas.

Cansada, apoyé la cabeza en su pecho. Él no se movió. No me rodeó con sus brazos ni me apartó, pero se le aceleró un poco el corazón.

—Lo siento, Maia —susurró.

Tal vez habría significado más para mí si hubiera sabido que era la primera vez que Edan, el lord Hechicero, pedía disculpas a alguien.

Me desperté por la mañana. Los guardias estaban gritándose entre ellos y Edan había desaparecido.

Me toqué la espalda con delicadeza. Tenía la piel entumecida y los cortes estaban sanando. Incluso las tiras de lino que me envolvían el pecho se habían tejido solas otra vez.

Magia.

Tragué con fuerza al recordar la visita de Edan y lo que me esperaba en unas pocas horas.

Me costaba mantenerme en pie. Me dolía la espalda y noté una intensa punzada en las piernas al ir renqueando hacia la puerta y pegar la oreja a la cerradura.

Oí a alguien barriendo y echando agua.

—¡Daos prisa, rezagados! —gritó alguien—. Su majestad está aquí.

Más escobas y agua. Y luego el silencio.

Nerviosa, me pasé las manos por el pelo y volví al rincón. Me costaba imaginar al emperador entrando en una mazmorra.

Pero allí estaba, delante de mi celda.

Una luz gris iluminó el rostro del emperador Khanujin cuando los guardias abrieron la puerta. Los ribetes dorados de su túnica relucían en contraste con las lúgubres paredes de la celda.

—Su Majestad —gemí, y obligué a mi cuerpo magullado a hacer una reverencia.

Tenía la boca seca y debía de oler fatal. No osé mirarlo.

Su voz era firme.

—Maestro Tamarin, desafortunadamente me habéis mentido. Es un delito capital.

Agaché la cabeza. Desde el principio sabía lo que ocurriría si me descubrían. Tenía que ser fuerte.

—Hicisteis creer a lady Sarnai que erais el hijo de vuestro padre, pero no sois Keton Tamarin.

—No, Su Majestad. —Me miré las manos—. Me llamo Maia. Soy la hija menor de Kalsang Tamarin.

—Su hija —murmuró el emperador—. Sí, ahora tiene sentido. Siempre percibí algo distinto en ti. Quizás eran tus ojos. —Dio un paso adelante y lo iluminó un haz de luz—. No son los de un chico que combatió en mi guerra.

La luz del sol iluminó las cuentas de perlas y rubíes del tocado del emperador cuando ladeó la cabeza y miró fijamente mis harapos ensangrentados.

—Pese a los azotes, espero que aún seas capaz de coser.

Me tendió mis tijeras. No brillaban ni siquiera bajo la luz. Eran unas tijeras corrientes, o eso parecía. Contuve la respiración.

—Mi lord Hechicero dice que posees ciertas habilidades mágicas —dijo—. ¿Es eso cierto?

—Sí, Su Majestad.

Me tocó la barbilla y la levantó. En ese momento me invadió una ligera emoción, respiré profundamente y lo miré a los ojos.

Allí estaba, embelesada de nuevo por la misteriosa magnificencia del emperador. Incluso en las mazmorras estaba radiante y su contacto bastó para que me olvidara del dolor y la vergüenza. Del miedo.

—Es una pena que no me lo contaras antes —murmuró el emperador Khanujin—. Es un talento infrecuente, sobre todo en una chica.

Me puso la mano en la comisura de los labios y me dio la sensación de que iba a desmayarme ante tanta ternura. Luego la

retiró, pero seguimos mirándonos a los ojos.

—Deberías ir a la horca. Pero... —Hizo una pausa—. Pero tienes un don que necesito, así que te conmutaré la pena. Por ahora.

Levanté la barbilla.

—¿Señor...?

—Retomarás la identidad de tu hermano. El puesto de sastre imperial está vetado a las mujeres y debe seguir estándolo. Edan hará que todo el mundo olvide tu engaño, pero yo lo recordaré.

Tragué saliva y asentí pese a lo confusa que estaba.

—El futuro de A'landi depende de mi matrimonio con la hija del shansen. Harás todo lo que te pida. Ahora mismo estás viva solo por tu talento con esas tijeras. —El emperador me las puso en las manos—. Si me fallas, serás ahorcada. Y tu padre y tu hermano también. ¿Lo entiendes?

—Sí, Su Majestad —susurré.

Estaba aturdida y no era capaz de ordenar mis pensamientos. ¿Qué era tan importante que yo hiciera para lady Sarnai que el emperador iba a perdonarme la vida?

Pero mi lengua no podía formar las palabras adecuadas en presencia del emperador Khanujin y solo se rompió su hechizo cuando desapareció.

PARTE 2
EL VIAJE





CAPÍTULO 17

Ser nombrada sastre imperial debería haber sido uno de los momentos más felices de mi vida, pero mi acuerdo con el emperador proyectaba una nube sobre mi victoria. Tenía que complacer a lady Sarnai o Baba y Keton morirían.

No me apetecía trabajar para la hija del shansen. Sin embargo, ya me había ordenado que le hiciera unos zapatos de cristal y una chaqueta de papel y había sobrevivido.

¿Qué mal podía haber en crear otro vestido?

Mi corazón latía con fuerza cuando me acerqué al Gran Salón de las Maravillas. Era la sala de audiencias más grande del Palacio de Verano. Tenía un patio ancho, varios pisos de altura y unas escaleras con estatuas de pájaros dorados, elefantes y tigres. Dentro había paredes de mosaico (regalo de los amigos de A'landi en Samaran), llamativas alfombras de color bermellón que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, ventanas que dispersaban la luz del sol y, ocupando un lugar prominente, tres esculturas de jade de la diosa Amana.

Edan se aclaró la garganta cuando apareció detrás de mí.

—Me alegro de que hayas salido de ese lugar tan vil.

Me di la vuelta para mirar al hechicero. Por una vez no sonreía ni

me miraba con ojos de pillo y se quedó allí, de brazos cruzados, con una expresión solemne.

Yo vacilé.

—¿Verdaderamente has hecho que todos olviden que soy una chica?

Edan ladeó la cabeza.

—Lo que desee Su Majestad, se hará.

—¿Así de fácil? —Fruncí el ceño—. ¿Moviendo la mano o chasqueando los dedos?

Edan se encogió de hombros. Parecía cansado y tenía ojeras. Me preguntaba si la magia que había obrado para que todos olvidaran que yo era una chica explicaba las sombras que se aferraban a su rostro.

—Es un poco más complicado que eso —zanjó. Antes de que pudiera responder, señaló el pasillo que llevaba a la sala principal—. Ven conmigo.

Lo seguí nerviosa, pisando la alfombra como si estuviera atravesando un matorral de pinchos. Reconocí algunas caras: el ministro Lorsa, lady Sarnai y el emperador Khanujin. Lord Xina, tal como había mencionado Ammi, estaba de visita. Los otros miembros de la corte me eran desconocidos: eunucos, funcionarios importantes y uno o dos dignatarios extranjeros.

En todo momento esperaba que alguien gritara: «¡Es una chica! ¡Es una impostora!». Pero todo fue tal como Edan había prometido: nadie parpadeó al oír mi nombre o ver mi cara.

Sin embargo, cada paso era más pesado que el anterior. Cuando finalmente llegué al trono del emperador me costaba respirar, como si hubiera caminado cien kilómetros en lugar de cien pasos.

—El concurso ha tocado a su fin —anunció el emperador Khanujin cuando me arrodillé ante él—. He decidido otorgar el puesto de sastre imperial a Keton Tamarin, que recibirá un estipendio de veinte mil jens anuales.

«¡Veinte mil jens anuales!». Por un momento me permití disfrutar

del hecho de que Baba y Keton no volverían a pasar hambre nunca más, de que ahora era un maestro de cuyas habilidades nadie podría dudar.

—Levántate, maestro Tamarin —continuó el emperador—. Ahora que sirves al Hijo del Cielo como sastre del reino imperial, eres un maestro de tu profesión para todos.

Forcé una sonrisa y me levanté.

—Gracias, Su Majestad.

—Gracias, maestro Tamarin —dijo el emperador Khanujin. Sus ministros y funcionarios repitieron sus palabras—. Lady Sarnai, me pedisteis que encontrara al sastre con más talento de A'landi para que os tejiera un vestido de boda. El maestro Tamarin está a vuestras órdenes.

Lady Sarnai no dijo nada. Igual que Edan, se encontraba junto al trono del emperador, pero estaba observando algo o a alguien tan fijamente que me pareció que iba a atravesar las paredes con la mirada. No veía quién le había llamado la atención, pero sí reconocí la voz de aquel hombre. Era profunda y cada palabra sonaba como un gruñido.

—El shansen desea saber cuándo tendrá lugar el enlace —dijo lord Xina— y si se han cumplido las condiciones de lady Sarnai.

Me puse tensa, preguntándome si la angustia que había percibido en sus palabras eran imaginaciones mías. ¿Cómo debía de sentirse sabiendo que las tácticas de lady Sarnai para posponer la boda habían fracasado y que la mujer a la que amaba pronto se casaría con otro hombre?

—Podéis informar al shansen de que su hija pide que el vestido de boda —respondió el emperador con brusquedad— esté terminado el...

Lady Sarnai intervino repentinamente.

—Habrà tres vestidos.

Luego apartó la mirada de lord Xina y se volvió hacia mí. Había un brillo en sus ojos que no me gustaba.

Sentí un murmullo de terror en el pecho. Poco a poco, la hija del shansen bajó los tres escalones del trono del emperador hasta que estuvo tan cerca de mí que podía oler el aceite de jazmín que habían utilizado para perfumarle el pelo y percibí un atisbo de confusión cuando me miró fijamente.

Contuve la respiración, sabiendo exactamente qué intentaba recordar. El hechizo de Edan había funcionado con todos los demás, pero si lady Sarnai...

Su expresión se calmó e ignoró lo que la inquietaba sobre mí. No era tan importante como lo que quería decir.

—¿Conoces la leyenda del dios de los ladrones? —preguntó—. Era tan habilidoso que afirmaba poder secuestrar a los hijos de Amana: el sol, la luna y las estrellas. Los dioses se rieron de él, pero no se amedrentó. Raptó a los dos primeros hijos de Amana sin dificultad, pero las estrellas bailaban en el cielo y eran difíciles de atrapar, así que les disparó flechas y captó su esencia cuando empezaron a sangrar. Amana se puso tan furiosa que sumió al mundo en la oscuridad. Ni siquiera se apaciguó cuando el dios de los ladrones devolvió lo robado.

»Así que le pidió al sastre de los Cielos que le hiciera un regalo a Amana. Había guardado fragmentos del sol, la luna y las estrellas, y ordenó al sastre que hiciera tres vestidos tan hermosos que cegaran al ojo mortal. El sastre lo consiguió. Los vestidos eran tan deslumbrantes que Amana perdonó al ladrón y devolvió la luz al mundo, pero solo medio día, ya que los fragmentos que el ladrón había entregado para confeccionar los vestidos significaban que el día nunca más podría estar completo. La lección es que no hay que enojar nunca a la diosa madre.

Lady Sarnai hizo una pausa y sus labios rojos formaron una peligrosa sonrisa.

—Eres el mejor sastre de A'landi, maestro Tamarin. Hazme los vestidos de Amana.

Detecté el tono burlón de lady Sarnai e hice lo posible por

mantener la calma. Todos los sastres conocían la historia de los vestidos de Amana. Y todos los sastres sabían que jamás hubo manos humanas que los hubieran confeccionado.

—Uno tejido con la risa del sol —susurré—, otro bordado con las lágrimas de la luna y, por último, uno pintado con la sangre de las estrellas.

—Según tengo entendido —dijo lady Sarnai con serenidad—, necesitarás viajar muy lejos para obtener los materiales necesarios para cada vestido.

—Pero, Su Alteza —respondí sin pensar—, esos vestidos son mitos. No se puede hilar con la luz del sol, ni con la de la luna...

—¿Lo has intentado alguna vez?

Tragué saliva con dificultad.

—No, Su Alteza.

—Soy consciente de que muchos han intentado hacer esos tres vestidos sin éxito. Reza para que tu sino sea diferente.

No solo habían fracasado. Habían desaparecido o muerto por intentar algo imposible. ¿Y para qué? Aquellos vestidos estaban rodeados de numerosas leyendas. Algunos decían que Amana concedería un deseo, por inverosímil que fuera, al sastre que lo lograra. Otros aseguraban que los vestidos despertarían un poder indecible que precipitaría el fin del mundo.

Contuve un escalofrío.

—Sí, Su Alteza.

—Mi padre llegará la noche del sol rojo. Eso te concederá un mes para cada vestido. Estoy segura de que el emperador te ha informado de lo importante que es esta tarea y de qué ocurrirá si fracasas. —Su tono se endureció—. No me decepciones.

—Todos los recursos de palacio estarán a tu disposición, maestro Tamarin —dijo el emperador, que se mostró impertérrito ante las exigencias de lady Sarnai.

Yo apenas los escuchaba. Todos los jens del mundo no me comprarían el sol, la luna y las estrellas. ¡Lo que me pedía era

imposible!

Lady Sarnai ladeó la cabeza.

—Pareces preocupado, maestro Tamarin. Tal vez puedas convencer al lord Hechicero para que te ayude.

Noté un escalofrío en la columna vertebral. Antes, lady Sarnai quería que espiara a Edan y ahora quería que le pidiera ayuda. No podía ser un buen cambio de actitud para ninguno de los dos.

Crucé los brazos e hice una reverencia con la esperanza de que agachar la cabeza ocultara mi creciente pánico.

—Lord Hechicero —dijo—, mi joven sastre está a punto de embarcarse en un viaje para obtener materiales para mis tres vestidos. ¿Puede contar con vuestra ayuda?

—Su Alteza, me temo que me es imposible abandonar al emperador durante mucho tiempo —dijo Edan un poco malhumorado.

—Ah, no confiáis en que vuestro preciado Khanujin se quede conmigo. Os molesta que no haya caído rendida a sus encantos, ¿verdad? Quizá si vos no estuvierais aquí, las cosas serían distintas.

El emperador se puso muy serio y oí un coro de susurros contenidos detrás de mí, pero Edan no perdió la compostura.

—Con el debido respeto, Su Alteza, debo negarme.

Lady Sarnai chasqueó la lengua.

—Es una lástima. Puede que seáis el único capaz de ayudar al pobre maestro Tamarin. Mi petición le resulta bastante amedrentadora.

—Pues entonces quizá deberíais cambiarla. —Los labios de Edan formaron una delgada línea cuando por fin me miró—. Las habilidades del sastre imperial con el hilo y la aguja no tienen parangón. Estoy seguro de que podrá diseñar otra cosa que os satisfaga.

—Por desgracia, ya he tomado una decisión —respondió lady Sarnai—. Deseo los vestidos de Amana. Confío plenamente en que

el maestro Tamarin posee el talento necesario para confeccionarlos. Pensad en lo decepcionada que se sentiría Su Majestad si se rompiera la tregua porque nuestro joven sastre pereció antes de acabar mis vestidos nupciales.

—Decepcionado, desde luego —terció el emperador Khanujin—. Pero el lord Hechicero sirve mejor al reino estando a mi lado. —Edan cerró los puños, pero su expresión no cambió. Agachó la cabeza y siguió escuchando al emperador—. Hablaré esta tarde con Edan para determinar la mejor manera de satisfacer vuestra petición. Ahora, si no hay nada más, lady Sarnai, mis ministros y yo tenemos otros asuntos que atender.

—Maestro Tamarin, ¿tiene alguna pregunta? —dijo lady Sarnai.

—No —respondí un tanto aturdida.

—Entonces, eso es todo.

Lady Sarnai sonrió con dulzura y agitó las manos para que me fuera. Para mis sorpresa, Edan me siguió.

—No puedo ir contigo —dijo cuando salimos.

—No te lo he pedido —repuse—. Sé que es una tarea imposible incluso para ti.

Su cara quedó envuelta en una máscara de rabia. Nunca lo había visto enfadado y me asusté al ver lo negros que se le ponían los ojos, impenetrables como el ónice.

—No es imposible. Es una trampa para alejarme de Khanujin y enviarme a una misión imposible.

—Entonces iré sola —respondí.

Edan apretó los dientes.

—No, tú no lo entiendes. El emperador ha amenazado con ejecutarte si fracasas. Pero no lo necesitaría. Probablemente morirás durante la misión.

Muerta. Como Finlei y Sendo. Ellos perecieron sirviendo a A'landi, igual que me ocurriría a mí.

Me mordí la parte interior del labio, pero no dejé que la advertencia de Edan me disuadiera.

—Confeccionar los vestidos de Amana... Nunca se ha hecho. Yo imaginaba que era imposible, pero tú dices que no.

—Eso no significa que deba hacerse.

—Entonces ayúdame —dije—. Al menos dime dónde puedo encontrar una luz solar tan pura que pueda hilarse y una luz de la luna tan densa que pueda tejerse. Y la sangre de las estrellas... Ni siquiera sé por dónde empezar.

Estábamos cruzando un estanque y Edan se apoyó en la baranda del puente de madera frunciendo los labios.

—Empecemos por el sol —dijo finalmente—. Para los pocos afortunados que han visto una, las arañas niwa son conocidas como arañas Rueda Dorada. La seda de sus telarañas cuesta miles de jens la onza porque resiste el fuego, entre otras cosas, lo cual resulta muy útil cuando alguien intenta capturar la risa del sol.

En mi pecho anidó la esperanza.

—¿Y dónde puedo encontrar una araña niwa?

—En el desierto de Halakmarat. Son infrecuentes, pero encontrar una es solo el primer paso. —Edan se dio la vuelta y me miró—. Deberías irte —dijo en voz baja—. Huye.

Su tono me sorprendió. Casi parecía... preocupado.

—Mi padre y mi hermano cuentan conmigo. —Tragué saliva—. Su Majestad dijo que debía satisfacer las exigencias de lady Sarnai o... —Mi voz se apagó—. Los matará.

Edan suspiró.

—Entonces iré contigo.

Lo miré sorprendida.

—Me pareció entender que no podías dejar al emperador.

—Que no debería —precisó—. Pese a mi título, soy poco más que un sirviente —añadió con amargura—. Un sirviente que necesita permiso de Khanujin para alejarse de él.

Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, continuó.

—Ayudarte es la mejor manera de asegurarme de que no estalla otra guerra. Además, Su Majestad no te negaría un escolta.

Me sonrojé.

—¿Aunque ese escolta seas tú?

—Espero que si expreso mi petición con cuidado, no me prohibirá específicamente que te acompañe.

—¿Por qué no te da permiso para marcharte?

Edan hizo una mueca.

—Es complicado. Protejo A'landi sirviendo al emperador. Si me voy, Khanujin será vulnerable, y eso no le gusta.

—Pero...

—Es todo lo que necesitas saber. No te entrometas en mis asuntos, Maia, o te verás en una posición delicada.

Parecía inusualmente tenso.

—Tengo pensado irme mañana —dije.

—Partiremos en tres días —corrigió Edan, que dio unos golpecitos al farol que colgaba del borde del puente. La luz parpadeante se reflejó en el agua.

¿Tres días? Fruncí el ceño. Estaba ansiosa por abandonar el palacio, que cada vez se parecía más a una jaula.

—Necesito tiempo para preparar el viaje —prosiguió—. Te daré una lista de cosas que necesitarás.

—Ya sé lo que necesito. La risa del sol, las lágrimas de la luna y la sangre de las estrellas.

—Exactamente —dijo Edan sin detectar mi sarcasmo—. Se tarda un poco en trazar un plan para adquirir todo eso. Aprovecha el tiempo con inteligencia. Teje, cose o haz lo que tengas que hacer.

—Todavía no tengo nada con que coser. Por eso debo partir cuanto antes.

Edan pensó en ello.

—Pasado mañana, entonces —dijo—. Te llevaré la lista cuando la tenga preparada.

Fiel a su palabra, fue a buscarme al día siguiente al amanecer. Yo

ya estaba despierta haciendo bocetos. Por su ceja ligeramente arqueada deduje que estaba impresionado.

—Has madrugado —dijo.

—Siempre madrugo.

—Mira —dijo, y me tendió un delgado trozo de papiro.

—«Nueces de la cocina» —leí con sorpresa—. ¿Nueces?

—Pide las más grandes que haya. Necesitaré tres. No, que sean cuatro. Sigue leyendo.

—«Guantes tejidos con telaraña...».

—Tendrás que hacerlos tú —interrumpió—. Es lo más importante. Nuestra primera parada será el desierto.

—«Zapatos resistentes, preferiblemente de cuero, y unos buenos cordones. Una alfombra con flecos; un color o dos bastará». —Fruncí el ceño—. ¿Para qué necesitamos una alfombra?

—Los zapatos y la alfombra también tendrás que hacerlos tú —respondió Edan en lugar de darme una explicación—. Supongo que estarás ocupada.

—Por último, mis tijeras. —Dejé la lista—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Por qué tiene tanta fijación lady Sarnai con esos vestidos encantados si odia la magia?

—Porque no cree que puedas hacerlos —dijo tajantemente—. Porque espera que muramos en el viaje. —Algo más animado, añadió—: Tendremos que demostrarle que se equivoca, ¿no te parece?

—No sé si es posible hacer esos vestidos.

—Dime una cosa. Siendo una chica con tanta imaginación, ¿por qué eres tan escéptica con la magia?

—No soy escéptica. Ya no. Simplemente no confío en ella.

—Qué decepción —murmuró Edan—. Después de todas las veces que te ha salvado...

Suspiré y tuve la sensación de que le debía una explicación.

—Ni siquiera confío en los dioses, al menos en que me escuchen. Mi padre le reza a Amana cada mañana y cada noche.

Cuando mis hermanos fueron a la guerra, yo también recé a todos los dioses, y después a todas las hadas y espíritus que se me ocurrieron para que los trajeran sanos y salvos a casa. Pero Finlei y Sendo murieron, y Keton... —Se me hizo un nudo en la garganta y no encontraba las palabras—. Volvió a casa, pero es posible que nunca pueda caminar. ¿En qué voy a creer?

—Esperar que los dioses te escuchen es una ilusión. —El tono de Edan era amable—. Igual que otros son ingenuos al pensar que la magia obra milagros. No siempre es así. Pero... —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa en sus labios—. Pero, a veces, sobre todo en manos de un hechicero poderoso como yo, ocurren milagros. Quizás en nuestro viaje encontremos la manera de ayudar a tu familia.

Pensé en cuando Edan me curó la mano. A lo mejor sí que había esperanza para Keton. Y para Baba.

—El viaje no debería llevarnos más de dos meses, con lo cual tendrías tres semanas para hacer los vestidos a nuestro regreso.

La idea de pasar dos meses sola con Edan me ponía nerviosa y me agité como si estuviera sentada en un alfiletero.

—A lo mejor podríamos unirnos a una caravana.

—¿Con desconocidos? —preguntó Edan—. Es preferible no llamar la atención. En esta época del año no debería haber demasiados bandidos en la Ruta de las Especias, pero no podemos arriesgarnos. Iremos más rápido nosotros solos. Y, aunque sé que debes de estar deseando quitarte el... —me miró de arriba abajo— disfraz de hombre, sería inteligente conservarlo un tiempo más. —Ladeó la cabeza pensativo—. Aunque comerciar en el Pasaje de Saramand sería más fácil si fueras una chica.

Me crucé de brazos.

—¿Por qué?

—Podría cambiarte por al menos cinco camellos —dijo Edan— y recuperarte horas antes de que el mercader te convierta en una de sus esposas.

Retrocedí.

—No pienso...

—Tranquila. Sigue siendo un chico.

Edan disimuló que mi inquietud le divertía.

—Me las arreglaré —contesté con brusquedad—. ¿Dónde vamos?

—A los tres confines del continente —dijo Edan—. Para la luz del sol, iremos al Oeste pasando por Samaran y el desierto de Halakmarat. Luego iremos al Norte, hasta la frontera de Agoria, a buscar la luz de la luna, y para las estrellas al Sur, rumbo a las Islas Olvidadas de Lapzur, en el lago Paduan. —Se volvió hacia la puerta—. Compraremos lo que necesites para completar la lista. Y, Maia...

—Recalcó mi nombre—. Trae las tijeras.

—Ya te dije que lo haría.

—Solo quería asegurarme de que no te olvidas. —Me guiñó un ojo—. Las necesitarás.

CAPÍTULO 18

Por una vez, Edan no se me acercó sigilosamente. Al día siguiente al amanecer llegó puntualmente a las puertas del palacio con dos caballos robustos, bien alimentados, cargados y ensillados.

Había cambiado su habitual atuendo negro por una túnica de color verde apagado que no era de su talla y unos pantalones que habían vivido épocas mejores. Sobre el pelo llevaba una capa de muselina leonada y por debajo le asomaban algunos rizos. Del cinturón le colgaban varias bolsas de cuero. En el hombro izquierdo llevaba un morral y bajo el brazo un montón de libros bien atados.

—Casi no te reconozco sin tus elegantes ropajes cortesanos — comenté—. No sabía que tuvieras algo que no fuese seda negra.

—He considerado más inteligente no parecer próspero — respondió Edan conteniendo un bostezo—. Aprovecho cualquier oportunidad para dormir unos minutos más en lugar de vestir bien. Las mañanas no van conmigo.

—Ya lo veo.

El sol empezaba a penetrar en el manto de niebla que se cernía sobre nosotros. Edan cargó los libros a lomos del caballo y miró hacia atrás.

—Deberíamos irnos —dijo—. Los guardias están medio

dormidos y prefiero no malgastar más magia ni hacer frente a un interrogatorio.

Eso significaba que no le había contado a Su Majestad que venía conmigo.

Me ayudó a montar y me tendió unas riendas de cuero.

—Tira para parar y a izquierda o derecha para girar. No las sueltes.

Agarré las riendas.

—¿Cómo sabes que nunca he montado a caballo?

Comentó lo rígida que iba en la silla y que estaba clavándole los pies al pobre caballo.

—Relájate y dale un buen puntapié con el talón cuando quieras ponerte en marcha. No te duermas o te caerás.

Asentí y di una tímida palmada a la crin del caballo. Tenía el pelo de color ámbar oscuro, como las arenas del desierto que pisaríamos.

—¿Cómo se llama?

—Calabaza.

—¿Y el tuyo?

Edan sonrió a su caballo, que era bastante más grande que el mío y tenía un hermoso pelaje negro con una crin plateada.

—Elegancia Valiente.

—Naturalmente —murmuré cuando montó con un movimiento grácil.

Luego di una patada a Calabaza, pero relinchó e intentó tirarme al suelo. Me aferré a él, balanceándome torpemente mientras trotaba. Al menos el caballo sabía que debía seguir a Edan.

Me pareció que Edan tardaba una eternidad en anunciar un descanso.

—A partir de hoy no haremos tantos —me advirtió.

—No estoy... cansada —dije con la respiración entrecortada—.

Podemos... seguir... adelante.

Edan me miró con complicidad.

—Cinco minutos. Ponte erguida y recobra el aliento.

Estiré el cuello y las piernas, que ya me dolían después de solo una hora cabalgando. ¡Descubrí consternada que apenas habíamos salido de Niyan! Aún veía a lo lejos el contorno desdibujado del Palacio de Verano, pequeño como una mariposa. Sus tejados inclinados de oro y sus puertas escarlata parecían puntos brillantes situados frente a la enorme ciudad. Tragué saliva.

—¿Cuántos días faltan para llegar al Pasaje de Samarand?

—Tres —respondió Edan—. Pero, al ritmo que llevamos, puede que sean siete. —Hice una mueca—. Cuando lleguemos, cambiaremos los caballos por camellos. El desierto de Halakmarat empieza en la cúspide de las fronteras de A'landi; tendremos que adentrarnos en el desierto si queremos encontrar una araña Rueda Dorada. —Buscó el mapa en el bolsillo—. Y aún más para llegar al Templo del Sol.

Miré el mapa con incredulidad.

—No nos dará tiempo a hacer este viaje en dos meses.

—Confía en mí —respondió Edan enrollando el mapa—. Será un poco justo, pero he incluido uno o dos... atajos. —Notó mi escepticismo—. Mágicos. Ya lo verás.

Inspiré, deleitándome en la brisa fresca que llegaba del río Jingan.

—Eso espero.

El principio de la Gran Ruta de las Especies era ancho. Cuanto más avanzábamos, más se estrechaba, pero Edan siempre me llevaba diez pasos de ventaja, así que cabalgar en paralelo nunca era un problema. Habíamos salido tan temprano que solo había unos pocos mercaderes locales empujando sus carretillas y más adelante aún habría menos tráfico, ya que habíamos tomado la ruta sur, que atravesaba el desierto de Halakmarat, una zona menos transitada y patrullada.

Cuando dejé de preocuparme cada dos minutos por si me caía de Calabaza, saqué las agujas para trabajar en un patrón para el primer vestido de lady Sarnai. Fue un intento fútil. Era imposible mantener la mano firme montando a caballo.

Frustrada, renuncié a coser y me dediqué a mirar cómo cambiaba el paisaje a mi alrededor.

Íbamos tierra adentro, el sol me quemaba la espalda, los mosquitos me atacaron tantas veces en los dedos que el picor era insoportable y la brisa fresca del río desapareció. Debería haberme sentido abatida, pero el paisaje me dejaba sin aliento. Rocas tan rojas como la puesta de sol, lagartos que corrían por los suaves picos de las dunas y me miraban con sus ojos saltones y árboles que eran cada vez más cortos, hasta que sus raíces yacían sobre la tierra áspera.

Acampamos antes de que se pusiera el sol y estaba tan agotada que me quedé dormida poco después de montar la tienda.

Cuando desperté, la noche estaba desvaneciéndose y los primeros rayos de sol asomaban en el horizonte e iluminaban los pliegues de mi tienda de campaña. Me puse de costado y busqué el pincel y un trozo de pergamino en el morral.

Queridos Baba y Maia,

Estos días estoy viajando por la Ruta y cada vez pienso más en Finlei y Sendo. Anoche dormí por primera vez bajo las estrellas desde que ~~se fueron~~ acabó la guerra. Me desperté una o dos veces en plena noche, convencida de que Finlei me había echado una manta por encima de los hombros y de que Sendo estaba a mi lado para reconfortarme con una historia, como hacía cuando tenía una pesadilla. Pero solo había arena y el silencio fantasmagórico de esta tierra vacía.

Levanté el pincel, pues no quería continuar la carta en un tono tan melancólico. A pie de página dibujé mi caballo, las dunas de arena y los lagartos. Era mejor no mencionar a Edan, que se había metido en su tienda después de cenar y todavía no había despertado.

Durante días no tendremos agua en el desierto. ¡Imaginaos! Yo en el desierto después

de haberme criado en el mar de Puerto Kamalan. Te echo mucho de menos, Baba. Y, Maia: treinta y ocho pasos.

Doblé la carta por la mitad y la arena se metió en el pliegue cuando la guardé en el morral. Llevaba en el desierto tiempo suficiente para saber que no tenía sentido intentar limpiarla.

Salí de la tienda y apoyé la cabeza en la arena para ver cómo desaparecían las estrellas. Recordar que Finlei y Sendo estaban muertos me hizo añorar Puerto Kamalan, y allí, divagando por el ancho mundo, me sentía más cerca de Baba y Keton de lo que me había sentido nunca en el palacio. Curiosamente, aunque debía volver para terminar los vestidos de lady Sarnai, nunca me había sentido tan libre.

Me esperaban dos meses así y empecé a contar los días sin saber qué ocurriría.

El Pasaje de Samarand se hallaba al borde del desierto de Halakmarat, marcado por dos rocas que sobresalían. No parecía más que una gran extensión de arena, árboles desnudos y hierba moribunda, pero dentro había una pequeña ciudad comercial. Allí cambiamos nuestros caballos por camellos. No me dio pena despedirme de Calabaza; cuatro días en su compañía me habían dejado los muslos y las rodillas llenos de moratones. Ahora sí que dolía caminar.

Ver el desierto de Halakmarat en el horizonte —qué grande era el sol allí— hizo que se me encogiera el estómago de emoción. ¡Nunca había estado tan al oeste de A'landi! Ya había visto más mundo del que nunca había soñado.

—Vamos —dijo Edan—, tenemos varias paradas que hacer.

Ambos nos pusimos la capucha. El viento era fuerte y traía arena del desierto, y la aridez me irritaba la piel.

El mercado se encontraba en una calle larga con una posada al

final. Paré en un puesto que vendía arroz envuelto en hojas de parra y jarras de leche de dáttil para los viajeros que se preparaban para ir al desierto. El precio del agua me hizo arquear las cejas. Edan no se paró a comprar y yo no sabía dónde la conseguiríamos. De hecho, nunca había visto al lord Hechicero llenar la cantimplora y, sin embargo, siempre estaba llena.

—¿Dónde vamos?

—A buscar suministros.

Fruncí el ceño y miré hacia atrás.

—Pero el mercado es por ahí.

Edan me ignoró y fue a la taberna.

—No temas —dijo—. Este es uno de los establecimientos más respetables. No se permiten peleas ni que la gente vaya sin camisa.

Sonreí nerviosa cuando pasó junto a nosotros un grupo de borrachos.

—Eso me hace sentir mucho mejor.

Jamás había visto a una congregación de hombres tan variopintos: mercaderes, jugadores, soldados e incluso un par de monjes. Alrededor de un tercio eran de A'landi, muchos eran agorianos y unos pocos, descubrí sobresaltada, parecían balardianos, bárbaros que habían luchado contra mi país durante años y ayudado al shansen en su campaña contra el emperador Khanujin.

Edan señaló a un hombre que bebía solo en el rincón.

—Es el mejor vendedor de cuero de la ciudad. Ve a hablar con él. Tienes que hacer un par de zapatos. —Me tocó el hombro y se acercó—. Un consejo para negociar: no sonrías tanto. Lo haces cuando te pones nerviosa, pero esos mercaderes te tomarán por mema.

Fruncí el ceño.

—¿Dónde vas tú?

—Con los vendedores de seda —dijo Edan, que fue hacia un grupo de hombres que jugaban a cartas.

Refunfuñé. Habría preferido de lejos regatear con los vendedores de seda.

—¿Una partida de ajedrez? —preguntó el comerciante de cuero cuando me acerqué a su mesa. Ya estaba preparando las piezas.

Me rasqué una picadura de mosquito en el brazo e ignoré su oferta. El ajedrez siempre había sido el juego de Finlei, no el mío, aunque no se me daba mal. De hecho, en todo Puerto Kamalan Finlei era el único que podía ganarme.

Adopté mi expresión más seria para negociar.

—Me han dicho que tiene cuero para vender.

—Esto es una taberna, muchacho —respondió el mercader. Su cara era como su producto: dura y con muchas grietas—. Si no has venido a jugar, no estoy de humor para negocios.

Cogí el taburete que tenía delante. Era como en los viejos tiempos. Normalmente, los mercaderes que recalaban en Puerto Kamalan estaban demasiado cansados para poner las cosas difíciles, pero había dado con el peor.

—¿Jugamos una partida, entonces? Si gano, me dará usted un trozo de su mejor cuero. Gratis.

—Debes de tener arena en los ojos. —El mercader se echó a reír y bebió un trago de vino. Me recordaba a Longhai, pero vi que, a pesar de su cháchara amigable, pretendía engañarme—. Yo nunca mezclo negocios y placer.

—¿Ni siquiera por esto?

Saqué la bolsa de jens que me habían entregado en el palacio y la abrí lo justo para que viera su contenido. Se le salían los ojos de las órbitas.

—Con eso te basta para comprar veinte tiras de cuero, chico.

—¿Ahora preferiría vendérmelas?

Se quedó mirando la bolsa con avaricia.

—Ni de broma.

«Bien —pensé—. Conseguiré un trozo de cuero gratis y le demostraré a Edan que soy mejor negociadora que él».

—Empiece usted.

Mientras hacía su movimiento, estudié mi lado del tablero. El ajedrez era una batalla entre dos ejércitos; capturar al general del oponente significaba la victoria. Finlei era un maestro y la única manera de superarlo era hacerle pensar que ganaría hasta el final, cuando no pudiera romper las defensas que había construido en torno a mi general.

La estrategia funcionó. Gané por poco, pero sin problemas. Intentando no henchirme de orgullo, enrollé la tira de cuero recién adquirida, me la puse debajo del brazo y salí en busca de Edan.

La taberna aún estaba más abarrotada. Por todas partes, los hombres gritaban «¡Más comida! ¡Más bebida!» a los camareros, que llevaban calabacinos de vino y cuencos de fideos humeantes, y los clientes que ya iban borrachos también gritaban, recitando poemas mediocres más alto de lo que deberían. Pero, al sortear aquel caos, me llegó una carcajada que me resultaba familiar entre varios hombres que jugaban detrás de un biombo de bambú.

El corazón me dio un vuelco. «¿Norbu?».

Un sombrero de paja le tapaba el pelo y llevaba una túnica mucho más basta que las que lucía en el palacio, pero reconocería aquella silueta y aquella risa en cualquier lugar.

Sus ojos, con aquellos párpados gruesos, se clavaron en mí y aparté rápido la mirada, pero no lo suficiente. Norbu me había visto. Volvió un poco la cabeza y esbozó una sonrisa que me puso la piel de gallina.

Después susurró algo a los balardianos que tenía a su lado y abandonó la sala de apuestas. Con el corazón latiendo con fuerza, intenté seguirlo, pero cuando crucé entre la multitud, Norbu había desaparecido.

Además, había encontrado a Edan, o más bien lo había oído. Estaba en la parte trasera con sus largas piernas extendidas sobre la alfombra, riéndose, bebiendo y jugando a cartas con los mercaderes de seda. Fui hacia él, pero hizo que no me veía.

—¿Lo habéis oído? —estaba diciéndole uno de los mercaderes—. El emperador Khanujin ha caído enfermo. Nadie lo ve desde hace días. No sale de su habitación.

Como de costumbre, mi compañero lucía una sonrisa inescrutable. Puede que no significara nada, o puede que supiera algo que todos los demás ignoraban.

—Bueno —dijo sin prestarme atención—, esperemos que la salud de Su Majestad mejore antes de que parta hacia el Palacio de Otoño.

—Sí —dijo el mercader solemnemente—. Recuerdo que de niño siempre estaba enfermo. Decían que su padre se alegraba de que el príncipe Khanujin fuera el segundo en la línea de sucesión. Nunca creyó que el chico fuera a llegar a la edad adulta. Ruego por que se case pronto con lady Sarnai y engendre un heredero.

—Sí, una oración por la salud de Su Majestad —respondió Edan. El mercader de seda le dio un abrazo.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo, Gallan. Intenta no pagar demasiado la próxima vez.

—¿Pagar demasiado? —dije en cuanto llegó Edan, que abrió la puerta trasera y fue hacia un tenderete a recoger su compra.

—No sabe de lo que habla —respondió—. He conseguido todo esto por doscientos jens. Cortesía de mis amigos de la mesa de apuestas.

Observé el premio: diez metros de seda sin tratar.

—¿Has hecho trampas?

—Un hechicero jamás revela sus secretos —dijo Edan con aire misterioso.

—Yo diría que te han engañado. —Me crucé de brazos—. Podría haber conseguido todo esto por cincuenta en Puerto Kamalan. Tendrías que haberme dejado a mí negociar con los mercaderes de seda.

Su sonrisa de suficiencia desapareció. Bastante malhumorado, preguntó:

—¿Cuánto has pagado tú?

Ahora era mi turno de sonreír y le enseñé el material.

—Todo el cuero que necesitamos. De la mejor calidad. Gratis.

—¿Gratis?

—He ganado una partida de ajedrez. Sin hacer trampas.

—Recuérdame que no te subestime.

Edan sonrió y parecía un poco orgulloso. Yo me puse colorada, pero no sonreí. Miré a mi alrededor para asegurarme de que estábamos solos y le pregunté:

—¿Quién es Galan?

—Es uno de mis muchos nombres —contestó Edan restándole importancia—. No me llames Edan cuando no estemos en el palacio.

—¿Por qué? ¿Cómo debo llamarte?

—De cualquier otra manera. —Edan dudó y de repente se puso pensativo—. Al emperador no le gustará que me haya ido. Puede que envíe gente a buscarme. O algo peor: si se corre la voz de que he desaparecido, el shansen podría intentar capturarme.

Me costó tragar saliva.

—Debería decírtelo: acabo de ver a Norbu ahora mismo. En la taberna.

—¿A Norbu? —preguntó Edan arqueando una ceja.

Yo asentí.

—Pensaba que iban a ejecutarlo.

—Es probable que haya sobornado a alguien para salir de la cárcel —aventuró Edan—. Con su riqueza y reputación no sería de extrañar. Pero no te preocupes por él. No recordará que eres una mujer.

Eso no era lo que me preocupaba.

—Estaba con un grupo de balardianos.

Edan se encogió de hombros.

—Probablemente los haya contratado para que lo saquen de A'landi. Dependiendo de cómo escapara, es posible que los

soldados del emperador le anden detrás. Somos la menor de sus preocupaciones. Y, lo que es más importante, él es la menor de las nuestras.

Eso esperaba.

Miré al cielo y suspiré. El sol estaba envuelto en un halo carmesí oscuro. En tres meses, cuando adquiriera una llamativa tonalidad roja, el shansen llegaría al Palacio de Otoño y el emperador Khanujin y lady Sarnai se casarían.

Lo cual me recordó que tenía poco tiempo.

Después de que Edan recogiera los camellos, los sacamos de la ciudad y acampamos junto a un pequeño estanque situado justo al borde del Pasaje de Samarand. Era poco profundo y estaba infestado de moscas, pero llené las cantimploras hasta arriba. Edan me había advertido que su hechizo con nuestras cantimploras no duraría toda la travesía por el desierto y que el estanque sería la última fuente de agua fiable durante días.

—Esa mirada de preocupación acabará siendo permanente si no dejas de fruncir el ceño —comentó mientras yo permanecía sentada con las piernas cruzadas cortando un patrón para el corsé de uno de los vestidos.

—Para ti es fácil decirlo —respondí—. Tú no eres el que debe cumplir la tarea imposible de complacer a lady Sarnai. Seguro que está contando los días para ordenar mi sentencia de muerte.

—Bueno, el emperador Khanujin no me recibirá con los brazos abiertos si fracasas. Al acompañarte, le he desobedecido.

Cierto, y yo no le había dado las gracias.

Dejé el cuello del vestido encima del regazo.

—El mercader ha mencionado que Su Majestad estaba enfermo.

Edan se crujió los nudillos, algo que nunca le había visto hacer.

—El emperador Khanujin es proclive a enfermarse de vez en cuando. Tus dioses cuidarán de él.

—¿No deberías volver para curarlo?

—Supongo que está más enfadado que enfermo.

No entendí a qué se refería, pero su tono de voz era una advertencia para que no me entrometiera.

—Bueno, gracias por venir conmigo.

—Dame las gracias cuando hayas hecho los vestidos.

Negué con la cabeza.

—Sigo creyendo que no es posible. Los dioses viven en otro mundo —le expliqué—. Nuestros mundos no se tocan.

—Excepto a través de la magia —precisó Edan—. No mentía cuando te dije que es posible hacer los vestidos de Amana.

—También dijiste que no debería.

—Cierto —respondió—. Esos vestidos poseen un gran poder, un poder que no debe existir en el mundo mortal. Pero es bueno que seas reacia. Eso podría mantenerte con vida.

Nunca lo había visto tan serio.

—¿Intentas asustarme?

—No. —Su expresión no cambió—. Quiero que sepas que algunos viajes tienen un final, pero este no. Este te cambiará. Irrevocablemente.

—¿Acaso no te cambian todos los viajes?

—No es lo mismo. —Se inclinó hacia delante—. Yo también viajé una vez más allá de las estrellas.

—¿Y qué encontraste?

Su voz se tornó letalmente aterciopelada.

—Eso es solo el comienzo. —Edan se levantó y se fue alejando—. Si alguna vez cambias de opinión y quieres volver, solo tienes que decírmelo. No lo cuestionaré.

—¿A qué te refieres con que es solo el comienzo? —pregunté.

Pero, por supuesto, Edan no contestó.

CAPÍTULO 19

Al día siguiente, Edan recuperó su jovialidad habitual y, afortunadamente, no mencionó nuestra conversación de la víspera. Estaba ansiosa por retomar nuestros viajes. Cuanto antes acabáramos, antes podría volver al palacio a hacer los vestidos y librarme de la pesada carga de mantener la paz en A'landi.

Los camellos eran más rápidos que los caballos y bastante más agradables de cabalgar. Ni siquiera me importaba su olor. Tardé un poco en acostumbrarme a la joroba, pero mi camello, al que bauticé Leche, no era ni la mitad de quisquilloso que Calabaza.

—¿Leche? —comentó Edan sobre el nuevo nombre de mi camello, cuya silueta era oscura y esbelta con el sol de fondo—. Yo le he puesto al mío Pie de Nieve.

Luego señaló el pelo blanco que le caía sobre las pezuñas.

—¿Y Pestilencia? —bromeé.

Edan sonrió.

—Ahora eres tú quien se mofa de mí, ¿no? Vamos progresando.

Extendí el brazo para acariciar las orejas de Leche, que eran pequeñas y tenían forma de pétalo. El camello hizo aletear sus largas pestañas de color miel cuando las toqué y por las delgadas fosas nasales se le escapó un resoplido de irritación. Escarmentada,

me recosté. Leche caminaba con paso firme, lo cual me permitió sacar el cuaderno y empezar a dibujar el vestido del sol. Recordaba cuando de pequeña ayudé a Mama a diseñar un vestido para nuestra estatua de Amana, pero hacer una prenda partiendo de cero no sería lo mismo que ponerle una a una estatua. Los relatos apenas describían el vestido de Amana, salvo que la falda resplandecía como los rayos del sol. Aquello era una pista suficiente para empezar a dar cuerpo a algunas ideas.

Al adentrarnos en el desierto de Halakmarat el sudor me caía por la nuca. No estaba hecha para aquel entorno como sí lo estaban los camellos y, al parecer, también Edan. Mientras sufría y me ponía colorada bajo el sol, la piel tersa y bronceada de Edan ni siquiera transpiraba.

Me asaltaron las dudas. Igual que yo, Edan siempre tenía cerca su morral, pero estaba lleno de viales con polvos y líquidos desconocidos para mí. Supuse que eran como mis carretes de hilo y mis agujas. Cada uno tenía su profesión.

Empezaba a entender cómo le cambiaban los ojos de color dependiendo de su estado de ánimo: negro cuando estaba enfadado y con unos iris como nubes de tormenta; amarillo cuando utilizaba la magia, con unas pupilas redondas como la luna llena; y azul cuando estaba tranquilo, como el cielo pálido que teníamos sobre nosotros.

Creí que averiguaría más sobre su pasado ahora que éramos compañeros de viaje, pero aún se había vuelto más misterioso. Siempre desaparecía al anochecer y se despertaba antes que yo, aunque aseguraba que detestaba madrugar. Últimamente parecía muy cansado.

—Has estado muy callado —comenté.

—Hablar me quita energía —respondió Edan, que pasó una página del libro—. Me disgusta el desierto más que la mayoría de los terrenos.

—¿Por qué?

—Es seco. Y hace viento. Luego está el sol. Es el lugar donde brilla con más fuerza, donde te recuerda lo pequeño e insignificante que eres. Con el tiempo, quemará todo lo que tienes, desde tus esperanzas hasta tu dignidad y tu vida. —Dejó de hablar e hizo una mueca con la boca—. Supongo que he pasado demasiado tiempo en el desierto.

Forcé una sonrisa. El calor era intenso.

—Yo pensaba que no creías en los dioses de A'landi.

—No soy a'landiano —dijo—, pero el sol es venerado en muchas tierras. Es una deidad brillante y brutal. Y ahora estamos en el corazón de su reino.

—¿Esto siempre ha sido un desierto? Tenía entendido que antaño A'landi estaba rodeado de bosques.

Edan dejó el libro y ahora que se acercaba el anochecer nos quedamos en la penumbra.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque... —Mi voz se fue apagando—. Creía que lo sabrías. Parece que hayas estado aquí antes.

—He estado en muchos sitios.

—Eso dijiste —respondí al recordar que en su momento me parecía demasiado joven para haber conseguido tantas cosas, que sus bravuconadas eran simple humo. Ahora no estaba tan segura—. ¿Cuándo viniste?

Sus ojos reflejaron un rayo de sol y se dio la vuelta sonriente.

—Cuanto más te cuente, menos encantador te resultaré.

Puse los ojos en blanco, pero noté un calor en el cuello.

—No te encuentro encantador.

—Ah, en ese caso aún tengo menos que decir.

No pensaba tirar la toalla tan fácilmente.

—He oído que llevas tres generaciones sirviendo a la familia del emperador Khanujin.

—Es de mala educación preguntarle a un hombre su edad —dijo Edan con aire divertido—. ¿Por qué de repente tienes tanta

curiosidad por mí?

Hice que Leche avanzara unos pasos para dar alcance a Edan. Entonces recordé la pequeña flauta y el caballito de madera que había visto en su habitación. ¿Eran vestigios de su pasado, del niño que había sido?

—Creo que deberíamos conocernos un poco mejor —dije—. No tenemos otra compañía.

—Entonces deberías haber traído más libros. ¿Quieres uno de los míos?

Tuve la fuerte tentación de cogerlo y tirárselo a la cabeza.

—Mira, si vas a protegerme durante los dos próximos meses, estaría bien que me contaras qué sabes hacer.

Edan ladeó la cabeza pensativo.

—No noto ni el calor ni el frío, salvo en condiciones extremas. Mi visión es excepcional para un ser humano. Mi oído es especialmente sensible y mi sentido del olfato está por encima de la media, lo cual es muy útil para la magia, pero no tengo sentido del gusto. Ahí está. Ahora sabes más sobre los hechiceros que la gran mayoría de la humanidad.

Parpadeé.

—Eso no me dice nada. ¿De dónde eres?

—De ninguna parte y de todas —dijo Edan, que metió la mano en la alforja y me ofreció la cantimplora—. Se te está poniendo la voz ronca.

Era el mismo té con sabor a jengibre que me había obligado a beber en otra ocasión, pero un poco más fuerte. Me relamí y puse mala cara.

—No teniendo sentido del gusto es normal que seas tan aficionado al té nauseabundo.

—¿Quién ha dicho que es té? —Edan se frotó las manos regodeándose en mi expresión de horror—. El jengibre se utiliza para las pociones. Sueros de la verdad, pociones de amor...

—¿Qué estoy bebiendo?

Cogió la cantimplora y bebió un sorbo.

—Té de jengibre.

Apreté los dientes.

—Eres imposible.

—Y tú tan crédula... —Se puso a reír y guardó la cantimplora—. Maia, contigo no necesitaría nunca un suero de la verdad. Serías incapaz de contar una mentira aunque te fuera la vida en ello.

—No puedo decir lo mismo de ti.

—Sí, hasta cierto punto es verdad.

Por la forma en que lo dijo casi sonó triste. Lo miré de soslayo. Tenía unos círculos oscuros debajo de sus vidriosos ojos azules.

—Pareces cansado —dije.

—La mayoría de los grandes hechiceros tienen problemas de insomnio. No te preocupes.

—¿Por qué te pasas las noches en vela? —pregunté—. Nunca estás en la tienda de campaña.

Edan se puso serio.

—Demonios y fantasmas. —Con una tenue sonrisa, añadió—: Y no he traído libros suficientes.

El viento era cada vez más fuerte y levantó tanta arena que me picaba todo el cuerpo. Incluso al respirar inhalaba más arena que aire.

—Este parece un buen sitio para acampar —dijo Edan de repente, y se bajó del camello—. Se avecina una tormenta de arena. Si paramos ahora, evitaremos lo peor.

Montamos las dos tiendas y me metí en la mía, convencida de que había perdido medio kilo de arena solo quitándome la capa.

—¿Tienes hambre? —preguntó Edan, que entró detrás de mí. Luego desenrolló lo que parecía un mantel, aunque era poco más grande que un tablero de ajedrez—. No podemos utilizar esto muy a menudo. Debemos conservar la magia. Pero he pensado que merecíamos una recompensa después del largo viaje de hoy. —Se sentó en la arena con las piernas cruzadas—. Imagina qué te

gustaría comer y da una palmada.

Me lo quedé mirando con incredulidad.

—Inténtalo. Lo haría yo mismo, pero como tengo poco sentido del gusto no soy buen cocinero.

Si hubiera sido Keton, me habría preparado para una broma pesada, pero Edan estaba esperando, así que cerré los ojos e imaginé las gachas de pollo de mi madre, con su aroma a cebolleta y jengibre, las bolas de masa favoritas de Keton con aceite picante y dulces suficientes para una semana: bollos de coco al vapor, pan pita frito y arroz con frutos secos y gajos de albaricoque. Oh, y agua. Vasijas y vasijas de agua.

Di una palmada y esperé.

El olor a jengibre me llenó las fosas nasales. Entonces abrí los ojos y me quedé boquiabierta. Todo lo que había imaginado apareció ante mí.

—Se te ha ido un poco de las manos —dijo Edan con aire de aprobación.

La comida no cabía en el mantel.

—¿Es... real?

Me pasó un cuenco.

—Compruébalo tú misma.

Curvé las manos encima del cuenco y noté una punzada de hambre. Luego cogí una bola de masa y mordí el rebozado, mastiqué y tragué. Me derretí de satisfacción y comí vorazmente sin molestarme en hacer más preguntas.

Edan se rio de mí.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu pinta. —Cogió un puñado de dátiles y pasas de Corinto—. No he visto a nadie tan glotón desde que acabó la Gran Hambruna. A lo mejor deberías haber sido catadora de palacio en lugar de sastre.

—Si tú no tienes sentido del gusto no es mi problema.

Engullí una cucharada de gachas y luego cogí avariciosamente

un bollo de coco.

Me percaté de que Edan no había tocado el pollo. Masticaba la fruta lentamente, como si estuviera pensando en algo.

Comí un segundo bollo de coco.

—¿Te criaste durante la Gran Hambruna?

—Fue otro tipo de hambruna —dijo Edan—. Mi madrastra era una cocinera terrible y mi padre un pésimo campesino. Me crié medio salvaje con una dieta a base de hierba y arena. Y boniatos cuando podía encontrarlos.

Nunca me había contado tantas cosas acerca de su pasado.

—¿Por eso no comes mucho?

—No, simplemente no tengo tanta hambre como tú —bromeó—. Come. No hablemos más de hambrunas.

Cuando cogió un trozo de pan pita, le asomó un brazalete de oro por debajo de la manga. No, no era un brazalete. Era una pulsera sencilla, sin ornamentación ni joyas. No se la había visto nunca, porque las mangas le cubrían siempre las muñecas. ¿Sería ese el talismán que dijo que no podía enseñarme?

—Una vez mencionaste que los hechiceros canalizan su magia a través de los talismanes —dije—. Me he fijado en que el emperador Khanujin siempre lleva un amuleto con un pájaro, pero él no es hechicero. ¿Qué es?

Edan hundió los dedos en la arena pálida.

—Algo que lo protege —dijo con desdén.

—¿Para qué necesita un amuleto? Yo pensaba que tu cometido era protegerlo.

—Mi cometido es servirle —corrigió—. No es lo mismo.

Volví a mirar la muñeca de Edan. Aquella pulsera dorada me despertaba curiosidad. Cogí el cuenco una vez más y tragué antes de atreverme a preguntar:

—¿Harías cualquier cosa que te pidiera?

Edan se puso erguido. Tenía el pan intacto encima del regazo. Parecía haberse olvidado de él, o tal vez había perdido el apetito.

—He venido aquí contigo aunque me dijo que no lo hiciera, ¿no es así?

Fruncí el ceño.

—Eso solo demuestra que eres bueno esquivando órdenes directas.

—Sí —murmuró, más para sí mismo que para mí—. Por desgracia, Khanujin ha aprendido a ser bastante preciso en su discurso.

—¿Para que tengas que obedecerle?

—Sí.

—¿O si no...?

—Ya basta de preguntas por hoy, *xitara* —dijo Edan—. Está a punto de oscurecer y, contrariamente a lo que piensas, voy a retirarme a mi tienda de campaña. —Se levantó y se puso la capucha—. Ten cuidado con las serpientes y los escorpiones. —Hizo una pausa—. Pero avísame si ves arañas.

Después desapareció en su tienda.

No vi ninguna araña.

El séptimo día en el desierto entendí por qué Edan detestaba aquel lugar. Cada inspiración me pinchaba en los pulmones y me ardía tanto la piel que el mero hecho de moverme era una agonía. Edan era brutal con el racionamiento de comida y agua, lo cual me desconcertaba. Había visto los poderes de su mantel e imaginaba cubos y cubos de agua fresca y limpia. Cualquier cosa para saciar la sed.

—¿Tenemos que reservar tanto el agua? —dije.

—La magia escasea cuanto más nos adentremos en el desierto.

—¿Mejorará?

—En general sí.

«En general». Me froté el cuello, que noté blando. Me dolía la cabeza y mi garganta anhelaba un poco de agua, pero me negaba a

mostrar debilidad. No quería que nos retrasáramos.

Así pues, me sorprendí cuando, horas antes del atardecer, Edan declaró que debíamos hacer un alto y acampar. Normalmente insistía en viajar hasta que cayera la noche.

Aquel lugar no tenía nada de especial. Que yo viera, solo había arena y más arena, pero algo había hecho despabilar a Edan.

Buscó una vasija vacía en su morral.

—¿Para qué es? —pregunté con una irreconocible voz seca y distorsionada.

—Para cazar arañas —respondió Edan como si fuera lo más natural del mundo—. Las arañas Rueda Dorada son extremadamente raras, pero tengo la sensación de que la suerte está de nuestro lado.

—¿Cómo encontraremos una?

—Siendo observadores. —Se tumbó boca abajo, cogió un puñado de tierra y la dejó caer entre los dedos—. Estamos cerca.

—Es como buscar una aguja en un pajar.

—Pues déjame a mí.

Me tapé los ojos con la mano. La arena estaba caliente.

—Si te quedas ahí mucho rato te quemarás.

—Yo no me quemo —dijo—, pero tú sí. —Buscó un pequeño tarro con tapa en el morral y me lo lanzó—. Es bálsamo. No queda mucho, pero el calor irá a peor y no estás acostumbrada a la vida en el desierto. Ponte un poco y protégete la cara del sol. Confía en mí. Te irá bien.

El bálsamo olía a coco, miel y una pizca de rosa. Me puse un poco en la nariz y las mejillas e hizo desaparecer aquella incómoda sensación y me calmó las quemaduras. Fruncí los labios.

—Gracias.

—No me des las gracias —dijo Edan con una sonrisa burlona—. Lo hago más por mí que por ti. Prefiero no verte la cara llena de ampollas y pus.

—Tú eres...

Se me ocurrieron mil insultos, pero cuando vi que se le levantaban las comisuras de los labios y que sus ojos se teñían de aquel azul oscuro que tanto me gustaba, me limité a resoplar y me fui a mi tienda.

—No olvides ponértelo por la mañana y por la noche —añadió—. No quiero viajar con una momia.

Poco después del amanecer, Edan me despertó de una sacudida. Algo se retorció en el frasco que llevaba en la mano y lo aparté gritando.

—¿Qué haces?

—Es una araña nocturna —dijo—. Mientras tú dormías, yo trabajaba.

Me froté los ojos y vi la araña en el bote. Tenía las patas larguiruchas, unos colmillos de un tono blanco lechoso y un cuerpo bulboso casi tan grande como la palma de mi mano.

Edan dejó el bote en el suelo. La araña se mezclaba perfectamente con el amarillo pálido de la arena.

—Es una araña Rueda Dorada —dijo—. Se llama así por cómo extiende las patas y se mueve lateralmente por la arena. Es rápida.

Edan se puso el frasco debajo del brazo.

—Tendrás que tejer su seda —dijo—. Te enseñaré dónde tiene su madriguera. Si ves a sus hermanos o hermanas, no los toques. La picadura es letal.

Lo seguí con las tijeras en la mano. La madriguera no estaba lejos del campamento y se hallaba rodeada de unas rocas marrón rojizo que sobresalían de la arena cual dientes. Una telaraña plateada iba de una roca a otra. Con cuidado, me arrodillé y enrollé con las tijeras la preciada tela sin romper un solo hilo.

Cuando ya no quedaba más seda que enrollar, di un paso atrás para que Edan liberara a la araña del bote, pero estaba examinándola.

—¿Vas a soltarla?

—Un minuto —dijo, y me pasó un pequeño vial de vidrio—. Ábrelo, por favor.

Utilizando una fina cuchara de madera, tomó hábilmente una muestra viscosa de los colmillos de la araña.

Me agaché a su lado cuando depositó la muestra en el vial.

—¿Recoger veneno forma parte de tu trabajo para el emperador?

—No es veneno —respondió bastante serio—, y lo recojo para mí. —Se agachó con la araña todavía en el frasco—. No te acerques.

Lentamente, quitó la tapa del frasco y lo inclinó sobre la arena. La araña Rueda Dorada desapareció levantando arena con las ocho patas.

Edan llevaba en la mano tres carretes de seda de niwa que acababa de recoger. Estaba tan hipnotizada que casi no pensé en cómo había pasado de las hojas de mis tijeras a sus manos. La seda era iridiscente, casi plateada a la luz del sol, y el hilo era el más grueso que había visto nunca.

Encendió una cerilla y prendió fuego a los carretes.

—¡No! —grité.

Edan extendió el brazo para que no me acercara.

—Lo que hace tan especial a esta seda es que el fuego no puede consumirla —me recordó—. Tampoco puede congelarse, por cierto.

Con una sonrisa triunfal, apagó el fuego y me tendió la seda de araña.

—Mira, gran sastre, este es el primer paso para lograr tu objetivo y domesticar al sol y la luna.

Cautivada por los relucientes hilos de seda y por la posibilidad de que mi tarea no fuera imposible después de todo, lo abracé sin pensar.

—¡Gracias!

Edan se zafó rápidamente. Tenía las mejillas sonrosadas y el ceño fruncido.

—Lo siento —dije retrocediendo.

—No soy uno de tus hermanos —me recordó con brusquedad—, ni tampoco tu amigo. —Parecía que intentara regañarme, pero no lograba sonar suficientemente agresivo—. He venido para cerciorarme de que no te matan.

Tragué saliva.

—No volverá a ocurrir.

Cabalgamos en silencio en resto del día, pero no me importó. Pese a aquel sol de justicia, estaba de buen humor. Finalmente podría hacer algo más que dibujar montada a lomos de Leche. ¡Podría tejer!

Ansiosa, saqué una aguja y di una primera hilera de puntadas. Tejer unos guantes era complicado, ya que, si no era cuidadosa, aparecerían agujeros entre los dedos, así que me tomé mi tiempo, empezando con unas líneas para los puños y luego dando puntadas cruzadas entre los dedos para reducir los agujeros. Estaba tan absorta en mi trabajo que ni siquiera vi el árbol solitario hasta que el camello de Edan se detuvo delante de él.

En cualquier otro lugar, un árbol tal vez no habría sido tan emocionante, pero en medio del Halakmarat, ver uno bastó para hacerme caer del camello.

El árbol tenía nudos y púas, con unas ramas vacías que se elevaban cual garras hacia el cielo sin nubes. A su alrededor había arbustos reseco y piedras que asomaban como huesos en la tierra.

Sentí una enorme decepción al no encontrar ni una gota de agua junto a sus raíces.

Edan ató los camellos al árbol.

—Monta la tienda —dijo frotándose la frente—. Mañana será un día largo. Iremos al corazón del desierto, hacia el Este. Allí es donde capturaremos el sol.

Obediente, clavé el bastón en el suelo y desplegué la tienda

encima de él. Pero, cuando Edan estaba distraído, lo miré furtivamente.

Tenía las mejillas rojas y gotas de sudor en la frente. No, no podía ser. Había dicho que él no notaba el calor a menos que fuera extremo. Por la tarde estaba bien. Ahora que se ponía el sol y el aire se enfriaba por fin... Pero no se parecía en nada a aquel Edan incansable.

¿Qué le pasaba?

CAPÍTULO 20

En sueños, oí el graznido de un halcón. Me levanté como un resorte y rocé con la cabeza la tela de la tienda de campaña. Era difícil oír algo con el aullido del viento, pero entonces el halcón graznó de nuevo. Más fuerte. No parecía andar lejos.

—¡Edan! —grité, y aparté la manta.

No hubo respuesta.

Asomé la cabeza fuera de la tienda. La luna brillaba en un cielo negro sin estrellas. No había rastro de mi compañero de viaje, pero el halcón había descendido hasta una de sus alforjas. Luego se alejó con una bolsa rojo chillón en el pico.

Empecé a perseguirlo, pero los camellos me llamaron la atención. Estaban tirando de las cuerdas y levantando arena con las pezuñas. Intentaban huir, pero ¿de qué?

Me quedé quieta. No había tormenta de arena y no oí ningún caballo. Eran estos quienes temían a los camellos y no a la inversa.

¿Bandidos? No.

Entrecerré los ojos al ver unas sombras moviéndose a lo lejos y se me hizo un nudo en el estómago.

Lobos.

Estaban cerca. Había confundido sus aullidos con el viento. ¡Por

el aliento del demonio, cómo no iban a estar inquietos los camellos! Volví a la tienda y sus gritos ahogaron los frenéticos latidos de mi corazón.

Me temblaban las manos mientras buscaba en los baúles y el morral de Edan: libros, papeles, plumas y más libros. Amuletos que no me servían de nada. ¿No había traído armas?

¡Aquí! Una daga. Tiré de ella, pero no era capaz de desenvainarla.

«No, no, no».

Lo intenté de nuevo, pero no cedía.

Notaba la sangre en las orejas. Desesperada, volví corriendo a mi tienda y busqué entre mis cosas. Seda, satén y lino. No podía arrojar mi manta ni unas agujas a una manada de lobos.

Entonces vi las tijeras.

Me mordí el labio. Sin duda, Edan me reprendería por haber perdido los camellos, pero yo no permitiría que se los comieran. Salí a toda prisa, corté las riendas y les di una palmada en la grupa.

—¡Arre, arre! —grité—. ¡Corred!

En la hoguera solo quedaban ascuas, así que no podía encender una antorcha para ahuyentar a los lobos. Tampoco había escapatoria. Tendría que quedarme y luchar.

Solo tenía las tijeras, y, por una vez, di las gracias por que brillaran. Las acerqué a la muselina áspera de la tienda de campaña y empezaron a cortar mientras yo trenzaba y anudaba furiosamente para hacer una cuerda resistente. La lancé por encima del árbol y trepé, y cada contacto con la corteza seca me rasguñaba la piel. Los rugidos que llegaban desde atrás eran cada vez más fuertes.

Y entonces tenía a los lobos encima. A la luz de la luna vi su pelaje negro y sus hambrientos ojos inyectados en sangre. Había cinco. No, seis.

Contuve un grito. Quería decirles que había comida en la tienda de campaña. Parte de mí se compadecía de sus figuras flacas y desaliñadas, pero entonces me miraron fijamente. El premio era yo.

El primer lobo dio un salto, atrapó la cuerda con sus fauces relucientes y tiró. Yo solté la cuerda y me agarré a una rama. La manada intentaba llegar hasta mis piernas y grité, dando patadas e intentando trepar más arriba.

Entonces regresó el halcón con la bolsa roja de Edan en el pico y bajó para atacar al lobo más grande.

El halcón se retiró y descendió de nuevo. Esta vez le hizo un corte al líder detrás de las orejas y le introdujo la bolsa roja en la boca. Las fauces del lobo atraparon el ala del halcón, pero fui yo quien gritó.

El lobo agitó la cabeza violentamente mientras el halcón movía el ala que tenía libre para intentar escapar. Quería ayudarlo, pero el resto de la manada seguía esperándome abajo.

Entonces sucedió algo extraño. El líder rugió y se volvió contra su manada como si estuviera poseído. Luego soltó al halcón y atacó a uno de sus hermanos. Pronto estaban todos peleando entre ellos y se olvidaron de mí. La imagen era espantosa: sangre sobre el pelaje y la arena. Me tapé la cara con las manos hasta que los rugidos se convirtieron en gemidos y luego se impuso el silencio.

Aún tenía la cara tapada cuando volvió el halcón y se posó en la rama situada encima de mí. Me rozó la espalda con el ala y miré hacia arriba. Tenía las plumas de color negro y las puntas de las alas de un blanco lechoso. Los ojos eran de un reluciente amarillo y me resultaban extrañamente familiares.

Muy agotada, rodeé el árbol con los brazos y me quedé dormida.

—¡Maia!

Al oír mi nombre me sobresalté. Entreabrí los ojos y más abajo vi la figura alta y esbelta de Edan acompañada de Leche y Pie de Nieve.

Bajé a trompicones del árbol.

—¿Dónde estabas? Casi me muero.

—Estaba recuperando los camellos que perdiste.

¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—¿No me has oído? —grité—. Casi me muero. —Señalé los camellos—. Y ellos también. ¿Dónde estabas? —Edan no respondió, lo cual me irritó aún más—. ¿Cómo vas a protegerme si ni siquiera estás aquí?

—Sigues viva, ¿no?

Lo miré con cara de pocos amigos y me limpié la arena de los pantalones. Tenía la boca, la lengua y la garganta muy secas. Si Edan podía hacer aparecer un manantial de la nada, ese era el momento, pero no quería oírle decir otra vez que había que reservar la magia.

Él también tenía los labios secos. Me fijé en que llevaba el brazo derecho debajo de la capa y un moratón en su mano izquierda. Normalmente gesticulaba al hablar y su quietud me hizo desconfiar.

Le hundí un dedo en el hombro y soltó un grito.

—¿A qué ha venido eso?

—Estás herido —respondí.

Edan puso los ojos en blanco.

—Me he hecho un rasguño.

—Déjame echar un vistazo.

—No. —Retrocedió—. Me lo curaré yo mismo.

Lo fulminé con la mirada.

—Creía que habías dicho que la magia escaseaba en el desierto.

—Y así es, pero al final sanará.

—Al menos déjame limpiarte.

Edan apartó el brazo.

—Tenemos que irnos.

Volví a mirarle los labios resecaos.

—Deberías beber un poco de agua.

Edan arqueó el labio hacia arriba.

—¿Ahora eres mi madre?

Fruncí el ceño y me crucé de brazos.

—¿Cuánto falta para llegar al Templo del Sol?

—No mucho.

—¿Cómo es que nunca he oído hablar de él?

—Pocos lo han hecho. Lo abandonaron hace cientos de años y casi todo está enterrado en la arena, pero allí podrás atrapar un rayo de sol. —Edan tenía dificultades para abrir la cantimplora—. Con la ayuda de los guantes.

Verlo pelearse con la cantimplora atenuó mi ira.

—Tú me curaste la mano. Si aquí escasea la magia, déjame ayudarte con el brazo. —Edan negó con la cabeza—. Se te están poniendo los ojos negros.

Creía que eso significaba que estaba enfadado, pero quizá era también un signo de dolor.

Apretó la mandíbula y luego la relajó.

—Hazlo rápido. —Se remangó—. Al anochecer tenemos que estar ochenta kilómetros al Este.

Edan ya había intentado curarse el brazo. Lentamente, le quité las vendas. La herida era profunda y tenía la carne desgarrada. Vi que tenía las uñas manchadas de sangre y pensé en el halcón, que había atacado a los lobos con sus garras.

Se me aceleró el pulso e intenté mantener la calma.

—Los puntos están torcidos. Tendré que quitártelos y rehacerlos. Te dolerá. ¿Tienes vino de arroz?

—Tú hazlo.

Edan cerró los puños y se le pusieron los nudillos blancos cuando empecé a quitarle los puntos cuidadosamente.

—Solía curar a mis hermanos —dije para distraerlo del dolor—. Finlei y Keton eran los peores. Se enzarzaban por las cosas más tontas. Luego Sendo intentaba parar la pelea y acababa en medio.

—¿Por eso se te da tan bien coser la piel?

—Practicaba con mis hermanos, pero mi padre ya me había enseñado. Cuando no había trabajo, a veces el médico le pedía ayuda y a menudo iba yo en su lugar.

—Una vez yo también fui aprendiz, como tú —dijo apretando los dientes—. Aunque mi profesor me enseñaba a abrirle el cráneo a un hombre, a diseccionar escorpiones vivos y a distinguir entre la cicuta y la hiedra. —Edan tosió—. Eran habilidades útiles para un joven hechicero sumamente curioso, pero no para cuidar de mí mismo.

—Yo no tuve más opción que aprender —respondí—. Mi madre murió cuando yo tenía siete años, así que tuve que cuidar de tres niños y de mi padre. —Fruncí los labios al recordar la época en que toda mi familia estaba viva. Ahora parecía algo muy lejano—. ¿Y tus padres?

—Casi no los recuerdo —dijo—. Murieron hace mucho.

—Lo siento —respondí en voz baja.

—No hay nada que sentir. —Su tono era distante—. Mi madre falleció cuando yo nací y no estaba unido a mi padre ni a mis hermanos. Yo también tuve hermanos.

No añadió nada más. Parecía perdido, muy lejos del hechicero seguro de sí mismo al que yo conocía, y me preguntaba si habría visto al verdadero Edan, al chico que se ocultaba detrás de la magia y el poder.

—Bueno. —Le pasé la venda por el brazo e hice un nudo—. Terminado.

—Buen trabajo. —Se bajó la manga y recuperó su aplomo habitual—. Me habría gustado estar allí ayer noche, pero te defendiste bien.

—¿Seguro que no estuviste?

Edan soltó una carcajada seca.

—Lo sabría, ¿no?

Yo no me reí.

—Los lobos empezaron a pelearse entre ellos como si estuvieran hechizados. Y había un halcón que rebuscó entre tus pertenencias.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se llevó?

—Una bolsa roja de la alforja. —Guardé silencio para que calaran mis palabras—. Parecía saber exactamente dónde buscar.

—Los halcones son criaturas inteligentes —respondió Edan—.
Debía de estar buscando comida.

—Es posible —dije, pero no le creí en absoluto.

Ahora estaba segura.

El halcón era Edan.

CAPÍTULO 21

Cuando por fin vi el Templo del Sol temí que fuera un espejismo. Flanqueado por unos árboles oscuros y chamuscados, se elevaba en un mar de dunas con un estanque a la entrada que parecía tan ancho como un lago y tan largo como un río.

Me dirigí hacia él. Mi cuerpo ansiaba el agua y tenía la garganta reseca. Pero, cuando me arrodillé para recibir sus gloriosas aguas, lo único que vi fue mi vítreo reflejo.

Aquello no era un estanque, sino un espejo tendido sobre la arena que reflejaba el azul grisáceo del cielo. Sollocé en silencio. Ya no me quedaban lágrimas.

Puede que el templo fuera de marfil hacía mucho, pero, como todo en el desierto, con el tiempo había adquirido el tono de la arena. Me ardían los ojos cuando intentaba mirar la cúpula, que brillaba bajo la intensa luz del sol.

—Tendrás que entrar sola —dijo Edan al detenerse frente al espejo.

Parpadeé.

—¿No vienes?

—No puedo —repuso—. El emperador Khanujin lo ha prohibido.

—¿Y qué más da? Te prohibió hacer este viaje y aquí estás.

Edan se turbó.

—Eso no es del todo cierto. Formulé mi petición con sumo cuidado. Me prohibió adquirir los hijos de Amana por ti. No especificó que no pudiera participar en la expedición. —Edan entrelazó los dedos con aire pesaroso—. Me temo que tendrás que hacer el trabajo duro tú sola.

—Y mi padre decía siempre que yo era la obediente... —Resoplé—. Muy bien. No le contaré al emperador que has entrado conmigo.

Edan negó con la cabeza, extrañamente inflexible.

—Irás tú sola. No te preocupes. No es ni de lejos tan peligroso como las siguientes dos tareas.

No me gustó cómo sonaba aquello.

Me entregó su cantimplora, en la cual solo quedaba un cuarto del contenido.

—El templo es un laberinto. Toma siempre el camino más luminoso por insoportable que parezca. En el centro encontrarás un espejo redondo que refleja directamente la luz. Tendrás que llegar a la cornisa situada justo encima del cristal. Ponte los guantes y extiende solo las manos. —Después de un largo segundo añadió—: Cualquier parte de tu cuerpo que no esté protegida arderá.

Tragué saliva.

—¿Qué hago, entonces?

Edan abrió el puño y me enseñó lo último que esperaba ver.

—¿Una nuez?

—No creerías que podías atrapar la luz del sol y la luna en un frasco, ¿verdad? —Edan se humedeció los labios—. Deduzco que no conoces la historia. Cuando el dios de los ladrones robó el sol y la luna, guardó su luz...

—En cáscaras de nuez —dije al recordarlo—. Las nueces eran su comida favorita. Además, ¿a quién se le iba a ocurrir mirar dentro de una nuez?

Edan asintió.

—Coincidencia o no, las nueces poseen propiedades mágicas

inusuales. No solo pueden almacenar magia, sino que también pueden esconderla de otros hechiceros.

—Tus baúles están hechos de madera de nogal —observé—. Y la empuñadura de tu daga también.

—Correcto. —Me pasó la cáscara—. Ábrela cuando estés delante del espejo y el sol se halle en su cénit. No mires al sol. Dilo.

—No miraré al sol.

—Bien. Te esperaré aquí.

En cuanto di un paso dentro del templo, el calor sofocante amenazó con dejarme sin respiración. No había techo que frenara los brutales rayos y no me atrevía a tocar las paredes. Seguí adelante y me subí la túnica hasta la cintura. Tenía la piel empapada en sudor y me escocían los ojos.

Según recordé por las historias de Sendo, el sol era un dios brutal. Brutal y despiadado, y cegaba a quienes eran lo bastante estúpidos como para mirarlo. ¿Estaba observándome ahora que me aventuraba en este laberinto? ¿Me castigaría o me ayudaría en la misión de tejer los vestidos de su madre? Probablemente no haría nada en absoluto. Los dioses rara vez se mostraban.

A medida que me adentraba más en el templo, los caminos se estrechaban y bifurcaban. Tal como Edan me dijo, siempre había un camino a la sombra y otro iluminado por el sol. Por más que anhelara cobijarme a la sombra, en todo momento elegí el camino más luminoso. El laberinto era un horno que atrapaba todo el calor del desierto. Si aquella era la tarea más fácil, no quería imaginar cómo serían las otras dos.

La mayoría de los caminos estaban cubiertos de ladrillos rotos que obstaculizaban mi avance, pero los pasajes enterrados en arena eran los peores, porque tenía que caminar lentamente para no hundirme, pero lo bastante rápido para no cocerme bajo el sol.

Finalmente llegué al centro del laberinto, donde el poder del sol estuvo a punto de cegarme. Vi el patio y el espejo redondo justo antes de tener que cerrar los ojos para protegerme. El espejo se

parecía al estanque que había delante del templo, pero su luz se magnificaba por mil. Al parpadear, divisé una escalera de madera apoyada en uno de los muros del patio. En lo alto había una cornisa que sobresalía por encima del espejo.

Medio cegada, avancé hacia la escalera. La madera crujió bajo mis pies y recé para que los escalones secos no se rompieran. El viento no cesaba de azotarme y clavé las uñas en la madera para no caerme.

«Amana, ten piedad», pensé al subir, y de vez en cuando echaba una rápida mirada a la cornisa. Asomaba por encima del espejo como una mano extendida entre cuyos dedos se colaba la arena.

El sol caía sobre aquel precario espejo con tal fuerza que su reflejo era un muro de oro blanco que volvía hacia el cielo.

Cada vez que echaba una mirada me ardían los ojos y se me llenaban de lágrimas, que surcaban mis mejillas cuarteadas.

La superficie de la cornisa me rozaba las palmas de las manos y las rodillas y me quemaba la piel. Pensé en Baba mientras gateaba con la cabeza gacha. «Tú siempre fuiste la fuerte —me dijo el último día en casa—. «Como tu madre». No podía fallarle.

Me arrastré hacia el borde, hacia aquella cascada de luz. El sol estaba llegando a su cenit y el calor me había hinchado tanto las manos que apenas cabían en los guantes de seda de araña, pero introduje los dedos ignorando el dolor.

No iba a rendirme ahora. No iba a morir allí.

Cerré los ojos. «Coge la luz».

Tenía palpitaciones y el estómago encogido de miedo, pero avancé un último centímetro.

Busqué en mi bolsillo y hundí las uñas en la unión de la nuez para abrirla, pero los guantes me lo impedían, así que tuve que utilizar los dientes.

Sostuve la nuez con cuidado.

La luz me rozó los dedos y la cáscara se volvió pesada y caliente. Luego tembló, como si su contenido estuviera vivo. Con un

movimiento rápido, uní la otra mitad y retrocedí tambaleándome al alejarme del borde mientras el sol me escaldaba la piel.

Grité, pero tenía la garganta tan seca que no emití ningún sonido. Entonces abrí los ojos y un resplandor blanco me cegó.

Jadeando, me puse de rodillas poco a poco sobre la cornisa.

Estaba completamente cubierta de ampollas y rozaduras. Solo quería tumbarme. No tenía energía para nada más.

«¡No! No puedes rendirte ahora».

¿Esa era mi voz o la de Edan? No lo sabía, pero bastó para infundirme la fuerza necesaria para salir de la cornisa. Protegiéndome los ojos, guardé la nuez en el bolsillo y bajé el primer escalón.

Un paso. Luego otro. Y otro.

Por suerte, el camino de salida del laberinto era recto y ancho. Cuando finalmente vi la arena, eché a correr tan rápido que casi salí deslizándome por la puerta del templo. Me ardía todo el cuerpo, pero solté una carcajada ahogada y seca.

Edan me cogió y me puso la cantimplora en los labios.

—Veo que el Templo del Sol te ha dejado medio cocida... —Le fallaba la voz y sus rasgos denotaban preocupación—. No tienes buen aspecto, Maia.

Bebí con avidez. Después me levanté lentamente y me desempolvé.

—Estoy bien. Lo he conseguido.

Le ofrecí la nuez, pero en lugar de cogerla me sostuvo en brazos.

—Cierto —dijo, irguiéndome con el brazo bueno—. Bien hecho. —Me tocó la mejilla con el dorso de la mano—. Estás ardiendo.

Dolía cuando me tocaba. Tenía la piel abrasada y casi deliraba.

Me salieron ampollas en los párpados y me estremecí cuando me tapó los ojos con la mano.

—Cierra los ojos.

—Estoy bien. Es solo que hay mucha luz.

Sin previo aviso, me levantó y, con su barbilla tocándome la frente, me llevó a la sombra de los árboles. El viento era fuerte, pero me protegió de las ráfagas de arena.

Empecé a rodearlo con los brazos, pero tenía los ojos amarillos y brillantes como el sol. Me daban miedo. Me zafé de él y eché a correr hacia Leche antes de desplomarme en la arena.

Cuando desperté, Edan estaba leyendo a la tenue luz de su farol. Mi movimiento sobresaltó a Leche, y también a mí misma. Iba atada a la silla de montar, pero ahora que estaba despierta y empezaba a moverme, perdí el equilibrio. El camello se arrodilló antes de que cayera en la arena y me miró con sus grandes ojos ámbar. Luego me lamió las mejillas.

Edan chasqueó la lengua y se apeó de Pie de Nieve.

—Estás despierta.

Cuando me desató de la silla, intenté ponerme en pie. Tenía el cuerpo rígido y el dolor de las quemaduras era una palpitación sorda. Tenía la cara y los brazos pegajosos a causa del bálsamo.

—Has sufrido una insolación —dijo Edan—. Intenta no quitártelo o se te ulcerarán las quemaduras y se infectarán.

Luego me ayudó a mantener el equilibrio y me dio una cantimplora. Bebí un trago muy largo y de repente me sentí agradecida de que hubiera gestionado nuestros víveres con tanto cuidado.

—¿Cómo te encuentras ahora?

—Bien —respondí—. Tengo hambre.

—No me extraña. Llevas casi dos días durmiendo.

—¡Dos días!

Me pasó una bolsa. Dentro había galletas, fruta deshidratada y cecina. Todo un festín.

Edan montó en el camello y cogió de nuevo su libro. Las sombras que se le habían formado bajo los ojos eran más oscuras

que antes y tenía el iris más pálido que nunca, casi gris.

—No te lo acabes todo —dijo, agitando el libro hacia mí—. Todavía faltan cuatro días para llegar a Agoria.

Agoria, donde nos esperaban las Montañas de la Luna, donde Keton había combatido contra los hombres del shansen durante la Guerra de los Cinco Inviernos, y donde Sendo había muerto.

—Los hombres del shansen y el ejército del emperador han alcanzado un punto muerto en las Montañas de la Luna —me dijo Keton cuando volvió a casa—. Yo estuve allí. Me dispararon flechas y Sendo me arrastró hasta un lugar seguro. Había cuerpos esparcidos por toda la montaña. Al final de la noche habían muerto miles de hombres, incluido Sendo.

Mastiqué y tragué, y de repente perdí el apetito. Después de ajustar el cordón de la bolsa, me di la vuelta para recomponerme. Edan seguía leyendo a lomos de su camello.

—¿Dónde está la nuez? —pregunté, y di una palmada a Leche para que se arrodillara y yo pudiera montar.

—La tendré bajo custodia, si no te importa —respondió.

—¿Algún sastre ha tejido con la luz del sol?

—Que yo sepa, no —dijo Edan, que se quitó la capucha. Llevaba los rizos llenos de arena. Arena y sudor, según comprobé con desagrado—. Tejer con magia es un don inusual —añadió—. Todavía es más inusual en las manos de un sastre con talento como tú. Ya que estamos entre amigos, reconozco que lady Sarnai te ha expuesto a un fracaso, pero tengo fe en que logres hacer los vestidos. Te ayudaré en todo lo que pueda.

Arqueé una ceja.

—Creí que habías dicho que no éramos amigos.

—No lo éramos, pero los hechiceros son veleidosos. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Puede que haya cambiado de parecer.

Noté una sensación agradable. De no ser por Edan, no habría sabido por dónde empezar. Aunque discutíamos, era el único amigo que tenía allí. Y puede que en cualquier lugar, para ser sincera.

—Tu padre no podía manejar las tijeras, ¿verdad? —me preguntó Edan.

—No. Me dijo que eran de mi abuela.

Edan se me acercó como si estuviera estudiando un espécimen frágil.

—Qué raro. —Me tocó la barbilla—. Los hechiceros no suelen dejar descendientes.

Sin saber por qué, aquel comentario me ruborizó. Tampoco sabía por qué su tacto, tan fugaz como suave, me hizo sentir un hormigueo por toda la piel. Retrocedí para evitar que se notara.

—No sé mucho de mis antepasados.

—Eso no importa —dijo Edan, que mantuvo una distancia cómoda entre ambos—. Tienes tres tareas: adquirir el sol, la luna y las estrellas para los vestidos de Amana. Esas tareas se traducen en tres pruebas: una para el cuerpo, una para la mente y otra para el alma. La luz del sol ha sido una prueba para el cuerpo: cuánto sufrimiento podías soportar.

Me acaricié las mejillas, todavía pegajosas del ungüento, pero ya no tenía la piel tan irritada.

—¿Y no me lo cuentas hasta ahora?

—No quería que te asustaras. —Respiró hondo—. La más dura será la última.

—¿La sangre de las estrellas? —Cuando vi que asentía, añadí —: ¿Qué puedes contarme?

—No sé a qué te enfrentarás exactamente —reconoció—. Lo que sí sé es cuándo. Una vez al año, las estrellas se abren al mundo de los mortales.

Conocía la historia.

—El noveno día del noveno mes, la diosa de la luna se reúne con su marido, el dios del sol. Solo pueden estar juntos una noche al año, y es esa. Caminan el uno hacia el otro por un sendero iluminado por las estrellas, un puente que el dios de los ladrones debe sostener sobre los hombros como castigo por haber robado las

estrellas en una ocasión. Cuando se les agota el tiempo, el puente se cae y las estrellas, llenas de dolor por la separación, sangran en plena noche.

—Sí —dijo Edan arrastrando las palabras—. Bastante romántico, ¿no?

Fruncí el ceño. El noveno día del noveno mes. Faltaban cuarenta días y el lago Paduan estaba en la otra punta del continente.

—Creía que era solo una leyenda.

—Todas las leyendas esconden una pizca de verdad. A veces algo más que una pizca. —Edan se protegió los ojos del sol—. Deberías empezar a hacer los zapatos. Tener algo con que entretenerte te ayudará a recuperarte más rápido. Recuerda...

—Que sean impermeables —interrumpí.

Después de varias semanas quemándome lentamente, ni siquiera podía imaginarme necesitando protección contra el agua.

—Lo recuerdas. —Edan se dio la vuelta y se dio unos golpecitos en la sien—. Perfecto.

Me acabé la cecina y lamí hasta el último resto que me quedaba en los dedos. Los pantalones me quedaban tan anchos que se me caían. Si yo tenía hambre, Edan debía de tener aún más. Siempre comía menos que yo y decía con orgullo que los hechiceros no se mueren de hambre.

No sabía si seguía creyéndole.

Edan iba silbando para mantener una fachada de entusiasmo mientras me guiaba hacia unas montañas que aún no alcanzaba a divisar. Me preocupaba que, aunque estuviera en peligro, no me lo dijera. Era así de arrogante, demasiado orgulloso para reconocer cualquier debilidad.

Decidí que sería aquella noche. Aquella noche no dormiría y averiguaría qué me ocultaba.

CAPÍTULO 22

Mi cabeza dio una sacudida. Llevaba las riendas de Leche en las manos y volvía a estar sobre la silla de montar, con las piernas cruzadas delante de la joroba. No recordaba haberme quedado dormida.

Frotándome los ojos, me volví hacia Edan y luego miré al cielo. Acababa de amanecer y Edan era humano.

Apreté los dientes. De algún modo, Edan había frustrado mis planes. Era imposible que me hubiera quedado dormida. A menos que...

Me crucé de brazos indignada.

—¿Me hechizaste?

—Ah, buenos días a ti también.

—¿Me hechizaste para que me quedara dormida? —pregunté de nuevo.

Edan levantó una mano para indicarme que me callara. Luego hizo detenerse a Pie de Nieve y, tras un segundo de rebeldía, yo hice lo mismo con Leche. Me tapé los ojos, deseando que el viento dejara de azotarme en la cara.

Edan señaló hacia delante.

Más allá de la neblina del desierto me pareció avistar la promesa

de unos árboles. Árboles, flores y colores que no había visto en varios días. Bajé la cabeza. La arena que pisaban las pezuñas de Leche se había vuelto más grumosa, casi como el polvo. A nuestro alrededor crujían unos matorrales pardos y amarillos. Estábamos cerca del final del desierto.

Pero eso no era lo que había llamado la atención a Edan. El humo de una hoguera. Caballos. Camellos. Hombres.

—¿Bandidos? —susurré.

Edan tardó un poco en responder.

—No.

Sin mediar palabra, mi compañero se apeó del camello y saludó al grupo.

Al instante, los desconocidos empuñaron sus armas y echaron a correr hacia nosotros, pero Edan se quitó la capucha e hizo una reverencia.

—Soy Delann —dijo. Cuando le di alcance, me tocó el hombro—. Este es mi primo Keton.

La mentira sonó tan natural que apenas me sobresalté cuando me presentó.

Hice una reverencia con unos movimientos mucho más rígidos que los de Edan y me quité rápidamente el sombrero para cubrirme el pecho. Había dejado de vendármelo hacía semanas.

—Hola.

—Orksan —respondió el líder.

Tenía la piel de color bronce y llevaba el pelo, de color castaño oscuro, adornado con cuentas tan rojas como el goji, un estilo popular entre los balardianos.

Esboqué una sonrisa nerviosa y me mordí el labio inferior para disimular. No era momento de parecer mema.

—¿Qué os trae por el Halakmarat? —preguntó Orksan.

No había bajado la guardia. Tenía la mano en la empuñadura de una espada y me habría gustado que Edan o yo fuéramos armados. ¿Dónde estaba la daga que había traído? No la veía en su cinturón.

—En realidad nos vamos —respondió Edan.

Orksan miró nuestros baúles, lo cual agravó mi aprensión.

—¿Vais a Niyán a comerciar?

—No nos queda nada que vender —dijo Edan—. Cuando salgamos del Halakmarat, recorreremos la Ruta de las Especias.

—¿Y a qué vais allí? No parecéis mercenarios. Ni mercaderes.

—Mi primo es sastre —dijo Edan con bastante orgullo—. El mejor de esta tierra.

Orksan me miró fugazmente, pero no parecía impresionado.

Llevaba los pantalones demasiado cortos y el color de la túnica había pasado de un verde llamativo a un tono aceituna pálido.

—¿Y tú? —preguntó Orksan.

—Mi padre era comerciante en la Ruta. Se casó con mi madre y me tuvieron. —Edan sonrió forzosamente—. No se me da bien el dinero, la verdad, así que soy explorador. Estamos buscando tintes para mi primo y luego iremos a A'landi para abrir un taller.

Sin previo aviso, Edan cogió el morral que yo llevaba al hombro. Orksan y sus hombres levantaron las armas, pero los dedos de Edan eran rápidos y sacó una manga en la que yo había estado trabajando para lady Sarnai.

—Mirad —dijo, mostrándola como si fuera una joya de gran valor—. Esto lo ha hecho mi primo.

La manga no estaba terminada, pero había bordado flores doradas a lo largo de las costuras y cosido docenas de perlas pequeñas en los puños. Cualquiera vería que era una labor exquisita.

Orksan me miró con renovado respeto.

—¿Sabes hacer remiendos?

Abrí la boca, pero Edan habló por mí:

—Con los ojos cerrados.

La desconfianza de Orksan se disipó un poco, pero debía de saber que no íbamos armados.

—Mi mujer es una cocinera extraordinaria, pero es incapaz de

dar una puntada. —Se apartó la capa y mostró unas mangas harapientas—. A lo mejor tu primo podría enseñarle un par de cosas.

—Estaría encantado —dijo Edan, que me dio un fuerte manotazo en la espalda.

Salí despedida hacia delante y lo miré con cara de pocos amigos, pero su agradable sonrisa no titubeó.

—Ahí están mis tres hermanos y dos cuñados. —Orksan siguió presentando al grupo—. Nosotros también vamos hacia el Norte. ¿Por qué no nos acompañáis unos días. Celebrad el ecuador estival con nosotros. ¡Tenemos mucho vino para compartir y Korin prepara el estofado más sabroso que encontraréis en la Ruta!

Pensar en comida y bebida me provocó una punzada en el estómago, pero abrí unos ojos como platos. ¡No podíamos unirnos a un grupo de balardianos!

—Sería un honor —dijo Edan ignorando mi inquietud.

—Bien. Estos caminos son traicioneros. Me sorprende que viajéis solos.

—¿Os habéis topado con bandidos? —preguntó Edan despreocupadamente—. ¿O con soldados?

Fruncí el ceño. ¿Por qué preguntaba por soldados?

—Con ninguno, afortunadamente —contestó Orksan—. Pero pasamos unas semanas retenidos en el Pasaje de Buuti. El príncipe de la provincia no nos dejaba marchar sin papeles. Nos acusó de sacar vino de contrabando del país para vendérselo a los a'landianos. —Orksan resopló—. Como si quisiéramos vender su vino... Sabe a meado de caballo.

—Nuestro viaje nos lleva al Norte —dijo Edan—. Nos dirigimos a las Montañas de la Luna.

—Eso está bastante lejos de aquí —repuso Orksan—. Os desviaréis de la Ruta.

—Somos conscientes de ello —dijo Edan sin dar más explicaciones.

Orksan no hizo más preguntas.

—Podéis venir con nosotros hasta Agoria, pero el chico tendrá que hacer algunos remiendos.

Se me quedó mirando y asentí.

—Está nervioso como un grillo —dijo Orksan a Edan—. ¿Es mudo?

—Está recuperándose de la fiebre del desierto. Es la primera vez que viaja tan lejos de casa.

La mirada de Orksan era comprensiva y nos indicó que lo siguiéramos a la hoguera.

—¿Estás seguro de esto? —susurré a Edan cuando Orksan no podía oírnos.

—Necesitamos comida y bebida y ellos nos la ofrecen. ¿Por qué rechazarlo?

—Porque son balardianos —dije, tapándome aún el pecho con el sombrero.

—Balar es un país muy grande —respondió Edan—. No todos son bárbaros. Y no todos los balardianos combatieron en la Guerra de los Cinco Inviernos.

Fruncí el ceño, firme en mi desconfianza, hasta que vi a los hijos de Orksan.

Llevaban la ropa andrajosa y deshilachada y aleteaba al viento cuando vinieron corriendo a saludarnos. Un niño me tiró del pantalón y me tendió un montón de prendas raídas.

—¿Arreglarás esto? Papá dice que puedes.

Me arrodillé junto a los dos hijos de Orksan, que no podían tener más de cuatro o cinco años, y cogí la ropa.

—Quedará como nuevo —dije sonriendo.

Korin, la mujer de Orksan, soltó una carcajada y apartó con delicadeza a sus hijos.

—Id a jugar con los camellos. Mama tiene que aprender a coser con nuestro nuevo amigo. ¿Eso es tuyo? —dijo Korin levantando la tapa de uno de mis baúles, donde asomaba el dobladillo del vestido

de lady Sarnai.

—¡No toques eso! —exclamé.

Korin parecía dolida y bajó inmediatamente la tapa.

—Lo siento.

Apreté los labios y luego suspiré. «No seas grosera, Maia. No va a clavarte un cuchillo en el corazón».

—No, soy yo quien debe disculparse. Ha sido un viaje largo.

Levanté la tapa del baúl y saqué la parte del vestido de lady Sarnai que había terminado hasta el momento. Todavía no había utilizado la luz del sol, pero el diseño empezaba a cobrar forma, con su corsé fruncido y una manga holgada. En los ribetes brillaban hojas y flores doradas.

Al ver mi trabajo, Korin contuvo la respiración.

—¿Lo has bordado tú?

—Sí —respondí con firmeza.

Lo cierto era que había utilizado las tijeras, pero poco a poco estaba llegando a la conclusión de que su trabajo también era mío. Ahora entendía que mejoraban mis habilidades naturales y me permitían experimentar diseños con los que nunca me había atrevido. Doblé cuidadosamente el vestido y enseñé a Korin a arreglar las prendas de su familia.

Mientras ella practicaba con la ropa de Orksan, perdí la cuenta de cuántos pantalones y mangas remendé, pero me alegraba de tener las manos ocupadas. Aunque Korin parecía contenta de que estuviera allí e intentaba hablar conmigo, yo mantuve la guardia alta. En cualquier caso, no se me daba muy bien la cháchara.

—Mi primer ojal como es debido —dijo Korin limpiándose una gota de sudor de la frente.

Estábamos a la sombra de una tienda de campaña, pero, aun así, el calor era brutal. Examiné su trabajo y asentí.

—Está muy bien.

Korin suspiró aliviada.

—No sé cómo lo haces tan rápido. Coser es difícil.

—Es mi trabajo. Orksan dice que eres buena cocinera. No me imagino teniendo que alimentar a todos esos hombres cada día.

—Sí, es más fácil teneros solo a vosotros dos. —Soltó una carcajada e hizo una pausa—. ¿Cuánto lleváis casados tú y Delann?

Se me hizo un nudo en la garganta y tiré del hilo para romperlo. «¿Casados?».

Miré la puntada y detecté el error que acababa de cometer, así que me metí el hilo en la boca para humedecerlo, enhebré la aguja y empecé de nuevo. Korin estaba esperando mi respuesta con expectación.

—¿Cómo vamos a estar... casados? —dije, titubeando al final. —Somos primos, casi como hermanos.

—A mí no me engañas —respondió ella entre risas—. Ni a Orksan. Supe que eras una mujer en cuanto te vi. Por eso Orksan no disparó a tu compañero allí mismo.

—Oh, oh —farfullé mirándome el pecho.

La caravana había aparecido tan repentinamente que no había tenido la oportunidad de vendármelo antes de conocer a Orksan.

Korin se rio de mí.

—No tuvo nada que ver con eso, amiga mía. He visto lo protector que es Delann contigo. Pero te respeta. Yo tardé años en convencer a Orksan de que me llevara con él a la Ruta. Pero ahora que los chicos son mayores y ha terminado la guerra, está más abierto a la idea. No me obligó a vestirme de hombre, pero probablemente sea inteligente si viajáis los dos solos.

Volví a concentrarme en mi bordado.

—¿Orksan y sus hermanos combatieron en la guerra?

—¿Por eso eres tan callada con nosotros? —preguntó Korin—. ¿Porque crees que luchamos junto al shansen?

No contesté. Había oído historias atroces sobre soldados balardianos que saqueaban pueblos y mataban a mujeres y niños.

—No —añadió Korin—, mi marido no es soldado. Él utiliza el

cuchillo con las pieles y la carne... El shansen contrataba sobre todo a mercenarios, combatientes profesionales.

Fruncí los labios.

—Espero no haberte ofendido.

—Es comprensible. —Korin se apoyó una mano en la cadera—. Yo soy de Balar, pero Orksan no. Mi marido nació y se crio en la Ruta de las Especias. Se pone ansioso cuando no está moviéndose en una caravana o un barco.

—Nunca he viajado en barco —confesé para intentar abrirme un poco—, aunque me crie en una ciudad portuaria.

—¿Y Delann? No parece de A'landi. ¿Dónde os conocisteis?

Teniendo en cuenta mi torpeza a la hora de mentir, era mejor ceñirse a la verdad.

—En Niyan.

—Tu marido es encantador. Eres una chica afortunada.

Até el hilo y saqué la aguja de la tela.

—No es... —Cerré la boca. Quizás era mejor dejar que creyera que era la esposa de Edan. De ese modo haría menos preguntas—. No siempre es... encantador —dije—. A veces puede ser bastante irritante.

—Sí, pero confías en él —respondió Korin—. Y a ti te cuesta confiar en la gente.

No sabía qué decir, así que me limité a sonreír. Era una desconocida, y además balardiana, pero podía ser afable con ella. Y, después de unas semanas viajando sola con Edan, era agradable hablar con otra mujer, como una mujer.

El resto de la tarde enseñé a Korin a tejer una red para protegerse de las picaduras de mosquito, a zurcir calcetines y a arreglar un agujero. Por su parte, ella me ayudó a preparar un copioso estofado con tan solo tres ingredientes. Mientras trabajábamos, me deleitó con historias sobre sus hijos y los viajes de Orksan.

Cuando la cena estaba casi terminada, salí de la tienda de Korin.

Edan estaba fuera jugando con los niños, sacándoles monedas de las orejas y haciendo aparecer flores del desierto debajo de la manga.

—Se te dan bien los niños —comenté.

—Pareces sorprendida —bromeó—. Yo también fui niño una vez, ¿sabes?

—Hará cien años —repuse con guasa.

Mi respuesta le arrancó una pequeña carcajada. Estaba aprendiendo que, cuanto menos le preguntara por su pasado, más cómodo se sentía hablándome de él.

No añadió nada más, pero se sentó conmigo en el suelo.

—Esta noche habrá luna de sangre —comentó—. ¿La verás salir?

—¿Estarás allí?

Edan dudó unos instantes y asintió.

—Sí. Al menos hasta que no haya luz.

Era lo más cerca que había estado de reconocer sus desapariciones nocturnas.

Observé cómo en sus iris azul pálido centelleaban atisbos dorados. Aunque no había visto al halcón negro desde mi encontronazo con los lobos, estaba convencida de que era Edan.

Era como si el sol y la luna lo ayudaran a guardar su secreto. Los últimos días se habían alargado tanto que la noche duraba solo unas horas. Y, cuando oscurecía, la luna se ocultaba detrás de las nubes, que proyectaban un manto tan oscuro sobre el paisaje que era imposible mantenerse despierto. Sin embargo, los días no tardarían en acortarse de nuevo.

—¿Cómo has hecho desaparecer esa moneda? —pregunté.

—¿Con los niños? —preguntó Edan—. Es un truquito que aprendí durante mis viajes. No es magia. Puedo enseñártelo, si quieres.

Me di cuenta de que no conocería su secreto aquella noche, no mientras acampáramos con la familia de Orksan. Me puse de pie.

—Quizá cuando haya terminado los vestidos.

Fui a sentarme sola en una roca situada cerca de los camellos. Allí, de espaldas al sol, trabajé en mis bordados. La luz era suave pero brillante y daba a la arena un tono naranja rojizo. Después de mi calvario en el Templo del Sol, no esperaba volver a disfrutar otra vez de su luz.

—Ya basta de tejer —dijo Orksan, que apareció detrás de mí.

Introduje la aguja en la junta del bordado para que no se cayera a la arena.

—No estoy tej...

—Hemos abierto tres barriles y tu marido ya está disfrutándolos. Únete a nosotros.

Todos creían que Edan y yo estábamos casados. Abrí más los ojos.

—No bebo mucho. Además, tengo que volver al trabajo...

—Mujer, tienes toda la vida para tejer cosas bonitas —dijo Orksan—. Disfruta por una noche. ¿El mundo se acabará si no terminas tus bordados?

Estuve a punto de responder que sí.

Pero entonces vi a Edan. Estaba sonriendo y levantó la mano para pedirme que fuera. Qué feliz parecía allí, más de lo que lo había visto nunca en el palacio.

—A mi mujer le encanta la buena comida —dijo Edan rodeándome con el brazo—, aunque la oferta del desierto le impide preparar un plato decente.

Cuando Edan me describió como su mujer no me sentí tan abochornada como cabría esperar. ¡Y era bochornoso, desde luego!

—¿Puedes parar de cotorrear para que empecemos a comer? —grité.

Todos se pusieron a reír y me sonrojé. No pretendía levantar tanto la voz. Me había acostumbrado tanto a estar sola con Edan que había olvidado cuidar mis modales.

Sin embargo, nadie pareció ofenderse y me levanté a ayudar a

Korin a servir a los hombres y los niños. El estofado olía delicioso. Era un festival de especias, con trozos de cactus y junípero, aunque no reconocía la carne.

—¿Qué estamos comiendo? —pregunté a Korin.

Me miró fijamente como diciendo: «No quieras saberlo».

—Puedes decírmelo.

—Hace unos días hubo una tormenta y a la mañana siguiente nuestro campamento estaba infestado de ratas. —Miré la olla con escepticismo—. Nunca había oído a los hombres maldecir tanto mientras cazaban. —Se puso a reír—. Empecé a secar algunas para hacer panceta, pero estamos a punto de salir de Halakmarat y Orksan quería un buen estofado.

—Oh... —dije mientras servía una ración extragrande a Edan.

A mí se me había pasado el hambre.

Korin me sonrió.

—Está delicioso, te lo prometo. Y he guardado unas alubias. Ya que casi hemos salido del desierto y tengo amigos nuevos, ¿qué mejor momento?

Mientras comíamos, nos reímos y nos conocimos mejor hasta que uno de los hermanos de Orksan me arrebató la manta que tenía a mi lado. No sonreía como los demás. Alrededor del cuello llevaba una cuerda con monedas intercaladas con dientes humanos y, en la oreja izquierda, un pendiente de cobre.

—No pareces a'landiano —dijo el hermano de Orksan mirando a Edan con desconfianza—. Tu baúl está lleno de libros y amuletos. Libros en idiomas que no he visto nunca.

—¡Vachir! —exclamó Orksan—. ¿Has registrado sus cosas?

Edan intentó restarle importancia, pero noté que su sonrisa era forzada.

—No pasa nada.

Vachir no le quitaba el ojo de encima a Edan.

—Se rumorea que el hechicero del emperador Khanujin ha escapado y el shansen ha ofrecido mucho dinero por su captura.

Edan se echó a reír.

—¿Tengo pinta de hechicero?

—El hechicero ha emprendido una misión —insistió Vachir, que desvió su gélida mirada hacia mí—. Con el sastre imperial. Los vieron en el Pasaje de Samarand.

Me costaba respirar.

¿Norbu había visto también a Edan? Debió de hacer correr la voz de que viajábamos juntos, sabiendo que eso nos ocasionaría problemas.

Apretando los dientes, reuní valor.

—¡El sastre imperial es un hombre! —dije tan sorprendida como pude—. Yo no podría coser para el emperador. No sería apropiado.

—A lo mejor la chica es quien dice ser —comentó Vachir bruscamente—, pero tú... —Señaló a Edan con la jarra de cerveza—. Tú no eres un simple explorador.

—Vachir —advirtió Orksan—, es de mala educación interrogar a nuestros invitados.

Refunfuñando, Vachir se puso en pie y lanzó a Edan una mirada fulminante antes de desaparecer detrás de los caballos.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Orksan—. A mi mujer tampoco le gusta. Por suerte, va y viene de nuestro campamento.

Eso no sirvió para mitigar mi inquietud. Edan se rio con los hombres de Orksan intentando obviar el incidente. Pero se le había tensado la musculatura alrededor de los ojos.

—¡Bebe! —dijeron los hombres de Orksan, que me pasaron una calabaza llena de vino—. ¡Bebe!

Me acerqué la calabaza a la nariz para olisquear. El vino olía a agrio e hice una mueca.

—Las mujeres también pueden beber. No hay ninguna ley que lo prohíba.

—Solo un poquito —dije, y tosí después de dar un trago—. Quema.

Edan cogió la calabaza y me dio una palmada en la espalda.

—¿Nunca habías bebido vino?

—Pues claro que sí —le espeté.

—El vino del templo no cuenta —bromeó.

Me había descubierto. Solo había bebido vino de arroz en el templo y nunca más de un sorbo. Pero, una vez, mis hermanos habían preparado cerveza con cebada y era espantosa. Se la bebieron toda en una noche y luego les apestaba tanto la ropa que me pasé un día entero quitándole el olor.

Se me humedecían los ojos al pensar en Finlei, Sendo, Keton y yo de niños. Me preguntaba cómo estaría Baba, si habría recibido las cartas que le mandé desde el Pasaje de Samarand y la noticia de que ahora era el sastre imperial. Esperaba que se sintiera orgulloso de mí, que él y Keton se hubieran gastado el dinero que les envié y que tuvieran suficiente para comer. El invierno llegaría a Puerto Kamalan muy pronto y prometí escribirles aquella noche.

—Mi padre no tenía vino en casa —dije evasivamente al recordar los difíciles meses que había pasado Baba tras la muerte de Mama.

—Pero tenías tres hermanos.

—Tres hermanos sobreprotectores —le recordé—. Todavía me queda uno.

—Me gustaría conocerlo algún día —dijo Edan cuando se terminó el estofado. Tenía una mancha de salsa en la mejilla y contuve el impulso de limpiársela con el dedo—. ¿Crees que contaría con su aprobación... como tu marido?

Me guiñó un ojo y tuve que contenerme para no darle un puñetazo en las costillas.

—¿Aún no has conocido a la familia de la chica? —preguntó Orksan.

—Nos dirigimos hacia su casa —respondió Edan hábilmente.

Cuando empezó a contar una ridícula historia sobre cómo nos conocimos y nos casamos me dieron ganas de taparme la cara con las manos. Yo estaba huyendo de un terrible emparejamiento con el carnicero local, les dijo, y me escondí en su caravana. Luego, Edan

se enamoró de mí. Estaba tan avergonzada que bebí otro trago. Y otro. Cuanto más bebía, menos me quemaba la garganta y menos me preocupaba por los vestidos de lady Sarnai o Vachir, o por Keton y Baba allí en casa sin mí.

—Tranquila —dijo Edan arrebatándome la calabaza.

—No quiere que duermas demasiado bien —dijo uno de los hombres de Orksan.

Todos se pusieron a reír, menos Edan. Yo agaché la cabeza sin saber si me había sonrojado por la vergüenza o por el vino.

Los hombres empezaron a contar historias y, cuando le llegó el turno a Edan, sacó una pequeña flauta de madera de entre los dobleces de su capa. Cuando viajábamos solía silbar, pero no lo había visto tocar.

—Nunca me acuerdo de las letras de las canciones ni de las historias —dijo riéndose—, pero sí de las notas de una melodía.

Se llevó la flauta a los labios. El sonido era dulce y la melodía rezumaba una inocencia que me llegó al alma. Incluso los niños guardaban silencio y seguían el ritmo con los pies.

Sobre nosotros se alzó la luna de sangre. El cielo era de un ámbar brillante con vetas de color miel y anaranjado. La luna ascendía de manera constante, un tono rosa aflorando en medio de unas llamas suaves.

Me senté con las piernas cruzadas encima de la manta y observé a Edan. Normalmente no lo habría mirado con tanto descaro, pero el vino había desterrado toda cautela. Al escucharlo noté un cosquilleo en la barriga. No quería que acabara la noche.

Edan parecía tranquilo mientras tocaba, como si estuviera interpretando una serenata para la luna. Tenía la cara quemada y morena, como debía de tener yo la mía. Poco a poco, el cielo se oscureció hasta teñirse de caoba.

Entonces, la canción terminó. Todos aplaudieron y Edan hizo una reverencia. Parecía cansado, pero tenía una sonrisilla en los labios.

—Mi mujer y yo deberíamos retirarnos. Se está haciendo tarde.

—No es tarde —protesté, levantando la mirada hacia el cielo—. Tú quieres irte para volar.

Si no hubiera bebido tanto, habría visto a Edan encogerse, pero duró un segundo y casi ni me di cuenta. Forzó una sonrisa y me dio una palmada en el hombro.

—Nos vamos. Mi mujer necesita descansar.

—¿No hay beso de buenas noches? —bromeó Orksan.

Los hermanos de Orksan intervinieron.

—Bésala.

—No podéis iros sin daros un beso.

Las cosquillas en el estómago reaparecieron. Cuando me volví hacia Edan me pesaba más la cabeza de lo que recordaba. Él ya estaba mirándome con un brillo extraño y vacilante en los ojos. ¿Iba a besarme? De fondo, Orksan y sus hermanos seguían hablando y se me aceleró el corazón. ¿Estaba inclinándose?

No podía soportar aquel suspense, así que besé a Edan en la mejilla tan rápido que me sorprendí incluso a mí misma. Fue un beso fugaz y me levanté tan repentinamente que Edan tuvo que agarrarme de la cintura para que no me cayera.

Edan me pasó un brazo por encima de su hombro. No pude discutir. Tenía palpitaciones y la sangre me llegaba a la cabeza a toda velocidad cuando me besó dulcemente en la comisura de la boca.

Sus labios eran suaves pese a la incesante sequedad del desierto. Aunque su aliento era cálido y su brazo aún lo era más, un escalofrío me recorrió la columna.

Todo me daba vueltas. Noté las manos de Edan detrás de las rodillas y la presión desapareció. ¡Estaba llevándome en brazos! Pero estaba demasiado cansada para que me importara. Era fuerte y se agachó para entrar en una tienda de campaña. Volví la cabeza para que no me afectara la luz.

—No me hechices para que me quede dormida —le advertí soñolienta.

—Creo que esta noche no necesitarás ayuda para eso.

Aunque intenté reprimir desafiadamente un bostezo, sabía que tenía razón.

—Pienso quedarme despierta y veré cómo te conviertes en halcón. No te atrevas a tocarme. Sé que ayer por la noche me hechizaste.

Edan me acercó la mano a la frente, pero la apartó sin llegar a tocarme.

—Que duermas bien, mi Maia.

Maldita sea, no podía mantener los ojos abiertos. Se me cerraron los párpados y tuve un pensamiento prohibido antes de quedarme dormida.

«Ojalá Edan me hubiera besado».

CAPÍTULO 23

El dolor me rugía en los oídos. La cabeza me palpitaba tan violentamente que temía que se partiera en dos. Levantarme solo lo empeoró y cada paso me provocaba una punzada en el cráneo.

La sonrisa de Edan no mejoró las cosas.

—Buenos días, *xitara*.

—¿No tienes algo para quitarme el dolor? —supliqué.

—He traído medicinas para cortes, quemaduras y moratones —respondió entre carcajadas—, no para después de beber hasta caer redondo.

Miré a Edan apesadumbrada.

—Fuiste tú quien me dijo que bebiera.

—¡No sabía que te acabarías la calabaza entera!

—No me acuerdo de eso. —Gimiendo, me toqué las sienes—. Es como si unos demonios atacaran mi cabeza.

—No es tan grave —aseguró Edan. Volvía a tener ojeras y me preguntaba cuánto habría dormido—. Créeme.

Me pasó una cantimplora con té de cidronela que había preparado Korin.

—Esto te ayudará. —Mientras bebía, me miró con seriedad—. No debería haberte incitado a beber, sobre todo después de haber

pasado una fiebre. No estoy acostumbrado a cuidar de otra persona.

Me ablandé muy a mi pesar.

—Ser hechicero parece un trabajo solitario. El de sastre también lo es.

Me aclaré la garganta. De repente me sentía incómoda y Edan se puso a reír.

—Vamos. Los demás están preparándose para partir.

Al mediodía siguiente habíamos salido del desierto. Estuve a punto de besar la Ruta cuando la vi. A este lado del continente era un simple sendero angosto cubierto de guijarros, pero no me importaba. Al ver el polvo, los pájaros e incluso los mosquitos que tanto me disgustaban, se me llenaron los ojos de lágrimas de alivio. Y el río a lo lejos. ¡Había tanta agua!

Abandonar el desierto también significó despedirnos de nuestros nuevos amigos, incluidos los dos camellos que Edan había aceptado intercambiar por dos caballos de Orksan.

Korin y yo nos abrazamos.

—Buena suerte con tus vestidos —me dijo—. Y gracias por ayudarme. Escríbeme cuando tú y Delann hayáis abierto el nuevo taller.

—Lo haré —respondí frunciendo los labios. Ojalá no hubiera tenido que mentirle—. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Edan y yo nos despedimos con la mano cuando Orksan y su familia se fueron. Vachir no estaba con ellos. No lo había visto desde la noche del ecuador estival. Eso me inquietaba, pero no había nada que hacer al respecto.

—Creo que esta te gustará más que Calabaza —comentó Edan cuando me ofreció las rendas de mi nueva yegua—. Las yeguas balardianas no son tan fuertes como las a'landianas, pero son extremadamente fieles. —Se puso a reír—. Incluso tiene pecas, como tú.

Fui hacia mi nueva yegua con cautela. Calabaza solía dar coces

cuando me acercaba.

—¿Tiene nombre?

—En balardiano, pero Orksan dice que puedes elegir otro. A la mía le pondré Grajo.

—La llamaré Ópalo.

Las pecas de Ópalo eran como gotas de miel, pero el resto de su crin y el pelaje eran blancos como la seda. Cuando me disponía a tocarle la mejilla soltó un pequeño relincho y me enamoré de ella inmediatamente.

—Te gusta más ella que yo —dijo Edan con un mohín.

—Lo cual no es muy difícil. —Le acaricié de nuevo la crin y sonreí a Edan—. Pero gracias.

Se aclaró la garganta.

—¿Has terminado los zapatos?

Resoplé al recordarlo. Según mis cálculos, llevaba como mínimo una semana de retraso. Saqué la aguja, convencida de que podría acabar de bordar una de las mangas de lady Sarnai antes de partir de nuevo.

—No. Los míos están en buen estado y tengo que trabajar en el vestido del sol.

—Te recomiendo que revises tus prioridades. —Señaló las Montañas de la Luna, que se elevaban a los lejos. Aunque la mayoría tenían una curvatura suave, una era tan empinada que casi la confundí con un pino. Incluso en verano, estaba cubierta de nieve—. ¿Ves eso?

—El Pico del Hacedor de Lluvia —dije asintiendo. Seguí trabajando mientras observaba—. Parece una aguja clavándose en el cielo.

—Tendrás que escalarla.

—¿Qué? Eso sería un suicidio.

—No con los zapatos adecuados.

Suspirando, dejé lo que estaba haciendo y busqué en el cuaderno el diseño que había dibujado Edan. Cogí las tijeras y

empecé a cortar el cuero. Ahora estaba habituándome a utilizarlas y agradecía la ayuda. Conocían por instinto el tamaño de mi pie y en unos minutos tenía una suela perfecta con la cual trabajar.

—¿Cómo los hechizarás? —pregunté, poniéndome la suela debajo del pie.

—Con una magia que te llevará hasta el pico. Viva.

—¿Y abajo? —pregunté.

Edan montó en su caballo y me indicó que hiciera lo mismo.

—Ya pensaremos en eso más tarde.

Más adelante se encontraba el bosque de Dhoya, pero seguimos el río hasta que no tuvimos más remedio que alejarnos.

Paramos a descansar en un pequeño manantial burbujeante. Lavé algunas de mis prendas y resistí la tentación de saltar al agua. Al menos no quería hacerlo delante de Edan. Aun así, fue agradable lavarse la cara por primera vez en varias semanas. Mi piel aún estaba sanando, pero el agua fría ayudaba con las ampollas y la descamación.

Edan miró el cielo con inquietud.

—No podemos quedarnos mucho tiempo aquí.

Me froté las manos.

—¿Por qué no?

—Estamos cerca de las montañas, pero tenemos que ir más al Norte si queremos llegar al Pico del Hacedor de Lluvia. La próxima luna llena será dentro de cuatro días y de noche el bosque es peligroso.

Fruncí el ceño. No lo había visto obrar su magia desde que recogimos el hilo de seda en el desierto.

—¿Ahora que hemos salido del desierto no puedes utilizar la magia para atravesar el bosque sanos y salvos?

Edan frunció los labios.

—No funciona así.

—Entonces, explícame cómo.

—Deberías aprender a utilizar una daga —dijo cambiando de

tema—. Aquí habrá muchos más peligros que en el Halakmarat.

—¿Por qué? —Escurrí la parte inferior de mi camisa—. ¿Porque tienes pensado desaparecer otra vez por la noche? —No esperé a que se inventara una excusa—. ¿Dónde vas, por cierto?

—Voy a mi tienda, igual que tú —repuso cada vez más tenso.

Cerré los puños, que llevaba a los costados.

—Deja de mentir. Estoy harta. A lo mejor crees que soy tonta, pero llevo suficiente tiempo contigo para saber que me ocultas algo.

—Maia —dijo—, cálmate.

—¡No pienso calmarme! —grité—. Me atacaron unos lobos, ¿y dónde estabas tú? Volviste con un tajo en el brazo y nunca me has aclarado cómo te lo hiciste. Y cada vez que te pido una explicación, tú...

—Te lo contaré —dijo. Me tenía cogida de las manos, pero yo no recordaba cuándo lo había hecho. Intenté apartarlas, pero me agarró con fuerza—. Quería explicártelo.

Seguía enfadada.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Quería protegerte —dijo Edan antes de soltarme—. Y a mí mismo. No quería que me vieras por lo que soy.

Cualquier rastro de su habitual arrogancia había desaparecido. Crucé los brazos para que no supiera lo rápido que me había apaciguado.

—Tienes razón —continuó—. Deberías saberlo. Sería bueno seguir viajando de noche y deberás conocer los límites de mi magia.

Se quitó la túnica exterior y se subió la manga. Luego señaló la pulsera de oro que llevaba en la muñeca, la que ya había visto anteriormente.

—Esto es un símbolo de mi juramento —dijo extendiendo el brazo—. Mi juramento de servir al que posea mi sigilo, el amuleto que tan perceptivamente viste en el emperador.

Edan se bajó la manga y yo tragué saliva.

—Entonces... ¿no elegiste servirle?

—El propietario del amuleto es mi señor.

—Tu señor —repetí—. El emperador Khanujin.

—No le gusta que le llame señor —dijo Edan con sequedad—. Pero sí, eso es lo que es.

—Pero ¿por qué? —dije.

Yo pensaba que los hechiceros eran mercenarios que servían a quien pudiera pagar sus desorbitados honorarios.

Edan se encogió de hombros.

—Es el precio que pagar por nuestro poder. Todos los hechiceros deben hacer un juramento. Eso impide que nos volvamos demasiado poderosos o avariciosos. La magia es... adictiva, ¿lo entiendes? Y con el tiempo puede corromper.

Lo entendía. Recordaba cómo zumbaban mis tijeras y lo agradable que era trabajar con ellas. Me colmaban de un poder irresistible y notaba un hormigueo y palpitaciones en las manos incluso después de utilizarlas.

—¿Puedes ser libre? —pregunté.

—Es una pregunta complicada —respondió Edan, que me levantó la barbilla y me cogió la mano con dulzura—. Khanujin ha sido bueno conmigo. No es tan malo como parece.

Me estremecí ante la intimidación de su tacto. Mi corazón, mi corazón rebelde, empezó a acelerarse.

—¿Y si lo abandonas?

Edan me soltó la barbilla.

—Entonces quedaría atrapado para siempre en mi forma espiritual.

Su forma espiritual...

—Un halcón —dije con un suspiro.

—Chica lista —susurró al soltarme la mano.

—Pero solo... Solo eres un halcón por la noche.

Edan asintió.

—Cuando estoy cerca de mi señor puedo cambiar cuando quiera. Es útil para espiar a la gente. Lo fue sobre todo durante la

guerra. Pero, al alejarme de él, me arrebatan las noches y debo pasarlas en mi forma espiritual. Mi magia se debilita cuanto más tiempo paso alejado de mi señor hasta que ya no puedo volver a transformarme en un hombre.

Dentro de mí se formó un frío nudo de temor.

—¿Cuánto tiempo...?

—¿Aquí? —Dio una patada a la tierra y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas—. Lo suficiente para que podamos volver al palacio. No te preocupes por mí.

Pero me preocupaba. Ahora comprendía la fatiga que veía en su rostro, sus huidas y sus evasivas.

Acercó su frente a la mía.

—Anímate —dijo con voz ronca—. Ser un halcón no está tan mal. Puedo viajar más rápido que con mi forma humana y no necesito tanta comida.

Noté un dolor en la garganta.

—Se te está quemando la piel. —Me había dado cuenta días atrás, pero no lo mencioné hasta ese momento—. Me dijiste que no sentías ni el calor ni el frío.

—Como te he comentado, cuanto más me alejo y más tiempo paso sin mi señor, menos estoy en sintonía con mi magia.

—Dijiste que la magia escaseaba en el desierto.

—Y así es, pero el verdadero problema es estar lejos de Khanujin. Por instinto, mi forma espiritual intenta volver con él cada noche. Acortar la distancia, aunque sea por poco tiempo, me ayuda. Pero ahora llevo bastante tiempo demasiado lejos del palacio.

Sentí una oleada de compasión por Edan y me arrodillé junto a él.

—Entonces, ¿tu juramento... es para toda la eternidad?

Negó con la cabeza.

—Al final, todos los hechiceros quedan libres. Cuando hemos servido durante mil años, nuestra magia nos abandona y vivimos el resto de nuestros días como mortales.

La esperanza afloró en mi interior.

—¿Cuántos años has servido?

—He cumplido algo más de la mitad.

—Ah. —Tragué con dificultad. ¡Edan tenía más de quinientos años! Me costaba creerlo. No aparentaba más de veinte—. ¿Puedes pedirle al emperador Khanujin que te libere?

Edan se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Eso pensaba —dijo finalmente—, pero ya no. Su padre prometió liberarme cuando unificara A'landi. Esperé unos años, pero siempre tenía miedo de que el shansen se alzara contra él. Cuando por fin decidió cumplir su promesa, murió. Y sus miedos sobre el shansen se materializaron.

—Pero la tregua...

—Las tensiones con el shansen siguen existiendo. Puede que la boda calme las cosas un tiempo, pero a Khanujin le preocupa que el shansen incumpla la tregua.

—Eso sería deshonroso.

—Es posible —reconoció Edan—, pero mientras siga representando una amenaza, Khanujin no me liberará, sobre todo porque el shansen sabe que el emperador es débil sin mí.

—¿A qué te refieres?

La mirada de Edan era penetrante.

—Khanujin utiliza mi magia para ser más fuerte, más poderoso... más encantador. Así se gana a todo el mundo. Incluso a ti.

«Incluso a mí». Me sonrojé, pero no podía negarlo. El magnetismo estando cerca del emperador Khanujin era difícil de ignorar. Fruncí los labios.

—Pero a lady Sarnai no.

—No sé cómo se resiste. Ella no posee habilidades mágicas.

Ahora entendía muchas cosas. Ese era el secreto que lady Sarnai intentaba descubrir, un secreto que su padre, el shansen, le había ocultado. Todo era por Edan.

—Por eso el emperador no sale de sus aposentos, porque estás

lejos de él. Y por eso no quería dejarte venir conmigo.

—Me fui porque una boda entre lady Sarnai y el emperador es la mejor opción para la paz, y le prometí al padre de Khanujin que haría cuanto estuviera en mi mano por llevar la paz a A'landi.

—Ayudaste al emperador Khanujin a ganar la guerra.

—Sí —dijo Edan—, pero tu pueblo pagó un alto precio por ello.

Arranqué un puñado de hierba y dejé que se la llevara el viento. Era una blasfemia verbalizar mis pensamientos, pero no pude evitarlo.

—¿Serías libre si él muriera?

Edan se volvió hacia los caballos, que eran muy felices comiendo hierba en un pasto.

—No, el juramento no funciona así. El amuleto volvería a la arena o al mar y el primero que lo encontrara sería mi nuevo señor.

—Y durante ese tiempo...

—Sería un halcón —dijo—. En los años transcurridos entre un amo y otro he visto gran parte del mundo de esa manera. —Sonrió tímidamente—. Así que en realidad no soy tan mayor como piensas.

No entendí aquel intento de broma. Me temblaba el labio.

—¿Y si robo yo el amuleto?

—Te convertirías en mi señor, sí, pero también en el blanco de todos los asesinos de A'landi. Maia, no es tan fácil. Ser propietarios del amuleto siempre hace que mis señores... cambien. No querría que te ocurriera a ti. —Se puso nostálgico—. Antes del juramento sentía pasión por la magia. Creía en su bondad, en la bondad de la gente. —El viento le aplanó el pelo, lo cual resaltó su aspecto añorado cuando se volvió hacia mí—. Me haces recordar una parte de mí que había olvidado.

—Parece que me habría gustado más el antiguo Edan —dije en voz baja.

—Probablemente —reconoció—. Era menos orgulloso. Más serio, pero también más temerario. Más niño que hombre.

Esbocé una media sonrisa.

—Sigues siendo un niño. Un hombre no bautizaría a su caballo Elegancia Valiente.

Riéndose, extendió el brazo para tocarme la mejilla.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, Maia. —Retiró la mano—. Pero he venido para ayudarte. Lo necesitas. — Su cercanía me encogió el estómago—. Lo cual me recuerda —dijo Edan como si estuviera leyéndome la mente— que no seguiremos fingiendo que eres un chico. Si la gente está buscando al lord Hechicero y al sastre imperial, que viajan juntos, será mejor que seas una chica.

Me eché hacia atrás un mechón de pelo, que me cayó encima del hombro. Ya podía hacerme una trenza, pero echaba de menos su tacto sobre la espalda.

—Además —añadió—, me gusta tu melena.

Volví a sentir una punzada en el estómago y me sonrojé.

—Puedes hacerte pasar por mi prima otra vez.

«¿No puedo hacerme pasar por tu esposa?», estuve a punto de preguntarle.

—La última vez no funcionó muy bien. Además, ¿cómo vamos a ser familia? ¡Llevamos semanas viajando juntos y ni siquiera sé de dónde eres!

—Yo tampoco sé mucho sobre ti —dijo él.

Aquello me cogió desprevenida.

—¡Sabes más tú sobre mí que yo sobre ti! Me espíaste cuando estaba en el Palacio de Verano.

Edan se echó a reír agitando los hombros.

—Khanujin me pidió que vigilara a lady Sarnai, que estaba al cargo de la competición. No tuve más opción que espiarlos a todos.

—A mí me espíabas más que a los demás —insistí.

—Solo porque eras una chica que se hacía pasar por un chico. Era interesante. Los otros no eran tan interesantes. Ni hermosos.

Contuve una sonrisa.

—¿Y qué averiguaste sobre mí?

—Sientes debilidad por los dulces —dijo lentamente— y los bollos al vapor, sobre todo los que llevan coco o pasta de loto. Eres una artista con talento, aunque a veces tu elección de las temáticas es cuestionable. —Me ruboricé al recordar los dibujos del emperador Khanujin—. Y tu color favorito es el azul. Como el océano.

«Y tus ojos», pensé yo. Ahora eran casi de color zafiro, como las profundidades del mar. Me aclaré la garganta, convencida de que estaba colorada como un tomate.

—Pero no sé qué te hace reír y qué te hace llorar. —Edan se inclinó hacia delante, pero se detuvo antes de acercarse demasiado—. Solo que echas de menos a tu familia y tu casa. La mayoría de las chicas de tu edad están casadas. A lo mejor tienes un chico en Puerto Kamalan que te añora.

La intensidad de los ojos de Edan desmentía su tono de voz.

Aparté la mirada.

—El hijo del panadero me pidió matrimonio. —Hice una mueca—. Pero no me interesaba.

—Bueno, me alegro. No te habría merecido. —Se aclaró la garganta y se puso un poco colorado—. Me encantaría conocer a tu padre y a tu hermano algún día. —Sonrió—. Como marido tuyo, es escandaloso que no lo haya hecho ya.

—Creía que eras mi primo.

—Tienes razón; la última vez no salió bien. —Sus ojos centellearon—. Quizá deberíamos seguir fingiendo que estamos casados.

—Yo no dije que deberíamos estar casados.

—Y ahora estás enfadada conmigo —comentó Edan—. Siempre que estás irritada frunces los labios. Ocurre a menudo cuando estás conmigo.

Separé los labios rápidamente.

—Te gusta meterte conmigo, ¿verdad?

—Estar contigo es lo único que hace que esto resulte divertido.

«Esto». Estar lejos del emperador. Ser un halcón cada noche.

—Ahora que estás demasiado lejos para volver con él —dije—, ¿adónde vas cuando cambias?

Edan sonrió con desgana.

—A cazar.

En mi defensa, debo decir que no me provocó un escalofrío. Tragué saliva.

—Edan... Lo siento.

—No está tan mal —respondió. Volvió a aparecer aquella mirada de cansancio, agotada, casi poseída—. Todavía no. Pero irá a peor.

Esperé a que siguiera explicándose.

—El juramento sabe que estoy desviándome. Me obligará a volver con mi señor y me castigará si no lo hago. Hay otros peligros: el emperador y yo tenemos muchos enemigos. Si no pueden robarle el amuleto, vendrán a por mí, sobre todo si saben que estoy lejos de él.

¿Podrían asesinar a Edan? Me estremecí sin saber si quería conocer la respuesta.

—¿El shansen enviará a sus hombres a buscarnos? —pregunté agitada.

—Es probable —respondió Edan con firmeza—. Primero hombres. Luego tal vez otros.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¿Demonios?

—Serían su último recurso. Los demonios están ligados de manera similar a los hechiceros, pero a un lugar, no a un amo. Eso los hace más difíciles de controlar y con frecuencia exigen un alto precio por sus servicios.

Pensé en lo que había dicho lady Sarnai sobre los tratos de su padre con demonios y en las advertencias de Yindi.

—¿Has conocido a alguno?

—Uno de mis profesores se convirtió en demonio. Hace mucho tiempo. —Edan detectó mi temor y añadió—: No te preocupes por

eso ni por el shansen. Decidí venir contigo y aquí seguiré.

—Excepto de noche —murmuré.

—Sí —dijo—. Cuando soy un halcón no puedes contar con mi ayuda, pero te la daré si puedo.

Pensando en Vachir y los otros enemigos que podíamos encontrarnos durante el resto del viaje, repuse con determinación:

—Enséñame a usar la daga.

Edan la llevaba encima. Era la que había visto en su habitación y en su baúl, con la vaina plateada y el delgado cordón rojo.

—La daga es de doble filo porque en realidad son dos armas —me explicó—. Uno es mejor contra un hombre. El otro está hecho de meteorito y es mejor contra... criaturas con las que espero que no tropecemos. Para desenvainarla debes agarrar la empuñadura y pronunciar mi nombre.

—Agarrar la empuñadura y decir «Edan» —repetí—. Es bastante sencillo.

Negó con la cabeza.

—Los hechiceros tienen muchos nombres, a veces miles. Edan es solo uno de ellos.

—El emperador Khanujin tiene mil nombres.

—Él tiene títulos. Y mil es una exageración. Más bien son cincuenta y dos, todos ellos variaciones de lo mismo.

Me crucé de brazos con escepticismo.

—Pero tú, el todopoderoso lord Hechicero, tienes mil nombres.

—Cerca de mil —reconoció.

—Lo creeré cuando los oiga.

—No querría que los oyeras todos —dijo sonriente—. Algunos son bastante insultantes. Y falsos.

—¿Ah, sí?

—Elai'naden, Brujo que se Alimenta de Ojos de Niños. Kylofeldal, Odioso Señor de los Malvados. Y suma y sigue.

—¿Y el que permite desenvainar la daga?

Tardó un momento en contestar.

—Jinn —dijo—. Es uno de mis primeros nombres.

—Jinn —repetí.

—Llévala siempre contigo. —Me tendió la daga todavía envainada—. Si alguien te ataca, la manera más rápida es cortarle la garganta. —Edan señaló la suya y trazó una línea imaginaria con el dedo—. Apunta hacia donde late el pulso y luego corta.

Finlei había intentado enseñarme a luchar cuando éramos niños.

«¿Cuándo necesitaré pelear con alguien?», pregunté en su momento a mi hermano.

Si lo hubiera sabido... Imité el movimiento de Edan.

—O puedes apuñalarlo en el pecho. Mira. —Edan me agarró de la mano de modo que ambos sostuviéramos la daga. Levantó la hoja en dirección a su pecho y me acercó a él—. Apunta entre las costillas para llegar a los pulmones y luego sube hacia el corazón.

De nuevo, imité el movimiento, pero Edan no me soltó. Noté sus latidos en la palma de la mano cuando la daga le alcanzó el pecho y se le aceleró el pulso casi tanto como a mí.

Edan me apoyó el otro brazo en la cadera. Luego se inclinó hacia delante hasta que estuvo tan cerca que noté la calidez de su aliento en la nariz.

Su respiración me tocó la boca y sus labios rozaron suavemente los míos. Cerré los ojos. No podía oír nada, ni la sinfonía del bosque ni a nuestros caballos relinchando impacientes detrás de nosotros.

Un segundo. Dos segundos. Se me encogió el corazón.

Entonces... Edan me soltó la mano.

Abrí los ojos y todo el aliento que había estado conteniendo salió de dentro de mí en una rápida exhalación.

—¿Qué...?

—Se está haciendo tarde —dijo Edan abruptamente, y bajó la daga para que no estuviera entre ambos—. Ha sido un buen comienzo, pero ya basta por hoy.

Cerré la boca, sintiéndome engañada y rechazada. Habría jurado que estaba a punto de besarme. Noté que lo deseaba.

—Sé que quieres darte un baño. Ven. Encontraremos un sitio mejor.

Lo seguí en silencio y di una patada a un montón de tierra cuando no me veía.

Qué hombre más confuso.

CAPÍTULO 24

La Gran Ruta de las Especies continuaba alrededor de las Montañas de la Luna, un sendero estrecho y serpenteante que atravesaba los densos bosques que se extendían a los pies de la cordillera. El aire era más frío cuando nos adentramos en el bosque y al mirar hacia arriba vi nieve en algunas cumbres.

Saqué los zapatos, tarareando mientras Ópalo trotaba hacia la montaña, y examiné el trabajo de la noche anterior. Hasta pasado un rato no me di cuenta de que era la pequeña melodía que Edan silbaba a menudo.

Por supuesto, sus orejas de hechicero me habían oído. Riéndose, situó su caballo en paralelo al mío.

—Es una buena canción. Bastante pegadiza, me atrevería a decir.

No estaba preparada para hablar con él. Desde que estuvo a punto de besarme, el ambiente entre ambos era tenso. Diferente.

Di un suave puntapié a Ópalo para que dejara rezagado a Grajo.

—No te pongas al sol —dijo Edan—. Te están saliendo más pecas.

Lo miré furiosa y grité:

—¡Siempre adivinas lo que quiere oír una chica!

Pero guie a Ópalo hacia la sombra, maldiciendo a Edan entre dientes y con el corazón palpitándome. ¡Cómo me fastidiaban sus bromas! ¡Cómo me aceleraba el corazón y me hacía arder las mejillas! Las bromas de mi hermano nunca me habían provocado nada parecido.

Edan me dio alcance y parecía más solemne que antes.

—¿Estás enfadada conmigo, Maia? —Esbozó una pequeña sonrisa—. Bromeaba sobre tus pecas. Me gustan mucho. Todas y cada una de ellas.

Sus ojos estaban demasiado azules. Aparté la mirada y busqué las palabras adecuadas.

—¿Por qué disfrutas atormentándome?

Guardó silencio durante un segundo que se hizo eterno. Luego, maldita sea, parpadeó con semblante confuso.

—¿Atormentándote?

¡Por el aliento del demonio! Qué estúpido podía llegar a ser.

Durante todo el día se me habían acumulado dentro las palabras y ahora no podía frenarlas.

—Todas esas bromas y el fingir que te preocupas por mí. —Describí grandes círculos con las manos, como si imitar los movimientos de Edan cuando hablaba pudiera ayudarlo a entender—. Y la otra noche, cuando intentaste besarme, creí... Creí que podías...

Me callé y se me pusieron las mejillas coloradas. De repente deseé que me tragara la tierra.

Dioses, ¿qué acababa de hacer? ¿Qué acababa de decir?

Bajé del caballo y Edan me agarró del brazo antes de que pudiera irme.

—¿Creíste que podía qué? —preguntó.

El sentido del humor se había desvanecido y no podía soportar la intensidad de su mirada.

—Nada —murmuré.

—Maia... Maia, mírame.

No podía. No quería.

Edan no me soltaba y bajó el tono de voz.

—¿Creías que tal vez me importabas?

Cerré los ojos y me esforcé en fruncir el ceño.

—Ya te he dicho que no era nada.

—Para mí lo era —dijo, aún en voz baja—. No estaba fingiendo. Me importas.

Lo miré, casi segura de que encontraría una sonrisa en sus labios y un brillo travieso en sus ojos, pero no fue así.

—Me importas —repitió—. Pero, cuando eres hechicero, no hay mucho tiempo para romances. Ninguna chica me había hecho cuestionármelo. —Su tono era aún más bajo, si es que eso era posible—. Pero claro, ninguna de esas chicas eras tú.

Me flaqueaban las rodillas y relajé los músculos de la cara.

—¿Yo?

—A veces eres muy distraída, *xitara*.

—Deja de mofarte de mí —dije con un temblor del labio—. No hace gracia.

Los hombros anchos de Edan se tensaron, pero sus ojos, sus ojos penetrantes de color zafiro, eran transparentes.

—Intenté decírtelo, pero pensé...

Respiró hondo. El Edan al que conocía se había quedado sin palabras.

—¿Pensaste qué?

Dio un paso hacia mí.

—Creía que me encontrabas desagradable.

Otro paso.

—Y así es —dije con un nudo en la garganta. Edan me atravesó con la mirada y, pese a mis palabras, mi cuerpo no se rebeló contra su cercanía—. Muy desagradable. E imposible.

—Y arrogante —murmuró Edan. Nuestras narices se tocaron—. No olvidemos lo de arrogante.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —dije sin aliento.

Me acercó más a él, prácticamente levantándome del suelo, y me besó.

Sus labios se pegaron a los míos, suavemente al principio, y luego cada vez con más intensidad cuando yo también empecé a responder a mi necesidad.

Me tenía agarrada firmemente de la cintura para que no me fallaran las piernas. Me pasó la otra mano por la espalda hasta que llegó al final de la trenza y me la deshizo. Luego me acarició el pelo, que cayó ondulante sobre mis hombros.

Entonces me soltó, como si hubiera recordado que necesitaba respirar, y dio un paso atrás. Tenía la mandíbula prieta y los hombros rectos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No —dijo, y levantó la mano para que mantuviéramos la distancia. Después inspiró—. Esto está mal. Ha sido un momento de debilidad.

Noté un dolor en el pecho.

—Ah, entiendo.

Me ardían las mejillas y me di la vuelta antes de que la humillación se hiciera insoportable.

—Espera, Maia. —Edan intentó agarrarme del brazo, pero la manga se escurrió entre sus dedos—. No...

—¿No qué? —Soné herida, pero no quería que fuera así—. Aclárate, hechicero.

—Ya te dije el otro día... que tú... me haces desear que las cosas fueran distintas. —Edan abrió y cerró los puños y exhaló entrecortadamente—. No quiero darte falsas esperanzas. Y no quiero ser egoísta. Te mereces a alguien que pueda estar contigo. Alguien que no sea yo.

—Entonces estás siendo egoísta —repuse—. No me beses y luego me digas que debería estar con otra persona. No... —«No hagas que me enamore de ti». Mi lengua fue incapaz de pronunciar aquellas palabras—. No lo hagas.

Fui corriendo hacia mi yegua, monté y le di una patada para que saliera a galope. El viento apenas ayudó a que dejara de notar los latidos del corazón en las orejas, pero era agradable estar sola. Necesitaba estar sola.

Mis emociones eran confusas y no sabía cómo ordenarlas. ¿Qué sentía por Edan? ¿Importaba siquiera? Era un sirviente de su juramento, a menos que el emperador Khanujin lo liberara.

Él pasaría mil años siendo esclavo de la magia mientras que yo tejería unos cuantos vestidos para la nueva emperatriz y acabaría perdida en el extenso mar del tiempo y la historia.

¿Cómo iba a haber esperanza para nosotros?

—Maia —dijo—. Maia, espera, por favor.

No lo miré.

Ópalo y yo seguimos trotando hacia las Montañas de la Luna. Esta vez, Edan no intentó darme alcance.

Ópalo se encabritó y empezó a relinchar en cuanto entramos en la Cuenca del Vigilante de la Luna. Desde el paso situado más adelante se elevaba un banco de niebla y contemplé el Pico del Hacedor de Lluvia, tan alto que atravesaba las nubes. Noté un escalofrío.

—No vayamos por aquí —dijo Edan.

Era la primera vez que me dirigía la palabra en todo el día.

Yo estaba de espaldas a él y me mordí los carrillos.

—¿Por qué no? —Mi voz transmitía irritación y me pesaba la lengua de no usarla—. He estudiado el mapa. Si no vamos por aquí, perderemos dos días. No tenemos el tiempo de nuestra parte, como mencionas tan a menudo.

—Prefiero evitar el peligro que tomar un atajo para ahorrar tiempo —respondió Edan.

Fruncí los labios sin mirarlo y di una fuerte palmada a Ópalo.

—Vamos, amor. No pasa nada.

La obediente yegua echó a andar. La tierra descendió formando una suerte de cuenco vacío, pero se me cortó la respiración cuando vi una espada clavada en el suelo. Detrás había flechas, muchas de ellas con plumas carmesí, algunas rectas y otras inclinadas, como si un sastre descuidado hubiera hundido sus alfileres y agujas en la tierra.

Entonces, Ópalo se detuvo. No quería avanzar, así que desmonté.

La escena que tenía ante mí me revolvió el estómago. Tambores rotos, estandartes rasgados y montañas de huesos. Huesos humanos. Y cuerpos.

—Soldados —susurré con un escalofrío.

Nunca había visto un campo de batalla. Nunca había visto a una persona muerta.

Con el paso del tiempo, la lluvia se había llevado la sangre que salpicaba la hierba, pero los uniformes de los soldados seguían manchados. Algunos habían muerto congelados. Lo vi en sus rostros lívidos, en sus labios azules y rígidos y en los hombros curvados. La nieve los había enterrado y conservado hasta el deshielo. Otros no tuvieron tanta suerte: los buitres y otros carroñeros habían devorado su carne hacía mucho. Solo unos pocos conservaban los ojos, que me miraron inexpresivos cuando me acerqué.

—¡Maia! —gritó Edan desde atrás—. ¡Maia, no!

Pero ya me había agachado junto al cadáver más cercano. El olor me provocó arcadas, pero conseguí no vomitar. Lo que quedaba del rostro del chico estaba húmedo a causa de una tormenta reciente. Las flechas le habían alcanzado en la rodilla, el abdomen y el corazón.

No podía ser mucho mayor que Keton.

Crucé los brazos delante del pecho y contuve un sollozo. Finlei y Sendo habían muerto así. Solos, pero no solos. Atravesados por una espada o una flecha. Sendo... Sendo había muerto en aquellas

montañas. Su cuerpo se hallaba entre los miles que me rodeaban, pudriéndose bajo una capa de tierra y nieve. Ni siquiera podría reconocerlo si lo veía. Me entraron ganas de llorar de solo pensarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Edan cuando llegó hasta mí.

—¿Estuviste...? —No podía hablar—. ¿Estuviste... aquí?

—No.

Por supuesto que no. Si Edan hubiera estado aquí habrían sobrevivido más soldados del emperador. Habíamos oído hablar de las milagrosas victorias de Khanujin. Siempre pensé que esas victorias obedecían a que era un soldado sin igual, como su padre. Pero ahora sabía... que el responsable era Edan, cuya magia equivalía a mil soldados. Edan, que había hechizado al emperador para convertirlo en un gobernante, en un guerrero, en un hombre al que A'landi amaba y apreciaba.

Siempre había sido Edan.

—Pero participaste en la guerra —dije cerrando los puños—. ¿Cómo pudiste...?

Edan no contestó. Simplemente me rodeó con los brazos. Noté sus latidos constantes y me calmé. Cuando nos separamos me pareció que era demasiado pronto.

No me adentré más en el pasaje. Tampoco protesté cuando Edan me llevó por donde habíamos venido.

Ya casi habíamos llegado a los caballos cuando el viento arreció. Algo iba mal. Lo supe cuando vi que Edan se ponía rígido.

—Mercenarios —dijo, y luego me llevó detrás de una roca y me hizo agachar la cabeza.

Se me aceleró el pulso y me asomé por encima de la roca.

Balardianos. Reconocí al hermano de Orksan entre ellos. Vachir.

Se me tensaron los músculos y cogí la daga. Conté al menos una docena; no, dos docenas de hombres. No teníamos ni una sola posibilidad.

Edan volvió a mi lado. Había ido hasta los caballos a buscar un arco que nunca había visto. Era casi tan largo como alto.

—Cuando te diga que corras, coge a Ópalo y dirígete al Pico del Hacedor de Lluvia.

—No pienso marcharme sin ti.

—Tengo buena puntería —dijo muy serio—, pero tú no. Juntos no acabaremos con treinta hombres.

Tragué saliva.

—Creía que querían capturarte.

—Eso sería preferible —repuso—. Pero el shansen no es meticuloso. Se conformarán con matarme si les pongo las cosas demasiado difíciles.

Como si Edan los hubiera hecho salir de sus escondites, aparecieron varios hombres entre los arbustos de la ladera. Sus flechas relucían bajo el sol. Eran arqueros.

Todo empezó a darme vueltas y mi cuerpo se entumeció. Si huíamos hacia el valle, los arqueros nos matarían.

Pero, si nos quedábamos allí, lo harían los soldados de infantería.

No podía moverme. Mis pies se habían clavado a la tierra. Solo podía observar a los hombres que corrían hacia nosotros empuñando sus armas y profiriendo gritos de guerra que se perdían en el viento.

Vachir iba en cabeza con su collar de monedas y dientes. Llevaba la misma túnica desteñida que le había visto cuando cenamos con Orksan y Korin, la túnica cuyas mangas raídas le había remendado.

—¡Ríndete! —dijo con un grito atronador—. ¡Ríndete ahora mismo, hechicero!

Edan levantó el arco, tiró de la cuerda y disparó tres flechas en rápida sucesión. Vachir las esquivó todas, pero los hombres que iban detrás no tuvieron tanta suerte. Dos de ellos cayeron. Vachir gritó y sus mercenarios dejaron de correr. Después se llevaron la mano a la espalda para coger flechas y devolverle el favor a Edan.

Este me agarró de la muñeca, me llevó detrás de un gran roble y

me empujó contra el tronco. Las flechas venían silbando hacia nosotros. Hasta cinco se clavaron en la corteza del árbol, rasguñaron el muslo a Edan y me pasaron a escasos milímetros.

—¡Vete! —gritó Edan señalando las montañas.

Permanecí inmóvil.

—No pienso dejarte.

En la mano izquierda llevaba la daga de Edan y, en la derecha, mis tijeras mágicas.

—Por más que me alegre de que utilices las tijeras —dijo bruscamente—, no sé si es el momento apropiado para coser algo.

Lo ignoré y empecé a cortar el arbusto que teníamos delante. Mientras lo hacía, solo podía pensar en algo que nos protegiera de la furiosa andanada de flechas. Un minuto después había creado un matorral denso y lleno de zarzas a nuestro alrededor.

Otra lluvia de flechas describió una parábola en el aire.

—¡Agáchate! —grité.

Edan y yo nos echamos cuerpo a tierra.

—Debo elogiar el uso creativo de tus tijeras —dijo con la respiración entrecortada.

Las flechas atravesaron mi barrera con un ruido estridente y contuve un chillido. El matorral era lo bastante denso como para atrapar las flechas con las ramas, pero no duraría mucho.

—¿Puedes dejar de hablar y sacarme de aquí?

Edan me echó su capa por encima. Se le dilataron las pupilas y se le pusieron los ojos amarillos.

—No te muevas.

De los árboles salieron golondrinas y halcones en tropel. Tenía que haber miles, tantos que sus alas levantaron un potente viento que desarmó mi muralla. Me tapé la cara con las manos cuando los pájaros nos pasaron por encima en dirección a nuestros atacantes. Oímos aleteos y gritos y vimos garras relucientes cuando se precipitaron sobre los mercenarios. Vachir gritó a sus hombres, que habían dejado de dispararnos y estaban apuntando al cielo.

—¡Seguid avanzando! ¡Disparad al hechicero! ¡Al hechicero!

Pocos lo escucharon. Cayeron algunos pájaros muertos al suelo y a su alrededor los hombres gritaban y se echaban las manos a la cara para intentar ahuyentar a sus atacantes. Pero era como si Edan les hubiera infundido un espíritu salvaje y violento. Las criaturas estaban enfadadas y sedientas de sangre. Se movían como una turbulenta neblina negra siguiendo a los hombres que trataban de huir. Casi los compadecía. Casi.

Ahora Edan tenía los ojos amarillos y se le había puesto la tez muy pálida.

Entonces, las nubes se oscurecieron. Empezó a llover a cántaros y los relámpagos impactaron en los árboles, que se derrumbaron sobre nuestros atacantes.

Edan se agachó a mi lado y se rodeó las piernas con los brazos para iniciar su transformación. De la piel y la columna le brotaron plumas y en los hombros asomaron unas alas que se extendieron por sus brazos. Y, de repente, aquella anilla dorada se aferró a su garra izquierda.

—Vete.

Luego agitó sus grandes alas negras y se elevó para unirse a los pájaros, una oscura bandada recortándose contra el cielo.

Cogí el arco de Edan y eché a correr hacia Ópalo y Grajo.

—¡Vamos! —les grité. Me encaramé a Ópalo y la agarré de la crin—. ¡A la cima!

Los caballos no necesitaron que se lo ordenara dos veces y galoparon a toda velocidad a través de la tormenta. Al volver la cabeza, vi a los pájaros abalanzarse una y otra vez sobre los hombres, cuyos gritos eran cada vez más distantes.

No volví a mirar atrás.

CAPÍTULO 25

E dan me encontró cosiendo debajo de un árbol a los pies del Pico del Hacedor de Lluvia.

Me levanté al verlo. Llevaba la túnica rasgada y un arañazo en la mejilla. Suspiré aliviada.

—¡Estás vivo!

Su sonrisa me desarmó.

—Espero que no te hayas aburrido mucho sin mí.

—¿Dónde estabas?

Me mordí la lengua antes de decir que había intentado buscarlo pero que los caballos no me llevaban de vuelta al lugar de la batalla por más que insistiera. Estaban empeñados en llegar a la cima y quedarse allí.

—¿Eso que detecto en tu voz es preocupación? —bromeó.

—Has desaparecido un día entero —dije con aspereza—. Creía que habías muerto.

—Ha sido muy desconsiderado por mi parte —reconoció—, sobre todo porque soy yo quien tiene el mapa que nos permitirá volver a casa. Pero ya estoy aquí. —Cogió los zapatos que yo había dejado al lado de la hoguera—. Ah, excelente. Has terminado.

Lo miré de soslayo.

—¿Lo único que se te ocurre es comentar mis zapatos? ¿Utilizar toda esa magia te ha embotado el cerebro?

Edan se sentó apoyándose en el árbol y estiró sus largas piernas. Grajo se acercó para acariciarle el cuello.

—Al menos alguien se alegra de verme.

Edan estaba más delgado. Tenía las mejillas hundidas y el rasguño parecía una herida de arma blanca.

—Estaba muy preocupada —admití al fin.

—Estaba durmiendo —confesó—. No era mi intención darte quebraderos de cabeza.

La tensión se me acumuló en los hombros.

—Creía que se te había agotado la magia.

—He guardado un poco —dijo mientras arrancaba una hoja. Luego la masticó y la escupió—. La suficiente para hechizar tus zapatos y llegar al lago Paduan. Y un poco más para emergencias. Pero mi cuerpo ha pagado el precio. —Se frotó la espalda y luego cogió otra hoja y la mascó—. Tengo dolores por todas partes, pero unas hojas de sauce me ayudarán. Has hecho bien en acampar cerca de este árbol.

Ni siquiera lo había visto.

—Podrían haberte matado.

Edan debía de estar muy cansado, porque no discutió. O tal vez era cierto.

—Lo hecho, hecho está.

Irritada por la tranquilidad de Edan, me senté a su lado y clavé la aguja en la falda dorada de lady Sarnai. Nos había salvado, pero yo había sentido un miedo muy intenso que me atizó en el estómago y me provocó unas náuseas que aún seguían. No porque necesitara su estúpido mapa o su magia, sino porque lo necesitaba a él.

—Esta noche habrá luna llena —dijo Edan ajeno a mis pensamientos—. Si te vas pronto, llegarás a la cima antes de que oscurezca. Aquí, en las montañas, los días son más cortos, así que, cuando caiga la noche, volaré hasta el pico y me reuniré contigo.

¿Puedes dejar esa maldita falda?

Con cuidado, hice otro nudo en la parte posterior de la prenda y finalmente levanté la cabeza.

—Ponte los zapatos —me dijo, claramente exasperado.

—Si tú puedes volar —repuse—, no entiendo por qué yo tengo que trepar hasta esa montaña. Podrías conseguirme la luz de la luna y ya tendríamos dos vestidos.

—Ya sabes que no puedo —dijo Edan pacientemente.

Intenté tranquilizarme.

—¿Qué harás todo el día?

—Iré al otro lado de la montaña y buscaré un lugar seguro donde guardar tus baúles. —Me guiñó un ojo—. Luego intentaré acabar el dobladillo de la falda si me dejas.

—¡Por supuesto que no!

Edan se echó a reír y lo fulminé con la mirada mientras buscaba los zapatos de cuero y me los ponía. Eran sencillos pero robustos, y me resultaban cómodos. Había encerado la parte exterior para que fuesen lo más impermeables posible, pero el calor del sol no era lo bastante intenso para secarlos adecuadamente, así que debía evitar que se mojaran demasiado. Al menos les había puesto un doble forro interior. El clima de las montañas sería duro. Y ya notaba el frío.

Edan se quitó la bufanda y me la puso encima de la que ya llevaba. Cuando intenté protestar, dijo:

—Cuanto más subas, más frío hará. —Me la anudó para que no se cayera—. La luna llena se elevará sobre las montañas e iluminará un estanque que hay en la cima. Cuando lo encuentres, sumérgete y captura la luz con una nuez. Sabes nadar, ¿verdad?

—Por supuesto que sé nadar. ¿Y tú? —Hubo una larga pausa—. Eso suena a no.

—Me crié cerca de un desierto —respondió a la defensiva—. Nunca tuve tiempo para aprender. —Hinchó el pecho—. Además, puedo caminar por encima del agua. Y volar.

Puse los ojos en blanco.

—Deberías aprender. ¿Y si un día estás sobrevolando un lago y amanece? No sería tan raro. Empiezas hundiendo la cara en el agua y haciendo burbujas... Así.

Iba a enseñarle, pero paré. ¿Qué me importaba a mí que no supiera nadar? Edan era mi guía y nada más. Y era yo quien se metería en el estanque y no él.

Me di la vuelta, apoyé la mano en la áspera pared de granito del Pico del Hacedor de Lluvia y di un primer paso vacilante. Cuando el zapato entró en contacto con la montaña, estiré el cuello y contemplé lo que me aguardaba. Era un ascenso peligrosamente escarpado con pocas grietas a las que aferrarse y un saliente en forma de nariz en lo alto. Un paso en falso y me precipitaría hacia mi muerte.

Ahí es donde entraría en juego el hechizo de Edan.

Los zapatos se agarraban a la roca como si estuvieran hechos de pegamento. En el cinturón llevaba dos piquetas afiladas —un elogio a la previsión de Edan y sus habilidades negociadoras—, que clavaba en el granito cuando era necesario. Paso a paso, subí la montaña, sintiéndome como una hormiga trepando por el filo de una espada. A veces perdía el equilibrio, ya que al principio no confiaba en el agarre de los zapatos, pero cuando lo hice todo mejoró. Un poco.

Tragué saliva y clavé una piqueta en la pared. Repetir. Un pie cada vez. Un pie cada vez.

No había trepado demasiado cuando Edan gritó:

—¡Recuerda no mojar los zapatos! ¡Más arriba hay nieve!

—¡Ya lo sé! —respondí.

Después continué el ascenso. Al poco, Edan estaba demasiado lejos para que pudiéramos seguir gritándonos. Fue entonces cuando me invadieron la soledad y la preocupación. Edan era más débil de lo que decía. Odiaba tener que dejarlo solo, sobre todo cuando recientemente había estado a punto de morir luchando contra los

hombres de Vachir.

Pero la franja de tiempo para recoger la luz de la luna era breve. Tendría que esperar un mes a que volviera a ocurrir. No había más opción que continuar.

Unas nubes de tormenta avanzaban hacia mí, pero todavía estaban lejos. Lo que me preocupaba era la nieve, que cubría algunos tramos de la cima, y el deshielo que caía por la roca. Los delgados riachuelos brillaban bajo la luz del sol y resultaban engañosamente hermosos, pero sabía que no lo eran. Si mojaba los zapatos, su hechizo quedaría neutralizado. Se me paraba el corazón cada vez que cometía el error de mirar hacia abajo y me imaginaba pisando agua, resbalando y precipitándome al vacío.

El miedo a caer me mantuvo en estado de alerta pese a que escalé casi todo el día. Tenía las palmas de las manos en carne viva de agarrar las piquetas, las uñas ennegrecidas y me dolía la espalda. Pero empezaba a darme cuenta de que aquello era una prueba mental y no física.

Cuanto más ascendía, más intenso era el frío. Elegir la ruta hacia la cima se convirtió en una serie de riesgos calculados. ¿Debía bordear aquel tramo de hielo reluciente o podía pasar por encima? ¿Aquello era una sombra en la roca o nieve? Enfrentarme al temor de que el siguiente paso pudiera ser el último me provocaba mareos y me cortaba la respiración.

«Mantén la calma —me recordé cuando me azotó una racha de viento—. Sé fuerte».

Observé la montaña con mis ojos de sastre, concentrándome en la luz y los colores para evitar el hielo y la nieve.

«Esto no dista tanto de coser —me dije—. Imagina que eres una aguja cosiendo la montaña e intentando encontrar el camino para trazar una costura perfecta. Una puntada errónea y la tela de la montaña se rasgará. A veces, encontrar el camino es complicado, pero siempre lo consigues. No puedes rendirte».

Avancé cada vez con determinación, un agarre tras otro.

Mientras buscaba el siguiente, me apoyé en la roca y clavé las piquetas lo más hondo que pude. Había estado asiéndolos con tanta fuerza que tenía las empuñaduras de madera marcadas en las palmas de la mano.

A la postre empezó a ponerse el sol. Dejé una piqueta hundida en una fisura y busqué mi polvorín en el bolsillo. Luego encendí cuidadosamente el farol que llevaba colgado del cinturón.

Cuando llegué al saliente del Hacedor de Lluvia, noté el aleteo de Edan detrás de mí. Luego, una racha de viento se me coló entre el cabello y me infundió ánimos.

No debería haberle permitido que me distrajera. Había oscurecido y, con las prisas por llegar a la cima, no vi por dónde estaba trepando. Justo cuando saqué la piqueta de la roca, mi zapato izquierdo rozó un tramo de hielo. Me invadió el pánico y el corazón me dio un vuelco. A la desesperada, intenté recuperar el equilibrio, pero el zapato ya no agarraba.

Me puse a gritar.

El farol cayó al vacío y me quedé a oscuras. Me agarré a la piqueta derecha, agitando el brazo izquierdo mientras el zapato resbalaba contra la roca. Colgando del precipicio, sentí que se me desagarraban los músculos del brazo y la piqueta se deslizaba. Aquellos segundos me parecieron una eternidad.

El viento era un estruendo. «Me voy a caer. Voy a fracasar. No. Aquí no. Ahora no».

Clavé la piqueta izquierda en una grieta y, lentamente, tratando de mantener mi tenue control, ascendí.

No me atreví a respirar hondo hasta que llegué a la cima y me alejé del borde del precipicio; mi aliento se dispersó en el aire frío. Luego me tumbé boca arriba, jadeando y mirando a la luna. Me palpitaban los brazos como si estuvieran a punto de caérseme. Nunca había estado tan cerca del cielo, lo suficiente para sentir el poder de su luz en los huesos.

Edan estaba encaramado a una roca, piando y silbando como

hacía cuando adoptaba su forma humana. Me levanté y, con dificultad, le indiqué que se acercara.

Entonces abrió las alas y se me posó en el hombro. Caminamos juntos, explorando la cumbre del Pico del Hacedor de Lluvia. Todo estaba tranquilo. Incluso el viento era más suave que durante el ascenso. La luna estaba enorme, un farol redondo y gigantesco cuya luz acuosa era tan intensa que estuve a punto de extender el brazo para tocarla.

Edan salió volando hacia la sombra que proyectaba el saliente y lo seguí vigilando donde pisaba. En la cima rocosa había vetas de hielo tan quebradizas que crujían bajo mis pies. Allí reinaba el silencio, excepto por el aleteo de Edan y el repiqueteo de la gravilla y las piedrecitas que caían hacia abajo. Agucé el oído. ¿De dónde venía aquel sonido?

Me alejé de Edan y vi que las piedras rodaban por la cara norte de la cumbre hacia una abertura en la roca poco más ancha que mis caderas.

—¡He encontrado una cueva! —grité, e hice señas a Edan para que se acercara.

Me agaché para iniciar el descenso. La entrada era angosta, así que avancé lentamente. Tenía la inquietante sensación de que estaba adentrándome en las fauces de una gran bestia. Me pinché con unas estalactitas que parecían dientes y el agua que caía del techo me goteaba en la cabeza.

Los murciélagos aleteaban con tanta fuerza que me tambaleé peligrosamente hacia delante.

Edan me agarró del pelo con el pico y tiró de mí hacia arriba.

Me quedé quieta y respiré hondo. La luz de la luna que se filtraba por las grietas del techo reveló una alfombra de hielo plateado. Un paso más y habría caído al estanque que había debajo del hielo.

Volví a mirar con mayor atención y vi una ciudad de cristal iluminada por los rayos de la luna.

«Tendrás que nadar para conseguir la luz de la luna —me había

dicho Edan cuando me dio la segunda nuez—. Y lleva esto contigo», añadió, ofreciéndome la nuez que contenía la luz del sol. La cáscara brillaba ligeramente como un cálido foco de luz.

«Llévala cerca del corazón —me dijo cuando me guardé la nuez debajo de la túnica—. Te dará calor».

Me arrodillé al lado del estanque con Edan, el halcón, posado en el hombro.

—¿Ahí? —Señalé el centro, donde más brillaba la luz de la luna—. Ahí es donde tengo que llegar, ¿verdad?

El halcón sacudió el cuello y deduje que era un gesto afirmativo. Era imposible conocer la profundidad del estanque.

Me estremecí al quitarme la capa, los pantalones y los zapatos, que doblé y dejé encima de una piedra. Luego, igual que había hecho antes con el sol, me puse los guantes de telaraña y cogí las tijeras.

El frío entumeció mi miedo. Aspiré tanto aire como pude y salté.

Nada podría haberme preparado para la sacudida del agua fría. Sin la nuez de luz propagando calor por mi riego sanguíneo, me habría congelado en cuestión de segundos.

Me alejé de la tenue luz de la superficie. Había tanto silencio allí que solo podía oír mi pulso ralentizándose.

El estanque no tenía fondo y el aire almacenado en mis pulmones iba reduciéndose cada vez más.

«¡Vuelve! —me gritaba mi mente—. ¡Vuelve ahora mismo!».

Pero seguí buceando. Después de haber estado a punto de morir durante el ascenso, no podía rendirme ahora. Intenté pensar en Baba y Keton, en que no podía fallarles. Pero aquella prueba no era para el corazón.

«Deja de mover las piernas, deja de nadar. Relájate».

Me dejé llevar y mi cuerpo empezó a flotar de nuevo hacia la superficie. Casi me había quedado sin aire. ¿Había cometido un terrible error?

Entonces, una fuerte corriente me arrastró tan rápido hacia el

fondo del estanque que se me subió el estómago a la boca. Allí abajo, una luz suave y plateada penetraba en el agua e iluminaba la ciudad de piedra y cristal que me rodeaba. Al principio, la luz era diáfana, delgada y tenue. Pero, a medida que me veía arrastrada hacia las profundidades, se separó en unos rayos anchos y brillantes que parpadeaban como si fueran ojos. ¡Lágrimas de la luna! A mi alrededor centelleaban largas espirales de plata fundida. Lo único que debía hacer era atrapar una.

La luz de la luna era escurridiza. Pese a llevar los guantes de telaraña, se me escurría de las manos. Cuando atrapé otro rayo, hice un nudo rápidamente, como si en lugar de luz fuera un lazo. El rayo parpadeaba y brillaba tanto que tuve que apartar la mirada. Corté el extremo cerrando las tijeras sobre la luz antes de que pudiera huir.

Enrollé el haz de luz alrededor de las tijeras y lo introduje en la nuez de Edan. Debajo del agua, la tarea resultó más difícil que con la luz del sol. Se me escapaba la respiración y las burbujas subían a la superficie.

«Nadie puede rescatarte, Maia».

Más arriba vi a Edan, en su forma de halcón, ondeando sobre la superficie.

Finalmente, cerré la nuez e inicié el ascenso. Cuando salí del agua, di una explosiva bocanada de aire. Cada respiración era como inhalar hielo. Si no salía, moriría.

Empecé a nadar. El agua parecía densa y cada patada me agotaba. El hielo me penetraba en el torrente sanguíneo. Extendí los brazos para intentar agarrarme a algo: una roca, un témpano, lo que fuera.

Tenía escarcha en las pestañas, lo cual me obligó a cerrar los ojos. Tenía tanto frío que no veía ni sentía nada. Pero, al fin, algo me impidió seguir. Era el borde del estanque, que estaba rodeado de piedras. Me agarré a una lo más fuerte que pude y subí las piernas a la orilla rocosa.

Nunca había tenido tanto frío. Tenía la piel de color gris azulado y la humedad de las comisuras de mis ojos era dura como el hielo.

Edan me rodeó con sus alas, lo cual me ayudó, pero no bastaba para reducir el frío que sentía. Con dedos temblorosos, busqué la luz del sol debajo de la túnica y me la acerqué al corazón.

No sabía cuánto tiempo había languidecido en el suelo de la cueva. Cuando volví a abrir los ojos, estaba nevando fuera. Notaba el cuerpo caliente y tenía un té humeante a mi lado.

Y Edan era humano.

Se tumbó junto a mí, rodeándome con sus brazos desnudos, y sus poderosos hombros perfilaban sombras detrás de él. Me había tapado con las capas de ambos y también llevaba puesta su túnica. Al darme cuenta, respiré entrecortadamente, aunque tenía demasiado frío para preocuparme.

Me soltó rápidamente, pero habría deseado que no lo hiciera. La calidez de su tacto me había invadido y al dejar de sentirla empecé a temblar descontroladamente.

—Te quedaste dormida —dijo con firmeza pero preocupado.

Me incorporé y saqué las manos de debajo de la ropa para coger el té.

—L-lo d-dices... como si fuera un... un c-c-crimen.

Había una hoguera y mi ropa y los zapatos encantados estaban secándose junto a las llamas. Edan había sacado el mantel mágico, un cuadrado pequeño junto a una olla de estofado caliente. El aroma a ajo, anís estrella y carne de carnero agudizó el hambre que sentía.

Edan ya estaba sirviéndome un poco en un cuenco.

—¿Te había dicho alguien que hablas en sueños? —preguntó—. Es adorable.

Me ruboricé un poco y me quité su capa.

—¿Qué he dicho?

—Mayoritariamente cosas sin sentido, pero en un par de ocasiones dijiste «Edan, Edan, Edan». —Me pasó el cuenco y sonrió—. Imagino que estabas soñando conmigo.

—Y-ya... Ya te gustaría a ti —repuse entre bocado y bocado—. No estaba soñando con nada.

Se llevó la mano al corazón.

—Ah, eso es devastador.

Hice una mueca de desdén, pero ya me había acostumbrado a sus bromas.

—¿N-no... No tienes f-f-frío?

—Cuando estoy a tu lado no. —Al ver que me sonrojaba, Edan retrocedió como si hubiera recordado mi arrebató anterior. Mantuvo una pequeña distancia entre ambos y ladeó la cabeza hacia la modesta hoguera que había encendido—. El fuego ayuda y yo lo soporto mejor que tú. A fin de cuentas, soy hechicero.

Sin embargo, tenía piel de gallina y el vello de los brazos enhiesto. Me acerqué más a él y le tapé el hombro con la capa. Nuestros brazos se tocaron y él no se apartó.

—C-creo que me caes mejor cuando e-e-eres un pájaro —bromeé. Luego inspiré para percibir su aroma—. Tu forma de hechicero es odiosa.

—No te acostumbres demasiado a él —repuso Edan, pero noté ansiedad en su voz—. Estoy deseando recuperar todo mi poder cuando volvamos.

Nos quedamos en un silencio cómodo, yo bebiendo té y Edan observando la nieve que caía fuera.

—Tendremos que esperar a que pare antes de descender —dijo—. Te vendrá bien descansar un poco.

—No estoy cansada —protesté, aunque no era cierto. El aire me hirió la garganta incluso antes de formar las palabras. Volvían a castañearme los dientes, así que me acerqué a las llamas. Lo intenté de nuevo—. S-solo dormía. N-no... No estoy c-c-cansada.

Edan me cogió las manos y empezó a frotarlas para transferirme

el calor que ya había empezado a perder. Luego me sopló en las palmas. La calidez de sus labios en mi piel era agradable.

—Mentirosa —susurró—. Pues claro que estás cansada. Te sumergiste en un estanque helado. Tu cuerpo ha sufrido una conmoción.

Me acercó a él y me envolvió. Quería apartarlo, pero mi cuerpo bebió su calor e instintivamente pasé el brazo por debajo del suyo. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, intenté retirarlo, pero Edan me levantó la barbilla y me besó. El calor me llegó desde los labios hasta los dedos de los pies y me latía el corazón con fuerza. Notaba las palpitaciones en la cabeza.

Abrí la boca para decir algo, pero Edan me besó de nuevo. No se lo impedí, pero intenté hablar.

—Ya te dije que no...

—Shhhh —respondió él, y rozó sus labios con los míos—. Duerme.

Apoyé la cabeza en su pecho. El corazón le dio un vuelco, un sonido que me provocó una oleada de placer. Luego me pasó un brazo cálido por la cintura y me acercó más a él.

Edan se durmió primero. Escuché su respiración, arriba y abajo, arriba y abajo, y seguí su ritmo sin darme cuenta.

Me invadió una alegría extraña y maravillosa.

Edan tenía razón: aquel viaje me había cambiado irrevocablemente.

Y, por primera vez, dejé de contar los días que faltaban. Ya no quería que se acabara.

CAPÍTULO 26

Cuando desperté y vi que el mundo fuera de la cueva estaba blanco y que la nieve era tan suave y satinada, lo primero que pensé fue que se habían caído las nubes.

Inicié el descenso del Pico del Hacedor de Lluvia, que fue más sencillo que la subida. Mis zapatos encantados se habían secado y, con la ayuda de Edan desde la cima, utilicé una cuerda para bajar por el otro lado. Aun así tardé casi todo el día. Cuando oscureció, Edan vino a mi encuentro en su forma de halcón. La imagen era gloriosa, sus plumas negras como la noche y sus alas de un blanco lechoso. Se me posó cuidadosamente en el hombro y apoyó las garras en la clavícula.

—Fanfarrón —le dije con una sonrisa.

En el pico llevaba un ramo de flores silvestres, que me dejó en el regazo.

—¿Son para mí? —pregunté.

Edan, el halcón, simplemente parpadeó. Sonriendo, me puse las flores en el pelo y le di un beso en el pico. Luego preparé nuestras monturas, yo cabalgando a Ópalo con Edan en el hombro y Grajo detrás.

La luz de la luna iluminó nuestro camino por las montañas y no

tuvimos dificultades para viajar. A veces, Edan desaparecía una hora o dos. Al fin y al cabo era un pájaro depredador, así que no me preocupaba. Siempre encontraba el camino de vuelta, en ocasiones con una araña o una serpiente en el pico.

Le acaricié la garganta con el dedo.

—No sé si mañana tendrás una indigestión, Edan.

Era tan fácil hablar con su forma de pájaro que le contaba cosas de mis hermanos, de cuando Finlei quería explorar el mundo y Sendo escribía poemas sobre el mar. Le hablé también de Baba y Keton, y de mi sueño de ser el mejor sastre de A'landi.

El tiempo pasaba rápido y me ayudaba a mantenerme despierta. Al alba, Edan salió volando de mi hombro y se posó en el lomo de Grajo. Y, cuando nos rozaron los primeros rayos, ya no viajaba con un pájaro.

—¿Cansada? —fue lo primero que dijo.

Negué con la cabeza.

Edan sonrió al ver que llevaba las flores detrás de la oreja. Luego se aclaró la garganta.

—Las aceptaste.

—¿Se suponía que no debía hacerlo?

—Un hombre que desea cortejar a una mujer le lleva flores.

Me ruboricé.

—Eras un halcón. Además, en A'landi no existe esa tradición.

—Yo no soy de A'landi —me recordó, y volvió a aclararse la garganta—. Pero una vez trabajé en una tierra donde era habitual dar a conocer tus intenciones al objeto de tu afecto. Me gustó mucho la idea. Y —añadió acercándose más—, si una mujer acepta las flores de un hombre, significa que quiere ser cortejada por él.

Una oleada de calor me inundó el rostro.

—Pero... ¿Cómo podrías cortejarme? —le espeté, y habría deseado tragarme mis palabras en cuando las pronuncié—. ¿Qué pasa con tu juramento?

Por una vez, Edan parecía vulnerable.

—Me dijiste que me aclarara las ideas, y eso he hecho —respondió en voz baja—. Imaginar que elegimos a quien amamos es una ilusión. No puedo cambiar mis sentimientos por ti. Movería el sol y la luna si eso significara estar contigo. En cuanto a mi juramento... No puedo prometerte que vaya a romperlo, pero haría cuanto estuviera en mi mano para que seas feliz, Maia. Eso sí puedo prometértelo.

Sus palabras despertaron un anhelo en mi interior. Quería besarle y decirle todo lo que sentía, pero me mordí la lengua.

Edan me cogió de la mano.

—¿No quieres que te corteje? Simplemente dilo y pararé.

Quería que lo hiciera, más que nada en el mundo. Sin embargo, algo me retenía. Aparté la mano y le desenredé la crin a Ópalo para no tener que mirar a Edan.

—¿Adónde vamos ahora?

Edan puso las manos en los costados.

—Al Sur. Al lago Paduan.

—¿Allí es donde encontraremos la sangre de las estrellas?

—Claro —respondió pausadamente—. Será la más difícil de las pruebas.

Ignoré las punzadas de miedo que sentí en el estómago.

—Lo interpreto como una indirecta para que empiece la alfombra.

Tenía dos ovillos que Edan había comprado en el Pasaje de Samarand. Los tintes eran malos: un azul desteñido y un rojo cobrizo apagado. Empecé a tejer la base para una alfombra con las dimensiones que Edan había especificado. El resto se lo dejaría a mis tijeras.

—¿Por qué no nos hemos quedado en el Pico del Hacedor de Lluvia? —pregunté cuando cabalgábamos por un llano del bosque—. La cima de una montaña es lo más cerca que estaremos de las estrellas.

—No has estudiado el *Libro de las Canciones*, ¿verdad? —dijo

Edan prudentemente—. Una de las odas, «La gran elegía a Li'nán», dice que «las estrellas brillan más en la oscuridad y la oscuridad está en lo olvidado». Debemos ir a las Islas Olvidadas de Lapzur, en el lago Paduan. Los Dedos Fantasma.

—Donde el dios de los ladrones disparó a las estrellas para que sangraran —dije—. Conozco el mito.

—El mito no lo cuenta todo.

—¿Y tú lo sabes?

—No. —Extendió las manos con las palmas hacia arriba—. Pero he tenido muchos más años que tú para estudiar y aprender. Conocer la poesía clásica de A'landi enriquecería tu trabajo, Maia. Y creo que apreciarías su belleza incluso más que yo. —Ladeó la cabeza, sumido en sus pensamientos—. Te pasaré mis libros cuando lleguemos al Palacio de Otoño. Solo espero que los sirvientes los hayan llevado todos.

El Palacio de Otoño. Me sentía muy lejos de allí, tanto en el espacio como en el tiempo. Solo faltaba un mes para el sol rojo y todavía me quedaba mucho que trabajar en los tres vestidos de lady Sarnai. ¿Qué bienvenida podíamos esperar a nuestro regreso?

Yo era el sastre imperial y él el lord Hechicero. Edan estaría ocupado aconsejando al emperador y yo fingiendo ser un chico una vez más. Aunque no tuviéramos que preocuparnos del juramento, ¿cómo íbamos a estar juntos?

Edan no dijo nada más, lo cual me puso nerviosa. El silencio entre nosotros pesaba, como si estuviéramos esperando a que cayera un rayo. Cada latido era más fuerte y estar cerca de él era como tocar el fuego. Pronto no podría soportarlo más.

—Sendo me asustaba con historias sobre los Dedos Fantasma —dije con un escalofrío. De niña no creía en los fantasmas, pero en los últimos meses habían cambiado muchas cosas—. Decía que, antaño, el lago Paduan era el hogar de una gran civilización, una ciudad ancestral con tesoros inimaginables. Se difundió la leyenda y los hombres se volvieron avariciosos, pero nunca pudieron surcar el

agua. Las tormentas y las peligrosas condiciones climatológicas obligaban a sus barcos a dar media vuelta.

»Pero, un día, un barco completó la travesía. Fue el primero en llegar a las islas en cientos de años, así que la ciudad recibió a aquellos hombres como una señal de los dioses. Se hicieron pasar por comerciantes, pero en realidad eran bárbaros que habían utilizado la magia para llegar hasta allí. Por la noche mataron a todos los habitantes, que se convirtieron en fantasmas. El lago inundó la ciudad hasta que solo quedó lo que hoy conocemos como las Islas Olvidadas y una maldición transformó a los bárbaros en demonios colmados de tesoros que, sin embargo, no podían salir de allí.

—Fue un alto precio por su codicia —comentó Edan—. La gente de la ciudad no merecía lo que le sucedió. Conoces bien la historia.

—No sabía que era real.

—Tu hermano te contó bien una parte.

—¿Cuál?

—La parte sobre los fantasmas —dijo Edan—. Si ves uno, ten cuidado. Si lo tocas, morirás y tú también te convertirás en fantasma.

La advertencia me puso la piel de gallina.

—¿Y si veo un demonio?

—Si ves un demonio —respondió Edan con un tono sombrío—, yo te aconsejaría que corras.

—¿Nos encontraremos con alguno?

Hizo una pausa.

—Debemos estar preparados para esa posibilidad.

Tragué saliva. Ya había aprendido que Edan siempre estaba preparado, pero la seriedad de su voz significaba que lo que nos aguardaba iba a ser muy peligroso.

—¿Y cómo vamos a cruzar el lago? —pregunté.

—Volaremos. —Edan señaló la alfombra que estaba tejiendo—. Con eso.

No me lo podía creer.

—¿Me estás diciendo que podríamos haber ido volando todo este tiempo? ¡Podrías haberme avisado antes de que escalara esa montaña!

Edan negó con la cabeza.

—Hay que reservar la magia. Y el lago Paduan está lleno de... sorpresas. —Puso cara de preocupación—. He estado allí. Es un lugar que no se olvida fácilmente.

—¿Por qué fuiste?

—El entrenamiento de un hechicero está rodeado de misterio —dijo—, pero nos ponen a prueba igual que a ti: pruebas para el cuerpo, la mente y el alma.

—¿Y una de ellas fue en las Islas Olvidadas?

—La última. —Edan titubeó—. Teníamos que beber sangre de las estrellas. Es la prueba final a la que debe someterse todo hechicero.

¡La sangre de las estrellas!

—¿Qué pasa cuando la bebes?

—Tus poderes se multiplican por cien y te conceden mil años de vida —contestó—. Es la aspiración de todos los jóvenes hechiceros. A esa edad somos tan tontos y anhelamos tanto creer que podemos cambiar el mundo... Y, cuando me llegó el turno, yo era más joven que la mayoría. —Hizo una pausa—. Y también más temerario. La mayoría de los que beben de las estrellas no sobreviven. Yo tuve suerte. O mala suerte, según cómo se mire.

Fruncí los labios. Inmortalidad y poder a cambio ser un esclavo. Por supuesto, en el juramento probablemente no lo llamaban *esclavitud*. Qué rara debió de ser la juventud de Edan.

—¿Por qué querías ser hechicero? —pregunté.

—No consideramos que estar ligados al juramento sea un sacrificio, sino un honor. Es un honor utilizar nuestros poderes para mejorar el mundo.

—Pero podrías tener un señor terrible.

—Es el equilibrio del destino. No somos invencibles, y nuestras cifras disminuyen a medida que llegan nuevas eras y la gente se olvida de la magia. Cuando has servido tanto tiempo como lo he hecho yo, es imposible no desilusionarse con el juramento. — Hablaba en voz baja—. Es imposible no preguntarse si tal vez serías más feliz sin la magia. —Su penetrante mirada me atravesó y desmoronó toda mi resistencia—. Sí sé una cosa, Maia Tamarin: estando contigo soy más feliz que nunca.

Ya no podía luchar más contra mi corazón.

—Me alegro de que te convirtieras en hechicero —dije con firmeza—. Sé que has sufrido mucho más de lo que cuentas. Pero, si no hubiera sido así, no te habría conocido.

Cogí las flores que llevaba en el pelo y acerqué la cara para percibir su aroma. «Sea como sea —me juré a mí misma—, encontrarás la manera de liberar a Edan». Luego, en voz tan baja que casi no me oí, susurré:

—Puedes cortejarme.

Lentamente, Edan me pasó un dedo por los labios y me dio un beso. Después me besó todas las pecas de la nariz y las mejillas hasta que me sentí intoxicada por la dulzura de su aliento.

—Pero solo si me dices tus nombres —dije apartándome para coger aire—. Uno cada día.

Edan gruñó.

—¿Voy a tener que cortejarte mil días?

—¿Es demasiado tiempo?

—Esperaba que fueran cien a lo sumo.

—¿Y bien...?

Contuve la respiración. No sabía cómo era el cortejo en el país natal de Edan, pero llevaba tiempo suficiente en A'landi para saber que un hombre no cortejaba a una mujer si no tenía intenciones serias.

—No sería divertido que te contara todos los planes que tengo para nosotros.

—¡Edan!

Sonrió misteriosamente. No tenía ni idea de qué estaba pensando, pero la felicidad de su rostro era contagiosa. Yo también sonreí.

—Sería más fácil si no tuvieras que fingir que eres un chico —reconoció Edan—, y si yo no hubiera jurado servir al emperador. Pero nos las arreglaremos día a día. Te lo prometo.

—Ya conozco cuatro nombres tuyos —susurré, y puse una mano encima de la suya—. Y Edan. Así que serían novecientos noventa y cinco días. Dime cuál fue tu primer nombre.

—Mi primer nombre fue Gen —dijo—. Es de lo más corriente. Significa «chico».

—¡Chico! —exclamé—. Eso ni siquiera es un nombre.

—No lo es —coincidió—. Mi padre tenía siete hijos y, cuando yo nací, se había quedado sin nombres, así que me llamaba así. No tuve otro hasta mucho después.

Le abrí la mano y seguí las líneas de la palma. Eran largas y delicadas y no parecían tener fin.

—¿Y qué significa Edan?

Sonrió y sus labios se separaron un poco cuando se acercaron a los míos.

—Significa «halcón».

CAPÍTULO 27

Se acercaba el otoño. El calor del verano amainó y el viento empezaba a refrescar. Se me erizaba el pelo de la nuca y, en cada puntada, la danza de mis dedos era un poco más lenta y rígida de lo que estaba acostumbrada. En el bosque, los bordes de las hojas habían adquirido un tono ámbar y en el paisaje verde afloraron rojos, naranjas e incluso púrpuras.

Dejamos atrás el bosque de Dhoya y volvimos a la Gran Ruta de las Especias. De camino hacia el lago Paduan, atravesamos una ciudad o dos y aproveché para enviar cartas a Baba y Keton, pero no nos deteníamos mucho tiempo y siempre acampábamos a varios kilómetros. Ahora que sabíamos que el shansen andaba buscando a Edan, debíamos ser cuidadosos.

Cada día me levantaba al alba para volver a encender la hoguera y recibir a mi hechicero cuando regresara a mí anhelando mi contacto. Dedicábamos las mañanas y las tardes a besarnos, ya fuera a pie o cabalgando. El hecho de que nuestros caballos supieran dónde debían ir tenía que ser un hechizo, ya que Edan y yo no prestábamos atención a menos que se desviarán de la Ruta.

Las noches se hacían más largas y oscuras a medida que nos aproximábamos al lago Paduan y yo cada vez dormía más

profundamente. Una mañana me desperté tarde y estaba atizando el fuego cuando vi al halcón planeando hacia mí.

Se posó detrás de la hoguera y se transformó en un hombre. Entonces me invadió un calor intenso y ya habitual.

Edan aún tenía los ojos amarillos y sudor en las sienes y parecía cansado.

Me arrodillé junto a él cuando se sentó apoyado en un álamo. Llevaba la camisa desabrochada y contuve el impulso de abotonársela.

—¿Cómo podemos neutralizar la maldición?

—No es una maldición; es un juramento.

—Un juramento que no puedes romper. ¿Cuál es la diferencia?

—No tengo una respuesta fácil para eso —respondió con pesar—. Khanujin no me liberará a menos que se vea obligado a ello.

—¿Ni siquiera después de la boda, cuando por fin reine la paz?

—Yo no contaría con ello.

Me tumbé junto a él observando la alameda que nos rodeaba. La mayoría de los árboles eran tan altos que me impedían ver la salida del sol, pero no me importaba. Había algo hermoso en aquellos bosques y me contentaba con ver los árboles meciéndose cual hojas azotadas por el viento.

—A veces pienso en lady Sarnai —murmuré—. Su corazón está con lord Xina. ¿Crees que alguna vez amaré al emperador Khanujin?

Edan se ablandó.

—No importa. Deben casarse para que haya paz en A'landi.

—Qué triste.

—Así son los reyes y reinas —respondió distante—. No importa dónde estés. Es igual en todas partes.

Me preguntaba a cuántos reyes habría servido, si su sonrisa aniñada y su figura desgarrada eran parte de otro hechizo, si eran parte de su juramento.

—¿Y tú? —pregunté con osadía—. ¿Te casarás alguna vez?

Edan se sonrojó un poco, lo cual era infrecuente.

—Eso espero.

—¿Eso esperas? —bromeé—. Estás cortejándome. ¡Ahora no puedes incumplirlo!

—No se aconseja el matrimonio mientras uno esté ligado al juramento —repuso—. Tú envejecerías y yo seguiría siendo joven.

—Me da igual.

—Eso lo dices ahora, pero tu opinión podría cambiar. —En la voz de Edan percibí una nota de apremio—. Y si alguna vez perdiera mi amuleto, me convertiría de nuevo en un halcón. No sería justo para ti.

—Déjame decidir a mí qué es justo y qué no lo es.

Se dio la vuelta, me cogió de las manos y me masajé los callos de los dedos.

—Simplemente... No quiero que te arrepientas de nada, Maia. Eres joven y tienes sueños y una familia a la que cuidar. Y ahora que eres el sastre imperial, no quiero que lo eches todo por la borda por un tonto como yo.

—No dejaría de tejer por ti, Edan —dije restándole importancia—. Abriría un taller en la capital, a ser posible delante del océano. Dibujaría en la orilla y cosería todo el día. —Me acurruqué en el hueco de su hombro y apoyé la cabeza en él—. Y no eres tonto por perseguir la magia. Veo en tus ojos lo mucho que te gusta, lo suficiente para pagar un precio tan terrible. —Hice una pausa y me mordí el labio inferior—. ¿Si fueras libre la perderías?

—Los hechiceros nacen con magia —respondió—, pero sí, perdería mi sensibilidad a ella y mi capacidad para canalizar su poder, cosa que aceptaría de buen grado si eso significara estar contigo.

Tragué saliva y noté una opresión en el pecho, que, sin embargo, no resultaba del todo desagradable.

—Si fueras libre, ¿qué serías?

La profundidad de su voz desapareció y habló como el niño que

era en realidad.

—¿Si fuera libre? A lo mejor sería músico y tocaría la flauta o trabajaría con caballos en el establo de un hombre rico.

—Amas a tus caballos.

Me guiñó un ojo.

—O sería un sabio viejo, gordo y barbudo. ¿Seguirías queriéndome?

—No te imagino con barba —dije, tocándole la suave barbilla. Le deslicé los dedos por el cuello y me detuve justo antes de llegar al corazón. Volví a notar un fuerte latido en el pecho—. Pero sí, siempre.

—Bien. —Edan sonrió y le apareció un hoyuelo en la comisura izquierda de los labios—. Me encargaré de educar a los niños. Espero que sepas que quiero tener muchos. Al menos ocho.

Le di una palmada en el pecho.

—¿Ocho?

—Al fin y al cabo, yo tuve seis hermanos. Estoy acostumbrado a una familia numerosa.

Se incorporó para besarme y, pese al cansancio que reflejaba su rostro, sus ojos irradiaban una alegría que no había visto antes.

—En la capital no podríamos permitirnos ocho hijos.

—Entonces plantaré un árbol del dinero cuando volvamos al palacio.

No sabía si hablaba en serio.

—¿Un árbol del dinero?

—¿Cómo crees que se hacen ricos los hechiceros liberados? —Edan resopló—. Tengo las semillas guardadas en una trampa secreta que hay en mi habitación. Podemos utilizar el dinero para comprar una bonita mansión para nosotros, tu padre y tu hermano, y tendríamos cien sirvientes. —Parecía preocupado—. ¿Crees que a tu baba le gustaré?

—A mi baba no le importa la riqueza —dije riéndome. Me colmaba de felicidad imaginarme a Edan intentando impresionar a

Baba y hacerse amigo de Keton—. Él solo querrá que seas bueno conmigo.

—Lo seré —prometió—. Más que bueno. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño libro encuadernado en piel con una portada azul y un delgado cordel y una borla dorada para atarlo. Tenía los bordes ligeramente doblados de haberlos llevado en el bolsillo—. Para ti.

—¿Un nuevo cuaderno de bocetos?

—Lo compré en Samaran —dijo tímidamente—. Me pareció que ya casi habías terminado el tuyo.

—Qué observador eres. —Me acerqué el cuaderno a la nariz y olí el papel fresco. Luego toqué la mejilla de Edan y le seguí la línea del cabello hasta la mandíbula. Noté un pequeño escalofrío en la columna—. No sé quién debería ser mi siguiente modelo.

Edan hizo una mueca.

—Los hechiceros no solemos posar para los retratos. Somos demasiado inquietos. Sin embargo, pronto necesitaré una capa nueva. —Señaló la suya, que estaba raída—. Por si deseas agradecermelo, gran sastre.

—¿Un cuaderno por una capa? No me parece un intercambio justo.

—Es un cuaderno mágico —dijo Edan, y extendió el brazo para cogerlo.

—¿En serio? —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Mira. Cuando le das la vuelta, cae arena. —Edan sonrió de oreja a oreja y atrapó los granos dorados del desierto con la mano—. Arena, arena y más arena.

—¡Será posible!

Se puso a reír.

—Y bien, maestro Tamarin, ¿puedo contar con que me convertirás en el hechicero mejor vestido de las Siete Tierras?

Le enderecé el cuello de la camisa y chasquéé la lengua.

—Difícilmente podrás ser el hechicero mejor vestido de ninguna

tierra si ni siquiera sabes abotonarte la camisa.

—Ah.

Edan se miró la camisa con impotencia. Entre carcajadas, me dispuse a arreglársela, pero se me borró la sonrisa cuando me acercó a él.

Me temblaba todo el cuerpo, pero sobre todo los dedos cuando le desabroché los botones uno a uno y, por más que lo intenté, no era capaz de abrochárselos. Tenía palpitations cuando mis manos recorrieron su pecho, lo cual reveló una necesidad que no sabía que anidara dentro de mí.

Me puso las manos en la cintura y me besó más tiernamente que nunca.

—Gracias, maestro —murmuró.

Empezó a abotonarse la camisa, pero yo apoyé mi mano en su pecho.

Edan puso cara de sorpresa; noté que se le aceleraba el corazón y eso me complació. Me gustaba verlo así. Vulnerable y tierno. Más chico que hechicero.

Antes de que me acobardara, le quité lentamente la camisa. Edan se quedó muy quieto, casi rígido. En mi interior notaba un cosquilleo que no podía mitigar, un hambre que había estado conteniendo durante días, tal vez semanas. Se le erizó el vello cuando le acaricié el pecho con los dedos y le di unos suaves besos en el cuello.

Se le aceleró la respiración.

—Maia...

Era un susurro, casi un jadeo. Una pregunta asomó en sus labios, pero le puse un dedo encima antes de que pudiera formularla. Le desabroché el cinturón e hice lo mismo con el que sostenía mi túnica. Luego saqué los brazos de las mangas hasta que la ropa se deslizó al suelo.

El viento me soplaba en la espalda y me estremecí. De repente, me invadió la timidez. Edan me pasó la mano por la columna y me

apretó contra él. Me besó, explorando mi boca con su lengua y acariciándome las orejas y el cuello hasta que me sentí mareada y febril. Finalmente, cuando se me debilitaron las piernas y ya no podía sostenerme en pie, Edan me tumbó sobre su capa, extendida en la tierra blanda y húmeda.

Entrelazamos las piernas y nos convertimos en carne sobre carne. Toda yo ardía, la sangre cantaba descontroladamente en mis oídos y se me dispararon todos los sentidos. Sobre nosotros, las estrellas se disiparon en la neblina y el sol nos envió su luz. Nos fundimos el uno en el otro hasta que el amanecer enlazó con el anochecer, el sol dio paso a la luna y las estrellas, antes perdidas, volvieron a ser halladas.

CAPÍTULO 28

Llegamos al lago Paduan tres días después de lo previsto, pero fueron tres días que no habría cambiado por toda la magia del mundo. Reconocer mi amor por Edan fue como sucumbir a un sueño hermoso y apasionado y no querer despertar jamás. De no ser por su juramento y mi promesa al emperador, tal vez nos habríamos olvidado por completo de nosotros y nos habríamos quedado para siempre junto a aquel álamo bajo el sol.

La mañana que debíamos cruzar el lago desenrollé la alfombra sobre la hierba seca y oí a Edan posarse detrás de mí. Cada vez que lo veía, sentía a la vez felicidad y tristeza. Aún tenía un halo dorado alrededor de las pupilas. Acababa de terminar su noche como halcón.

—Buenos días —dijo, y me dio un beso en la mejilla.

La fatiga le pesaba más cada día. A veces, cuando dormía a primera hora de la mañana, tenía pesadillas y lloraba. Al despertar tenía los ojos casi blancos.

Él no parecía recordarlo y sabía que le haría daño si le preguntaba por ello.

Extendí la alfombra delante de mí.

—¿Esto servirá?

Edan examinó mi trabajo.

—Perfectamente.

—Gracias.

Flexioné las manos. No me había dado cuenta de cuánto me dolían los dedos de tejer, anudar y coser sin parar. Las tijeras mágicas ayudaban, por supuesto, pero solo hasta cierto punto.

Edan se subió las mangas y la pulsera que llevaba en la muñeca brilló ligeramente, igual que mis tijeras cuando sabían que estaba a punto de utilizarlas.

Luego se agachó y tocó los bordes de la alfombra con la yema de los dedos.

No sucedió nada. Noté que estaba nervioso, aunque intentó disimularlo. Se le pusieron los hombros tensos, frunció el ceño y no me miraba.

Finalmente, la alfombra empezó a temblar tan sutilmente que pensé que eran imaginaciones mías. Las fibras se estiraron, contoneándose y vibrando hasta que empezaron a entonar una canción. Esperaba que fuera lo bastante resistente para soportar el hechizo de Edan.

Entonces, milagro de milagros, flotó, al principio un centímetro por encima del suelo y luego cada vez más alto, hasta que me llegaba a las caderas. Ante la inverosimilitud de todo aquello, la cabeza me daba vueltas. Por más que me hubiera habituado a la magia de Edan, nunca había visto nada parecido.

—Después de ti —dijo Edan con un atisbo de triunfo en la voz.

Cuando ambos nos hubimos acomodado, la alfombra alzó el vuelo en dirección a las nubes. Me aferré al borde y contemplé los centenares de islas diminutas que salpicaban el lago Paduan, iluminadas como estrellas por la neblinosa luz del sol.

—Qué hermoso —susurré.

—No permitas que su belleza te hipnotice —me advirtió Edan—. Esta tierra está llena de magia oscura.

Costaba de imaginar. Las islas parecían cubiertas de vibrantes

árboles verdes y playas doradas. Pero, desde aquellos brutales días en el Halakmarat, confiaba en las advertencias de Edan. Aún tenía pesadillas en las que me abrasaba el sol y descubría que mi cantimplora estaba llena de arena.

Seguí la mirada de Edan en dirección a un grupo de islas envueltas en niebla. Apenas podía verlas, ya que el cielo estaba oscuro y el agua turbia. Descendimos y me agarré a una borla, satisfecha de haberme tomado la molestia de coserlas a la alfombra. Mi excitación no tardó en trocar en miedo cuando el viento cogió fuerza.

—Es demasiado delgada, ¿verdad? —grité—. ¡Estamos perdiendo el control!

—¡Ya pasará! ¡Resiste! —dijo Edan, pero algo en la alfombra se rasgó.

Solté un grito cuando atravesamos unas nubes bajas.

—¡Te tengo! —exclamó Edan, que me rodeó con el brazo.

Asiéndose a una esquina de la alfombra, la dobló mientras el viento nos arrastraba por el cielo y nos desviaba hacia un tramo de tierra oscura. La niebla era tan densa que casi no veía nada.

Las rachas de viento nos azotaban de tal manera que no sabía si volábamos hacia arriba o hacia abajo. Entonces, la alfombra dio una sacudida y empezamos a caer en picado. Se me encogió el estómago. Una tela aleteaba detrás de mí, aunque no sabía si era la capa de Edan o la mía. Vi el agua más abajo, sus profundidades hambrientas e infinitas rugiendo hacia nosotros, ahogando mis gritos.

Cogí a Edan de la mano y él empezó a gritar las mismas palabras una y otra vez hasta que se le puso la voz ronca. La alfombra viró hacia una extensión rodeada de sombras, pero el viento se lo impidió. Que nos estrelláramos en tierra firme o en el mar no cambiaba nada. La velocidad a la que nos precipitábamos era una muerte segura.

Edan levantó los brazos y la alfombra nos envolvió como un

capullo mientras descendíamos hacia la isla. Una vez que sobrevolamos tierra firme, la parte delantera de la alfombra se elevó para luchar contra el viento y empezamos a planear el tiempo justo para que yo recobrara el aliento.

Entonces volvimos a caer, esta vez hacia un árbol torcido cuyas ramas atravesaban la niebla. Nos deslizamos por el tronco y la corteza áspera rompió en pedazos los bordes de la alfombra.

Impactamos contra el suelo con un ruido sordo y las luciérnagas huyeron hacia la niebla que teníamos encima.

Tras una larga pausa, Edan se movió.

—¿Maia? —susurró volviéndose hacia mí—. ¿Estás herida?

—Creo que no. —Sentía un hormigueo en el cuello, pero podía mover la cabeza y las extremidades—. ¿Y tú?

—No tengo nada roto.

Me levanté del suelo húmedo y frío. La alfombra estaba delante de mí, maltrecha y deshilachada. Entrelacé mi brazo con el de Edan y lo ayudé a levantarse. Utilizar la magia lo había agotado y le costaba respirar.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—No quiero más encontronazos con la muerte, por favor —bromeó sin fuerzas—. No me veo capaz de salvarte otra vez.

—¿Salvarme? —repuse—. Las flechas de Vachir te habrían convertido en un alfiletero de no ser por mí y mis tijeras. Y no olvides que tú también ibas en esa alfombra.

—Cierto, cierto —dijo entre carcajadas—. Salvarnos, pues.

Contuve una sonrisa y me quité el polvo de las mangas.

—¿Es el lugar adecuado?

Edan miró a su alrededor, discerniendo cosas que quedaban fuera de mi campo de visión.

—Sí.

La isla se reveló entre la niebla y las sombras, un cementerio de árboles muertos cuyas ramas retorcidas se elevaban hacia el cielo. Aparte de las luciérnagas, los únicos signos de vida eran buitres y

cuervos. Qué raro que sus alaridos me reconfortaran en aquel silencio estremecedor.

Incluso el agua, que chocaba con la costa de la cual habíamos partido, estaba extrañamente calmada. Solo si aguzaba el oído era capaz de escuchar las olas susurrando incansablemente a lo lejos.

Entonces sopló una solitaria racha de viento que se me coló por las mangas y me llegó hasta la nuca. La niebla era densa, pero las estrellas brillaban tanto que su luz la penetraba. Parecían estar muy cerca, colgando en el cielo pese a que había despuntado el alba hacía un rato, y me desorientaba lo oscura que estaba ya la isla.

A lo lejos pude ver las sombras de las ruinas de una ciudad. Cuando me disponía a ir hacia allí, Edan me retuvo.

—No te apartes del camino —dijo—. Aquí no.

Edan se quitó la capa, pero yo me la dejé puesta. Sentía escalofríos, se me habían agarrotado los dedos y el aire gélido me calaba hasta los huesos.

La isla era más grande de lo que parecía desde arriba. Cuanto más nos adentrábamos en ella, más silenciosa era, hasta que ni siquiera los pájaros respiraban.

—¿Era así de silenciosa la última vez que viniste? —pregunté.

—Sí. —Señaló una torre situada más adelante—. Dicen que el dios de los ladrones saltó desde lo alto de esa torre para robar las estrellas. Por supuesto, en aquella época estaban mucho más cerca.

—¿Entraste?

Edan asintió.

—Fue el último rito antes de hacer el juramento. Cuando se considera que los hechiceros estamos preparados, viajamos a la Torre del Ladrón. La noche que la sangre de las estrellas cae desde el cielo, bebemos del pozo que hay allí. —Ahuecó las manos para mostrármelo—. Si sobrevivimos, la sangre nos mancha las manos y afianza el juramento. —Levantó el brazo en el que llevaba la pulsera—. Y debemos servir con magia... para bien o para mal.

—¿Cuántos no sobreviven? —pregunté.

—La sangre de las estrellas no está hecha para su consumo — dijo Edan—. Y esta isla está llena de sorpresas. —Su tono se volvió más sombrío—. Oirás cosas... puede que incluso oigas cosas que no... son de este mundo.

Tragué saliva.

—Comprendo.

—Oigas lo que oigas, no escuches a nadie salvo a ti misma — dijo en voz baja—. Son fantasmas. Te llamarán y dirán cosas que nadie más podría saber para que te acerques a ellos. No los toques.

Asentí. Ya me había advertido de eso.

—¿Y los demonios?

Edan apretó la mandíbula.

—No hay dos iguales, pero los demonios tienen poderes mágicos, mientras que los fantasmas no.

—Pero podría no haber ningún demonio aquí, ¿verdad?

—Rezo para que así sea. —Titubeó—. Ya te dije que tuve un profesor que se convirtió en demonio. Se dirigía a estas islas. — Edan me cogió de la mano—. Si sigue aquí, le interesaría más yo que tú.

—Eso no hace que me sienta mejor.

—No intento que te sientas mejor —me recordó—. Intento que sigas viva.

Cogidos de la mano, franqueamos las puertas de la ciudad. Unos edificios derruidos bordeaban lo que en su día debía de ser una calle. En los escaparates hechos añicos había carteles en un idioma que no podía leer. Por todas partes vi cristales rotos y ladrillos caídos, e incluso tazas y teteras delante de lo que debía de ser una tetería. No había huesos ni rastro de vida. Todo estaba en silencio.

Entonces empecé a oír los susurros.

¡TÚ! Hechicero... No deberías estar aquí. Da media vuelta. Ahora. AHORA MISMO.

—Edan —dije, apretujándole la mano—, ¿has oído eso?

El cuerpo de Edan estaba tenso como la cuerda de un arco.

—Sigue caminando —dijo—. Ignora todo lo que oigas. Se alimentan del miedo.

Apreté el paso.

Da media vuelta, hechicero. Da media vuelta ahora o quédate para siempre.

Puede que la chica se quede con nosotros. Esto le gustará más que a ti.

Se me aceleró el corazón. Edan me agarró fuerte de la mano y eso ayudó. Respiré profundamente y me concentré en la torre que se elevaba más adelante.

Recortándose contra el cielo crepuscular, la Torre del Ladrón parecía un faro, pero en lo alto no había luz ni esperanza. Sus piedras eran uniformes y rectas, como los granos de una mazorca mustia e incólume a la destrucción que nos rodeaba.

Avanzamos sin tregua, paso a paso, hasta que pude distinguir las estatuas agachadas junto a la puerta. Deduje que eran del dios de los ladrones. Debido a luz que atravesaba la neblina, parecía que les brillaran los ojos.

Maia, Maia, estás aquí.

Me quedé quieta. Habría reconocido aquella voz en cualquier lugar.

Maia, el desayuno está listo. ¿No vienes? Pruébalo.

Olfateé en contra de mi voluntad. La fragancia a gachas de pollo con masa frita flotaba silenciosamente en el aire. Aquel olor era tan tentador, tan real...

No podía moverme. Me pesaban las piernas.

—¿Qué te pasa? —Edan me cogió de la mano y tiró de ella—. No dejes de caminar.

Lo seguí dando tumbos.

—Era la voz de mi madre.

—No lo era. Recuerda lo que te dije.

—Se parecía mucho a la suya.

Edan me dio otro tirón.

—No era ella.

Su tono era firme.

¡Maia! Nos has encontrado.

Noté que estaba poniéndome pálida.

—Finlei —susurré.

Cuando me disponía a darme la vuelta, Edan me agarró de los hombros.

—No mires atrás. Prométemelo, Maia. Tienes que ignorarlos.

Lo miré confusa.

—¿Tú los oyes? —susurré.

Edan me cogió de la mano.

—Maia —dijo con brusquedad e impaciencia—, no son los fantasmas de tu familia. Intentan engañarte. Sé fuerte.

Fruncí los labios. Notaba la palma de la mano sudorosa e intenté apartarla, pero Edan no me soltaba. «Soy fuerte —pensé—. Siempre lo he sido».

—Maia, Maia, mi niña —dijo la voz de mi madre—. No le escuches. Está mintiendo.

—Maia. —Ahora era Sendo quien hablaba—. Ven con nosotros.

Me llamaban una y otra vez. Mama, Finlei y Sendo.

—¿Por qué nos ignoras, Maia? Querida hermana, háblanos. Ven con nosotros.

¡Cómo deseaba correr hacia ellos! Pero Edan no me dejaba, y recordé sus advertencias sobre los fantasmas.

—No me sueltes hasta que sea estrictamente necesario —le susurré.

Edan asintió. Parecía muy cansado, muy débil. ¿Qué estaba consumiéndolo? ¿Qué me había ocultado?

Seguimos caminando sobre escombros. Había mucha sal en el aire; sal, polvo y poco más. El olor de las gachas de pollo de Mama había desaparecido.

Edan me sacudió el brazo.

—Maia —dijo—, háblame de tus hermanos.

Intentaba distraerme de los fantasmas. Tragué saliva al imaginar a mis hermanos. Mis hermanos de verdad. Pensar en ellos era muy doloroso.

—Finlei... Finlei era el líder. El valiente. —Me temblaba la voz—. Sendo era el soñador. —Edan me apretó la mano para animarme a continuar—. Keton era el bromista, el divertido... aunque cuando volvió de la guerra no lo era tanto.

—¿Y tú?

—Yo era la obediente.

—No —respondió Edan—. Tú eres la fuerte.

La fuerte, la que mantenía unidas las costuras de mi familia.

Respiré hondo con la esperanza de que eso fuera suficiente.

Al momento llegamos a la entrada de la Torre del Ladrón. El aire era hueco, mortíferamente inmóvil.

—Te espero aquí —dijo Edan, que encendió una vela y me la dio.

La llama titiló a pesar de que no había viento.

—¿Qué hago?

—Es el noveno día del noveno mes —dijo Edan—. El sol está alto, esperando a que aparezca la luna. Una vez al año, ambos se reúnen en un momento precioso, conectados por un puente de luz estelar. —Abrió la palma de la mano para mostrarme la tercera nuez—. Cuando el puente se derrumbe, las estrellas sangrarán polvo celestial y parte de él caerá en el pozo situado en lo alto de la torre. Recoge todo el que puedas.

Cuando me disponía a entrar, Edan me agarró de la manga. Tenía una mirada salvaje y la piel tan lívida que me preocupaba que se desmayara.

—Busca solo la sangre de las estrellas —dijo con aspereza—. No te dejes tentar por nada más.

—Edan, ¿estás bien? —pregunté con cara de preocupación.

—Lo estaré —susurró—. Cuando vuelvas conmigo. —Me besó

delicadamente en la mejilla—. Eres fuerte. —Consiguió sonreír, aunque simplemente había arqueado los labios—. Ve a buscar las estrellas.

Subí las escaleras hasta la base de la torre. Mis pasos resonaban en la noche, el sonido más solitario que había oído nunca. No había puerta, así que entré en una sala redonda y vacía, sin techo. Parecía que estuviera dentro de una bobina de hilo. Tampoco había ventanas y las paredes no tenían bordes ni esquinas.

¿Dónde estaban las escaleras para subir? La habitación parecía alargarse cuanto más me adentraba en ella. Su quietud me recordaba a un templo, pero no había deidades a las que adorar, ni tampoco incienso ni ofrendas. Y ya no me sentía sola.

No, oía voces. Voces que resonaban... desde dentro de las paredes.

Se me heló la sangre. Reconocí la voz de Sendo. Estaba cantando: *Había una vez una niña de azul, su cabello más negro que la noche.*

—Sendo —susurré.

Ahora caminaba rápido, casi corriendo.

La chica de azul se enamoró del océano.

Paré y di media vuelta.

Allí, en lo alto de una escalera, estaba mi hermano.

—No —susurré—. No eres real.

—Maia, ¿recuerdas cuando nos sentábamos en el muelle y te contaba historias sobre hadas y fantasmas?

—Sí, lo recuerdo.

—Echo de menos esos tiempos. —Sendo empezó a desvanecerse en las escaleras y su voz sonaba lejana—. ¿Vienes conmigo? No me dejes, Maia. Aquí me siento muy solo.

Cuando empecé a subir, las estrellas se movieron y la luna salió de la niebla. Era una esfera tenue pero luminosa, una canica de un blanco reluciente que ascendía lentamente para reunirse con el sol.

Durante la subida ocurrió algo asombroso y horrible. La sala cambió. Habían desaparecido las piedras grises pulidas, el olor a húmedo y el polvo de los escombros.

Estaba en casa.

Primero la olí. El incienso de Baba: clavo, anís estrella, sándalo y canela. El incienso de Baba siempre llevaba mucha canela. Inspiré y dejé que el aroma me envolviera por completo.

Me di la vuelta. No, aquel no era nuestro taller de Puerto Kamalan. Era demasiado grande y había demasiada gente. Aquello era Gangsun. Ahora veía a Baba hablando con los clientes en el mostrador y Finlei estaba en la trastienda discutiendo con nuestro proveedor por un brocado turquesa al que aparentemente le habían bordado las flores equivocadas.

En la esquina había un bastidor de bordado. Ah, yo casi había terminado de hacerle un bolso a lady Tainak. Quería que le bordara una escena de las Tres Grandes Bellezas. Aún tenía que acabar la que tocaba el laúd. La cara era difícil; nunca se me había dado bien bordar narices.

Pero ¿dónde estaban Keton y Sendo?

Entré en el taller de Baba y deslicé los dedos sobre el inventario de sedas, satenes y brocados.

Sendo debía de estar escondido en algún sitio con la cabeza metida en un libro de patrones y una historia de aventuras escondida entre sus páginas, por supuesto.

—¡Maia! —gritó alguien.

La voz era profunda y conocida, pero lejana.

Miré por el escaparate y vi un halcón. Sus ojos amarillos brillaban como llamas fervientes. Soltó un pequeño gañido, pero cayó en el olvido cuando el viento se lo llevó.

CAPÍTULO 29

Todos mis temores desaparecieron cuando me adentré en el taller de Baba. Avancé lentamente, impregnándome de todo: los mostradores de madera recién limpiados, el corte estrecho de los pantalones de Baba, los jarrones de porcelana azul llenos de orquídeas y lirios frescos y las chaquetas de satén colgadas en el muro sudoeste.

¡Y los vestidos! Había al menos una docena de hermosos vestidos listos para que los recogieran sus dueñas. Eran extraordinarios. Las faldas resplandecían cual faroles y las mangas eran ligeras y finas, embellecidas con seda bordada.

¿Había ayudado a hacer alguno de ellos? No me acordaba.

Apreté el paso. Tenía que encontrar a Sendo. ¿Dónde estaba?

El aroma de las gachas de Mama volvió. Planeaba sobre la tienda y me provocaba espasmos en el estómago. Seguí el olor hacia la sala de tejido, pero Finlei me pidió que me apartara de los telares.

—Maia —dijo—, vamos al mercado.

Me volví hacia mi hermano mayor.

—¿Ahora?

—Ahora, claro. ¡Aprovecha el viento, Maia! Ha llegado una

nueva remesa de lana de Samaran que supuestamente es más suave que una pezuña de camello. Si llegamos pronto, podremos comprarla antes de que se nos adelante la competencia. —Me lanzó una mirada protectora—. Y puedes enseñarme a ese rufián que según Keton siempre te molesta en los alrededores del templo.

Me puse a reír.

—Sé cuidar de mí misma, Finlei. —Aunque me tentaba acompañarlo, retrocedí—. Tú solo estás deseando salir del taller. Vete. Iré a buscarte cuando haya saludado a todo el mundo.

Empujé un tablero de palisandro, atravesé una sala en la que las empleadas estaban afanándose con las ruecas y entré en la cocina. Keton estaba allí fregando platos. Sin duda, era un castigo por algo que había hecho aquella mañana. Del bolsillo trasero le sobresalía un tallo de caña de azúcar. Tuve la tentación de decirle que lo escondiera antes de que lo viese Mama; no le gustaba que satisficiera su afición al dulce. Pero no se dio la vuelta para saludarme, así que lo dejé tranquilo y seguí adentrándome en la cocina.

—Mama —dije en voz baja.

—Pronto estará lista la comida —respondió ella secándose las manos con el delantal.

Detrás de ella hervía una olla grande y saboreé el olor a pollo con col y pez salado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté.

—No, no —dijo Mama, que vertió un poco de vino de arroz en la olla y la tapó—. Tengo a las doncellas. Ahora están cociendo bollos de coco y hojaldre de ñame. Tus favoritos.

Luego se puso a freír cerdo con col y echó un huevo con sal en la sartén. El aceite salpicaba y me llegó el humo a la nariz. Inhalé con voracidad.

—¿Tienes hambre?

Me hacía ruido el estómago.

—Estoy famélica.

—Bien —dijo Mama imponiéndose al chisporroteo de la carne—. Asegúrate de que Baba come. Ha estado trabajando tanto que se olvida de las comidas.

Mama se puso a reír y luego se dio la vuelta.

¿Por qué parecía que hacía años que no veía su cara? Casi no la reconocía: las suaves pecas de la nariz y las mejillas, la ondulación de su melena negra y sus ojos redondos y alegres. Dio un paso hacia mí con los brazos abiertos.

Nada me apetecía más que abrazarla, pero, por alguna razón, me contuve.

—¿Sabes dónde está Sendo?

—Está arriba —dijo Mama.

¿Había una escalera en el taller de Baba?

—¿Arriba?

Mama hizo que no me oía. Metió un cucharón en la olla, removió y me dio a probar.

—Ven, Maia. Prueba esto.

—Luego, Mama.

Negué con la cabeza, todavía confusa por aquella misteriosa escalera. Pero, cuando salí de la cocina, allí estaba. Era empinada y desigual y me agarré al pasamanos al subir. Había muchos más escalones de los que debería. Sobresalían tanto de la tienda que ya no podía oler la comida de Mama.

Me pesaban las piernas y me faltaba el aliento, pero unos cánticos y el suave rasgueo de un laúd me atrajeron con la promesa de que la búsqueda no sería en vano.

Al este del sol relucen los mares de zafiro. Baila conmigo, canta conmigo...

Me puse a tararear. Conocía la melodía, pero siempre olvidaba la letra.

Igual que Edan. Negué con la cabeza. ¿Quién diablos era Edan?

La canción sonaba cada vez más fuerte y finalmente llegué a lo alto de las escaleras, donde me esperaba un estrecho pasillo.

Conocía aquel lugar, sí. La habitación de mis padres estaba a la derecha, lo cual significaba que la de Sendo estaba...

Giré a la izquierda y apoyé la mano en la puerta para abrirla.

El cántico cesó y me dio un vuelco el corazón.

Allí estaba Sendo. Vivo. Respirando. Entero.

Me sentí aliviada. Después, el alivio dio paso a la sorpresa y, fuera cual fuera la cuerda que me ataba a la tierra, se rompió y me elevé de felicidad.

Pues claro que estaba vivo. ¿Por qué iba a pensar que no? Sus cálidos ojos marrones parpadearon, tan reales como el polvo con el que jugábamos al lado del taller, como también lo eran sus pecas y la cicatriz dentada que se había hecho en el pulgar con unas tijeras. Aquel era mi Sendo.

Quería tocarlo, extender los dedos y acariciarle la barba incipiente que llevaba en la barbilla. Quería sentarme a sus pies y escuchar sus historias sobre los marineros y mercaderes que habían pasado por el taller de Baba desde que me fui. Quería que todo fuera como antes, pero algo me retenía. Quizá era el miedo a que desapareciera si me acercaba demasiado. Por más que quisiera, era incapaz de recordar por qué tenía miedo.

—¿No deberías estar trabajando en esa bufanda para lord Belang? —bromeó Sendo.

Su voz me sobresaltó. Intenté acallar las emociones que se arremolinaban en mi interior, pero se me quebró un poco la voz al hablar.

—¿La de...? ¿La de las borlas? —Retorcí los dedos al recordar algo sobre unas borlas. Una alfombra. Decidí no pensar en ello—. Odio anudar. Puedo hacerlo después de comer.

Sendo sostenía un laúd de panza redondeada. Ignoraba que supiera tocarlo. Llevaba un gorro de marinero ladeado, como una cuchara sopera a punto de deslizarse por la pendiente desigual de su cabello negro. Al verlo, algo en mí se derritió.

—¿Desde cuándo tocas el laúd?

—¿No te acuerdas? —dijo—. Me lo regalaste por mi cumpleaños. He practicado a diario desde entonces.

Ahora me acordaba. Baba me había dejado atender a mi primer cliente y pude quedarme el dinero que gané con el encargo. Me había alcanzado para comprar regalos para mis padres y mis hermanos. Para mí no había comprado nada.

Me senté en su cama con las piernas cruzadas. Desde la ventana, una brisa me rozó los brazos.

—Alguien tiene que aportar entretenimiento en un barco —dijo Sendo rasgueando las cuerdas de nuevo—. ¿Por qué no puedo ser yo? Sé escribir poesía y cantar. Y sé hacer nudos mejor que nadie en Gangsun.

—Esos nudos son muy distintos a los marineros —repuse con dulzura—. Además, Baba nunca permitirá que seas marinero.

—No me necesita en el taller —insistió Sendo—. El negocio va muy bien. Ahora tenemos doce empleados. —Inmovilizó las cuerdas del laúd con los dedos—. ¿Hablarás con él?

Me ablandé. Verlo me rompió el corazón, como si lleváramos mucho tiempo separados.

—Por ti haría cualquier cosa.

—Gracias —dijo.

Hice ademán de levantarme, pero Sendo ladeó la cabeza y arqueó sus cejas pobladas.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Acércate más.

Vacilé de nuevo. ¿Qué me retenía?

Sendo dejó el laúd encima de la cama.

—¿Por qué llevas una daga, Maia?

Agaché la cabeza. Llevaba mi habitual vestido azul marino con una faja para las agujas y las tijeras. Pero Sendo tenía razón: también llevaba la daga en el costado.

Me resultaba familiar, pero el recuerdo se balanceaba al borde de mis pensamientos, listo para desaparecer y no ser recuperado

nunca más.

Me mordí el labio.

—No lo sé.

—Dámela —dijo Sendo.

Se la entregué obedientemente. Mi hermano se levantó y fue hacia la ventana. Yo lo seguí y me deleité en la cálida luz del sol. Hacía un día perfecto. Veía los carromatos de los mercaderes aparcados en la calle y a los niños haciendo volar cometas con forma de dragón.

Sendo volteó el cordel de seda de la daga.

—Parece valiosa. La empuñadura es de nogal y la vaina está decorada con piedra de plata. Yo diría que es un meteorito.

—¿Un meteorito? —dije—. ¿De las estrellas?

Se me encogió de nuevo el estómago y tuve la sensación de que había olvidado algo. Sendo intentó desenvainar la daga, pero no podía.

—Déjame intentarlo a mí —dije.

La daga era ligera en mis manos y el cordel estaba manchado de arena, lo cual era extraño porque no recordaba que se me hubiera caído. Aunque, bien mirado, apenas recordaba nada sobre aquella daga.

—Jinn —murmuré, y pude desenvainarla.

La hoja, mitad hierro y mitad meteorito, centelleó a la luz del sol y estuvo a punto de cegarme.

Me protegí los ojos y Sendo me la arrebató.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó impresionado—. Has dicho algo.

Me encogí de hombros.

—Cosas sin sentido. Supongo que es para desbloquear la vaina.

Sendo observó ambos lados de la hoja a la luz de una vela. La parte metálica relucía un poco, mientras que el filo de piedra irradiaba tanta luz que tuvo que taparse los ojos.

—Nunca había visto una cuchilla de doble filo como esta. ¿Te la

ha regalado alguien?

La pregunta me cogió por sorpresa.

—No... No lo sé.

—No se la enseñes a Keton —dijo, y luego la envainó y la dejó encima de una mesa que tenía al lado—. No te la devolverá.

El cielo se oscureció de repente. Hacía solo unos minutos, el sol bañaba el taller de Baba, pero ahora se cernía sobre nosotros la noche. Más arriba, unas densas nubes tapaban la luna, pero vi que estaba llena y brillante, como si sostuviera una red de estrellas y estuvieran a punto de estallar en el cielo.

—No vas a abandonarnos, ¿verdad? —dijo Sendo.

—¿Abandonaros? —repetí—. ¿Adónde voy a ir?

—Hoy tienes una memoria terrible, Maia. El emperador te invitó a ser su sastre. Se supone que debes decidirte hoy. Por eso Mama está cocinando para ti. No quiere que te vayas. Y yo tampoco.

—¿El emperador? —repetí parpadeando—. ¿Y las estrellas...?

¿Qué había olvidado?

—¿Maia? —Sendo hizo una mueca con los labios que no había visto nunca y su tono se volvió grueso y un tanto impaciente—. Maia, ¿me estás escuchando?

Sendo nunca se impacientaba.

—¿Qué pasa?

—Tienes que tomar una decisión. ¿Te quedas o te vas?

—No quiero dejar a la familia...

—Entonces no lo hagas —repuso con brusquedad—. Quédate.

Miré al suelo y luego levanté la cabeza. Alguien me había dicho que renunciara a ese mal hábito. ¿Quién había sido? ¿Keton? ¿Por qué iba a decirme tal cosa? Nunca me hablaba a menos que fuera para gastarme una broma. Pero recordaba su voz. Parecía muy triste. Muy adulto.

—Se te ve alicaída —dijo abriendo los brazos—. Ven aquí, hermana.

Me acerqué a él.

—Espera —dije frunciendo el ceño—. Se supone que no debo tocarte.

Sendo se puso a reír, pero no eran sus habituales carcajadas despreocupadas. Intuí cierta irritación en ellas.

—¿Qué?

Me esforcé en recordar. «Creo que hay algo que debía...».

Una racha de viento me acarició el pelo. Miré fuera y vi un pájaro negro con la punta de las alas blancas. Un halcón.

Dentro de mí se removió algo.

—Edan.

—¿Qué has dicho?

—Edan —susurré de nuevo.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué no podía recordarlo?

Sendo avanzó lentamente hacia mí. Había desenvainado la daga y me apuntó con ella.

—Hermanita, estás muy rara.

En las paredes se movían unas sombras. El sol había desaparecido, pero también la luna y las estrellas.

—Sendo... —dije—. Ha oscurecido. —Mi voz era casi inaudible—. Me voy.

Mi hermano se situó delante de la puerta para impedirme pasar.

—Tú no vas a ninguna parte.

El laúd desapareció, al igual que la ventana, la cama y el pequeño taburete de bambú que había junto a su cómoda, como si nunca hubieran estado allí.

Entonces se le hundieron los ojos en el cráneo emitiendo un resplandor rojo. En la oscuridad parecían rubíes rojos como la sangre.

Contuve un grito.

—¡Tú no eres Sendo!

—No —respondió una voz ronca.

La piel de mi hermano se marchitó ante mí y le creció una melena alborotada. Tenía la piel cubierta de pelo gris y se le

doblaron los párpados hacia dentro. Las pupilas quedaron reducidas a cuentas diminutas, como las de un lobo. La túnica se volvió blanca como un hueso y del cuello le colgaba un amuleto negro con una grieta en medio.

A mi alrededor, las paredes de la habitación quedaron desenfocadas y acabaron desapareciendo. No eran más que alucinaciones. Estaba en el exterior, en las murallas de la Torre del Ladrón. Había estado fuera en todo momento.

—Eres un fantasma —susurré.

Me atenazó la tristeza. Tristeza por mi familia, por Sendo, por que el sueño de que todos fuéramos felices de nuevo se hubiera desintegrado de repente.

La conmoción me quemaba por dentro, pero mi aliento era frío.

—Esas otras criaturas eran fantasmas —dijo Sendo, que soltó la daga de Edan. Con aquellas garras no la necesitaba. Eran curvadas, con unas puntas afiladas como cuchillas que podían hacerme trizas la piel—. Yo soy algo completamente distinto.

CAPÍTULO 30

Me alejé del demonio que había adoptado la forma de Sendo, retrocediendo hasta que topé con el parapeto. Me hice un rasguño en los codos con la piedra. Miré abajo y allí estaba el lago Paduan, con sus aguas removiéndose violentamente. Era una caída terrible, pero podía sobrevivir si no chocaba con las rocas.

El demonio se echó a reír.

—La pequeña Maia, perdida y sola. ¿Creías que tu familia se había reunido otra vez? —dijo con desprecio—. Qué chica más tonta. Te lo tragaste como si nada. Los otros suelen resistirse más.

Me mordí el labio y contuve un sollozo. Anhelaba tener a toda mi familia y lo usó en mi contra.

—¿Cómo sabes tanto sobre mí?

—Yo lo sé todo —repuso el demonio—. Quieres ser el mejor sastre del país. Quieres ser amada por tu hechicero. Quieres salvar lo que queda de tu familia, ver a tu padre feliz y a tu hermano caminando de nuevo. —Me miró con sus ojos rojos—. No puedes tenerlo todo, pero eso ya lo sabías, ¿no? Te diste cuenta cuando murieron tus hermanos mayores. Todas esas noches rezando por verlos otra vez. —Levantó una garra—. Permíteme concederte ese deseo.

Me agaché justo antes de que se abalanzara sobre mí y logré esquivarlo por poco.

La sangre se me acumuló en la cabeza. La daga de Edan relució detrás de mí, cerca de la escalera de piedra que llevaba a lo alto de la torre. Corrí hacia ella, la desenvainé y subí los escalones tan rápido como me permitieron los pies. No sabía qué era aquel demonio, pero escalando el Pico del Hacedor de Lluvia aprendí a no dejarme dominar por el miedo. Si lo hacía, estaría perdida. Subí y subí.

La parte superior de la torre estaba vacía, salvo por un pozo de piedra en el centro. Encima de mí, el sol y la luna estaban uno al lado del otro. El puente que los conectaba describía un arco en el cielo, una vena de plata brillante. Cuando se derrumbara, la sangre de las estrellas gotearía en el pozo.

Todavía jadeando, me asomé. En su interior se abría un abismo negro tan profundo como la propia torre. Recé por que la sangre de las estrellas cayera pronto.

Reaccioné al oír algo raspando. Eran cuchillos contra la piedra.

El demonio me había seguido. Sus garras rechinaban contra el lateral de la torre y, con los ojos brillando, dio un salto y cayó al otro lado del pozo.

Se puso a reír cuando levanté la daga.

—Casi no sabes utilizarla.

«Un filo es mejor contra un hombre —había dicho Edan—. El otro está hecho de meteorito y es mejor contra criaturas con las que espero que no tropecemos».

Mantuve el arma cerca de mí. El filo de meteorito empezó a brillar y la mirada del demonio se volvió despiadada. Luego se abalanzó sobre mí y me aparté gritando. No sabía cómo atacarlo. A veces era ligero como el aire y a veces sólido como el hierro. Se agachó encima del pozo, dio un salto y me bloqueaba el paso cada vez que me acercaba. Riéndose. Jugando conmigo.

Era un juego que yo no podía ganar. Era demasiado rápido. El

mero hecho de evitar sus garras me hacía jadear de terror. Tendría que atacar pronto, antes de que me venciera el agotamiento.

Paré de correr y miré al demonio ondeando la daga con todas mis fuerzas. Parecía sorprendido, pero solo por un segundo. Se retorció y fallé, pero el meteorito le atravesó la cadena del amuleto. Lo agarré y se lo arranqué del cuello.

El demonio retrocedió. Sus ojos seguían brillando de rabia, pero no hizo ademán de atacar.

—Devuélvemelo —exigió. Sus garras se retrajeron y su voz volvía a ser dulce, casi melosa, como la de mi madre—. Devuélvemelo, Maia.

Me replegué hasta llegar al pozo. Encima de mí, el puente brillante que unía el sol y la luna se derrumbó con un gran destello y la noche se cubrió de un manto blanco que inundó el cielo de luz, aunque no duró mucho. La oscuridad regresó y la sangre de las estrellas empezó a caer, como fuegos artificiales de polvo plateado que se precipitaban como gotas de lluvia. Las piedras del pozo retumbaban y empezaron a temblar y la tenue luz que emanaba de sus entrañas era cada vez más intensa.

—No tienes donde ir —gruñó el demonio—. Devuélvemelo y no te mataré.

Con una mano blandí el filo de meteorito y con la otra sostuve el amuleto encima del pozo.

—Un paso más y lo tiraré.

El demonio volvió a asumir la voz de Sendo, sabiendo que eso me atormentaría.

—Los fantasmas te matarán antes de permitir que te vayas con la sangre de las estrellas. Devuélveme el amuleto y te daré un salvoconducto para salir de esta isla.

—¿Un salvoconducto? —le espeté—. Has intentado matarme.

—Dame el amuleto y te dejaré marchar. —Hizo una pausa deliberada—. O puedo darte algo que tu corazón ansía.

Me costaba respirar.

—¿Qué sabes tú de mi corazón?

—Edan —susurró el demonio—. Le amas y, sin embargo, hizo un juramento que no puede romper. Entrégame el amuleto y desharé el juramento.

Vacilé.

—¿Cómo?

—Déjame enseñártelo —dijo, y se acercó con la elegancia letal de un lobo—. Pero devuélveme el amuleto.

Estaba indecisa. «¿Te has vuelto loca, Maia? No puedes confiar en un demonio».

Pero ¿y si decía la verdad? ¿Y si podía liberar a Edan? Podríamos estar juntos.

«¡Escúchate! —me gritó la parte lógica de mi cerebro—. El demonio te está manipulando. Si no coges ahora mismo la sangre de las estrellas, nunca habrá paz para A'landi. Morirán miles de personas. Tendrás las manos manchadas de sangre».

Pero Edan...

Encontraremos la manera».

—Yo no negocio con demonios —dije con un temblor en la voz.

—Es una lástima —repuso el demonio—. Estaba deseando liberar a Edan. La muerte sería un regalo para él después de haber prestado sus servicios durante cientos de años.

Un escalofrío me recorrió la nuca. El demonio habría matado a Edan. ¡Había intentado engañarme otra vez!

El odio me espesó la sangre. Se acabó. Con el corazón palpitando a toda velocidad y los dedos temblorosos, abrí la nuez, me asomé al pozo y extendí el brazo hacia el reluciente líquido plateado. ¡Solo un centímetro más!

La sombra del demonio se cernió sobre mí. Al notar su aliento gélido me sobresalté y la nuez cayó dentro del pozo.

—¡No! —grité.

La desesperación me retorció las entrañas y el demonio soltó una carcajada.

—Qué chica más inútil —murmuró negando con la cabeza.

En la palma de su mano apareció un pequeño vial y me lo tendió. Sus afiladas uñas brillaban.

Agarré el amuleto con más fuerza y estudié su rugosa superficie negra, que tenía arañazos y muescas. Probablemente tenía cientos de años de antigüedad, tal vez más. Se parecía a uno que llevaba el emperador Khanujin, pero con un lobo en lugar de un halcón.

Lo miré furiosa. Necesitaba el vial desesperadamente.

—De acuerdo.

Le arrojé el amuleto con todas mis fuerzas. El demonio levantó las garras para cogerlo y, en un momento de locura, me abalancé sobre él y le hundí la daga en el hombro. Su grito de angustia me heló la sangre.

Luego salté para salvar el vial antes de que se hiciera añicos contra el suelo. El pozo estaba casi a rebosar, así que llené el vial tan rápido como pude. Debería haber salido corriendo inmediatamente, pero el cristal brillaba con una intensidad que me hipnotizó.

La sangre de las estrellas.

Me acerqué más y contemplé sus relucientes profundidades. Habría sido fácil mirarlas para siempre, cautivada por sus colores cambiantes. ¿Cuántos hombres habían muerto intentando conseguir aquella sustancia impagable? Pero aún no había escapado, así que cerré el vial, me di la vuelta y eché a correr...

Directa a los brazos del demonio.

Había vuelto. De la herida del hombro le brotaba una sangre negra y sedosa, pero ya estaba sanando en un remolino de humo y sombras. Intenté huir, pero se interpuso en mi camino y me agarró del cuello con sus garras. La sacudida fue como un relámpago. Me atravesó todo el cuerpo, me hervía en las venas y silenció mis pensamientos y mis nervios. Se me cayó la daga y el repiqueteo de la hoja de doble filo contra el suelo de piedra sonó a mil kilómetros de distancia.

Se me espesó la sangre. No veía nada, ni el cielo inundado de brillantes estrellas ni los horribles ojos rojos del demonio que tenía delante.

Se rio en mi oreja y me acercó a él.

—No irás a ninguna parte —susurró—. Mis fantasmas tienen hambre. ¿No los oyes gemir?

Oía los aullidos, pero creía que era el viento. Cerré los ojos, y habría deseado poder cerrar también los oídos. Me retorcí y di patadas al aire, arañando al demonio en la cara para zafarme de él, pero era demasiado fuerte.

—Hacía mucho que no tenía visitas —dijo—. Especialmente una con unos recuerdos tan dulces. ¿No te gustaría quedarte con mis fantasmas, Maia? Podríais volver a ser una familia feliz. —Me apretó el cuello justo donde notaba el pulso. Jadeé y mi corazón se detuvo momentáneamente—. Los fantasmas devoran los recuerdos. ¿No te lo dijo Edan? Un roce y te arrebatan el pasado. Lo olvidas todo y te conviertes en uno de ellos. —Apretó más fuerte y resollé. No podía respirar—. ¿O debería conservarte para mí? Los demonios te devoran lentamente, pedazo a pedazo, recuerdo a recuerdo, hasta que no eres nada.

Estaba demasiado débil para seguir luchando con el demonio y mis brazos cayeron flácidos. Pero las tijeras palpitaban a la altura de mi cadera y, con un último impulso, las saqué y hundí las hojas en el corazón del demonio, que soltó un grito horripilante.

Esta vez no me quedé quieta. En cuanto me soltó y su terrible forma se convirtió en humo y sus huesos en cenizas, me fui de allí.

Cogí la daga y bajé de la torre. Mis pies se movían más rápido que mi respiración. Los fantasmas empezaron a elevarse, susurrándome y tentándome. Los sonidos me perseguían tan de cerca que resonaban en mis oídos.

El meteorito de la daga brillaba y la sostuve en alto. Su magia era la mejor defensa de la que disponía.

Más abajo me esperaba una horda fantasmagórica, toda

cabellos blancos y ojos rojos y húmedos que se les salían de las cuencas. Sus gritos me perforaron la piel y resonaban de tal manera en mis huesos que creía que iban a quebrarse.

No pensaba rendirme. No pensaba tocarlos.

Salí a toda prisa de la torre y bajé los escalones que conducían a la ciudad abandonada. Pero no había forma de salir de la isla. No había donde correr. Entonces...

Edan. Sus grandes alas oscilaban contra el viento y, no sé cómo, había conseguido arrastrar la alfombra con el pico. El peso lo entorpecía y aleteaba con fuerza para mantenerse en el aire. Cuando se acercó lo suficiente, la soltó delante de mí y graznó.

Los bordes de la alfombra estaban deshilachados y el resto de la superficie, andrajoso y hecho jirones. Le di una patada para intentar despertarla, pero no ocurrió nada.

Me temblaban los dedos cuando saqué las tijeras y empecé a arreglar los agujeros y rasgaduras para insuflarle vida. «Vuela, por favor. Vuela, por favor».

Edan me rodeó y esperó. «Dioses, no hay manera de salir de aquí». Entonces vi a los fantasmas a mi alrededor.

Los hilos formaban círculos y nudos debajo de las tijeras y corté y corté tan rápido como me permitían los dedos. Detrás de mí, la noche volvió a quedarse en silencio.

Me ardían los dedos mientras anudaba frenéticamente las borlas con la magia de las tijeras. Finalmente, la alfombra cobró vida y salté encima.

—¡Vuela! —le grité—. ¡Vuela!

La alfombra empezó a elevarse, pero tenía a los fantasmas encima. Envueltos en un coro de susurros y chillidos, avanzaron con sus brazos largos y esqueléticos extendidos. Estaban tan cerca que veía el vacío de sus ojos, las bocas abiertas y sus lenguas delgadas y largas como las de una serpiente.

—QUÉDATE, Maia. ¿No quieres estar con tu familia para siempre? QUÉDATE CON NOSOTROS.

Blandí la daga en todas direcciones y por un momento logré contener a los fantasmas.

Pero había demasiados. No podía frenarlos a todos.

Desesperada, busqué en los bolsillos cualquier cosa que pudiera ayudar. Me pinchaba con los alfileres, pero seguí buscando en el bolsillo de la capa y en la túnica. Estaba a punto de tirar la toalla cuando rocé la nuez que contenía la luz del sol.

Primero afloró la esperanza y luego el coraje.

Me arranqué un trozo de manga, me tapé los ojos con ella y abrí la cáscara. Con un segundo bastaría.

La luz del sol estalló sobre la torre y los fantasmas se pusieron a gritar. La alfombra se elevó. Me agarré a sus harapientas fibras y me asomé por encima del borde para ver cómo desaparecían una a una las Islas Olvidadas como velas apagadas por la niebla hasta que finalmente perdí de vista el lago Paduan.

CAPÍTULO 31

Volamos hasta el amanecer y aterrizamos en un claro cerca de los caballos. El cielo estaba teñido de un gris tumultuoso, denso y preñado de lluvia. Pero el joven sol se filtraba entre las nubes y disfruté de su luz acuosa.

No tenía ni idea de a dónde íbamos, pero no me importaba. Me conformaba con estar lejos de aquella desdichada isla. Ni siquiera me preocupaba el sol, cuyos bordes se volvían más oscuros y rojos con el paso de las horas. Prefería enfrentarme a la ira de Khanujin que a las criaturas de Lapzur.

Edan adoptó su forma humana tumbado en el suelo. Abrió los ojos y se incorporó repentinamente.

—¿Estás...?

—Estoy bien —mentí antes de que pudiera acabar la frase.

No lo estaba. Lo que había visto en aquella isla aún me encogía el corazón. Mama, Finlei y Sendo vivos... Odiaba al demonio por haber retorcido mis preciados recuerdos y por reabrir una herida que tanto me había costado cerrar.

Una vocecita interior me animaba a relatarle a Edan mi encuentro con el demonio. Todavía sentía sus garras en el cuello. Sí, me había tocado, pero no había sucedido nada. Lo había

derrotado. Aún podía oír su terrible grito y tenía grabada a fuego la imagen de sus huesos calcinados.

—Estoy bien —repetí. Miré a Edan y apoyé la cabeza en un recoveco especial de su hombro. Tenía muchas preguntas que hacerle, pero no me salían las palabras, así que dije—: Tenías razón. Era la más difícil de las tres.

—Es diferente para todos —dijo pausadamente—. ¿Qué has visto?

Me toqué la frente. Me ardían las yemas de los dedos y sentía un hormigueo en todo el cuerpo. Edan se pondría sumamente dramático si se lo contaba, así que no lo hice. Sin duda, era fruto del agotamiento.

—A Finlei y Sendo. Y a mi madre. Seguían vivos y éramos todos muy felices. Baba también estaba contento y aún tejía. —Me costaba hablar a causa de la emoción y notaba la garganta irritada—. No quería irme. Casi me olvido... de todo.

Edan me cogió un mechón suelto y me lo pasó por detrás de la oreja.

—¿Incluso de mí? —preguntó tiernamente pero con aire travieso.

—Incluso de ti.

Pegó su frente a la mía.

—Entonces tendré que entrar más en tu vida, Maia Tamarin.

El comentario me hizo sonreír.

—Supongo.

Edan ladeó la cabeza y siguió mi sonrisa con el dedo.

—Ya ha vuelto mi sastre feroz.

—¿Ya no soy una *xitara*?

—Creía que no te gustaba.

—Al final sí —reconocí.

Edan se puso serio. Estaba a punto de hacer una confesión.

—No pretendía llamarte «corderita». Siempre has sido demasiado fuerte y valiente para eso.

—Pero...

—En a'landiano antiguo significa «corderito», pero en el narat que hablaba de pequeño es «el más brillante».

—El más brillante —susurré. Aquellas palabras cantaban en mi corazón—. ¿Me llamabas así cuando acabábamos de conocernos?

—En aquel momento me refería a tus habilidades para coser —bromeó Edan—. Y ahora a lo que eres para mí. —Su expresión juguetona desapareció—. Cuando estaba en Lapzur tenía miedo de no poder decírtelo nunca. Temía perderte.

Quería abrazarlo fuerte y decirle que nunca me perdería, pero me invadió un repentino vacío al recordar el tacto del demonio.

Ajeno a ello, Edan me puso una mano cálida en el hombro.

—La magia de esas islas es fuerte, pero lo has hecho bien. Utilizar la luz del sol para contener a los fantasmas fue muy inteligente. De no ser por ti, quizá seguiríamos allí. —Me acarició la mejilla—. Y ahora tienes la sangre de las estrellas.

Por suerte, Edan no me pidió verla. Simplemente me besó en la nariz y se fue a atender a los caballos. Cuando no miraba, saqué del bolsillo el vial del demonio. Su contenido iridiscente resplandecía en mi mano con unos colores tan ricos e infinitos que era como si sostuviera un puñado de diamantes bajo el arcoíris. Pero, cuando aguantaba el vial por el tapón y no tocaba el cristal, todo se apagaba y se volvía oscuro como la pizarra. Podía pasar fácilmente por un bote de tinta en lugar de un líquido capaz de conferir un poder inmenso. En lugar de la sangre de las estrellas.

Cerré el puño y la intensidad de la luz me iluminó los dedos.

Lo más difícil había terminado. Cuando llegáramos al Palacio de Otoño, tendría que bordar a los hijos de Amana en tres vestidos, un desafío que ya no me resultaba agónico como antes. Ahora no veía el momento de tener la magia del sol, la luna y las estrellas entre mis dedos, de crear tres magníficos vestidos dignos de los dioses y acabar por fin aquella prueba.

Edan volvió con los caballos. Ópalo se desvió hacia mí y fui

corriendo a abrazarla. Ella me acarició con el hocico, pero estaba más concentrada en las flores silvestres que me rozaban las pantorrillas. Cuando agachó la cabeza para comer, le toqué el cuello afectuosamente. Qué agradable era estar de nuevo entre los vivos.

Cogí la cantimplora y di un buen trago.

—Aquí hace mucho calor.

—No, no lo hace —dijo Edan frunciendo el ceño.

Exhalé abruptamente. El hormigueo que sentía en el cuerpo no había desaparecido. De hecho, se intensificó y me llegó hasta el cuello. Me ardía tanto la piel que el mero hecho de respirar me hacía daño y el miedo me encogía el estómago.

—No me encuentro muy bien. Creo que tengo... fiebre.

Edan me tocó la frente y me cogió de las manos. Tenía los nudillos pálidos, casi blancos.

—Maia, mírame —dijo—. ¿Qué te ha pasado en la isla?

—No fueron los fantasmas —dije vacilante—. Pero el demonio... me tocó... justo antes de que lo apuñalara.

Edan me apartó el pelo. No sé qué me vio en el cuello, pero apretó la mandíbula.

—¡Maldita sea! Tenemos que alejarte de las islas tanto como podamos.

Me arrastró hacia los caballos y me montó en la silla de Grajo antes de que pudiera protestar.

Aturdida, me incliné hacia delante.

—Creía que estábamos fuera de peligro.

—No nos hemos alejado lo suficiente —dijo, y se montó detrás de mí—. Será mejor que no entremos en la Gran Ruta de las Especies. Conozco un atajo al Palacio de Otoño. —Me tomó el pulso con dos dedos—. Si pierdes sensibilidad en las extremidades, avísame inmediatamente.

Tragué saliva.

—De acuerdo.

Sobre nosotros retumbó un trueno y del cielo cayó una tormenta

incesante. Edan me puso la cabeza debajo de su barbilla, pero aun así me chorreaban las mejillas. Apreté la oreja contra su pecho y escuché cómo le latía el corazón en contrapunto con las pezuñas de Grajo.

Avanzamos bajo la lluvia durante horas. Los caballos galoparon a buen ritmo por colinas y valles hasta que finalmente llegamos a un desfiladero en el que el río Leyang se curvaba como un lazo. Tuvimos que hacer un alto para que descansaran nuestras monturas. Edan las ató en una pequeña cavidad de la roca en la que a duras penas cabíamos los cuatro. A media tarde amainó un poco la lluvia, pero aún la oía caer por las montañas.

—¿M-mis vestidos están en los baúles? —pregunté. Se me movían los labios, pero no los notaba. Estaba tiritando—. No p-pueden m-mojarse.

—No les pasará nada. —Edan me cogió de la barbilla y me secó agua de la nariz con el pulgar. Él también tenía la cara mojada, pero no se molestó en enjugarse los ojos—. Y a ti tampoco. Descansa.

—No puedo dormir —dije—. Tengo el cuerpo rígido. Me duele al moverme. —Me castañeaban los dientes descontroladamente—. Dime qué m-me está p-pasando.

Edan me echó su capa por encima y esperé a que me lo explicara, pero parecía reacio.

—Te ha marcado —dijo—. Significa que tiene un trozo de tu alma. Y, hasta que decida devorarlo, puede seguirte.

A pesar de mi estado, sabía que eso era muy, muy malo.

—¿S-seguirme a d-dónde?

—A cualquier parte —respondió Edan sin emoción.

El hormigueo me llegó a los labios.

—Yo pensaba... Pensaba que lo había matado.

—Es difícil matar a un demonio —dijo sin mirarme—. La culpa es mía. Creía que mi presencia bastaría para distraer a Bandur... —Su voz se apagó y Edan se volvió hacia mí—. No te hará ningún daño. Te lo juro.

Los caballos relincharon y Edan se irguió, su cuerpo tenso y alerta.

Yo no oía nada, salvo que la lluvia había cesado.

—¿Qué pasa?

Tras una pausa, Edan respondió con seriedad:

—No estamos solos.

—¿B-b-bandidos?

Edan se llevó un dedo a los labios.

—Los hombres del shansen. Deben de habernos seguido.

—¿Qué hacemos?

Edan ya estaba sacando el arco.

—Tú nada. No van a por ti —dijo, y tapó los baúles con una manta—. Ve hacia el Este. Sal del bosque cuanto antes. Si alguien te sigue, no dudes en utilizar la daga tal como te enseñé.

Intenté protestar, pero Edan había tomado una decisión y me montó sobre Ópalo.

—¡Arre! —gritó, y le dio una palmada en el lomo.

Ópalo salió a galope y me aferré a su cuello. Mis latidos eran desiguales y estaba tan débil que no pude darme la vuelta para ver a Edan desaparecer en el desfiladero. Agarrarme a la yegua ya era esfuerzo suficiente.

Me di cuenta de que quizá no volvería a verlo. Si moría, tardaría días en saberlo, tal vez más. Estaría solo, igual que mis hermanos.

El poco sentido común que me quedaba me suplicaba que continuara. ¿De qué le servía a Edan en aquel estado? Solo haría que entorpecerlo. Pero mi corazón se impuso a la confusión y tiré de las riendas. Ópalo levantó las patas delanteras.

Con un grito, caí al resbaladizo camino y, cuando me puse de pie, las rodillas apenas aguantaban mi peso. Veía borroso y estaba sudando a causa de la fiebre. La zona del cuello que me había tocado el demonio ardía más que antes, pero soporté el dolor. Si quería ayudar a Edan, tenía que hacerlo.

—Shhh —le dije a Ópalo cogiéndolo de los carrillos—. No te

muevas de aquí. Estarás a s-salvo.

No veía casi nada, tan solo una extensión vacía del escarpado y rojizo desfiladero. Ni soldados, ni mercenarios, ni a Edan.

Me latía el corazón con fuerza cuando cogí la daga y, por si acaso, busqué las tijeras en el morral y me las metí en la faja. Edan me había enseñado a degollar a un hombre y a apuñalarlo en la espalda. Intenté recordar sus lecciones con la ferviente esperanza de no llegar a necesitarlas.

Empecé a buscar a Edan. La lluvia había parado, pero las orillas del río Lyang estaban mojadas.

Oí a los soldados antes de tomar una curva. Sus caballos resoplaban y relinchaban desde el otro lado del río y las armaduras repiqueteaban. Iban en fila de a uno y los escudos y espadas de hierro contrastaban con la abundante vegetación. Apreté los dientes al ver a Vachir a lomos de un semental blanco.

Me agaché detrás de un árbol y busqué a Edan. Estaba observándolos desde la misma orilla que yo y fui corriendo hacia él.

—¡Lord Hechicero, han puesto un precio muy alto a vuestra cabeza! —gritó Vachir—. Iréis con el shansen, señor. Nos llevaremos los baúles y a la chica.

Esto último hizo que a Edan se le oscurecieran los ojos de ira. Nadie en sus cabales osaría amenazar a un hechicero, pero la confianza de los hombres del shansen era imprudente.

¿Sabían que la magia de Edan se había debilitado?

Alcancé a Edan junto al río y dio un paso a un lado para protegerme, pero no dejó de mirar hacia la otra orilla, donde se hallaban nuestros enemigos. Entonces levantó el arco.

—Creía que los hechiceros no necesitaban armas —dijo uno de los soldados con sorna.

—Será mejor que no os enfrentéis a mí —repuso Edan—. Os recomiendo que sigáis vuestro camino.

Vachir hizo ondear la espada y sus hombres empezaron a vadear el río.

Algunos se fijaron en mí y me profirieron palabras lascivas y me lanzaron besos. Los ojos de Edan se tiñeron de un color ceniza. Luego se puso recto, levantó el arco y disparó tres veces en rápida sucesión. Los hombres cayeron al río y no volverían a levantarse nunca más.

Los soldados ya estaban en nuestra orilla y se aproximaban a Edan, que me agarró de la muñeca y me alejó del río.

—¡Vete! —gritó.

Eché a correr, pero dos soldados se abalanzaron sobre mí desde detrás de los árboles. Tenía la daga en la mano, pero me rodearon carcajeándose.

—¿Adónde vas, chica?

Ataqué al que había hablado, pero no le alcancé en la garganta, sino en la mejilla. Le hice un tajo largo y desigual que no quedaría bonito cuando cicatrizara. El hombre gruñó. Cuando se disponía a contraatacar, volví a alzar la daga, pero apareció el segundo soldado, me cogió del brazo y me lo retorció hasta que la solté.

Tenía los dedos amarillentos y torcidos y le olía el aliento a carne podrida. Antes de que pudiera gritar, su mano fría y sudorosa me tapó la boca. Vi el polvo y la sangre en sus uñas y se me doblaron las rodillas. El soldado se rio en mi cara mientras me ponía el cuchillo en la garganta.

—Déjate de tonterías y máatala —dijo su amigo, que se limpió la sangre del rostro con la manga—. Han puesto precio a la cabeza del hechicero, no a la suya.

—¿Sabes cuánto hace que no cato una mujer? —Mi captor me tiró del pelo y me obligó a mirar hacia arriba—. Ahora no eres tan peleona, ¿eh?

Empezaba a asustarme. Dos hombres, ambos más corpulentos y fuertes que yo. No tenía mi daga. Edan no estaba. Todo me daba vueltas.

«No —me dije—. Has llegado demasiado lejos para rendirte ahora. Tienes que pelear».

Utilizando las dos manos, agarré el brazo que sostenía el cuchillo contra mi cuello y lo aparté. Conseguí zafarme de mi atacante clavándole el codo en el costado y, con un movimiento rápido, cogí la empuñadura de su cuchillo y le propiné un rodillazo en la entrepierna hasta que me soltó.

Su amigo me embistió, pero le hice otro corte en la cara. Mientras gritaba de dolor, cambié el cuchillo por mi daga y hui.

Ambos salieron detrás de mí, sus estruendosos pasos cada vez más cercanos. Ignoré sus gritos y no miré atrás. Entonces, una flecha pasó silbando junto a mí y oí el grito de uno de los soldados.

Al levantar la cabeza vi a Edan corriendo con el arco levantado. El soldado al que yo había atacado intentó dar media vuelta y escapar, pero fue el siguiente en caer.

No podía estar a más de veinte pasos de Edan cuando alguien me cogió desde atrás. Sus manos eran tan fuertes que podían romperme las costillas y me puso la espada en la garganta.

—Suelta el arma, hechicero. Estáis en inferioridad numérica.

Reconocí aquella voz. Era Vachir.

—Déjala —dijo Edan levantando el arco.

Vachir escupió a los pies de Edan.

—Ponme a prueba. Si tuvieras poderes, ya los habrías utilizado.

Edan apretó los dientes. Era cierto. Ya casi no le quedaba magia. No teníamos escapatoria.

Le clavé las uñas a Vachir en el brazo y le di un puntapié, pero tenía la piel dura como el cuero y me agarró con más fuerza.

—Déjala —repitió Edan—. Es mi último aviso.

En aquel momento llegaron los otros soldados. Eran demasiados. Nos rodearon y, riéndose, apuntaron con sus arcos y espadas a la cabeza de Edan, que, aun así, no bajó el arma.

Vachir hundió más la espada en mi cuello y cerré los ojos.

«¡No quiero morir así! ¡No quiero que me degüelle un balardiano!».

Deslicé lentamente los dedos hacia la faja y cogí las tijeras.

Detrás de mí, Vachir se puso tenso y estiró el cuello para mirar al cielo.

De la nada aparecieron unas nubes que proyectaron una gran sombra sobre nosotros. Entonces oímos un trueno y estalló un relámpago. El suelo tembló y varios soldados cayeron de rodillas. En ese momento, levanté las tijeras y, a ciegas, apuñalé a Vachir en el muslo.

Mientras gritaba de dolor, me escurrí de entre sus brazos.

Alrededor de Edan había un montón de cadáveres, pero él estaba quedándose sin flechas. Vachir y el resto de sus hombres arremetieron contra nosotros. Entonces, la tierra empezó a dar sacudidas y el caudal del río comenzó a crecer sin parar.

—¿Lo estás haciendo tú? —grité mientras recogía la daga.

—No. —Edan me tiró de la mano para indicarme que trepara a las rocas—. Vienen hacia aquí.

—¿Quiénes? —pregunté con voz temblorosa.

En lugar de responder, Edan dijo:

—Ve a un sitio elevado.

Lo seguí por la empinada pendiente y nos alejamos del río. Todo me daba vueltas y a cada paso me mareaba más y notaba la piel más caliente, pero mantuve los ojos cerrados y miré hacia abajo. Pronto deseé no haberlo hecho.

Fantasmas. Creía que estaban confinados en el lago Paduan, pero me equivocaba.

Un escalofrío me recorrió la columna e, incapaz de hablar, tiré a Edan de la manga. Él me empujó hacia delante.

—No mires. Sigue andando.

No podía apartar la vista de los fantasmas. Conté varias docenas, tal vez cien. La mayoría tenían forma de animal: osos, zorros y lobos, todos con los ojos rojos. Pero no chillaban, ni siquiera susurraban. Se movían en un silencio inquietante y solo se oían los alaridos de los soldados. Los hombres los atacaban con sus espadas y gritaban al ver que no brotaba sangre.

—¡Es magia! —decían—. ¡Fantasmas!

Aquellas fueron sus últimas palabras antes de que los fantasmas los rodearan enseñando los dientes y se abalanzaran sobre ellos hasta que se apagaron los gritos.

Una criatura destacaba entre las demás. Me resultaba inquietantemente familiar y era más poderosa que todos los fantasmas juntos.

Bandur, el demonio que había adoptado la forma de Sendo en la Torre del Ladrón, el que había estado a punto de matarme. Era horrible verlo a la luz del sol, todo humo y sombras, y sus ojos tan oscuros como la sangre inerte. Hoy llevaba armadura y el amuleto colgado del cuello.

Bandur me descubrió mirándolo y, sonriente, se alejó de la batalla. Sabiendo que había cometido un error, salí corriendo detrás de Edan. Demasiado tarde. Me puse a chillar cuando apareció Bandur entre Edan y yo.

—¡Tú! —grité—. ¡Te... te había matado!

—¿No oíste a tu lord Hechicero? —repuso Bandur con suficiencia—. No puedes matar a alguien que ya está muerto, chica, aunque aplaudo que lo intentaras. Disfruto con una buena persecución y hacía mucho que no podía salir de esa isla maldita. Por desgracia, deberás pagar un precio.

La daga empezó a temblar. Edan estaba llamándola y voló hacia su mano. Entonces se estremeció, como si estuviera confusa.

—¡Silencio! —gritó Bandur. Su boca formó una sonrisa cruel y el arma de Edan cayó al suelo—. Tu poder es débil. No deberías estar tan lejos de tu señor.

Edan recogió la daga.

—No puedes llevarte a la chica.

Los terribles ojos rojos del demonio se clavaron en mí. En el pérfido brillo de sus pupilas vi un reflejo de las heridas que me había causado con sus garras en el cuello.

—Está marcada. Eres tonto si abres tu corazón mientras estás

atado al juramento. No se librará de mí a menos que yo lo desee.

—Entonces dime qué quieres y te pagaré.

—¡No! —grité—. ¡Edan!

El demonio levantó una mano para silenciarme. Se me escapó un gemido, pero mi lengua ya no respondía. Me había inmovilizado.

—No creas que tienes algo que me interesa, Edan —prosiguió Bandur—. Sabías el precio que pagarías cuando bebiste la sangre de las estrellas. Renunciaste a tu libertad y no volverás a recuperarla, al menos mientras viva la chica. No hay nada que puedas darme mientras estés bajo juramento. A menos que... —Bandur replegó las garras—. Dudo que sacrifiques tanto por una simple chica.

—No es una simple chica —le espetó Edan—. La amo.

—Pero ella es libre y tú no.

Edan me protegió con sus brazos.

—Yo soy más valioso para ti, aunque esté ligado al juramento.

—¿Seguro, Edan? —dijo Bandur. Sus ojos vacíos me atravesaron—. Percibo magia en ella. Todavía es débil, pero, como decías antes, no es una simple chica.

—Dime qué quieres a cambio de liberarla y lo haré, con o sin juramento.

—Ya sabes lo que quiero, hechicero —repuso Bandur con brusquedad—. Me he cansado de ser guardián. Ocuparás mi lugar.

Estuve a punto de gritar que no, pero Edan asintió lentamente.

—Dame un año para devolver a Maia al palacio y cerciorarme de que reina la paz con el emperador Khanujin...

—Tienes hasta el sol rojo, Edan —interrumpió Bandur—. Lleva a la chica a casa y vuelve a las islas de Lapzur antes de la puesta de sol. Si no saldás esta deuda, habrá graves consecuencias. Iré a buscarla, la destrozaré y esparciré sus restos por el lago Paduan para que viva toda la eternidad desmembrada. Nunca saldrá de la isla.

—Lo entiendo —respondió Edan sin titubeos—. El sol rojo, pues.

Por mi honor y sigilo como lord Hechicero, tienes mi palabra.

—Bien —dijo Bandur con aspereza y luego clavó las garras en el tronco que tenía detrás de mí. El árbol se marchitó, la corteza se volvió gris y las hojas se convirtieron en polvo—. Has aceptado. Está hecho.

—Está hecho —repitió Edan.

Bandur agarró el amuleto y desapareció con su ejército de fantasmas. El bosque volvió a cobrar vida y, salvo por los cadáveres de Vachir, era como si la sombra de Bandur no lo hubiera tocado nunca.

Ya no tenía fiebre, pero estaba temblando y me balanceaba adelante y atrás con los brazos pegados al pecho.

—¿Qué has hecho? —susurré.

—Nada para lo que no estuviera preparado —dijo—. Vámonos. Lo agarré de la manga.

—Edan, estás herido —dije señalando las heridas.

—Ya las curaremos más tarde. Primero quiero salir de este maldito lugar.

Asentí sin mediar palabra. Luego fuimos a buscar los caballos y los baúles y partimos hacia el Palacio de Otoño. Estaba apesadumbrada, e iba a peor a medida que avanzábamos, ya que Edan no me hablaba. Empezó a llover y el agua le empapó el pelo, que le caía hacia atrás. Ahora tenía los ojos normales, azules como el mar, pero asía las riendas con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos.

—Bandur era tu profesor, ¿verdad? —pregunté finalmente—. El que se convirtió en demonio.

Como tardaba tanto en contestar, creía que no me había oído.

—Sí.

Me incliné para tocarle el brazo. Se me cerró la garganta de emoción y tragué saliva.

—¿Cómo...?

—Hay muchas clases de demonios, Maia. Algunos nacen así y

otros son víctimas de una maldición. No todos empiezan como hombres o hechiceros, o ni siquiera como animales. Pero los guardianes como Bandur están entre los más fuertes y son siempre hechiceros que han roto su juramento. Bandur mató al hombre al que había jurado servir, el hombre que era propietario de su amuleto. Como castigo, se vio obligado a convertirse en guardián de las Islas Olvidadas para toda la eternidad o hasta que otro ocupara su lugar.

—Y ahora tú serás el próximo guardián de las islas —susurré.

Al verme horrorizada, Edan dibujó una sonrisa triste.

—No te preocupes por eso, *xitara*. —Me dio un beso tan suave que casi no lo noté—. Prefiero soportar ese destino que permitir que Bandur posea tu alma.

Parte de mí se hizo pedazos. Se me revolvió el estómago y no pude contener las emociones. Tiré de las riendas de Ópalo y rodeé el cuello de Edan con mis brazos.

—¡Eres tonto! —grité. Le puse las manos en las mejillas y lo acerqué hasta que nuestras frentes se tocaron—. Prométeme ahora mismo que encontraremos la manera de evitar esto. Prométeme que no vas a convertirte en un demonio... como Bandur.

Edan me apartó despacio.

—Te quiero, Maia. He tenido una vida larga, así que déjame hacer algo bueno por ti. Serás el mejor sastre de A'landi y encontrarás a un chico afortunado con el que casarte.

—No lo haré.

—Debes ser sensata —dijo apretándome las manos—. Yo no puedo darte un futuro. Me olvidarás. Puedo hacer que ocurra.

Dolida, me aparté.

—¡Ni te atrevas!

No pude contener un sollozo y tenía palpitaciones. Edan me atrajo hacia él y me abrazó fuerte, a continuación me besó en la mejilla y el cuello.

—No me toques —dije, y me zafé de su abrazo. Necesitaba aire.

Necesitaba estar lejos de él—. ¿Y todas las promesas que me hiciste?

No era capaz de hablar del taller que íbamos a abrir junto al océano, de despertar cada mañana con el sonido de su risa, de coser al ritmo de la melodía de su flauta, de los libros amontonados junto a mis telares y bastidores mientras envejecía con él. Se me secó la boca y la pérdida de un sueño en el que por fin me había atrevido a depositar esperanzas me hizo un nudo en la garganta.

Estaba dolida y enfadada, conmigo misma, con Edan, con lady Sarnai y con el emperador Khanujin. Tenía ganas de abrir el baúl y despedazar los vestidos de lady Sarnai. Ellos eran los causantes de todo. Si no hubiera emprendido el viaje para hacerlos, nada de aquello habría ocurrido.

Ahora, Edan estaba condenado a ser un demonio.

Y todo por mi culpa.

Había anochecido y Edan, el halcón, intentó posarse varias veces en mi hombro, pero lo ahuyenté hasta que desapareció. No miré atrás para ver dónde estaba.

Contuve otro sollozo. Me dolía el cuerpo y tenía los ojos irritados de tanto llorar. Estaba agotada. Del ataque, de Bandur, de estar tan cerca de las estrellas.

De saber que estaba a punto de perder al chico que amaba.

PARTE 3
EL JURAMENTO





CAPÍTULO 32

Cuando salimos del desfiladero, Edan y yo viajamos durante días sin ver rastro de la civilización hasta que finalmente llegamos a un monasterio flanqueado por dos grandes sauces. Los bordes del techo se curvaban como alas y desde un patio con columnas situado junto a la entrada sonaba una campana de bronce.

No sabía si sentir esperanza por una comida caliente y una cama para pasar la noche o ansiedad por tener que soportar compañía. Edan y yo habíamos cabalgado en silencio. Él iba detrás y mantenía una distancia prudencial. Cada vez que lo miraba furtivamente tenía los brazos cruzados encima del regazo y solo movía las manos para apartarse sus rebeldes rizos oscuros de los ojos. Me habría gustado que al menos silbara o tarareara, pero no se atrevía. Ni siquiera se tocaban nuestras sombras.

—Deberías descansar bien esta noche —dijo con voz quebradiza por el desuso—. Los monjes te acogerán.

Respiré hondo. El aire era fresco, con aroma a pino y rocío, y las sombras se desplazaban al Oeste mientras el mundo se inclinaba lentamente hacia la noche.

—¿Y tú?

—La magia y la religión llevan siglos enfrentadas. Dudo que un

monasterio me reciba con los brazos abiertos.

—Si tú no entras, yo tampoco.

Edan ignoró mi petulancia.

—¿Eso significa que quieres que entre contigo?

No respondí y Edan tiró de las riendas de Grajo para ir hacia el monasterio.

Dejamos los caballos fuera. Al lado había un modesto establo bien abastecido de heno y agua para Ópalo y Grajo y Edan escondió nuestras armas en un arbusto situado cerca de allí.

Antes de llegar a la puerta vi a los monjes barriendo los amplios escalones de piedra. Llevaban la cabeza afeitada y sencillas capas de muselina encima de la túnica. Nos saludaron con educadas reverencias, pero Edan tenía razón: el monje más longevo lo miró con desconfianza. Aun así, no nos rechazó.

Dejamos los zapatos fuera y uno de los monjes jóvenes nos trajo agua para lavarnos los pies. En el cuenco de madera flotaba un hilo de azafrán que perfumaba el aire. Metí los dedos de los pies y me puse a temblar cuando el agua fría me tocó la piel.

Edan intentó cogerme la mano, pero la aparté y vi que se le ponía rígida la mandíbula. Su boca formó una línea recta y la punzada que sentí en el corazón se intensificó. Estaba haciéndole daño, pero no podía evitarlo. En el fondo ansiaba que me rodeara con sus brazos, que su aliento cálido me tocara el cabello y su corazón latiera contra el mío. Pero cada vez que afloraba el recuerdo de la promesa que le había hecho a Bandur, ardía la ira en mi interior.

Ir con Bandur era decisión mía, no de Edan. Mía.

Fruncí los labios con fuerza y me negué a mirarlo. En lugar de eso, me volví hacia el sol. Solo pude contemplarlo unos instantes, pero aun así vi cómo la corona se teñía cada vez más de rojo. Quedaban dos semanas para terminar los malditos vestidos de lady Sarnai. Ellos eran los causantes de todo lo que había ido mal.

El monje más longevo, al que los demás llamaban Ci'an, se

acercó. Era muy mayor, de cuerpo enjuto y ojos vivos.

—Acogemos invitados en el monasterio siempre y cuando resulten útiles durante su estancia. ¿Sabes cocinar?

—Sí —dije—, pero se me da mejor la aguja.

Eso satisfizo al anciano. A diferencia de los otros, él llevaba una faja de color bermellón desteñida y con los extremos deshilachados.

—Entonces, ayudarás haciendo arreglos. —Se dirigió a Edan con prudencia—. ¿Y tú?

—Yo puedo ayudar con los caballos —respondió bruscamente.

El anciano refunfuñó y luego nos indicó que lo siguiéramos a nuestras habitaciones. Pasamos junto a varias salas escasamente amuebladas, excepto por varios altares y algunas estatuas, en su mayoría de Amana y Nandun, el dios mendigo que daba su riqueza a los pobres.

—Este lugar es para hombres —dijo Ci'an mirando a Edan—. Si deseas bañarte, puedes hacerlo. Sin embargo, debo pedirte que tu mujer espere a que se haga de noche.

Me puse tensa. Por supuesto, sabía que Edan y yo tendríamos que hacernos pasar por marido y mujer para hospedarnos allí, pero oírlo me hizo daño, porque ahora sabía que nunca ocurriría.

—Lo entiendo —respondió.

Edan fue lo bastante inteligente como para retirarse a los establos y dejarme a solas. Otro monje me ofreció una túnica y se llevó mi ropa a lavar.

Metí las tijeras en la faja y empecé con los arreglos que había prometido hacer. Había agujeros que remendar y mangas que acortar, pero, para mí, coser siempre había sido tan fácil como respirar. Acabé tan rápido que, cuando devolví las prendas, el monje que estaba al cargo se mostró incrédulo.

Sin perder tiempo, busqué el vestido de luz de luna en el baúl y me senté en la cama con las piernas cruzadas. De los tres vestidos, este era el que tenía más capas: una chaqueta, un corsé, una falda con cinturón y un chal. También era el más fiel a la moda a'landiana,

aunque me había tomado ciertas libertades con el corte. Me puse a trabajar en la chaqueta, montando las piezas y cosiendo las mangas.

El inminente plazo de entrega me distrajo de Edan y la maldición de Bandur, una distracción que necesitaba desesperadamente. Poco a poco, dejé que el trabajo llenara mi corazón y me deleité en el vestido de luz de luna. Recordé cuánto amaba mi profesión y cuánto me enorgullecía de ella.

Cuando empezó a oscurecer, alguien llamó a mi puerta. Era Edan, que cerró al entrar.

—Los monasterios no han cambiado mucho en varios siglos. Lo único que hacen los monjes es canturrear y rezar, pero los olores han mejorado. —Intentó sonreír—. Estoy agradecido de que algún dios insista en que todos se bañen dos veces al día y barran los pasillos al amanecer y al anochecer.

Intentaba distraerme, pero volvíamos a parecer desconocidos.

—Han sido muy amables —dije con rigidez.

—Contigo. Y les estoy agradecido por ello.

—¿Siempre te han disgustado tanto los monjes?

Edan se encogió de hombros y yo me di la vuelta y empecé a bordar oro en el dobladillo del vestido de lady Sarnai.

Edan sabía que estaba ignorándolo y guardó silencio un rato.

—Me crié en un monasterio —dijo al final—. Los dioses a los que se rendía culto eran diferentes, pero estar aquí aún me trae recuerdos.

¡Qué poco sabía del pasado de Edan! Aunque quería ignorarlo, tenía curiosidad.

—¿Dónde?

—En Nelronat —respondió—. Era una ciudad situada a miles de kilómetros de aquí. Ya no existe. Los bárbaros la destruyeron hace siglos.

No dije nada. Nunca había oído hablar de ella.

—Cuando mi madre murió durante el parto —prosiguió Edan—,

mi padre tuvo que criar a siete hijos él solo. Me odiaba. Me culpaba de la muerte de mi madre, y el hecho de que fuera un niño escuálido que prefería leer a cuidar del ganado no ayudaba.

La tristeza que transmitía su voz me derritió por dentro, pero no lo miré y seguí concentrada en dar una puntada correcta para cambiar el color del hilo.

—Un día, mi padre me llevó de viaje. Dijo que, como era aficionado a la lectura, iríamos a una escuela. No mentía... No del todo. Me puse muy contento.

—Te abandonó —dije, ahora sí, mirándolo a la cara.

—En un monasterio situado a cuatro días de nuestra granja. Lo intenté muchas veces, pero nunca encontré el camino de vuelta a casa. Los monjes con los que me crie eran diferentes de los de aquí. Aquellos no eran generosos y buenos. Y los dioses a los que adoraban eran rigurosos e implacables.

»Estuve años con ellos, hasta que unos soldados invadieron el templo y me consideraron lo bastante mayor para unirme a su causa. Aún no había cumplido once años. —Soltó una carcajada, aunque carente de humor—. Después de seis meses como soldado, descubrí mi talento para la magia, así que tuve que combatir en más guerras, aunque más como arma que como niño... Hasta que me encontró mi primer profesor. —Se quedó callado, como si hubiera oído algo a lo lejos—. Deberías bajar. La cena está lista.

Solté la aguja.

—¿Y tú? Vas a transformarte.

—Di a los monjes que quiero descansar —respondió solemnemente.

—¿Quieres que te traiga la cena?

Edan forzó una sonrisa.

—Iré a cazar, pero te agradecería que dejaras una ventana abierta.

—¿Sabrás encontrar el camino?

Su sonrisa se hizo más amplia y me di cuenta de que había

dejado entrever que todavía me preocupaba por él.

—Hacia ti siempre.

Sus palabras me descolocaron y me puse rígida. Luego asentí y me fui.

La cena consistía en lechuga hervida y zanahorias del huerto acompañadas de un cuenco de arroz con semillas de sésamo. Nadie me acompañó. Al parecer, los monjes comían por la mañana, pero algunos jóvenes se sentaron conmigo y bebieron leche de soja de unos cuencos de madera.

Cuando terminé de cenar, lavé y sequé mi plato y busqué a Ci'an.

—Dijo usted que podía darme un baño cuando se pusiera el sol.

—Puedes utilizar un manantial que hay detrás de la lavandería —respondió—. Ven, te acompaño. —Cuando salimos del monasterio, añadió—: ¿Tu marido no quería participar de la cena?

—Quería... descansar —respondí mirándome las manos.

El sentimiento de culpa por mentir a un monje me impedía mirarlo a los ojos.

—Entiendo —dijo Ci'an. Caminaba lento, ya que todo estaba oscuro y en el jardín había muchos escalones—. A los monjes se les enseña a buscar la paz, pero incluso mis hermanos discuten de vez en cuando. Sin embargo, por grandes que sean sus discrepancias, al final recuerdan que la armonía entre ellos es aún más grande.

Tragué saliva. Ci'an debía de haberse percatado de que Edan y yo habíamos reñido.

—Quieres mucho a tu marido —continuó—. Eso lo vería cualquiera, pero él te quiere aún más.

Fruncí el ceño.

—Eso no es...

—El amor verdadero es abnegado —interrumpió el anciano—. Y veo que eres muy joven.

Guardé silencio y seguí adelante vigilando donde pisaba. Dejamos atrás la lavandería y el camino de piedra que habíamos

estado siguiendo desapareció.

—Tu marido lleva una pesada carga. Lo veo en sus ojos. No es el primero como él que está entre estas paredes.

Respiré hondo, bruscamente.

—¿Perdón?

—Este monasterio tiene mil años de antigüedad —dijo Ci'an—. Han venido muchos hechiceros por la soledad y la paz que ofrece, sobre todo antes de hacer el juramento. Tu compañero es el primero que conozco... El primero que viene después de hacer juramento.

—Yo creía que los monasterios no permitían la entrada a los hechiceros.

El monje se puso a reír.

—Las desavenencias entre la religión y la magia han ido a más. Pero yo no siempre fui monje y he visto muchas más cosas que los más jóvenes. Muchas cosas que nunca verán.

»En mi época, a los hechiceros los llamábamos guardianes, porque custodiaban la magia. Es una gran responsabilidad, respetada incluso por los hombres religiosos. A día de hoy, yo aún mantengo ese respeto.

Ci'an me cogió del brazo para guiarme.

—Lo que no he visto nunca es un hechicero enamorado —añadió—. Supuestamente no deben amar, ¿lo sabías? En ciertos sentidos, los preparan para ser como los monjes, compasivos y altruistas, con la diferencia de que ellos no aman a nadie y nosotros a todo el mundo. Tu hechicero es distinto.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Lleva mucho tiempo sirviendo —dije mirando al suelo.

—Así es —respondió Ci'an—. Muchos desean ese poder, pero yo no envidio su camino. El precio a pagar es alto.

No dije nada. No quería hablar de Edan. Era demasiado doloroso pensar en su promesa a Bandur sabiendo que yo no podía hacer nada al respecto.

Finalmente llegamos al manantial. La joven luna iluminaba la

piscina transparente y tres estatuas de Amana en las orillas. Todas tenían los ojos cerrados y las manos juntas apuntando hacia el cielo.

—Hace mucho, estas aguas eran sagradas para las sacerdotisas de la diosa madre —me explicó Ci'an—. Algunas aún vienen una vez al año, el noveno día del noveno mes, para ver las estrellas tender un puente entre el sol y la luna. Te lo has perdido por poco.

—Soy consciente de ello —susurré mirando fijamente a las estatuas.

Las dos que llevaban el sol y la luna brillaban bajo la luz plateada, pero las sombras eclipsaban la que lucía la sangre de las estrellas.

—Como costurera, los vestidos de Amana deben de fascinarte —dijo Ci'an.

—Siempre creí que eran un mito tan alejado de nosotros como los dioses —contesté—. Pero eso fue antes de creer en la magia. Ahora que he visto lo que puede conseguir, ya no estoy tan segura de que la frontera entre el cielo y la tierra sea tan sólida como pensaba. —Recordé a Bandur y los fantasmas—. ¿Y si no existen los dioses? ¿Y si solo existen la magia, los hechiceros, los demonios y los fantasmas?

—No debes perder la fe —dijo Ci'an—. Los dioses nos vigilan, pero, a diferencia de los espíritus de esta tierra, no interfieren en nuestra vida, a menos que los hagamos enfadar mucho o los impresionemos.

—Sí —murmuré—. Cuando Amana perdonó al dios de los ladrones, devolvió la luz al mundo, pero solo medio día. Nos dio la noche.

—Seguía enojada con él —dijo Ci'an—. Y merecidamente. Pero olvidas al sastre que hizo los vestidos para el dios de los ladrones. Lo que pocos saben es que Amana lo recompensó con un regalo.

—¿Qué regalo?

—Dicen que le dio unas tijeras —repuso—. Estaban hechizadas para imbuir a su propietario de parte de su poder.

Me quedé muy quieta.

—Nadie las ha visto nunca —continuó el monje—, pero imagino que aún deben de existir y pasan de generación en generación.

Respiré hondo y me llevé la mano a la faja, donde guardaba las tijeras encantadas. Seguí con los dedos el diseño del mango, donde estaban grabados el sol y la luna. Tenían que ser las tijeras que Amana le había regalado al sastre.

¿Significaba eso que pertenecían a mi familia? ¿Explicaba eso por qué la magia fluía en mí y por qué solo yo podía utilizar las tijeras?

¿Por eso Bandur había dicho que era más especial de lo que parecía?

—¿Y si alguien consiguiera hacer los vestidos de Amana? —dije apresuradamente—. ¿La diosa madre interferiría?

—Muchos lo han intentado, atraídos por la leyenda de que Amana concedería un deseo a quien lo lograra.

—¿Es cierto?

—Imagino que si alguien consiguiera hacer los vestidos de Amana, semejante hito le traería más ira que bendiciones. —Al ver mi cara de sorpresa, Ci'an sonrió—. Aun así, apostarí a que esa historia se la inventaron los sacerdotes de los hijos de Amana para que sus templos fueran prósperos y recibieran muchas visitas.

—Comprendo —dije en voz baja.

—Habla con ella ahí —dijo Ci'an señalando el manantial—. Amana siempre está escuchando, pero puede que aquí, entre sus hijos, lo haga con más atención. —Me dio una palmada en el hombro antes de marcharse—. Haz las paces con tu hechicero. Te quiere mucho.

Me quedé al borde del estanque un largo rato, escuchando los árboles y el viento. Ahora entendía por qué había tanta gente que reverenciaba los vestidos de Amana, por qué algunos los consideraban su mayor legado. Gracias a ellos, nos dio el mundo tal como lo conocemos. Día tras día y noche tras noche, tejía el alba y

descosía el anochecer.

Y, por alguna razón, yo me hallaba más cerca de ese legado de lo que nunca me habría atrevido a soñar.

Lentamente, me quité la túnica y me metí en el manantial. El agua estaba tibia y los peces me hacían cosquillas en los pies. Luego contuve la respiración, me sumergí por completo y no salí a coger aire hasta el último momento emitiendo un suave jadeo.

La luna en cuarto creciente brillaba en lo alto, una perla rota en el mar negro de la noche.

Busqué entre mi ropa, cogí las tijeras y las sostuve como si fueran una ofrenda.

—Amana —susurré—. Amana, gracias por este regalo que has concedido a mi familia. Y ruego por tu perdón. Si no deseas que haga los vestidos, pararé. Pero, por favor, no castigues a Edan por mi estupidez. Por favor, permíteme encontrar la manera de liberarlo de Bandur.

Esperé un buen rato, pero, como me temía, Amana no respondió.

Ya despuntaba el alba y no había rastro de Edan. Seguía esperando ver su sombra deslizándose por las paredes, la última caricia de la noche en sus alas cuando entrara por la ventana.

Nunca me había preocupado cuando era halcón, pero ahora no podía parar. ¿Y si estaba sobrevolando un lago cuando amaneciera? No sabía nadar. ¡Se ahogaría!

¿Y si le había disparado un cazador o uno de los hombres del shansen? ¿Sabían en qué se convertía Edan por la noche?

Me senté en la cama deshaciéndome nudos del pelo con los dedos. Me había crecido durante el viaje y antes de volver al Palacio de Otoño tendría que cortármelo. Aunque, bien mirado, antes de la guerra era tradición que los hombres llevaran el pelo largo.

Me toqué las puntas. ¿Permitiría Khanujin que siguiera siendo el

sastre imperial cuando terminara los tres vestidos... y después de que Edan me abandonara?

Esas preguntas eran dolorosas y acentuaban la soledad que ya me invadía. Fui a la mesita de mi habitación y empecé a escribir una carta para Baba y Keton. «Mi viaje ya casi ha concluido —les dije—. Pronto estaré en el Palacio de Otoño».

Mis palabras sonaban rígidas y distantes, pero, por más que lo intentara, no encontraba un tono desenfadado. Estaba demasiado triste.

«Y Maia: noventa y cinco pasos —concluí—. Espero volver pronto a casa para caminar contigo».

Puse el pincel a secar y cerré el bote de tinta. Mientras doblaba la carta, el aire se movió.

—Buenos días —dijo la voz de Edan desde la puerta.

No lo había oído llegar.

—¿Dónde estabas?

Tenía el pelo mojado y estaba tan delgado que la túnica de monje le quedaba holgada. Se pasó una mano por el pelo y se lo peinó hacia atrás, lo cual lo hacía parecer increíblemente joven.

—Prometí ayudar con los caballos, y eso hice.

Tenía ganas de contarle lo que había averiguado sobre las tijeras, pero al ver lo incómodo que estaba en el umbral, me mordí el labio.

—¿Estás cansado? Normalmente duermes nada más volver.

—Estoy bien.

El silencio que se impuso entre nosotros era pesado. Edan se quedó en la puerta y señaló el vestido extendido al otro lado de la cama.

—Qué bonito —dijo—. Lady Sarnai sería tonta si no sabe apreciarlo.

Podía oír a los monjes cantando. No entendía lo que decían, pero las palabras eran rítmicas y constantes, y se desdibujaban hasta formar un zumbido hipnótico.

—¿Tenías que cantar cada día cuando vivías en el monasterio?
—murmuré.

—Sí —respondió Edan, que elevó el tono de voz con esperanza contenida—. A diario.

—Podría acostumbrarme a la vida de monje —dije—. No es tan diferente de la de un sastre. Cosiendo todo el día, cantando todo el día. Cuando era niña contaba las puntadas en voz alta.

—Lo odiarías. —Edan se apoyó en el marco de la puerta—. Este no es tu lugar, encadenada a un monasterio. Debes ver mundo.

Se me atoró el aliento en la garganta y me acerqué a él.

—Edan...

—Sé que estás enfadada conmigo —dijo—. Y estás en tu derecho, pero te quiero, Maia.

Tragué saliva. Qué injusto era que nuestro tiempo juntos fuera tan escaso, que pronto no volvería a verlo jamás.

—Yo también te quiero —susurré acariciándole la mejilla. Me dolía hablar más alto. Tenía la voz ronca de la emoción—. El sol y la luna solo se ven un día en todo el año. Aunque solo sea una hora al día, preferiría estar contigo ese rato que nunca.

A Edan se le iluminó la cara. No sonrió, pero desde que lo conocía no lo había visto tan feliz.

—¿Puedo besarte? —susurró.

—Puedes.

Me levantó la barbilla, pero yo ya estaba de puntillas. Mi boca se acercó a la suya y entrecerré los ojos.

Edan se rio contenidamente.

—Tenías ganas, ¿eh? No deberías haberme negado tanto tiempo.

Me deslizó lentamente los dedos por el cuello hasta llegar al vestido. Su tacto me hizo estremecerme y noté un hormigueo en la piel cuando volvió a subir la mano hacia el cuello y alrededor de los labios. Justo cuando iba a decirle que estaba atormentándome, me levantó.

Pegué mi boca a la suya y le rodeé el cuello con los brazos y las caderas con las piernas. Me besó en las mejillas, el cuello, los senos y los labios, primero apasionadamente y luego con ternura. Entonces volvió la pasión, como si fuéramos incapaces de decidirnos, como si supiéramos que al día siguiente tendríamos los labios amoratados pero nos reiríamos de ello.

Era muy fácil olvidar y me hice la ilusión de que todo saldría bien.

Le aparté el pelo de los ojos y le puse la mano debajo de la barbilla.

—Déjame ir contigo al lago Paduan. —Edan todavía estaba recuperando el aliento—. Tiene que haber una manera de derrotar a Bandur. Le quité el amuleto cuando estaba en la Torre del Ladrón y eso pareció debilitarlo. A lo mejor si podemos destruirlo, quedarás libre.

—El amuleto de un demonio ya está roto —dijo Edan, que me pegó la espalda a la pared—. Destruirlo no matará ni debilitará a Bandur.

—Pero vi...

Edan me puso dos dedos sobre los labios.

—Bandur es astuto —dijo—. Quería hacerte pensar que tenía una debilidad para que bajaras la guardia y entonces marcarte.

Me quedé en silencio, sabiendo que tenía razón.

—Aun así iré contigo. Ya está decidido.

Edan suspiró.

—Maia, sabes que en las islas abundan los fantasmas y los demonios. Aunque estuvieras a salvo de ellos, yo no seré el mismo.

—¿Crees que me importa?

—Pues debería —dijo con pesar—. Seré un demonio.

—Entonces, yo también lo seré. Un fantasma o un demonio, lo que las islas quieran de mí. No tienes por qué estar solo.

—Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida —repuso con brusquedad—, y te ruego que no vuelvas a repetirlo.

Mis hombros empezaron a caer, pero me enderecé.

—Las tijeras son de Amana —dije con ferocidad—. Son las de la leyenda del dios de los ladrones. ¿Lo sabías?

—Lo sospechaba.

—Eso significa que yo también formo parte de la leyenda. Puede que incluso sea medio hechicera. Hay magia en mí, así que déjame ayudarte.

Edan frunció los labios con fuerza.

—Es imposible discutir contigo, ¿verdad?

—Soy la más brillante, ¿recuerdas? Lo dijiste tú mismo.

Edan se puso a reír y me besó con mucha dulzura. Luego me abrazó, como había hecho cuando vivíamos bajo las estrellas invisibles de la mañana, hasta que el día dio paso a la noche.

En aquel momento supe que éramos como dos trozos de tela cosidos de por vida. Nuestras puntadas no podían deshacerse.

No lo permitiría.

CAPÍTULO 33

Avistamos el Palacio de Otoño cinco días antes del sol rojo. No quería contar cuánto faltaba para que Edan se rindiera a Bandur, pero no podía evitarlo. Con demasiada frecuencia, miraba al cielo y veía cómo el rojo teñía poco a poco la corona del sol. Solo podía apartarlo de mi mente por la noche, cuando la oscuridad devoraba al astro.

Ahora que estaba a punto de terminar los vestidos, cada vez sentía más la magia propagándose por sus fibras. A lo mejor eran imaginaciones mías, pero, a veces, cuando tenía cerca las nueces que contenían la luz de la luna y el sol, los vestidos me cantaban. Era una melodía pausada, como el rumor de un pacífico riachuelo. Edan no podía oírla, pero la canción me llamaba, como si estuviera implorándome que acabara mi tarea.

Estiré el cuello para observar el Palacio de Otoño, que se encontraba en lo alto de una colina, rodeado de árboles con hojas rojas, doradas y naranjas. Desde mi posición parecía que estuviese ardiendo.

—No pareces ansiosa por volver —dijo Edan medio en broma—. Estoy convencido de que Ammi tendrá muchas galletas y pasteles esperándote en la cocina. Eso es algo que anhelar.

Yo me limité a suspirar y me recogí el pelo sobre la cabeza. Edan se me acercó.

—No te olvides de esto —dijo, y me dio una piedrecita para que me la metiera en el zapato.

Había dejado el bastón de Keton en el Palacio de Verano.

Hacía tanto que no fingía ser un chico que no sabía si podría hacerlo otra vez.

Asentí en silencio, pero mi rostro debía de dejar entrever la ansiedad, porque Edan me puso la mano en la mejilla.

—Todo irá bien.

—¿Ah, sí?

Se me hizo un nudo en la garganta y me dolía hablar.

Edan me besó tan larga y profundamente que me aún me ardían los labios cuando se apartó.

—Sí —susurró—. Yo me encargaré de ello.

Sabía que intentaba hacerme sentir mejor, pero nada podría borrar el dolor de su partida.

—¿Cuándo te irás a Lapzur? —le pregunté.

—La mañana del sol rojo. No me marcharé hasta que termines los vestidos y vea que estás a salvo.

Sus palabras no me reconfortaron y me sequé la comisura del ojo con el nudillo.

—Ya te he dicho que iré contigo. No permitiré que te vayas solo.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

Edan me abrazó y me secó con el dedo las lágrimas que me surcaban las mejillas.

—¿Recuerdas cuando te curé la mano? —preguntó en voz baja—. Dijiste que querías compensármelo.

De eso hacía mucho. Me aparté de sus brazos.

—Sí.

—Quiero que hagas una cosa por mí.

No me gustaba la incertidumbre de su voz.

—Te escucho.

—Cuando parta hacia Lapzur —dijo—, quiero que vayas a casa con tu familia y les des esto. —Abrió la mano y vi una cuarta nuez exactamente igual que las que había utilizado para atrapar la luz del sol y la luna—. Es un regalo para tu padre y tu hermano. Contiene una gota de sangre de araña niwa, entre otras cosas. Sanará las piernas de tu hermano y devolverá la felicidad a tu familia.

Se me entrecortó la respiración.

—Edan...

—Pónselo en el té —interrumpió—. Y en el tuyo también. Te hará dormir. Y, cuando despiertes, tú también serás feliz.

Fruncí el ceño, incapaz de interpretar su mirada oscura e impenetrable.

—Ningún té mágico me hará feliz, Edan. Sin ti, no.

—Por favor. —Me tocó los labios—. Confía en mí.

Metí la cabeza debajo de su barbilla y respiré, pero no le prometí nada.

Casi había oscurecido cuando llegamos al Palacio de Otoño. La salida de la luna hizo brillar las hojas rojas y naranjas y no pude evitar compararlas con polillas dentro de un farol. Atrapadas.

Me preguntaba si llegaríamos antes de la transformación de Edan. Sabía que estaba a punto de cambiar: el amarillo de sus ojos se volvió más intenso a medida que la luna ocupaba el lugar del sol. Pero, en cuanto llegamos a las puertas del palacio, ese brillo se atenuó.

—Anuncia a Su Majestad que su lord Hechicero y el sastre imperial han regresado —ordenó al guardia.

Las grandes puertas rojas se abrieron y nos apeamos de los caballos. Edan respiró hondo. De repente parecía más alto y corpulento.

Abrió la palma de la mano y vi una flor azul como las que me había regalado en las Montañas de la Luna.

—Esta no se marchitará.

No la acepté.

—Me gustan las viejas —respondí.

Las había guardado en mi cuaderno de bocetos.

Edan asintió en silencio y la flor desapareció. Las puertas se habían abierto lo suficiente para que atisbara los jardines que había en su interior. Las sombras parpadeaban. Para Edan y para mí, eran los últimos momentos de libertad.

—Intentaré verte siempre que pueda —dijo—. No puedo prometerte que sea a menudo. A Khanujin no le habrá gustado que pasara tanto tiempo fuera. Me retendrá a su lado.

Antes de que pudiera responder, el ministro Lorsa llegó para acompañarnos hasta el Palacio de Otoño. Por su expresión de sorpresa, supe que esperaba que fracasara.

Ojalá lo hubiera hecho.

Lorsa se puso los brazos a la espalda y sus llamativas mangas azules ondeaban mientras caminaba apretando el paso. Era como el primer día, cuando llegué al Palacio de Verano. La ropa de Lorsa era igual, con el mismo collar de jade y la gigantesca borla roja que le colgaba de la faja. Pero esta vez no intenté seguirle el ritmo. Esta vez fui cojeando y me tomé mi tiempo, y cada vez que se paraba a esperarme lo consideraba una victoria.

Odié el Palacio de Otoño al instante. Echaba de menos los tejados dorados y las columnas bermellón del Palacio de Verano, los brillantes jardines y el olor a flores de jazmín y ciruelo. Sí, los árboles irradiaban una estridente amalgama de colores incluso bajo la luz de un farol, y los suelos de piedra estaban cubiertos de hojas doradas recién caídas, pero el aire olía a rancio, como a tinta húmeda. No había libélulas ni mariposas, alondras o golondrinas, tan solo una fina niebla que envolvía la tierra como si estuviera preparándose para un profundo y largo sueño.

Para mi sorpresa, vimos a lady Sarnai en uno de los jardines. No reaccionó, pero se levantó ondeando la falda y miró algo situado en

el rincón, como si ella también prefiriera estar en cualquier otro sitio.

El ministro Lorsa nos indicó que entráramos en los aposentos del emperador. En las puertas había pintados unos leones de ojos rojos que me hicieron estremecerme y pensar en Bandur. Dentro nos esperaba el emperador Khanujin con un velo azul marino que le oscurecía la cara. Cuando Lorsa se fue, se lo quitó.

Edan me había dicho que el emperador recurría a su magia para mejorar su aspecto, pero aun así me sorprendió lo cambiado que estaba. El verdadero emperador era poco imponente, más bajo y menos musculoso de lo que recordaba, con una boca débil y unos ojos pequeños y despiadados.

Intentando no mirarlo, me arrodillé y Edan le hizo una reverencia.

—Debería ordenar que os ahorquen, lord Hechicero —dijo el emperador Khanujin entre dientes—. Os fuisteis sin mi permiso.

—Acepto las consecuencias de mis actos, Su Majestad —respondió Edan—. Juzgué necesario ayudar al sastre imperial para garantizar vuestro matrimonio y la paz para A'landi.

—¿Pensasteis que abandonarme sería inteligente? —El emperador arrojó la taza de té al suelo, que se hizo añicos delante de Edan—. ¿Que sería inteligente que el shansen supiera que no estabais aquí? ¿Darle la oportunidad de atraparnos?

—Si es así, fracasó.

El emperador Khanujin resopló y parecía más tranquilo. Tamborileó con los dedos en el reposabrazos de la silla de madera, que difícilmente podía considerarse un trono. Llevaba las uñas largas y hacían un ruido que me ponía nerviosa.

—¿Habéis tenido éxito en vuestro viaje?

—Así es, Su Majestad.

—Entonces, al menos vuestra ausencia no ha sido en vano. Me pregunto cómo debería castigaros, lord Hechicero. Al fin y al cabo, que yo sepa no le teméis a nada. Y no puedo hacer que os ejecuten por desobediencia porque os necesito a mi lado. —Edan guardó silencio y el emperador Khanujin se tocó el amuleto que llevaba

prendido a la túnica—. Supongo que vuestra existencia misma es castigo suficiente. Vos, un recipiente de tanto poder a mis órdenes.

Edan no se amedrentó, pero yo sí. Cerré los puños y tuve que morderme los carrillos para no replicar al emperador.

—Maestro Tamarin, tienes trabajo que hacer. Déjanos solos.

Miré a Edan, que levantó la barbilla de manera casi imperceptible. Era una señal para que obedeciera.

El emperador sabía que no era coja, pero de todos modos fingí que me costaba levantarme y le hice una reverencia.

—Que viváis diez mil años, Su Majestad —dije, unas palabras que conocía pero ahora sonaban extranjeras en mi lengua.

Después volví a la vida que antaño soñaba vivir. Lo que habría dado por que hubiera seguido siendo un sueño.

Mi morral y mi baúl ya estaban en mis nuevos aposentos. Abrí el baúl para airear los vestidos y verlos me reconfortó. Puede que estuviera en el palacio, pero no olvidaría mis aventuras fuera de él. No olvidaría las batallas que Edan y yo habíamos librado, la magia que había visto.

Aquellos vestidos siempre me lo recordarían.

En la mesa de costura había un plato de galletas de almendra. No iban acompañadas de una nota, pero sabía que eran un regalo de Ammi y la imaginé exclamando: «¡Bienvenido otra vez!».

Recordar a mi única amiga en el palacio me animó y devoré las galletas para llenar el estómago. Cuando dejé el plato y empecé a desdoblar los vestidos, se abrió la puerta de mi habitación.

—¡Su Alteza lady Sarnai os honra con su presencia! —gritó una voz desde fuera.

Al momento entró lady Sarnai. El ceño y los labios fruncidos dejaban claro que no se alegraba de que hubiera regresado con vida, pero la hija del shansen ya no me daba miedo. Cogí el bastón e hice una reverencia.

—El sol rojo se acerca —dijo a modo de saludo.

Aquel recordatorio me dolió, pero ella no podía conocer el motivo.

—Ya casi he terminado, Su Alteza.

—Entonces, ¿encontraste a los hijos de Amana? —preguntó inexpresiva.

—Sí, Su Alteza.

Como siempre, lady Sarnai llevaba un abanico, pero estaba retorciéndolo con tanta fuerza que me pareció que iba a romperse. Cuando volvió a hablar, su voz era tensa.

—Enséñame lo que has hecho.

Me arrodillé al lado del baúl, contenta de haber tenido tiempo para limpiarlo de polvo y arena. Uno a uno, saqué cuidadosamente los tres vestidos.

Lady Sarnai me arrebató el primero y lo cogió de las mangas para verlo.

—Ese será el vestido de la luna —dije—. Todavía no he tejido su luz.

Aun sin el elemento mágico, el vestido era imponente. Por el silencio de lady Sarnai supe que había creado algo sobrenatural.

Las mangas eran largas y anchas y, al sostenerlas en alto, se curvaban como la elegante base de un laúd. En los puños y el cuello cruzado brillaba un hilo blanco y dorado y había tejido concienzudamente unas pequeñas flores y nubes. La falda era plateada, con cinco capas superpuestas de la seda más fina para crear un efecto de luz pálida.

Lady Sarnai se conmovió por la belleza del vestido. Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas, aunque parpadeó para evitar llorar.

Después lo dejó caer al suelo. Se había quedado pálida y en su mirada percibí una mezcla de asombro y horror.

—Se suponía que era... imposible.

—No fue fácil —dije cansada. No podía alardear. Habíamos pagado un alto precio por los vestidos—. Nos encontramos con

muchos obstáculos, mágicos y de otra índole. Nos persiguieron los hombres de vuestro padre.

Lady Sarnai se puso seria al oír la noticia. Pensaba que me reprendería por insinuar que había enviado a Edan conmigo para que su padre pudiera capturarlo, pero no dijo nada. Aun así, no se sorprendió. Tal vez estaba dividida entre su deber para con el shansen y su odio hacia él por obligarla a casarse con el emperador Khanujin.

Lady Sarnai levantó la barbilla y reconstruyó su cuidada máscara pétrea, pero no era tan convincente como antes.

—Muy bien, maestro Tamarin. —Mantuvo la cabeza alta para no mirar el vestido, como si el mero hecho de verlo la hiriera—. Estoy segura de que el emperador Khanujin estará satisfecho de que hayas conseguido su vestido de boda. Pero no creas que esta es tu primera de muchas grandes hazañas para él. Las promesas del Hijo del Cielo son tan vacuas como las nubes que lo engendraron. No deberías haber vuelto.

El abanico se partió y los fragmentos cayeron encima de mi vestido. Sin mirar los otros dos, se fue a toda prisa.

CAPÍTULO 34

Sobreviví los siguientes días concentrándome en mi trabajo. Estaba tan abstraída acabando los vestidos de lady Sarnai que apenas oía las campanas cada mañana y cada noche, ni la lluvia repiqueteando en el tejado durante las tormentas que azotaban el Palacio de Otoño. Casi no prestaba atención cuando Ammi hablaba de la milagrosa recuperación del emperador, aunque una vez reaccioné cuando se quejó de que el lord Hechicero no comía mucho a la hora de la cena. Cualquiera que fuese la magia que estaba obrando con los vestidos amortiguaba el ruido exterior y el plazo de entrega para lady Sarnai parecía muy, muy lejano.

Después de casi tres meses de viaje, había olvidado lo estimulante que era perderme en mi trabajo. No hacía mucho deseaba convertirme en el mejor sastre de A'landi. La vida era muy distinta antes de llegar al palacio, antes de blandir mis tijeras mágicas, antes de conocer a Edan.

No había venido a visitarme. Me dolía, pero era comprensible. El emperador Khanujin probablemente se lo había prohibido, aunque a veces estaba segura de que un halcón me vigilaba de madrugada por la ventana. En el fondo, desterraba mi enojo hacia el emperador, me decía a mí misma que era mejor así para los dos. Resultaba

menos doloroso sabiendo que debíamos separarnos.

Y así, con la ayuda de mis tijeras mágicas y los guantes de telaraña, me pasaba los días utilizando la luz del sol para hacer un hilo dorado tan delicado que no cegara ni quemara. El sol no era algo que pudiera esparcir sobre la mesa de costura y medir con una regla, así que trabajaba directamente desde la nuez, vertiendo rayos de luz sobre los guantes y cortando el más delgado que me atreviese. Luego lo enrollaba en las hojas de las tijeras y formaba un hilo tan fino que pasaba por el ojo de la aguja. Con la luz de la luna hice lo mismo, pero trenzaba los rayos plateados para crear esbeltos y relucientes cordeles.

La noche antes del sol rojo, tejí la luz solar en el primer vestido. La risa del sol no me animaba demasiado, pero, cuando los rayos rebotaban en las tijeras, me daban ganas de reír, no de alegría, sino de asombro y alivio. Porque, cuando estuvo terminado, el vestido era tan radiante que se me humedecían los ojos. Incluso cuando apartaba la mirada veía pequeñas coronas de luz.

Parpadeé y estiré los dedos. Tenía el vial con la sangre de las estrellas sobre el regazo y las tijeras zumbaron cuando me dispuse a bordar lágrimas de la luna en el segundo vestido de lady Sarnai. Mientras trabajaba, recordé el ascenso al Pico del Hacedor de Lluvia y la zambullida en la piscina helada. Me cayó una lágrima por la mejilla; no era tristeza, sino la amarga conclusión de que la Maia que estaba terminando aquellos vestidos no era la misma que la que los había empezado tres meses atrás. Eran mi viaje y pronto tendría que dejarlos partir.

Di la última puntada al vestido de luz de luna. Solo faltaba uno: la sangre de las estrellas.

Me temblaban los dedos y me sequé los ojos con la palma de la mano. Hacía días que no dormía y empezaba a notar el agotamiento. Mi mente divagaba y mi determinación iba a menos.

La aguja planeó sobre el último vestido. ¿Qué sería de mí cuando terminara?

El emperador sabía que era una mujer. ¿Me dejaría quedarme en el palacio cuando acabara los vestidos? Eso era lo que deseaba mi antiguo e ingenuo yo, ganarse el favor de Su Majestad y ser el sastre imperial, pero ahora ya no.

Si me permitía quedarme, sería como un recordatorio del poder que ejercía sobre mí. Y también de lo que había perdido.

Al día siguiente, Edan volvería a Lapzur y se convertiría en un demonio como Bandur.

Y todo por mi culpa.

Solo el trabajo evitaba que perdiera la esperanza y ahora iban a arrebatármelo. Los vestidos ya casi estaban terminados y lady Sarnai los reclamaría por la mañana.

Respiré hondo, entrecortadamente, y me tumbé en la cama. Había sido fuerte durante muchos meses. Fuerte por mi familia, fuerte por mí misma y fuerte por Edan.

Finalmente me dejé llevar. Todo lo que me había esforzado por guardar en mi interior, todo el dolor y la tristeza que había enterrado, salió de mi corazón y empecé a sollozar.

¿Por qué no podía ser simplemente Maia, la hija obediente, la chica a la que le encantaba coser y que solo quería pasar el resto de sus días con sus tres hermanos y su padre?

Pero Finlei ya no estaba y Sendo tampoco. Y el espíritu de Sendo no era más que un fantasma de su antiguo yo.

Edan había ocupado el vacío que dejaron mis hermanos. Había sacado a la aventurera, la soñadora y la rebelde que llevaba dentro. Pero ahora también estaba a punto de perderlo a él.

No podía perder a Edan.

No lo consentiría.

Puse freno a mis pensamientos y encajé las piezas. Si Edan se libraba de su juramento al emperador Khanujin, ya no sería hechicero. No podría convertirse en demonio ni ocuparía el puesto de Bandur como guardián de Lapzur.

Me levanté de la cama y cogí las tijeras. Usando los dientes,

quité el corcho del vial que contenía la sangre de las estrellas y vertí su preciado contenido sobre las hojas de la tijera. Luego las acerqué a la suave seda blanca de mi último vestido.

Lenta y gradualmente, la sangre de las estrellas se propagó como si fuera pintura en un lienzo vacío.

La noche era oscura y sin estrellas, pero en mi habitación había tejido un mundo de luz.

Los vestidos brillaban tanto que su poder se filtraba por las puertas y las ventanas. Mirar aquellos tres vestidos a la vez debería haberme cegado, pero yo era su creadora y eso me protegía de su intensidad.

Di un paso atrás y solté un largo suspiro mientras contemplaba mis creaciones.

—Uno tejido con la risa del sol —susurré—. Otro bordado con las lágrimas de la luna. Y, por último, uno pintado con la sangre de las estrellas.

Busqué algo que arreglar, un hilo suelto o un botón, pero las tijeras y yo no habíamos cometido errores. Los vestidos eran perfectos. Dignos de una emperatriz. Dignos de una diosa.

Con un suspiro, pasé la mano por el último vestido. La pintura se había secado con extraordinaria rapidez y, al tocar su fina seda con los dedos, supe que era el más hermoso de los tres, mi obra maestra. El vestido del sol era ancho y completo, de un color dorado glorioso e incandescente, con solapas redondeadas en el dobladillo que brillaban como rayos, y el vestido de la luna era esbelto y plateado, con mangas anchas y una falda ajustada con cola. Pero el vestido de las estrellas... Era negro como la noche, pero, cuando lo tocaba, se desplegaba un espectro dorado, plateado, púrpura y de mil colores que no sabía nombrar. Me puse el corpiño delante y me imaginé enfundada en él.

«¿Por qué no, Maia? —pensé—. Te has pasado toda la vida tejiendo para otros y concibiendo vestidos que nunca te has atrevido a probarte».

Antes de que pudiera cambiar de opinión, desabroché los cien botones que tan concienzudamente había cosido en el vestido pintado con las estrellas, me puse la falda, me subí el corsé y metí los brazos en las mangas. Fuera cual fuera el poder que atesoraban los vestidos de Amana, pensaba averiguarlo. Aquella noche.

Por arte de magia, la falda se hinchó, los botones se abrocharon uno a uno y la faja se ciñó a mi cintura. Me llevé las manos al corazón intentando contener la emoción. El vestido me iba perfecto. Quedaba ajustado a las caderas y la suave seda fluía hacia fuera como pétalos de rosa. El tejido era cálido y, por alguna razón, me hacía sentir viva.

Me solté el pelo y me tapé la cara con un fino velo hecho con la seda sobrante.

Después salí. El palacio estaba a oscuras y los faroles que iluminaban los caminos del jardín titilaban, pues las velas estaban a punto de consumirse. Sin embargo, no necesitaba ni faroles ni antorchas para ver. El vestido iluminaba el camino.

Los guardias se me quedaron mirando boquiabiertos. Algunos se arrodillaron apoyando la cabeza en el suelo como si fuera una diosa. Nadie me preguntó quién era ni adónde iba.

Llegué al Templo Supremo. Tenía los hombros tensos, pero franqueé las puertas de madera y me dirigí al santuario.

Allí me esperaba un altar de Amana. Las velas y el incienso iluminaban las estatuas, pero el templo estaba vacío.

Con cuidado, cogí un manojito de incienso y me abrí la falda para poder arrodillarme.

—Amana, bendíceme y perdóname, porque he tejido los tres vestidos legendarios de tus hijos: el sol, la luna y las estrellas.

Metí el incienso en su jarrón, hice una reverencia y me levanté, pero entonces oí el viento. No, no era el viento. Aquel sonido me recordaba a las tijeras, una tenue canción que resonaba en mi interior, como si solo pudiera oírla yo.

Me di la vuelta y vi que las estatuas de Amana brillaban con más

intensidad.

—Así que has encontrado a mis hijos —dijo una voz de mujer. Era grave y potente, aunque bondadosa—. Y has hecho mis vestidos.

Me puse de rodillas otra vez.

—Sí, diosa madre.

—Poseen un gran poder, un poder demasiado grande para permanecer en tu mundo.

Agaché la cabeza al oír su advertencia.

—Ahora lo sé, diosa madre —dije con voz temblorosa—. Cumpliré el castigo que me impongas.

Amana me miró.

—No es necesario ningún castigo. Has sufrido mucho y el poder de los vestidos podría ocasionarte aún más sufrimiento. —Hizo una pausa—. Me apiadaré de ti y te quitaré una carga. Pídeme el mayor deseo de tu corazón, Maia, y te lo concederé.

Mi corazón desbordaba alegría y no tuve que pensármelo dos veces.

—Por favor, Amana, libera a Edan de su juramento con el emperador Khanujin.

El incienso olía cada vez más fuerte y la mirada de Amana se hizo más intensa.

—Tu deseo tendrá graves consecuencias, Maia. Edan no podrá cumplir su promesa con el demonio Bandur. Tendrás que pagar el precio por no haber respetado el juramento.

—No me importa —respondí con firmeza—. Amo a Edan.

Hubo una pausa y contuve la respiración.

—¿Tu deseo obedece verdaderamente al amor? Hay ira en tu interior, niña. Ira y mucha tristeza. ¿No deseas nada para ti?

Al oír sus palabras me desanimé. Era imposible mentir a la madre diosa.

—Durante muchos años he deseado que mi familia pudiera estar junta una vez más —reconocí en voz baja—. Pero sé que esa

pérdida es irreversible, incluso para ti, diosa madre. En cambio, para Edan... aún hay esperanza.

—Entonces, que así sea —dijo Amana al fin—. Bajo la luz de las estrellas a la cual estaba ligado, tu amor será libre.

—Gracias —susurré—. Gracias, diosa madre.

Hice tres reverencias y pegué la frente a los fríos tablones de madera del templo. Luego bajé corriendo las escaleras con los brazos abiertos y exultante por la bendición de Amana. Tenía la esperanza de que el mañana tejería un nuevo amanecer.

CAPÍTULO 35

Seguí durmiendo después de que sonaran los gongs al amanecer e incluso después de las habituales campanas matinales. Cuando Ammi entró en la habitación, me encontró descansando encima de las mantas con los pies colgando de la cama y me sacudió con fuerza.

—¡Están todos esperándote! —gritó y se le agitaron las trenzas—. Tenías que estar en los aposentos de lady Sarnai hace veinte minutos.

Me levanté de un salto y lo primero que vi fue el sol rojo mirándome desde la puerta que Ammi había dejado abierta y tiñendo la habitación con un barniz carmesí. Horas antes, Ammi había dejado una bandeja de desayuno en el suelo. Sobre la laca se había derramado un poco de sopa, que bajo la luz casi parecía sangre.

Desvié la mirada hacia los vestidos. Los del sol y la luna estaban pulcramente doblados y listos para mostrárselos al emperador Khanujin y lady Sarnai, pero el último estaba colgado encima de la silla con la falda tocando el suelo.

Tuvo que ser un sueño.

—Levántate, levántate. —Ammi me agarró del brazo para que

saliera de la cama—. Al menos has dormido con la ropa puesta.

Qué extraño. No recordaba habérmela puesto de nuevo la noche anterior. A mi izquierda había un espejo largo y rectangular bordeado de un entramado de palo santo. Al mirarme, vi mis ojos cansados a causa de la preocupación y la falta de sueño, algunos mechones de cabello negro pegados a la cara y el resto enmarañados. Nada fuera de lo común.

Me peiné y alisé los pantalones.

—Estoy despierta.

Ammi dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—No hay tiempo para desayunar. —Se arrodilló a limpiar la sopa derramada en la bandeja—. Lo dejaré aquí para que te lo tomes más tarde.

Yo asentí y me puse el cinturón de sastre. A un lado llevaba las tijeras, cuyo peso ya me resultaba familiar.

Ammi desempolvó el sombrero y me lo tendió.

—Te ha crecido el pelo.

Vacilé, deseando que el hechizo que había lanzado Edan sobre el palacio no hubiera afectado también a Ammi. Habría estado bien que otra chica conociera mi secreto.

—Lo sé —respondí al coger el sombrero—. Gracias.

Metí los vestidos en una cesta y al ir corriendo a los aposentos de lady Sarnai casi me olvido de cojear y utilizar el bastón. Igual que en el Palacio de Verano, el Pabellón de las Orquídeas estaba en la otra punta, y cuando atravesé los pasillos abiertos y los patios evité mirar al cielo. De reojo, vi que las nubes estaban en llamas; incluso mi sombra estaba teñida de rojo. Pero no quería levantar la cabeza, no quería ver el sol ardiendo.

Subí los escalones a toda prisa y, cuando los guardias me permitieron entrar, me arrodillé e hice reverencias.

—Su Majestad Imperial, mis más sinceras disculpas por...

Ver al emperador Khanujin me hizo olvidar mis palabras. El gobernante menudo y débil al que había visto hacía solo cinco días

había desaparecido. Gracias a la magia de Edan volvía a ser el rey majestuoso al que todos amaban y temían. Llevaba el cabello, negro como el ébano, cubierto con un tocado hecho enteramente de oro, y sus ojos eran brillantes, aunque no transmitían bondad. La fachada era tan impactante que olvidé su verdadero aspecto.

Aparté los ojos de él, negándome a que la magia jugara con mis percepciones y sentimientos. A su lado se encontraba Edan. Fruncí los labios. Hacía días que no estábamos juntos. Ahora llevaba el pelo más corto, con los rizos peinados hacia atrás, y la túnica negra que lucía siempre que estaba cerca de su señor.

Estaba muy recto, casi rígido. Atado. La pulsera dorada aún le engrilletaba la muñeca y el aura del emperador resultaba tan violenta como siempre. El encuentro con Amana la noche anterior debían ser imaginaciones mías. Al ver a Edan de aquella manera tuve la sensación de que iba a estallarme el corazón.

Volví ligeramente la cabeza para observar los aposentos de lady Sarnai. Parecían más pequeños que los del Palacio de Verano, tal vez porque había mucha gente allí reunida: el ministro Lorsa y otros tres eunucos, una hilera de cortesanos, varias doncellas de lady Sarnai y lord Xina. Todos querían ver si había logrado tejer los vestidos de Amana.

—Llegas tarde —dijo el emperador cuando se cerraron las puertas.

No estaba mirándome y tardé un poco en darme cuenta de que había llegado alguien después de mí.

Lady Sarnai se me acercó por detrás. Llevaba el arco colgado del hombro, como si acabara de volver de cazar. En la mano sostenía una flecha tan afilada como la animosidad de sus ojos y se me ocurrió que tal vez estaba pensando en dispararme. Desde luego, no parecía contenta de verme allí.

Entregó el arma a un eunuco del emperador y tiró la flecha y la aljaba al suelo. Si le sorprendió la presencia de lord Xina, lo disimuló muy bien, e hizo una reverencia al emperador.

—Levántate —dijo él, y se sentó en una de las dos sillas lacadas de color escarlata que habían ubicado para él y lady Sarnai en el centro de la sala. A su lado habían puesto incienso.

Vi que Edan llevaba su amuleto en la faja. Tenía el mismo aspecto de siempre, viejo y opaco, con el halcón tallado.

—Ha llegado el sol rojo —anunció el emperador Khanujin—. Maestro costurero, hemos esperado mucho tiempo a que terminaras los vestidos de Amana. Preséntaselos a lady Sarnai para que pueda ponerse uno en honor a la llegada del shansen para el banquete de esta noche.

Tragué saliva y, cuando me levanté, mantuve la cabeza gacha y la mano en la empuñadura del bastón.

—Su Alteza —dije, dirigiéndome a lady Sarnai—, he terminado vuestros vestidos y os los presento con anticipación a vuestro enlace con el emperador Khanujin.

Cuando cogí los vestidos y los desdoblé, me maravilló que la tela no tuviera ni una sola arruga. Oí a las doncellas de lady Sarnai suspirar cada vez que sostenía uno en alto. Las faldas se hinchaban cual nubes y brillaban con tal intensidad que parecía que estuvieran hechas con rayos del sol y la luna y oro, diamantes y otras piedras preciosas.

—Uno está tejido con la risa del sol —expliqué mientras la doncella me cogía los vestidos para enseñárselos a lady Sarnai —y otro bordado con lágrimas de la luna.

Lady Sarnai apenas los miró. Era difícil hacerlo. De cerca resultaban cegadores, pero yo estaba acostumbrada a su luz.

—Por último —añadí—, un vestido pintado con la sangre de las estrellas.

—Espera —dijo lord Xina, que dio un paso al frente para inspeccionar el vestido.

Pasó sus grandes manos por encima de la tela, que, sorprendentemente, no brillaba. Pese a que mis recuerdos eran vagos, habría jurado que la víspera se iluminó cuando me lo puse,

como si llevara la luz de las estrellas. Pero no, el vestido seguía siendo negro. Negro como el carbón, como la tinta. Como la muerte.

—Es un color inapropiado para una boda, ¿no os parece? —dijo lord Xina dirigiéndose al emperador—. Insultas al shansen.

Lady Sarnai ladeó la boca.

—Aunque el color no me repugnara, es demasiado simple, maestro Tamarin. Desde luego, no es un vestido que evoque a nuestra gran diosa.

Fui hacia la doncella que sostenía el vestido e intenté que se acercara a la luz, pero era de color carmesí y no destacaba los colores de las estrellas.

—Atrapa la luz, Su Alteza —dije, intentando disimular lo desconcertada que me sentía con aquella prenda deslucida—. Quizá sea porque hoy hay sol rojo y la luz es diferente.

El emperador Khanujin se cruzó de brazos y sus mangas de seda cayeron hasta el suelo.

—No os enfadéis, lady Sarnai. Creo que el color os quedará bastante bien.

—No me lo pondré —dijo—. Lord Xina tiene razón. Sería inapropiado.

—A lo mejor Su Alteza debería probarse otro vestido —terció Edan—. El vestido del sol.

Lady Sarnai lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué cambiará otro vestido si este no deslumbra? Pedí los tres vestidos de la diosa Amana, no imitaciones.

—No son imitaciones —repuso Edan con brusquedad.

—Desde luego que no —dijo el emperador Khanujin, que apoyó las manos en las rodillas y parecía extrañamente calmado—. Mis guardias juran que ayer noche vieron a la diosa Amana en el Templo Supremo enfundada en un vestido hecho de estrellas.

Varios eunucos murmuraron entre ellos, ya que también habían oído la historia.

Lord Xina se volvió hacia Edan con expresión tensa.

—¿Creeías que nos engañarías con tu magia, que nos harías creer que la diosa Amana se pasearía por la Tierra con este... vestido vil?

—Póntelo —me ordenó el emperador Khanujin.

No fui la única que se volvió hacia el emperador.

—¿Señor?

—Maestro Tamarin, demuestra tu poder como sospecho que hiciste ayer noche.

—Creo que eso no sería apropiado —intervino lord Xina—. El maestro Tamarin es un hombre. Es imposible que...

—Ahí es donde os equivocáis, lord Xina. —El emperador esbozó una sonrisa—. El maestro Tamarin es Maia, la hija menor de Kalsang Tamarin.

Jadeé y todos se quedaron boquiabiertos. ¿Por qué lo había hecho?

—¡Es una impostora! —murmuraron algunos.

El ministro Lorsa se tapó la boca con la mano y el eunuco que tenía a su lado empezó a escribir frenéticamente en su cuaderno. La sonrisa de suficiencia de lady Sarnai dio paso al asombro, pero yo estaba demasiado ocupada mirando a Edan como para saborearlo. Su expresión era tranquila y melancólica, aunque me arqueó una ceja, una señal de que no tenía ni idea de qué estaba pensando el emperador. Nerviosa, empecé a retorcer los dedos.

—Maia Tamarin, ponte el vestido.

Edan hizo ademán de ayudarme, pero el emperador levantó una mano para impedirselo.

Consciente de que todos me observaban, cogí el vestido de las estrellas y fui detrás del biombo. Notaba la mirada penetrante de lady Sarnai a través de él, esperando que mi vestido no consiguiera insuflar vida a la magia de Amana.

La posibilidad de que pudiera tener razón me provocó una punzada de miedo en las entrañas. Ninguna de las doncellas me ayudó y era imposible abrochar los botones. Cogí las tijeras y con

eso bastó para que regresara la magia y los botones se unieron.

Sin vacilar, me quité el sombrero y el cabello me cayó por encima de los hombros. Luego salí de detrás del biombo.

El vestido irradiaba deslumbrantes haces de luz que inundaron toda la sala. Abrumado, el emperador Khanujin levantó las manos para protegerse los ojos. Lady Sarnai y lord Xina hicieron lo mismo.

Pero Edan no apartó la mirada y se le escapó una silenciosa exhalación. Le brillaban los ojos y por un momento volvió mi Edan, que ya no era el sirviente del emperador Khanujin. Sin embargo, no estaba mirando el vestido, sino a mí.

—Estás resplandeciente —susurró para que solo yo pudiera oírlo.

Bajé la cabeza confusa. Mi vestido había cobrado vida igual que había hecho la noche anterior. Hoy era de otro color, más púrpura que negro, más intenso incluso que los tintes que solo podían permitirse reyes y reinas. La reluciente tela formaba ondas e irradiaba todos los colores imaginables en el techo y las paredes. Entonces me vi en el espejo. Estaba brillando. Mi piel, mi cabello, mis manos y mi cuerpo entero proyectaban una luz suave y plateada que se volvió más brillante a medida que yo tomaba conciencia de ella. Edan me cogió las tijeras, que tenía agarradas con tanta fuerza que me habían dejado marcas en los dedos.

La luz del vestido se intensificó cuando su mano rozó la mía, pero entonces retrocedió y el emperador Khanujin ocupó su lugar.

Estaba maravillado. La mueca de desprecio desapareció de sus labios y me levantó la barbilla como ya había hecho en aquella celda.

—Qué transformación más gloriosa —dijo estudiándome desde todos los ángulos—. Ahora entiendo por qué te confundieron con Amana. Camina para mí.

Me pesaban las piernas, pero obedecí y, con pasos cortos, describí un círculo delante del emperador para que todos pudieran verme. Sus ojos me seguían en todo momento, deleitándose en el

fulgor del vestido.

Aunque sabía cómo funcionaba el poder del emperador Khanujin, su fuerza era difícil de resistir. Lo que en su día había confundido con carisma era fuerza. Brotaba de su interior, especialmente cuando estaba cerca de Edan. Intenté resistirme, y mi mente lo hizo, pero mi cuerpo no fue capaz. El emperador me pidió que diera una vuelta y lo hice. Me pidió que lo cogiera del brazo y lo hice. Me tocó la cara y le dejé hacerlo.

Edan observaba retorciéndose las manos detrás de la espalda. Tenía la mandíbula apretada y sabía que estaba furioso con el emperador por utilizar sus poderes mágicos para manipularme y consigo mismo por no poder pararlo.

—¿Aún dudáis de que estos sean los vestidos de Amana? —preguntó el emperador Khanujin—. Solo esa magia podría transformar a una chica sencilla como Maia Tamarin... en una diosa.

Lord Xina y lady Sarnai no dijeron nada. La luz de mi vestido bailaba en sus ojos, pero no los llenó de asombro, tan solo de tormento.

—Maia, muéstranos el poder de Amana.

La voz del emperador transmitía autoridad, pero me ponía tensa.

—Su Majestad —interrumpió Edan—, los vestidos no están hechos para este mundo.

—Silencio —le espetó el emperador Khanujin.

El amuleto de Edan empezó a oscilar, pero ahora brillaba entre los demás colgantes, sobre todo cuando lo tocaba la luz de mi vestido.

«Bajo la luz de las estrellas a la cual estaba ligada, tu amor será libre», había dicho Amana.

En una ocasión, Edan me contó que se había convertido en hechicero bebiendo la sangre de las estrellas y que la pulsera que llevaba en la muñeca había aparecido cuando hizo el juramento en Lapzur.

Miré primero el amuleto que el emperador llevaba en la faja y

luego la pulsera de Edan. ¿Podía ser así de sencillo?

—Maia Tamarin —repitió el emperador Khanujin—, muéstranos el poder de Amana.

Una luz cantó en mi interior. Desataría la magia del vestido para Edan, no para el emperador. A medida que crecía mi determinación, la tela se volvía más brillante, con una deslumbrante luz plateada que eclipsaba todo lo que tocaba. Mis pensamientos se arremolinaron con tal intensidad que no noté que Edan me agarraba de los hombros, ni oí al emperador Khanujin reírse ni a lady Sarnai gritar.

Me volví hacia Edan y entrelacé mis dedos con los suyos. Entonces nos envolvió un torbellino de luz azul y púrpura, una tempestad de fulgor.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

En lugar de responder, le cogí la mano y me la puse sobre el corazón. La luz era tan brillante que nadie podía vernos en el ojo de la tormenta. Me puse de puntillas y le besé, pensando en los mayores deseos que abrigaba en mi corazón: que Keton volviera a caminar y que Baba fuera feliz. Que Edan fuera libre. Uno a uno, los cumpliría todos costara lo que costara.

«Sé libre, Edan. Sé libre». Separé los labios, apoyé la frente en la suya y vi la incredulidad en sus ojos. Su mano empezó a temblar contra mi pecho mientras la pulsera escupía humo y el polvo de oro caía al suelo como si fuera arena. El viento se la llevó antes de que la luz del vestido se apagara y las paredes de madera del palacio nos rodearan de nuevo.

Todo había terminado. Tan pausadamente como pude, me alejé de Edan. Los demás se habían desplomado. Había jarrones y sillas volcados, tazas rotas y ropa de cama esparcida por el suelo. El emperador fue el primero en recuperarse. Vi a lord Xina ayudar a lady Sarnai a levantarse y luego se situó a una distancia prudencial de ella. Tenía la mandíbula rígida y la línea que formaban sus labios transmitía insatisfacción. ¡Qué familiar me resultaba aquella mirada!

Se la había visto a menudo a Edan.

—Contemplad el esplendor y el poder de Amana —dijo el emperador doblando los codos para desempolvarse las mangas—. Felicidades, maestro Tamarin. Nadie podrá negar que has satisfecho los deseos de lady Sarnai y que te has ganado un puesto en mi corte.

Me arrodillé e hice una reverencia. El amuleto que llevaba en la faja no brillaba y había aparecido una grieta que partía el halcón por la mitad, pero el emperador no se había percatado. Tenía la sensación de que no lo haría hasta que viera cómo se disipaba su gloria en el espejo.

—Estás exento de tus labores el resto del día.

Casi no oí lo que dijo el emperador cuando nos ordenó que abandonáramos el Pabellón de las Orquídeas. Lo único que podía hacer era hervir bajo el calor de la mirada de Edan. Estaba pálido. Su mirada transmitía aflicción y confusión, y sus movimientos eran torpes. Intentó mirarme a los ojos, pero no me atrevía a levantar la cabeza, ni cuando me devolvió las tijeras ni cuando me rozó el hombro con la túnica al salir detrás del emperador.

Los guardias abrieron las puertas, que dejaron entrar una fría ráfaga de viento. Cuando se vació la habitación, las doncellas de lady Sarnai se apresuraron a recogerlo todo. Ninguna tuvo valor para ayudarme a quitarme el vestido, así que lo hice yo misma y lo dejé encima de la silla lacada roja del emperador.

Lady Sarnai estaba observándome, pero su mirada carecía de su habitual tono amenazante; parecía forzada, resignada. Dándome la espalda, fue hacia una esquina y se sentó junto a su bastidor de bordado, lo más lejos que pudo del vestido que había dejado sobre la silla del emperador. No abrió los puños, ni siquiera cuando me di la vuelta para abandonar sus aposentos.

Cuando volví a mi habitación llevaba el sombrero en la mano. Los guardias se pusieron firmes al verme.

—Maestro Tamarin —murmuraron y agacharon la cabeza en

señal de respeto.

El ministro Lorsa estaba cerca y también me hizo una reverencia antes de darse la vuelta rápidamente.

Debería haberme sentido exultante. Al fin y al cabo, yo, una simple costurera de Puerto Kamalan, había creado los legendarios vestidos de Amana. Me había convertido en el sastre imperial de A'landi, la primera mujer que lo conseguía. Y había liberado a Edan, un lord Hechicero, de su juramento milenario.

Sin embargo, notaba un vacío dentro de mí. Cuando liberé a Edan me invadió un frío intenso.

«Es libre —me recordé a mí misma cuando me desplomé en la cama—. Eso es lo único que importa».

Y después me quedé dormida con una sonrisa de lo más triste.

CAPÍTULO 36

Edan no sonreía cuando me despertó. Tenía los brazos cruzados y estaba sentado al borde de la cama. El cambio en él era sutil, pero lo noté al instante.

Sus hombros parecían más livianos, como si se hubiera quitado de encima un peso terrible. También tenía el pelo más claro, más cerca del negro de las semillas de amapola que del negro de la noche, y el tabique nasal ligeramente más torcido y, por primera vez, vi pequeñas imperfecciones en su cara: una delgada cicatriz encima del ojo que antes no estaba y una pequeña verruga en la mejilla. Me entristeció verlas.

Al hablar parecía tenso.

—Invocaste a Amana.

No era una pregunta, pero asentí y me incorporé.

—Anoche. Cuando me puse el vestido, fui al Templo Supremo y ella vino a mí. Me concedió un deseo.

Edan maldijo.

—Maia, de todas las estupideces impulsivas...

—¿Qué más podía desear? —dije en voz baja—. Te quiero.

La luz del sol incidió en el rostro de Edan y lo fue tiñendo de rojo rubí a medida que su ira iba disipándose. La tristeza de sus ojos

hablaba por sí sola.

—Debería haberte hecho beber.

—¿Beber?

—Esa poción para tu padre y tu hermano. Hay suficiente para ti. Me habrías olvidado. Habrías sido feliz.

Ahora recordaba a qué se refería, pero mi respuesta no cambió.

—¿Cómo podría ser feliz sin ti?

Aquellas palabras me provocaron un nudo en la garganta y me di cuenta de que eran muy ciertas. Aquella mañana, cuando liberé a Edan de su juramento, había sido feliz por un breve instante, pero no podía serlo para siempre. Aunque me negaba a reconocer la verdad, en el fondo sabía que, al liberarlo, había provocado que Edan y yo nunca estuviéramos juntos.

—¿No te das cuenta de lo que has hecho? —dijo—. Ahora, Bandur vendrá a por ti.

—Me habría destrozado que te convirtieras en un ser como... Como él.

Edan me agarró de los hombros y me dio una sacudida.

—Y a mí me destrozará que Bandur te lleve con él. ¿Eso no te importa?

Se me partió el corazón. Nunca había visto a Edan tan vulnerable, tan triste. Mi alma deseaba estar con él.

«Tendrás que pagar el precio por no haber respetado el juramento», había dicho Amana. Pero Bandur no había venido a por mí, al menos todavía.

—Bandur no me llevará con él. —Me temblaba la voz—. No puede.

—No te entiendo, Maia. —Los ojos de Edan, tan claros y azules que ya no los recordaba de otro color, titubearon—. ¿A qué te refieres?

—Dijiste que esos vestidos no son de este mundo —respondí formulando lentamente mi mentira—. También me han liberado a mí.

Edan me atravesó con la mirada. No me creía.

—Mira —añadí apartándome el pelo para enseñarle el cuello—. La marca ha desaparecido.

—No ha habido marca desde que Bandur me transfirió su maldición.

—Y ahora esa maldición se ha roto —dije—. Eres libre de tu juramento y de Bandur. —Mentirle me resultó doloroso, pero fue más fácil de lo que debería y me invadió una sensación extraña y fría—. Ambos lo somos.

Mientras Edan me miraba a los ojos, le palpitaba un músculo de la mandíbula. Atenué mis emociones, sorprendida de lo fácil que era no sentir, conseguir que Edan no descubriera nada. Ya no poseía magia ni hechizos para detectar mi mentira.

—¿Lo juras?

Las costuras que me mantenían unida amenazaban con romperse y me aferré a la frialdad. La necesitaba para proteger a Edan.

—Lo juro —dije pausadamente.

Su expresión se suavizó. Me creía.

—Si realmente somos libres, ¿por qué siento que todavía no podemos estar juntos, que el pequeño taller junto al océano con el que sueñas aún está muy lejos?

En ese momento sonaron unos tambores y me impidieron responder.

—El shansen no tardará en llegar —dije—. Tienes que irte. El emperador Khanujin pronto sabrá que ya no estás atado a él y... cambiará.

Edan no se movió.

—Ven conmigo.

Cómo deseaba hacerlo, pero, aunque no hubiera mentido sobre Bandur, no podía. No podía exponer a mi familia a las consecuencias de que el emperador Khanujin descubriera que había roto el juramento de Edan.

Abatida, negué con la cabeza.

—Vete. Cuanto más tiempo te quedes aquí, más peligro correrás. —Vi que no era suficiente para convencerlo, así que añadí —: Y yo también.

Edan tenía intención de rebatírmelo, pero lo interrumpí.

—Aquí estaré a salvo. Toda la corte sabe que soy una mujer y que hice los vestidos de Amana. Eso tendrá entretenidos al shansen y al emperador mientras tú desapareces.

—¿Cuándo te volviste tan valiente, mi *xitara*? —Me cogió de la mano y se la quedó mirando—. Estás fría, Maia.

—Es... Es de llevar el vestido —dije, e intenté apartar la mano. Se me hizo un nudo en la garganta y me dolía al tragar. Más mentiras—. Por favor, tienes que irte.

Edan se aferró a mi mano. El apremio se impuso a la tristeza y la ira por lo que había hecho; sabía que tenía razón. No había tiempo.

—Custodia los vestidos. Tienen un gran poder y te hablan. El emperador será débil sin mí. Ya no puedo proteger A'landi, pero tú quizá sí.

—¿Adónde irás?

—A buscar una fuente de magia más allá del juramento.

—¿Eso es... posible?

—Los hechiceros nacemos con magia. Incluso cuando rompemos nuestra promesa quedan vestigios, pero no podemos reavivarla. Sin embargo, mis maestros me hablaron de un hechicero liberado de Agoria que aún podía obrar magia. Si sigue vivo, tal vez pueda ayudarme.

—Edan, pedí mi deseo para que fueras libre, no para...

—Así es como elijo ser libre —interrumpió—. Hasta que sepa que eres libre de Bandur y Khanujin, debo encontrar la manera de protegerte. Y, cuando lo haga, volveré y te llevaré conmigo. Ahora eres mi juramento, Maia Tamarin. Y nunca te desharás de mí.

Le cogí la mano y me la puse en la mejilla. Su calidez me recorrió el rostro y disipó el frío.

—Lo sé.

Edan me acarició la frente.

—Que Amana cuide de ti hasta que vuelva a encontrarte.

Conseguí reír tímidamente.

—Yo pensaba que no creías en los dioses.

—Empiezo a creer —respondió con seriedad—. Igual que empiezo a creer que eres la mayor esperanza para A'landi. —Se agachó y me tendió la alfombra—. Cógela. Si alguna vez estás en peligro, utilízala para buscarme.

—Deberías quedártela tú.

—A mí ya no puede oírme.

La voz de Edan transmitía tristeza pese a sus esfuerzos por ocultarlo.

Me acercó a él y me besó, primero con brusquedad y luego profundamente, como si la intensidad de su amor fuera a hacerme cambiar de opinión para que me fuera con él. Me dejó sin aliento. Me aferré a su cuello y escuché los latidos constantes de su corazón.

Después me acarició el pelo, me puso las manos en las mejillas y me levantó la cabeza hasta que nuestros ojos estuvieron a la misma altura.

—Gracias por liberarme, Maia.

—Ten cuidado —susurré—. Recuerda que ahora eres mortal. No cometas ninguna estupidez y no tardes mucho en volver a mí.

En sus labios asomó una tenue sonrisa.

—No lo haré.

Separó sus dedos de los míos y, con un último beso, se fue.

Tenía ganas de llorar, pero las lágrimas no brotaban. El frío invadió mi corazón, retorciéndolo más y más, como si estuviera a punto de romperse. Cerré las cortinas y dejé que las sombras inundaran mi habitación.

Desde el templo llegaba el rumor de los tambores, la señal de que el emperador había regresado de sus oraciones de mediodía para honrar al sol rojo. El sonido hizo temblar el agua de la

palangana.

Hundí los dedos en ella y me mojé la cara.

—Has liberado a tu hechicero —murmuró una voz oscura y ondulante—. Ha sido un error, Maia Tamarin. Un grave error. Te advertí que si Edan rompía su juramento, volvería a por ti.

Me quedé inmóvil sin saber de dónde provenía el sonido. Parecía retumbar en las paredes.

—Mira otra vez —susurró la voz.

Tragué saliva y entré en mi sala de trabajo. El telar estaba vacío, al igual que las sillas y la mesa. Volví a mi habitación y allí estaba Bandur en el espejo.

—¿Sabías que antaño tocaban los tambores para asustar a los demonios? —dijo.

Eché los hombros hacia atrás y me enderecé.

—Si has venido a por mí, no tengo miedo.

—El temblor en tu voz te delata, Maia Tamarin —repuso Bandur—. Solo quiero hablar contigo. —El demonio adoptó la apariencia de Sendo y mi hermano me sonrió en el espejo—. A lo mejor esto te ayuda.

—No metas a mi hermano en esto —le espeté.

Bandur se echó a reír y recuperó sus rasgos habituales.

—Me sorprendiste, Maia Tamarin. El alma de Edan era un premio extraordinario, pero tú, el sastre que devolvió a Amana a la vida, podrías ser aún más valiosa.

—Si has venido a llevarme a Lapzur, hazlo. —Cerré tanto los puños que se me clavaron las uñas en las palmas de las manos—. ¿O no tienes fuerza para alejarte tanto de tu reino?

Bandur flotó en el espejo y me miró fijamente con aquellos ojos inertes y oscuros que sangraban ceniza y muerte.

—No necesito llevarte a Lapzur. —Su mano atravesó el espejo y retrocedí—. Vendrás por voluntad propia.

—Jamás regresaré a ese lugar traicionero —repliqué—. Jamás.

—Eso ya lo veremos —dijo Bandur entre carcajadas—. Ahora

que tu querido hechicero es libre no puede protegerte de mí. A su debido tiempo, me suplicarás ocupar mi lugar como guardián de Lapzur.

Su certeza me llenó de pavor.

—Estás delirando, demonio.

—¿Ah, sí? —dijo con voz ronca—. Si fueras una chica cualquiera, tu sino habría sido más fácil. Habría esparcido tus huesos por la tierra para que tu alma deambulara para siempre. Pero no, Edan tenía razón. No eres una chica cualquiera, así que ahora debes pagar un precio más alto. Amana te lo advirtió.

Lo más lógico habría sido que me temblaran las rodillas y que el estómago se me encogiera, pero no sentí nada. Lo miré desafiante.

—No tengo miedo.

—Entonces ya ha empezado —dijo Bandur—. Los demonios no tienen miedo.

El frío que me oprimía el pecho estalló y solté un grito ahogado.

—No. ¡No!

—Sí. Cada segundo que pase te parecerás más a mí. Pronto, los tambores solo te recordarán al corazón que antes poseías. Cada latido inexistente, cada escalofrío que sientas, es un signo de la oscuridad que se cierne sobre ti. Algún día te arrebatará todo cuanto conoces y amas: tus recuerdos, tu rostro, tu nombre. Ni siquiera tu hechicero te querrá cuando despiertes y te hayas convertido en demonio.

—¡No! —grité, y di un puñetazo al espejo—. Lo que dices no es cierto.

Bandur me agarró de la muñeca y me arañó con sus uñas negras.

—Sé feliz, Maia. No durará mucho.

Entonces desapareció.

Lentamente, me desplomé al suelo. Bandur tenía que estar mintiendo. No era cierto. No podía ser cierto.

Tenía ganas de llorar, pero no me salían las lágrimas. Y, por más

que intentara estar asustada, no podía. En el fondo sabía que Bandur tenía razón. Había una grieta en mi alma, un nuevo vacío en el que penetraban las sombras y me envolvían el corazón. Pronto me destruiría y sería como él. Un demonio.

—Soy Maia Tamarin —le dije al espejo—. Hija de Kalsang y Liling Tamarin, hermana de Finlei, Sendo y Keton. —Tragué saliva—. Novia de Edan.

Lo repetí una y otra vez, recordando la cara de mis padres, mis hermanos y Edan, rememorando mi infancia junto al océano y mi amor por la seda, los colores y la luz. Recordé lo que había perdido y lo que había ganado y el dolor de Edan partiendo sin saber que lo había engañado. Finalmente asomaron las lágrimas y me ahogaron de emoción mientras me balanceaba adelante y atrás.

Echaba mucho de menos a Baba y Keton. Mucho.

«Sé feliz —se mofó Bandur—. No durará mucho».

¿Cómo podía ser feliz sin mi familia? Creía que ir al palacio salvaría a Baba y su taller, pero me equivoqué. Y ahora, sin Edan...

De repente, recordé su regalo y sus palabras: «Sanará las piernas de tu hermano y devolverá la felicidad a tu familia».

Me froté los ojos y busqué frenéticamente en el baúl la última nuez que me había dado Edan. Cuando la encontré, cerré el puño y me aferré a su calor.

No permitiría que Bandur me arrebatara el alma. No sin presentar batalla.

Necesitaba volver a ver luz en los ojos de Baba, ver a Keton caminar de nuevo. Necesitaba recordar cómo era ser feliz, aunque fuera por última vez.

Después cogí las tijeras y atacé los restos de nuestra alfombra encantada hasta que cobró vida.

A casa. Me iba a casa.

CAPÍTULO 37

Cuando llegué a Puerto Kamalan faltaban horas para que anocheciera. Los caminos estaban desiertos; todo el mundo estaba en casa celebrando el sol rojo y ni siquiera había vendedores ambulantes en la calle. Espié al padre de Calu en su panadería, removiendo harina, aceite, azúcar y agua como hacía cada tarde y preparando la masa para los bollos del día siguiente, pero él no me vio. Nadie lo hizo.

El taller estaba cerrado, pero sabía que Baba era despistado y habría olvidado cerrar la puerta con llave. Con la alfombra enrollada debajo del brazo, entré sigilosamente.

No había cambiado nada. Encima del mostrador había montones de camisas de lino dobladas, vi telarañas en las esquinas y la sartén con carbón de Baba estaba apoyada en un taburete bajo.

—¿Quién anda ahí? —dijo alguien detrás del mostrador, probablemente desde nuestro pequeño altar situado junto a la cocina.

Baba entró a paso lento en el taller y al verlo me embargó la emoción.

—¡Baba!

Reconoció mi voz antes que mi silueta y abrió unos ojos como

platos.

—¡Cielos, Maia! —Le faltaba el aliento—. Deberías haber escrito para avisar de que venías.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dije, intentando permanecer en la sombra.

Tenía los ojos inyectados en sangre de tanto llorar y no quería que Baba lo viera.

Me dijo que entrara.

—¿El emperador te ha dado vacaciones?

—Sí.

—No creía que fuera a hacerlo ahora que eres el sastre imperial. —Baba me cogió de los hombros—. Mi hija, el sastre del emperador. Estoy tan orgulloso de ti que me ha costado guardar el secreto.

—Ya no tienes por qué hacerlo. El emperador le ha contado a todo el mundo que soy una mujer.

—¿De verdad? —Baba se irguió más—. Entonces, alabada sea Amana, es tan magnífico como dicen.

En lugar de responder, fruncí los labios. El sol rojo estaba más bajo, pero su luz entraba por la ventana de la cocina y me tapé los ojos para protegerme.

—¿Dónde está Keton?

—¿Llego a tiempo para la cena? —dijo una voz detrás de mí—. Gracias a los dioses. Baba me ha dejado al mando de la cocina. Pero ahora que has vuelto...

—Keton —dije en voz baja.

Metí la mano en el bolsillo y cogí la nuez que me había regalado Edan mientras observaba a Keton caminar con dificultad apoyándose en la pared. Fui corriendo a ayudarlo. Me pasé su brazo por encima y lo cogí de la cintura para que pudiera tenerse en pie.

—Cuidado, Maia —dijo medio en broma y medio en serio—. Estos huesos todavía están curándose. Si aprietas tan fuerte me los romperás.

Percibí un resplandor por el rabillo del ojo y se me hizo un nudo en la garganta. Solté a Keton.

—¿Puedes caminar?

—A duras penas —repuso, apoyándose en la pared para descansar.

—Dijiste que darías un paso por cada día que estuviese fuera.

—Maia —dijo Baba abruptamente.

Keton agachó la cabeza.

—Lo he intentado. Lo he intentado de veras, Maia.

Se me cayó el alma a los pies, pero sonreí para que Keton no viera la tristeza en mis ojos.

Dejé la alfombra contra la pared y observé el taller. Estaba más ordenado que antes, pero no mucho. Sobre la mesa de costura vi mis cartas con los bordes arrugados y por un momento me pregunté si la arena habría quedado atrapada entre sus pliegues y llegado a Puerto Kamalan. No me atreví a comprobarlo.

Encima de la mesa de la cocina había una hilera de velas consumidas y un montón de seda a medio tejer. Acaricié la tela, satinada y lustrosa, como la que solo podías comprar a mercaderes de la Ruta.

—Has estado cosiendo otra vez —dije maravillada, y oí la caja de agujas traqueteando en el bolsillo de Baba al seguirme—. ¿Bastó con el dinero que os mandé?

—Enviaste demasiado —respondió en tono de reprimenda—. Tuve que dar la mitad para que nuestros vecinos dejaran de preguntar de dónde salía y dónde habías ido. Las mujeres de los pescadores son astutas, pero no chivatas, al menos cuando les das cien jens.

—Me preocupaba que no tuvierais comida suficiente —dije aliviada.

—Preocúpate más por las habilidades de Keton para tejer.

—Estoy mejorando —protestó mi hermano.

—Sí, ahora ya sabe coser botones.

Keton puso mala cara.

—¿Y tú, Maia? —dijo observándome—. Estás... cambiada.

Llevaba su vieja ropa, la que había cogido la noche que decidí irme de casa. Pero sabía a qué se refería. En efecto, estaba cambiada.

Me había enfrentado a fantasmas y tocado las estrellas. Había escalado una montaña hasta llegar a la luna y había conquistado la furia del sol. ¿Cómo podía ser la misma chica que se sentaba en el rincón zurciendo agujeros y practicando bordados todo el día?

Pero no dije nada. Ayudé a Keton a sentarse en la silla y le tapé las piernas con una manta. Cerca de allí atronaron unos tambores y el sonido me sobresaltó.

—¿Qué es eso?

—Viene del templo —dijo Keton, que frunció el ceño al percibir mi inquietud—. Maia, ¿te encuentras bien?

—Un poco cansada —respondí de inmediato—. Ha sido un viaje largo.

Era la primera mentira que le contaba a mi hermano en toda mi vida. No me encontraba bien, y cuando miré a Baba vi que él lo sabía. Cogí la nuez de Edan. Por alguna razón me daba fuerzas para saber que, si esta era la última vez que veía a mi familia, haría algo bueno por ella.

—Bueno —dijo Keton—, cuéntamelo todo.

Me senté en un taburete al lado de su silla, todavía incómoda por los tambores. Sus golpes eran un contrapunto permanente a los latidos de mi corazón.

—¿Qué hay que contar?

—Vamos, Maia. Llevas meses fuera. Eres el sastre imperial. Has conocido al emperador y a la hija del shansen. Debes de tener alguna historia que explicar.

Le toqué las rodillas y miré de nuevo el montón de prendas que Baba tenía que arreglar. Sería muy fácil quedarme allí con ellos, ocuparme del taller y olvidar todo lo ocurrido. Si pudiera.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio —dijo Baba—. Haz igual que hacía tu hermano Sendo cuando te contaba aquellas historias. Entonces, la historia vendrá a ti.

Sí, Sendo me contaba cuentos de hadas. Si estuviera vivo, le encantaría la historia de una chica que había hecho tres vestidos con el sol, la luna y las estrellas, la historia de una chica a la cual un demonio había jurado poseer.

También era la historia de un chico. Un chico que sabía volar pero no nadar. Un chico con los poderes de los dioses pero los grilletes de un esclavo. Un chico que me amaba.

Era una historia que aún estaba por escribir.

Respiré hondo y les hablé de la prueba, de los grandes sastres a los que había conocido y contra los cuales había competido, y de lady Sarnai, que me pidió tres vestidos confeccionados con el sol, la luna y las estrellas. Describí mi viaje con Edan por toda A'landi, el desierto de Halakmarat y Agoria, e incluso la visita a las Islas Prohibidas de Lapzur, y el hechizo que rodeaba al emperador Khanujin siempre que Edan andaba cerca. Pero, al acercarme al final de la historia, Baba arqueó la ceja. Por más que intentara ocultar mis sentimientos, él siempre sabía interpretarlos. Notó que estaba omitiendo algo, y tenía razón.

Al final del día, las sombras se cernieron sobre mí y me sumergí en ellas para evitar el escrutinio de Baba. No podía contarle que me había enamorado del hechicero del emperador, que el poder de los vestidos de Amana lo habían liberado y que un demonio me había lanzado una maldición.

—Menuda historia, Maia —dijo Baba cuando terminé—. De modo que el emperador y lady Sarnai se casarán gracias a ti.

—Cuéntame más cosas de los demonios y los fantasmas —insistió Keton—. Y de ese hechicero.

—Más tarde, Keton. —Baba se me quedó mirando con el ceño fruncido—. Maia, no tienes buen aspecto.

—Es solo cansancio. —Forcé una sonrisa, pero tenía los puños cerrados. Por una de las ventanas entraba aire frío—. Keton, estás tiritando. Deja que te traiga un té.

—No estoy tiritando —protestó mi hermano, pero ya me había levantado.

Entonces saqué la nuez del bolsillo. Con destreza, la abrí como si fuera un huevo y vacié el contenido, un líquido dorado espeso como la miel, en la tetera. El aroma a jengibre flotaba en el aire.

Cogí la taza más cercana y la llené. El peso del té la presionó contra la palma de mi mano y me llegó el calor un segundo después. Sentí un hormigueo en la piel y, después de ofrecerle la taza a Keton, serví otra para Baba y, por último, una para mí.

—El hechicero del emperador me regaló este té para celebrar mi nombramiento como sastre imperial —dije con la esperanza de que mi voz no sonara ahogada—. Brindemos por la boda del emperador Khanujin con la hija del shansen. Y recemos para que su éxito me permita volver más a menudo a casa.

—Por la paz —dijo Baba, que se bebió el té de un trago.

—Y por Maia —añadió Keton—, la única hermana que tengo. Y el único hermano, supongo.

Con una sonrisa desganada, mi hermano se bebió el té y se secó la boca con el dorso de la mano.

—No paras de mirarme, Maia. ¿Tengo hojas de té en la nariz?

Me puse a reír.

—No.

Sentí esperanza al mirar a Keton. Con Edan había visto suficiente magia como para creer en ella.

En cuanto respondí, dio una sacudida y la taza se bamboleó en su mano y se la cogí. Le costaba respirar.

—¿Qué te pasa?

—¿Recuerdas nuestra última mañana en Gangsun? —preguntó Keton en voz baja—. Yo no quería irme y me subí a un árbol para que nadie pudiera encontrarme.

Lo recordaba.

—Te caíste y te rompiste un brazo.

—Me dolía tanto que tenía miedo de no poder utilizarlo nunca más, pero aún le tenía más miedo a Finlei. —Keton soltó una pequeña carcajada—. Me riñó hasta que me silbaron los oídos. Pero después me entablilló el brazo y, cuando sanó, me ayudó a ejercitarlo para que volviera a fortalecerse.

A Keton dejaron de temblarle las manos y se le acompasó la respiración.

—Lo había olvidado. Qué raro que lo recuerde ahora.

Yo sabía que no era raro. No era raro en absoluto.

—Cuando te fuiste, creo que yo también te tenía miedo —prosiguió a la postre—. No porque fueras a reñirme, sino por haberte decepcionado.

Ahora me temblaban las manos a mí y dejé la taza antes de que se me cayera.

—Keton...

Me hizo callar quitándose la manta. Le temblaban las rodillas y se las agarró para inmovilizarlas.

—Has estado fuera mucho tiempo, hermana —dijo—, y te prometí dar un paso cada día.

Respiró hondo y, por primera vez desde que volvió roto de la guerra, se le iluminaron los ojos.

Se deslizó hasta el borde de la silla y apoyó los pies firmemente en el suelo. Tenía los músculos debilitados de no utilizarlos durante meses y le costó levantarse sin la ayuda de las paredes o de Baba. Agarrando con fuerza el bastón, lo colocó a una distancia prudencial, arrastró el pie hacia delante y dio un paso. Y luego otro. Y otro, hasta que vi a Baba boquiabierto mientras Keton avanzaba hacia él.

A Baba se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo nunca había sido tan feliz viendo a alguien llorar.

—Mi hijo —le dijo abrazándolo.

Yo también me acerqué y los rodeé con mis brazos. No quería separarme nunca de ellos. Cuando me arrodillé junto a él con mi hermano apoyado en mí, Baba nos contó historias de cuando éramos niños, de cuando Keton me metía gusanos en el pelo y a Baba le preocupaba que nunca me reconocieran como sastre por derecho propio. Y se echó a reír. Y oí a mi padre reír por primera vez en años.

El anochecer llegó demasiado pronto. Tal como había prometido Edan, mi padre y mi hermano se sumieron en un repentino letargo. Baba intentó encender una vela, pero le pesaban los párpados. Cogí la vela y le dije que se fuera a descansar. Después ayudé a Keton a meterse en la cama.

Toqué mi taza de té, que aún estaba caliente. Allí seguía, esperando a que me la bebiera, a que fuera feliz como me había dicho Edan. Pero ya era demasiado tarde. Ver a mi padre reír, a mi hermano caminar y a Edan libre era toda la felicidad que necesitaba. Me aferraría a eso mientras pudiera, hasta que Bandur me arrebatara el alma pedazo a pedazo.

Los tambores retumbaban, aún lejanos pero más rápido y me dio un vuelco el corazón. Quizá si me quedaba allí, la profecía de Bandur no se cumpliría. Quizá si no volvía, podría salvar quien yo era.

No. Amana me había advertido sobre el precio que tendría que pagar para salvar a Edan. Y ni en mil vidas habría tomado otra decisión.

Vertí el té en una maceta situada en el alféizar. Cuando absorbió el líquido, el brote de bambú se volvió más verde, y esa imagen me entristeció y alegró al mismo tiempo.

Me senté al lado de Keton en su cama. Ya tenía los ojos medio cerrados y una sonrisa en los labios. Le di un beso en la frente y le rocé la mejilla con la mía.

—Duerme, querido hermano.

—¿Esto es real? —murmuró cogiéndome de la mano—. ¿He

caminado de verdad? ¿Estás aquí?

—Sí, sí —dije—. Mañana volverás a caminar, un paso más cada día. Y Baba reirá una y otra vez hasta que no podamos olvidar ese sonido. Ahora duerme.

Vi que su respiración se volvía más lenta. Aparecía y desaparecía con un ritmo constante que indicaba que estaba profundamente dormido. Le eché a Baba una manta por encima de los hombros y le tapé el pecho a Keton con la suya. Luego salí del taller procurando no hacer ruido.

Los últimos vestigios del sol rojo pintaban el horizonte de carmesí. Me protegí de su luz y me senté en la alfombra. En el escaparate del taller de Baba vi una sombra reflejándose en mis ojos, un brillo de color rojo sangre.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. «Es solo una jugarreta de la luz —me dije—. Del sol rojo».

Contemplé el cielo hasta que desaparecieron los últimos destellos y se tiñó de negro. Sin embargo, cuando sobrevolaba las aguas brillantes de Puerto Kamalan rumbo al palacio, aquel escalofrío persistió. Sabía que había terminado mi relato para Baba y Keton con una nota maravillosa. Tenía miedo de contarles que la vuelta a casa no era el final de mi historia. Solo un nuevo y terrible comienzo.

AGRADECIMIENTOS

Mi libro no estaría en tus manos sin Gina Maccoby, mi leal agente. Gracias, Gina, por ver algo especial en mi trabajo y darme una oportunidad, por ayudarme a perfeccionar mis escritos al máximo y por creer en mí en los altibajos vividos hasta la publicación. Eres la mentora que siempre soñé tener.

A Katherine Harrison, una editora extraordinaria. Desde el principio supe que Maia había encontrado su hogar contigo y estoy agradecida de que el destino llevara el libro hasta tus manos. Gracias por hacer que su historia fuera aún más sólida con tus espléndidos cambios y por defender *Tejer el alba* de maneras que ni siquiera consideraba posibles.

Un sincero agradecimiento al equipo de Knopf BFYR: Alex Hess, Alison Impey, Julia Maguire, Mary McCue, Jaclyn Whalen, Alison Kolani, Tracy Heydweiller, Jake Eldred, Artie Bennett, Janet Renard, Amy Schroeder y Barbara Perris por el increíble entusiasmo, tiempo y esfuerzo que invirtieron en hacer de este libro no solo una realidad, sino también una obra de arte para leer, tener en las manos y apreciar.

Gracias, Tran Nguyen, por una tremenda portada que insufló vida a Maia Tamarin. He perdido la cuenta de las horas que he

pasado contemplándola. No podría imaginar una portada más adecuada y me encanta. A Virginia Allyn por tu cautivador mapa; tengo palpitations cada vez que descubro un nuevo detalle en él.

A Doug Tyskiewicz y Leslie Zampetti, mis compañeros críticos: estoy convencida de que una de las cosas más difíciles en literatura es encontrar un grupo permanente de crítica formado por autores cuya obra y compañía disfrutas. Tengo mucha suerte de haberos encontrado y aún más de que seáis amigos míos.

A Patti Lee Gauch por sus trascendentales consejos sobre la voz (¡No tengas miedo!) y por inspirarme a prender la mecha de mi escritura. A Gregory Maguire y Patricia McMahon por recordarme que desenredara los hilos de mis cuentos de hadas favoritos y convirtiera a Maia en una chica dura. Y sería negligente si no incluyera a Nancy Sondel y los maravillosos adolescentes y adultos del Pacific Coast Children's Writers Workshop, que me ofrecieron valiosas valoraciones sobre *Tejer el alba* en sus primeros estadios.

A los escritores Liz Braswell, Kat Cho, Bess Cozby, Suzi Guina, Joanna Ruth Meyer, Lauren Spieller, June Tan y Swati Teerdhala por su amistad y consejos, y por pedir actualizaciones a gritos y agonizar juntos con los borradores y las revisiones. He aprendido mucho de todos vosotros.

Gracias también a Roselle Lim por sus conocimientos sobre escuelas chinas de bordado y por su experiencia en la costura; a Heidi Heilig por ser una fuerza tan alentadora para escritores aspirantes; y a Jen Gaska, de *Pop! Goes the Reader*, por acoger muy amablemente la presentación de la portada de *Tejer el alba*.

Un gran reconocimiento a las Electric 18s por ser el grupo de debut más increíble que una chica podría pedir. Me habéis hecho sentir parte de una gran familia feliz. También quiero aprovechar para dar las gracias a los profesores y profesoras con los que tuve el privilegio de estudiar durante mi viaje para convertirme en escritora: gracias por animarme a correr riesgos y ser creativa.

Y, por supuesto, gracias a todos los escritores, lectores, librereros,

libreros de Goodreads y blogueros que he conocido en los últimos dos años, ya sea virtualmente o en la vida real, que han hecho mucho para que me sintiera bienvenida en la comunidad de la literatura infantil. Gracias a vosotros, el futuro de los libros y la narrativa, nuestro futuro, es más brillante que nunca.

Mi más sentido agradecimiento (y grandes abrazos) a Diana Link, Joyce Lin, Eva Liu, Evelyn Lu y Amaris White, que figuran entre mis más queridas y viejas amigas, por leer mis primeras novelas, animarme todos estos años y ayudarme a mantener la cordura durante incontables mensajes y llamadas telefónicas mientras intentaba que publicaran mi obra, además de prestarme vuestros ojos y oídos críticos (y, sobre todo, por decirme qué se sentía al montar en camello y escalar una montaña con piquetas).

Este libro no habría sido posible sin el apoyo de mi familia. Gracias a mi *po po* por sentarme con ella junto a la máquina de coser cuando era pequeña y contarme todas sus historias. Eres una de las mujeres más fuertes que he conocido.

A mis padres, por enseñarme el valor de la persistencia desde una edad muy temprana. A papá, por despertarme el amor por los cuentos de hadas y por estar orgulloso de mí hiciera lo que hiciera a la vez que me aconsejaba que trabajara duro y lo hiciera lo mejor posible en esas empresas. Todo lo que he hecho es gracias a tu sabiduría. A mamá, cuyo talento para la artesanía nunca deja de asombrarme: gracias por animarme a ser creativa. Sin ti no sería el músico ni la escritora que soy hoy.

A mi hermana Victoria, por animarme a que el libro fuera más romántico (¡siempre, ja, ja!), por orientarme cuando necesitaba una opinión honesta y por darme consejos sobre diseño y moda. Mi vida sería mucho más solitaria (y menos entretenida) sin ti.

Y, sobre todo, gracias a mi marido, amor y mejor amigo, Adrian. Gracias por nutrirme con innumerables desayunos y cenas y por recordarme que almorzara cuando estaba tan concentrada en editar que me olvidaba, por pasarte horas leyendo mis borradores, por

plantearme los cambios brutales (y el apoyo no menos valioso) que necesitaba, por abrazarme en los peores momentos, por reír conmigo en los mejores y por comprarme una silla más cómoda. Eres mi inspiración y mi alegría.

Gracias a nuestra pequeña Charlotte, cuyas risas contagiosas me hacen levantarme cada mañana para estar con ella. No veo el momento de poder leer, cantar, bailar y escribir contigo.

Y, por último, gracias a ti, querido lector, por elegir este libro y darle una oportunidad, por seguirme hasta los recovecos de mi imaginación y (espero) por llegar hasta el final. ¡Hasta la próxima!